3 1761 07802927 9

PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

Mrs. A. Buchanan
1909 -
Trans. Eng. mrs DeOris
Buchanan 1914
102

EL PASADO

La Feria de los discretos

L3
B2444

OBRAS del AUTOR

Vidas sombrías; un volumen.
La casa de Aizgorri, novela en siete jornadas; ídem.
Aventuras, inventos y mixtificaciones de Silvestre Paradox; ídem.
Camino de perfección (pasión mística), novela; ídem.
El Mayorazgo de Labraz, novela; ídem.
Idilios vascos; con ilustraciones de F. Periquet y R. Baroja; ídem.

— LA LUCHA POR LA VIDA —

La Busca *(novela)*; un volumen en 8.°, 3,50 pesetas.

Mala Hierba *(novela)*; un vol. en 8.°, 3,50 pesetas.

Aurora Roja *(novela)*; un vol. en 8.°, 3,50 pesetas.

LS
B264fe.2

3

EL PASADO

La Feria de los discretos

NOVELA

POR

Pío Baroja

485426
8.2.49

MADRID
LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ

Es propiedad
Derechos reservados

La Feria de los discretos

CAPITULO PRIMERO

Conversación en el tren

Se despertó Quintín, abrió los ojos, miró á derecha y á izquierda, y entre bostezo y bostezo, exclamó:

— Si estaremos ya en Andalucía.

El coche de segunda estaba ocupado por seis personas. Frente á Quintín un señor francés, grueso, afeitado, de aire distinguido, con una cinta roja en el ojal, mostraba á un aldeano con trazas de ganadero acomodado una ilustración, y le explicaba amablemente lo que significaban las láminas.

El aldeano oía las explicaciones sonriendo con malicia, y en un aparte cómico murmuraba de cuando en cuando en voz baja:

— ¡Qué inocente!

Apoyada en el hombro del francés dormía su señora, una mujer marchita, con un sombrero extravagante, los pómulos rojos y las manos,

grandes, agarradas á una cartera; las otras personas eran un cura de color de bronce, arrebujado en una capa, y dos recién casados andaluces que se hablaban á la boca con la más dulce de las melosidades.

— ¿Pero no habremos entrado en Andalucía? — preguntó Quintín de nuevo, impaciente.

— ¡Oh!; sí, señor — contestó el francés —. La estación próxima es Baeza.

— ¡Baeza! Imposible.

— ¡Oh, sin embargo, sin embargo! — replicó el francés dejando las erres al otro lado de la garganta. — Voy contando las estaciones.

Quintín se levantó, con las manos metidas en el abrigo. En los cristales del vagón, empañados por la humedad, picoteaban continuamente las gotas de lluvia.

— No reconozco mi tierra — exclamó Quintín en voz alta, y para reconocerla mejor abrió la ventanilla y se asomó á ella.

Pasaba el tren por delante de tierras rojizas encharcadas; á lo lejos se erguían cerrillos de poca altura sombreados por arbustos y matorrales, en el aire húmedo y gris.

— ¡Qué tiempo! — exclamó Quintín malhumorado, cerrando la ventana. — Esta no es mi tierra.

— ¿Es usted español? — preguntó el señor francés.

— Sí, señor.

— Yo le hubiera tomado á usted por inglés.

— De allá vengo, de Inglaterra, donde he pasado ocho años.

— ¿Y es usted de Andalucía?

— De Córdoba.

El francés y su señora, que se había despertado, contemplaron á Quintín. Ciertamente, sus trazas no eran de español. Alto, corpulento, afeitado, de buen color, con el pelo castaño, envuelto en un sobretodo gris, la gorrita á cuadros en la cabeza, parecía un muchacho inglés enviado por su familia á recorrer el continente. Tenía la nariz fuerte, los labios gruesos, los ojos claros, la expresión de mozo serio y grave, pero al sonreir una sonrisa de truhán, maliciosa, agitanada, le desenmascaraba por completo.

— A Córdoba vamos mi señora y yo — dijo el francés guardando su ilustración en el bolsillo.

Quintín saludó.

— Debe ser una ciudad interesantísima, ¿verdad?

— ¡Oh, ya lo creo!

— Mujeres encantadoras con el traje de seda... todo el día en el balcón.

— No, todo el día no.

— Y el cigarrito en la boca, ¿eh?

— No.

— ¡Ah!, pero, ¿no fuman las españolas?

— Mucho menos que las francesas.

— Las francesas no fuman, caballero — dijo la señora un tanto indignada.

— ¡Oh! Yo las he visto en París — exclamó Quintín —. En cambio, en Córdoba no verá usted una que fume. En Francia no nos conocen; creen que todos los españoles somos toreros, y no es verdad.

— ¡Ah!, no, no, perdón — replicó el francés —, nosotros conocemos muy bien España. Hay dos Españas: una, la del Mediodía, que es la de Theophile Gautier, y otra, la de Hernani, de Víctor Hugo. Porque no sé si usted sabrá que Hernani es una ciudad española.

— Sí, la conozco — dijo con aplomo Quintín, que no había oído citar en su vida el nombre del pueblecillo vascongado.

— Una gran ciudad.

— Seguramente.

Quintín, al decir esto, encendió un cigarro, pasó la mano por el cristal empañado de la ventanilla hasta dejarlo transparente, y se puso á canturrear mientras contemplaba el paisaje. Con el tiempo húmedo y lluvioso, era triste aquel campo desierto, sin una aldea en toda la extensión abarcada por la vista, sin caseríos, únicamente con algún cortijo pardo á lo lejos.

Pasaron estaciones abandonadas, cruzaron extensos olivares con sus olivos en grandes cuadros, puestos en línea, sobre las lomas rojizas. El tren se acercó á un río ancho de aguas arcillosas.

— ¿El Guadalquivir? — preguntó el francés.

— No sé — contestó Quintín distraído. Luego

sin duda le pareció mal esta confesión de su ignorancia, miró al río como si éste le fuera á decir su nombre, y añadió: — Es un afluente del Guadalquivir.

— ¡Ah! ¿Y cómo se llama?

— No recuerdo. Creo que no tiene nombre.

Empezó á llover más fuerte. La tierra iba convirtiéndose en un barrizal, las hojas viejas de los olivos humedecidos relucían negruzcas, las nuevas brillaban como si fueran de metal. Al moderar el tren su marcha, parecía arreciar la lluvia, se oía el repiqueteo de las gotas en la cubierta del vagón, y el agua se deslizaba por los cristales de las ventanillas en anchas fajas brillantes.

En una de las estaciones, subieron al vagón tres mocetones vestidos de corto, con sendas mantas, sombrero ancho, faja negra y gran cadena de plata en el chaleco. No dejaron de hablar un instante en todo el camino de sus molinos, de sus caballos, de mujeres, de juego y de toros.

— Estos señores — preguntó el francés en voz baja acercándose á Quintín —, ¿qué son? *¿togegos?*

— No... gente rica de por aquí.

— Hidalgos, ¿eh?

— ¡Pse! Vaya usted á saber.

— Hablan mucho de juego. Se jugará mucho en Andalucía, ¿verdad?

— Sí.

— He oído contar yo que una vez un hidalgo iba á caballo y se encontró en la carretera con un mendigo. El caballero le arrojó una moneda de plata, pero el mendigo no la quiso aceptar, y sacó una baraja de entre sus harapos y le propuso echar una partida al hidalgo y le ganó el dinero y el caballo.

— ¡Já... já... já! — rió estrépitosamente Quintín.

— Pero, ¿no es verdad? — dijo algo picado el francés.

— Quizás, quizás lo sea.

— ¡Qué inocente! — murmuró el aldeano para su capote.

— ¿No es verdad tampoco que todos los mendigos tienen derecho á usar el don?

— Eso sí, ve usted, eso ya es verdad — contestó Quintín sonriendo con su sonrisa agitanada.

En una estación próxima á Córdoba, bajaron los tres mocetones de las mantas. Escampó un instante; por el andén iban y venían hombres con sombrero ancho y calañés, mujeres con flores en la cabeza, viejas con grandes paraguas encarnados...

— Y estos jóvenes que venían aquí — preguntó el francés lleno de curiosidad por todo — ¿llevarían su correspondiente *navaca,* eh?

— ¡Ah! Sí. Es probable — dijo Quintín, imitando sin darse cuenta la manera de hablar de su interlocutor.

— ¿Y las *navacas* que llevan son muy grandes?

— ¡Las *navacas!* Sí, muy grandes.

— ¿Qué dimensiones tendrán?

— Dos ó tres palmos — dijo Quintín, á quien palmo más ó menos no le importaba gran cosa.

— ¿Y es fácil el *maneco* de esa terrible arma?

— Tiene sus dificultades.

— ¿Y usted lo sabrá?

— Naturalmente. Pero lo difícil de veras es dar en un punto una *navacada* á veinte ó treinta metros.

— ¿Y cómo se hace eso?

— Pues nada, se pone la *navaca* así — y Quintín supuso que la ponía en la palma de la mano —, y se lanza con toda la fuerza. La *navaca* va como una flecha á clavarse donde uno quiere.

— ¡Qué horror!

— A eso le llamamos nosotros pintar un jabeque.

— Un ca. . . un cha. . . ¿cómo?

— Jabeque.

— Es verdaderamente extraordinario — dijo el francés después de hacer vanos intentos para pronunciar el sonido gutural —. ¿Y usted habrá matado toros también?

— ¡Oh!, ya lo creo.

— Pero es usted muy joven.

— Veintidós años.

— ¿Y no me ha dicho usted que ha estado ocho en Inglaterra?

— Sí.

— ¿Y á los catorce años mataba usted toros?

— No... En las vacaciones.

— ¡Ah! ¿Venía usted desde Inglaterra únicamente para eso?

— Sí, para eso y para ver á mi novia.

La señora francesa sonrió, el marido dijo:

— ¿Y no tenía usted miedo?

— ¿Miedo de quién? ¿De los toros, ó de mi novia?

— De las dos cosas — exclamó el francés riendo á carcajadas.

— ¡Qué inocente! — repitió el aldeano sonriendo, mirándole como á un niño.

— A las mujeres y á los toros — dijo Quintín con el tono de un conocedor consumado — no hay más que saberlos entender. Que el toro embiste por la derecha, pues usted se pone á la izquierda, ó al contrario.

— ¿Y si no se tiene tiempo de hacer eso? — preguntó el francés con cierta ansiedad.

— Entonces puede usted contarse entre los difuntos y pedir que digan unas cuantas misas por la salvación de su alma.

— Es espantoso... ¿Y á las mujeres les entusiasmará un buen toreador, eh?

— Claro, por razón del oficio.

— ¿Cómo por razón del oficio?

— ¿No nos torean ellas á nosotros?

— Es verdad — dijo el aldeano riendo.

— Y el que toree bien — prosiguió el francés — tendrá abiertas las puertas del gran mundo.

— Seguramente.

— ¡Qué país más extraño!

— Y oiga usted — preguntó la mujer —, ¿es verdad que si una novia le engaña á su amante, el amante siempre mata á su novia?

— No, siempre no... algunas veces... pero no es su obligación.

— Y usted... ¿ha matado alguna novia? — preguntó la señora muerta de curiosidad.

— ¡Yo! — y Quintín vaciló como quien no quiere confesarlo —. Yo, no.

— ¡Ah!... sí, sí — exclamó la francesa —. Usted ha matado á alguna novia. En la cara se lo conozco á usted.

— Amiga mía — dijo su marido —, no insistas; los españoles son demasiado hidalgos para contar ciertas cosas.

Quintín miró al francés, y guiñó los ojos confidencialmente, dándole á entender que adivinaba la verdadera causa de su reserva. Luego tomó un aire melancólico para disimular el júbilo que le producía esta farsa, después se distrajo mirando por la ventanilla.

— Qué tiempo más fastidioso — murmuró.

Se había figurado siempre su llegada á Córdoba con un día soberbio, con un sol de oro, y se encontraba con un tiempo ridículo, de agua, feo y tristón.

— Probablemente en todo lo que he proyectado me sucederá lo mismo. Nada sale como uno se lo imagina. Según mi condiscípulo Harris, es una ventaja. ¿Qué se yo? Habría que discutirlo.

Este recuerdo de su condiscípulo le llevó á pensar en el colegio de Eton.

— ¿Qué harán ahora allá?

Embebido en sus recuerdos, miraba por la ventanilla. A medida que el tren avanzaba, se veía el campo más cultivado; en las dehesas pastaban esbeltos caballos de largas colas.

Los viajeros comenzaron á preparar los equipajes para bajar rápidamente; Quintín se puso el sombrero, metió la gorrita en el bolsillo y colocó la maleta en el asiento.

— Señor — le dijo de pronto el francés —, le doy á usted las gracias por los informes que me ha facilitado. Soy Jules Matignon, profesor de español en París. Creo que nos volveremos á ver en Córdoba.

— Yo me llamo Quintín García Roelas.

Ambos se dieron la mano y esperaron á que parase el tren, que ya aminoraba su marcha al acercarse á la estación de Córdoba.

Llegaron, bajó Quintín rápidamente, atravesó el andén perseguido por cuatro ó cinco mozos, y encarándose con uno de ellos de pañuelo rojo en la cabeza, le entregó la maleta y el talón y le encargó que los llevara á su casa.

— A la calle de la Zapatería — le dijo —. Al almacén de ultramarinos que hay allá. ¿Sabe usted dónde es?

— La *caza* de don *Rafaé*. Ya lo creo.

— Bueno.

Hecho esto, Quintín abrió el paraguas y comenzó á marchar hacia el centro de la ciudad.

— Me parece que no he atravesado el canal de la Mancha — se dijo —, y que voy por uno de aquellos caminos que rodeaban el colegio. El mismo cielo gris, el mismo barro, la misma lluvia. Ahora voy á ver los parques y el río...

Pero no, lo que vió fué los naranjos de la Victoria, llenos de frutos dorados, brillantes por el agua.

— Me voy convenciendo de que estoy en Córdoba — murmuró Quintín, y entró en el paseo del Gran Capitán, tomó después por la calle de Gondomar hasta las Tendillas, y de aquí, como si el día anterior hubiese paseado por aquellas calles, se plantó en su casa. No la reconoció á primera vista; el almacén no ocupaba ya dos huecos como antes, sino toda la fachada; en las puertas había láminas de zinc, sólo una tenía cristales, á través de los cuales se veía el interior repleto de sacos amontonados y en fila.

Quintín subió al piso principal, llamó varias veces, le abrieron y pasó adentro.

— Aquí estoy yo — exclamó con voz fuerte recorriendo un pasillo obscuro. Se oyó que se

abría una puerta, y el muchacho se sintió abrazado y besado repetidas veces.

— ¡Quintín!

— ¡Madre! No te veo aquí, con esta obscuridad.

— Ven — y su madre, abrazándole, le hizo pasar á un cuarto y le acercó al balcón —. ¡Qué alto estás hijo mío! ¡Qué alto y qué fuerte!

— Estoy hecho un bárbaro.

La madre volvió á abrazarle.

— ¿Y has estado bien? Ya nos contarás. ¿Tendrás hambre? ¿Quieres tomar algo? Una taza de chocolate.

— No, no, nada de chocolate. Algo más sólido, jamón, huevos... tengo un hambre feroz.

— Bueno, diré que te preparen el almuerzo.

— ¿Y todos están bien?

— Todos. Vamos á verlos.

Recorrieron un estrecho pasillo y entraron en un cuarto, en donde dos muchachos, el uno de quince años y el otro de doce, se acababan de vestir. Quintín les abrazó sin gran efusión, y de este cuarto pasaron á una alcoba, en donde una niña de ocho á nueve años dormía en una cama muy grande.

— ¿Esta es Dolores? — preguntó Quintín.

— Sí.

— Y cuando yo la vi era tan chiquita. ¡Qué bonita es!

La niña se despertó, y viendo á un desconocido allí, se asustó:

— Pero si es Quintín, tu hermano, que ha venido.

Entonces ya se tranquilizó y se dejó besar.

— Ahora vamos á ver á tu padre.

— Vamos — dijo Quintín de mala gana.

Salieron de la alcoba, y al final del pasillo desembocaron en un cuarto con una ventana y una mampara negra en la puerta.

— Esperaremos un rato. Habrá ido al almacén — dijo la madre sentándose en un sofá de gutapercha.

Quintín examinó distraidamente los muebles del despacho; el pupitre grande lleno de cajoncitos, la caja de caudales con sus botones dorados, los libros y la prensa colocados sobre una mesa arrimada á la ventana. En la pared, frente á la mampara, colgaban dos grandes litografías iluminadas, borrosas, del Vesubio en erupción; en medio de las dos había un gran reloj exagonal y debajo un calendario *perpetuo,* de cartón negro, con tres aberturas elípticas en línea vertical, la de arriba para la fecha, la de en medio para el mes y la de abajo para el año.

Madre é hijo esperaron un instante mientras el reloj medía el tiempo con un *tic-tac* duro. De pronto se abrió la mampara y entró en el despacho un hombre afeitado, elegantemente vestido, con la cara llena, rosácea, y el aire aristocrático.

— Aquí tienes á Quintín — dijo la madre.

— Hola — exclamó el señor, tendiendo la mano

al mozo —. ¿Has venido sin avisar? ¿Qué tal por allá?

— Muy bien.

— Ya sé que vienes hecho un hombre, dispuesto á hacer algo útil.

— Creo que sí — contestó Quintín.

— Me alegro, me alegro mucho de verte transformado.

En esto entró en el despacho un señor alto, delgado, viejo, con el bigote cano, caído. Saludó inclinándose, y la madre de Quintín, señalando á su hijo, le preguntó:

— ¿No le conoce usted, Palomares?

— ¿A quién, doña Fuensanta?

— A este muchacho. Es Quintín.

— ¡Quintín! — exclamó el viejo hablando á gritos —. ¡Es verdad! ¡Chiquillo cómo has crecido! ¡Estás hecho un gigante! ¡Qué barbaridad!, ¿y qué tal esos ingleses? Mala gente, ¿verdad? A mí me han jugado cada mala pasada! ¿Y cuándo ha venido este mozo, doña Fuensanta?

— Ahora mismito.

— Bueno — dijo el padre de Quintín á Palomares.

— Vamos — advirtió la madre á su hijo —; tendrán que trabajar.

— Luego en la mesa hablaremos más despacio — repuso el padre.

Salieron madre é hijo, y fueron al comedor. Se sentó Quintín á la mesa y devoró como un ogro

los huevos, el jamón, el panecillo, un trozo de queso y un plato de dulce.

— Pero se te va á quitar el apetito para la hora de comer — le advirtió su madre.

— ¡Cá! A mí no se me quita el apetito nunca, seguiría comiendo todavía — repuso Quintín; luego saboreando el vino y metiendo la nariz en el vaso, añadió: — ¡Qué vino, madre! De éste no bebíamos en el colegio.

— No, ¿eh?

— Ya lo creo que no.

— ¡Pobre!

Quintín, conmovido, exclamó:

— Allí he estado solo, muy solo, durante mucho tiempo. Y ahora... ya no me querrás como á los demás.

— Sí, lo mismo. He pensado tanto en ti... — y la madre volvió á abrazar á su hijo, y lloró emocionada durante algún tiempo sobre su hombro.

— Vamos, no llores más —, dijo Quintín, y agarrándola de la cintura esbelta, levantó á su madre en el aire como á una pluma y la besó en la mejilla.

— ¡Qué bruto! ¡Qué fuerzas tienes! — exclamó ella admirada y satisfecha.

Luego los dos recorrieron la casa. Algunos detalles manifestaban claramente el salto económico dado por la familia; la sala con grandes espejos, consolas de mármol y chimenea francesa, estaba

alhajada con lujo; en el comedor, en un armario con cristales, se exhibía una vajilla de loza de Sèvres, y platos, teteras y fuentes de plata repujada.

— Esta vajilla — dijo la madre de Quintín — se la compramos á un marqués arruinado, por una friolera; tenían todos los platos y fuentes una corona de marqués y las iniciales pintadas, y entre las muchachas y yo, con piedra pómez, las hemos ido borrando. Hemos tardado meses en esto.

Después de ver toda la casa, madre é hijo bajaron al almacén. Aquí se advertía el lastre comercial de la casa; pilas de sacos de todas clases se amontonaban, dejando en medio estrechos pasadizos. Fueron á saludar á Quintín los mozos del almacén; luego madre é hijo volvieron á subir las escaleras y entraron en casa.

— Ya tienes arreglado tu cuarto — dijo la madre —. Dentro de un momento comeremos.

Quintín se mudó de ropa, se lavó, y muy peinado y muy pulcro, se presentó en el comedor. Su padre, elegante, con el cuello de la camisa blanquísimo, presidía la mesa; la madre repartía la comida; los chicos estaban limpios y atildados. Servía la mesa una muchacha con delantal blanco.

Hubo durante toda la comida cierta frialdad, unos momentos de silencio, largos, perturbadores. Quintín se encontraba violento, y cuando concluyó la comida, se levantó inmediatamente y se marchó á su cuarto.

— Aquí no se ha olvidado nada — pensó —; no creo que podré estar mucho tiempo en esta casa.

Le habían llevado el equipaje al cuarto, y se dedicó á sacar sus libros y á colocarlos en un estante. Seguía lloviendo, y no tenía ninguna gana de salir. Obscureció pronto, eran los días más cortos del año; Quintín bajó al almacén y se encontró con Palomares, el señor viejo, dependiente de la casa.

— ¿Y qué tal por Inglaterra? — le preguntó.

— Bien. Aquel es un gran país.

— Pero mala gente, ¿verdad?

— Cá, hombre. Mejor que aquí.

— ¿Crees tú?

— Sí, hombre.

— Es posible. ¿Has visto el almacén?

— Sí, esta mañana.

— Chico, aquí se ha batido el cobre de firme. Hemos trabajado de lo lindo. Y tu madre más que nadie. Me río yo de las mujeres de talento, estando ella delante.

— Sí, debe ser lista.

— ¡Si es! Por ella se ha hecho todo. Cuando yo llegaba por las mañanas á ese despacho de arriba y movía los tornillos del calendario, pensaba: Hoy va á ser el descalabro... nada, todo salía bien. Voy arriba un rato, ¿vienes?

— No.

Quintín cogió un paraguas y dió algunas vuel-

tas por el pueblo. Llovía á chaparrón, y aburrido, al poco rato volvió á su casa.

En el comedor, su madre, Palomares y todos los chicos jugaban á la lotería con cartones. Invitaron á Quintín á tomar parte en el juego, y aunque no le pareció una cosa muy divertida, no tuvo más remedio que aceptar. Un motivo de risa y de algazara fué que Quintín no comprendiera los motes que Palomares ponía á los números al cantarlos, pues además de los ya vulgares y conocidos, como el 15 «la niña bonita», tenía en su repertorio otros más pintorescos que á Quintín hubo que explicárselos. El 2, por ejemplo, era «la pavita»; el 11, «la horca de los catalanes»; el 6, «la rata del batanejo»; el 22, «los pavitos de la *mae* Irene»; el 17, «Maoliyo el torcido», y había entre los motes alguno de una fantasía estupefaciente, como el 10, que Palomares designaba diciendo que era «María Francisca, que va con las *naguas* puercas al teatro».

Al terminar cada juego, Palomares tomaba un azafate con su vaso de agua y decía al ganancioso:

— Tú que has *ganao,* tu vasito de agua y tu *azucarao;* tú que has *perdío* — y señalaba al perdidoso — te vas por donde has *venío.*

Se celebró la gracia todas las veces que se repitió.

— Bueno, ahora cuenta lo que hiciste en Chile — dijo uno de los chicos.

— No, no — dijo la madre de Quintín —, ahora vosotros á estudiar, y esta niña á la cama.

Obedecieron sin protestar, y poco después se oyó el moscardoneo de los dos chicos que leían la lección en voz alta.

— Vaya — dijo Palomares —, me voy á cenar.

Y tomando la capa se fué á la calle.

Llegó el padre de Quintín, y se cenó. La cena tuvo el mismo carácter que la comida. Quintín, inmediatamente de acabar con el postre, se levantó y se fué á su cuarto.

Se acostó, y entre la gran confusión de imágenes y de recuerdos que dominaban su memoria, se acentuaba siempre una idea, y era que en aquella casa no iba á poder vivir.

CAPITULO II

¡Oh, pueblo oriental, ciudad romántica!

Al día siguiente Quintín se despertó muy temprano. Una sensación insólita de calor y de sequedad sorprendió sus nervios. Se asomó al balcón. La luz fina, aguda, algo mate de la mañana iluminaba la calle. En el cielo limpio, pálido, vagaban lentamente algunas nubes blancas.

Quintín se vistió con rapidez; salió de casa, en la que todos aún dormían; tomó hacia abajo; se internó por una callejuela estrecha; cruzó una plaza; siguió una calle, luego otra y otra, y al poco tiempo se encontró sin saber por dónde iba.

— Es gracioso — murmuró.

Estaba desorientado. No suponía ni aun á qué lado del pueblo se encontraba.

Esto le produjo una gran alegría, y feliz, con el alma ligera, sin pensar en nada, gozando del aire suave, fresco de una mañana de invierno, siguió con verdadero placer perdiéndose en aquel laberinto de callejones, de pasadizos, de verdaderas rendijas llenas de sombra. . .

Las calles delante de él se estrechaban, se ensanchaban hasta formar una plazoleta, se torcían sinuosas, trazaban una línea quebrada. Los canalones, terminados en bocas abiertas de dragón, se amenazaban desde un alero á otro, y las dos líneas de los tejados, rotas á cada momento por el saliente de los miradores y de las azoteas, limitaban el cielo, dejándolo reducido á una cinta azul, de un azul muy puro.

Terminaba una calle estrecha y blanca, y á un lado y á otro se abrían otras igualmente estrechas, blancas y silenciosas.

Quintín no se figuraba tanta soledad, tanta luz, tanto misterio y silencio. Sus ojos, acostumbrados á la luz cernida y opaca del Norte, se cegaban con la reverberación de las paredes; en su oído zumbaba el aire como esos grandes caracoles sonoros.

¡Qué distinto todo; qué diferencia del ambiente claro y limpio, con el aire gris, del sol refulgente de Córdoba, con aquel sol turbio de los pueblos brumosos y negros de Inglaterra!

— Esto es sol — pensó Quintín — y no aquel de Inglaterra, que parece una oblea pegada en un papel de estraza.

En las plazoletas, las casas blancas de persianas verdes, con sus aleros sombreados por trazos de pintura azul, sus aristas torcidas y bombeadas por la cal, centelleaban y refulgían, y al lado de una plazuela de estas, incendiada de sol, partía

una estrecha callejuela húmeda y sinuosa llena de sombra violácea.

En algunas partes, ante las suntuosas fachadas de los viejos caserones solariegos, Quintín se detenía. En el fondo del ancho zaguán, la cancela destacaba sus labrados y flores de hierro sobre la claridad brillante de un patio espléndido, de sueño, con arcos en derredor y jardineras colgadas desde el techo de los corredores, y en medio, de una taza de mármol, un surtidor de agua cristalina se elevaba en el aire.

En las casas ricas, los grandes plátanos arqueaban sus enormes hojas; los cactus decoraban la entrada, enterrados en tiestos de madera verde; en algunas casas pobres, los patios aparecían desbordantes de luz al final de un larguísimo y tenebroso corredor lleno de sombra. . .

Iba avanzando el día; de cuando en cuando un embozado, una vieja con una cesta ó una muchacha despeinada, con el cántaro de Andújar en la redonda cadera, pasaban de prisa, y al momento, en un instante, desaparecían unos y otros en la revuelta de una callejuela. En una rinconada, una vieja colocaba una mesita de tijera, y encima, sobre unos papeles, iba poniendo arropías de colores.

Sin advertirlo, Quintín se acercó á la Mezquita y se encontró ante el muro, frente á un altar con un sotechado de madera y unas rejas adornadas con tiestos de flores.

En el altar había este letrero:

Si quieres que tu dolor
se convierta en alegría,
no pasarás, pecador,
sin alabar á María.

Cerca del altar se abría una puerta, y por ella pasó Quintín al Patio de los Naranjos.

Desde el arco de entrada, la torre de la catedral, ancha, robusta, brillante de luz, se erguía en el cielo, y su silueta se recortaba clara y neta en el aire puro y diáfano de la mañana.

Alguna que otra mujer cruzaba el patio; algún canónigo, con el birrete y la muceta roja, paseaba al sol, despacio, fumando, con las manos cruzadas sobre la espalda. En el hueco de la Puerta del Perdón, dos hombres amontonaban naranjas. Se acercó Quintín á la fuente, y un viejecillo le preguntó solícito:

— ¿Quiere usted ver la Mezquita?

— No, señor—contestó Quintín amablemente.

— ¿El Alcázar?

— Tampoco.

— ¿La torre?

— Tampoco.

— Está bien, señorito. Perdone usted si he molestado.

— Nada de eso.

Al salir Quintín del Patio de los Naranjos, se encontró cerca del Triunfo con el francés del tren

y su señora. El Sr. Matignon se apresuró á saludar á Quintín.

— ¡Oh!, ¡qué pueblo!, ¡qué pueblo! — exclamó —. ¡Oh, amigo mío, qué cosa tan extraordinaria.

— ¿Pues qué le pasa á usted?

— Mil cosas.

— ¿Buenas, ó malas?

— De todo. Figúrese usted que ayer noche, al salir de casa y al entrar en el hotel, un hombre con un farol en la mano y una lanza corta comienza á perseguirme. Yo me metí en el hotel y cerré con llave mi cuarto, pero el hombre entró en el hotel, me consta, me consta.

Quintín se echó á reir, comprendiendo que el hombre del farol y de la lanza corta era un sereno.

— No le haga usted caso al hombre de la lanza — dijo Quintín —. Si le ve usted otra vez y comienza á seguirle, le dice usted con voz fuerte, mirándole á la cara: «Tengo la llave». Es la palabra mágica. Inmediatamente que oiga esto el hombre se irá.

— ¿Y por qué?

— ¡Ah! Es un secreto.

— ¡Qué extraño! Se le dice: «Tengo la llave», y se va.

— Sí.

— Es maravilloso. Otra cosa me ha sucedido.

— ¿Qué?

— Que ayer noche fuimos al café y se me olvidó el bastón en la silla, y al volver á recogerlo ya no estaba.

— ¡Claro! Alguno que se lo llevó.

— ¡Pero eso no es moralidad! — dijo el señor Matignon indignado.

— No. Los españoles no tenemos moralidad — contestó Quintín con cierta melancolía.

— ¡Pero sin moralidad no se puede vivir!

— Qué quiere usted, vivimos sin ella. Para nosotros, robar un bastón ó pegarle una puñalada á un amigo son cosas sin importancia.

— Así no puede haber orden.

— Claro.

— Ni disciplina.

— Es cierto.

— Ni sociedad.

— Seguramente; pero aquí vivimos sin esas cosas.

El Sr. Matignon movió la cabeza tristemente.

— ¿Y usted vá paseando?—preguntó el francés.

— Sí.

— Iremos con usted, si no le molesta.

— De ningún modo. Vamos.

Los tres reunidos comenzaron á internarse por aquel dédalo enmarañado de callejuelas. El barrio por donde penetraron, proximidades del Potro, comenzaba á animarse. Algunas viejas de rostro avinagrado, unas con el manto de bayeta de Antequera, otras con mantilla negra, marchaban á

oir misa, llevando una silla de tijera bajo el brazo.

— Las dueñas, ¿eh? — dijo el francés señalando á las viejas con el dedo —. ¿Y las damas, dónde estarán ahora?

— Probablemente roncando á pierna suelta — contestó Quintín.

— ¿Pero roncan?

— Algunas, sí.

— ¿Roncar? ¿Qué es eso? — preguntó en francés la señora Matignon á su marido.

— *Ronfler,* amiga mía — dijo Matignon —; *ronfler.*

La señora hizo una mueca de desdén.

Al verlos á los tres, las comadres de la calle cambiaban alguna guasita de portal á portal; en los patios, las criadas fregaban el suelo con aljofifa, cantando canciones flamencas; se abrían los balcones con estrépito, y salían mujeres á sacudir las alfombras y los ruedos.

Pasaban hombres tiznados empujando un carrito y gritando: ¡Picón!; vendedores de hierbas medicinales las pregonaban de un modo lánguido, y algún arriero, montado en el último borriquillo de su recua, iba cantando al compás del cascabeleo de sus adornados asnos.

A veces, á través de una reja, se veía una cara pálida, anémica, con unos ojazos negros y tristes y una flor blanca en el ébano del cabello.

— ¡Oh! ¡Oh! — exclamaba Matignon acercándose inmediatamente á la reja.

La muchacha, ofendida de esta curiosidad, dejaba caer el visillo y seguía bordando ó cosiendo, esperando al apuesto galán, que quizás no llegaba nunca.

— Son odaliscas — decía el francés con cierto despecho.

En algunas calles, en los portales, se veía trabajar á los torneros á estilo moro con una especie de arco, ayudándose en su faena con el pie.

Quintín, ya cansado del paseo y de las observaciones y comentarios del francés, advirtió á sus compañeros que se iba.

— Antes yo quisiera pedirle á usted un favor — dijo Matignon.

— Diga usted.

— Yo quiero ver una funeraria para cadáveres.

Funegagia paga cadaveges, pronunció el buen señor.

— Por aquí no hay ninguna — replicó Quintín —. Todas están muy lejos; pero si ve usted una tienda donde se vendan guitarras, allí puede usted decir que se hacen cajas de muerto.

— ¿Pero es posible?

— Sí, es una costumbre cordobesa.

El Sr. Matignon quedó con la boca abierta, lleno de asombro.

— Es extraordinario — exclamó repuesto de su admiración y sacando un cuaderno y un lápiz del bolsillo —. ¿Y de dónde viene esa costumbre?

— ¡Oh! Es muy antigua. Los constructores de ataúdes de aquí dicen que no quieren hacer sólo cosas tristes, y de la misma madera con que hacen una caja de muerto sacan un trozo para una guitarra.

— ¡Admirable! ¡Admirable! ¡Y eso no se conoce en Francia! ¡Qué filosofía la de esos constructores de ataúdes! ¡Oh, Córdoba! ¡Córdoba! ¡Cómo se te desconoce en el mundo!

En aquel momento, por una plazuela muy chica con un rótulo muy grande, pasó un santero andrajoso y melenudo. Llevaba un sombrero como un soportal de grande, seboso y mugriento sobre las greñas blancas; la anguarina al revés: la espalda del abrigo sobre el pecho y las mangas atadas y abultadas en los extremos, cayendo por encima de los hombros á la espalda; en el brazo derecho el santo, y en el cinto una cajeta de cobre con una ranura para echar los cuartos.

— ¡Pscht! ¡Silencio! — dijo Quintín —. Va usted á ver una cosa interesantísima.

— ¿Qué hay?

— ¿Ve usted ese hombre?

— Sí.

— ¿A que no se figura usted quién es?

— No.

— El obispo de Córdoba.

— ¡El obispo!

— Sí, señor.

— Pero no tiene facha de eclesiástico, ni aun de persona limpia.

— No importa. Si le sigue usted disimuladamente podrá usted observar algo muy curioso.

Luego de dicho esto, Quintín saludó al matrimonio y echó á correr en dirección de su casa.

CAPITULO III

Infancia: sombrío vestíbulo de la vida

GUARDAN los arqueólogos como oro en paño curiosos documentos, escritos dos veces, á los que llaman palimpsestos. Son pergaminos en los cuales en épocas remotas se borró la primera escritura, sustituyéndola por otra. En tiempos recientes, investigadores tenaces supieron descubrir los borrosos signos, descifrarlos y leerlos.

La idea de esos extraños documentos vino á la memoria de Quintín al pensar en su vida.

Los ocho años del colegio inglés habían borrado, al parecer, por completo los recuerdos de su infancia. La uniformidad de la existencia de colegial, el continuo *sport*, adormeció su memoria. Durante noches y noches, Quintín se acostó rendido por la fatiga, sin más preocupación que la de sus temas y lecciones; pero había bastado el desarraigarse del medio escolar, el volver á su casa, para que los recuerdos de su infancia co-

menzaran á brotar, hoy vagos, mañana más fuertes, más distintos, con más detalles.

La escritura borrosa del palimpsesto volvía á hacerse comprensible; en la memoria de Quintín se amontonaban recuerdos dormidos en la conciencia, y entre estos recuerdos había cosas tristes, sombrías; algunas, muy pocas, alegres; otras aún no bien comprendidas por él.

Quintín trató de reconstruir la infancia. Recordaba haberla pasado en una casa de la calle de Librerías, próxima á la de la Feria y á la cuesta de Luján, y fué á ver la casa. Estaba en un ángulo entrante de la calle; era una casita de color de rosa, con una platería en el piso bajo, dos balcones grandes, de mucho vuelo, en el principal, y encima de ellos dos ventanucos rectangulares. Sobre el tejado se asentaba una azotea diminuta, con una cerca de mampostería.

— Ahí estaba yo de chico — se dijo Quintín.

Recordó vagamente que entre las losas de la azotea nacían los jaramagos, y que tenía un gato blanco, con el que jugaba.

Miró al interior de la tienda y le vino á la imaginación un señor de pelo blanco á quien su madre quería que besara, lo que no consiguió nunca.

— Entonces yo debía ser un salvaje — pensó Quintín.

Bajó por la calle de la Feria y recordó las es-

capadas que hacía con los chicos de la vecindad á la Ribera y al Murallón, en donde jugaban.

Su memoria no seguía adelante; quedaban grandes lagunas en su imaginación; personas, cosas y lugares se esfumaban confusamente. Sus recuerdos claros comenzaban en la calle de la Zapatería, cuando sus padres establecieron la primera tienda. Desde entonces los acontecimientos se ligaban, tenían una explicación, una causa, un desenlace.

Quintín fué llevado á la escuela muy niño, á los tres ó cuatro años, porque estorbaba en la tiendecilla. Desde pequeño se distinguió como atrevido, valiente y fanfarrón, y muchas veces volvía de la escuela con los pantalones rotos, cuando no con un ojo hinchado.

Una vez Quintín riñó con uno de sus condiscípulos, que era de Cabra. Con este motivo solían embromarle los demás llamándole hijo de Cabra y haciendo del nombre del pueblo bárbaras derivaciones. Quintín era de los insultadores, y un día el muchacho insultado le contestó:

— Más hijo de cabra eres tú que yo, y tu madre está enredada con un platero.

Quintín esperó á la salida de la escuela al camarada y le hinchó las narices; pero un hermano mayor del otro le pegó después á Quintín. Esta cuestión dió origen á una serie continua de peleas, y casi todos los días Quintín estaba derrengado á fuerza de golpes.

— Pero, ¿qué tienes? — le preguntó una vez su madre.

— Que me han dicho en la escuela que mi madre está enredada con un platero.

— ¿Y quién te lo ha dicho?

— Todos me lo han dicho — contestó fosco Quintín.

— ¿Y tú qué has hecho?

— Pegarme con todos.

La madre nada repuso, y sacó á Quintín de la escuela y lo llevó á otra regentada por un dómine, á la que acudían hasta un par de docenas de chicos.

Este dómine, exclaustrado, hombre fósil, lleno de rancias preocupaciones, se llamaba Piñuela. Era partidario acérrimo del antiguo principio pedagógico, tan querido á nuestros antepasados, de «la letra, con sangre entra».

Tenía el dómine Piñuela un tipo extravagante y ridículo: la nariz gruesa, larga é inflamada; el labio inferior colgante, los ojos grandes, turbios, abultados, como dos huevos, siempre llorosos; vestía una levita larga y entallada, en algún tiempo negra, después de grasa sobre mugre y de caspa sobre sebo; los pantalones estrechos, con rodilleras de bulto, y un solideo negro.

Los únicos conocimientos de Piñuela eran el latín, la retórica y la caligrafía: su sistema de enseñanza se basaba en la división de su clase en dos grupos, Roma y Cartago, en un libro de tra-

ducciones y una Gramática latina. Además de estos medios educadores, el exclaustrado contaba con la palmeta, las disciplinas, una caña larga y un saquito de cuero lleno de perdigones,

Piñuela enseñaba á escribir á la española, con unas letras que concluían en punta: para esto había que saber cortar y tajar las plumas, y pocos le aventajaban al dómine en tal ejercicio.

Además, Piñuela corregía la pronunciación viciosa de sus alumnos, y para conseguirlo exageraba él haciendo dobles zedas y dobles eses. Uno de los trozos de lectura en sus labios comenzaba así: «Amanezzía; era la máss pella mañana de primafera»; y todos los chicos tenían que decir «primafera», «fida», si no querían trabar conocimiento con la palmeta.

Andaba constantemente el dómine paseando, con su pluma en la oreja: si veía que algún chico no estudiaba, que otro en su plana no había puesto á las letras la suficiente punta, según los principios de Iturzaeta, le soltaba un cañazo ó le tiraba la bolsa de perdigones á la cabeza.

— Bromítaz, ¡eh!, bromítaz — murmuraba —. Ya daré yo bromítaz.

Para casos más graves, aquel estúpido dómine tenía las disciplinas; pero los padres casi todos iban advirtiendo que no las empleara en sus hijos; lo cual para Piñuela era el síntoma más claro de la degeneración de los tiempos.

Quintín, al principio llegó á sentir por el dó-

mine un odio profundo; siempre que podía molestarle lo hacía con un placer indecible: le rompía los tinteros, le agujereaba los pupitres, y á esto Piñuela contestaba calentando las orejas de Quintín. Entre maestro y discípulo se llegó á entablar, á fuerza de golpes del uno y barbaridades del otro, cierta estimación irónica y alegre. Se consideraban los dos como enemigos leales, y las travesuras de Quintín provocaban la risa en Piñuela, y los golpes del dómine arrancaban una sonrisa irónica á Quintín.

Hubo vez que se vió á Piñuela avanzando con el puntero enarbolado y á Quintín corriendo, escondiéndose detrás de las mesas y lanzando los tinteros á la cabeza del dómine.

Quintín llegó á extremos de audacia y de cinismo tales que Piñuela lo dejó por imposible. Tenía el muchacho un motivo oculto de tristeza y desesperación.

Una vez en la tienda de su casa hablaban dos viejas. Eran dos vendedoras callejeras, á una de las cuales llamaban Siete Tonos, por los matices diferentes de sus pregones.

— Tienen mala suerte con esa criatura. Es malo como un demonio — decía una de ellas.

— Sí; no se parece á su padre — añadió la otra.

— Pero si su padre no es el Pende.

— ¡Ah!, ¿no?

— No.

Quintín escuchó por si seguían hablando, pero el dependiente entró en la tienda y las comadres callaron.

El Pende era el apodo del que pasaba por padre de Quintín. El muchacho pensó durante mucho tiempo en la conversación de las dos comadres, y comprendió que en su nacimiento había algo obscuro. Era orgulloso, soberbio; se consideraba digno de descender de un rey, y la idea de una deshonra le irritaba y le desesperaba.

Un día la madre fué á preguntar al dómine cómo se portaba el chico.

— ¡Cómo se porta! — exclamó Piñuela con una jovialidad irónica —. ¡Mal! ¡Muy mal! Es lo peor de la clase. Una verdadera deshonra para mi escuela. No sabe una palabra de latín, ni de Gramática, ni de Lógica, ni de nada. Estoy seguro que no sabe declinar musa, musæ.

— ¿De manera que usted cree que no sirve para estudiar?

— Es un tarambana. Incapaz de llegar á poseer el sublime lenguaje del Lacio.

La madre contó á su marido lo dicho por Piñuela, y el Pende espetó un sermón á Quintín.

— Después de los sacrificios que estamos haciendo por ti. Así te portas.

Quintín no contestó á los cargos que le hicieron; pero cuando el Pende le dijo que si seguía así, le despacharía de casa, lo que estaba en el corazón de Quintín brotó á sus labios.

— No me importa nada — exclamó —, porque usted no es mi padre.

El Pende se enredó á bofetadas con el chico; la madre lloraba: aquella noche Quintín se marchó de casa y anduvo por el campo, hasta que, hambriento, lo encontró Palomares el dependiente, y lo llevó ante sus padres.

El muchacho comenzaba á darse cuenta de las cosas y manifestó á su madre que en vez de estudiar latín prefería, como un condiscípulo suyo, hijo de un relojero suizo, aprender el francés y marcharse luego á América.

Efectivamente; le llevaron á la academia de un señor francés, emigrado, republicano furibundo, el cual, al mismo tiempo de enseñar á conjugar á sus discípulos el verbo *avoir* les hablaba con entusiasmo de Danton, de Robespierre y de Hoche.

Quizás esto exaltó la imaginación de Quintín; quizás no tenía necesidad de ser exaltada; lo cierto fué que un domingo por la mañana Quintín se decidió á llevar á cabo su gran proyecto de viaje.

Su madre escondía la llave del armario en donde guardaba el dinero, debajo de la almohada. Mientras su madre estaba en misa, Quintín cogió la llave, abrió el armario, metió sesenta duros que encontró á mano en el bolsillo y momentos después se largaba tranquilamente.

A los quince días de su escapatoria se le de-

tuvo en Cádiz al ir á embarcarse para América, y conducido por la Guardia civil se le trajo á Córdoba.

Entonces su madre le llevó á un convento de frailes; pero Quintín estaba decidido á saltar por todo, é intentó varias veces fugarse, al mes los frailes dijeron que no le querían tener.

Ya Quintín era para los muchachos de su edad el prototipo de la barbarie, del descaro y de la desobediencia; se le auguraba un mal porvenir.

En esto un día su madre le dijo:

— Vamos á ir á una casa. Haz el favor de contestar allá de buena manera á lo que te pregunten.

Quintín nada replicó y acompañó á su madre á un palacio de la calle de Santiago. Subieron por unas escaleras de mármol y entraron en una sala, en donde había un señor viejo, de pelo blanco, hundido en un sillón, y una niña rubia, que á Quintín le pareció un ángel.

— ¿Este es el calavera? — preguntó el viejecillo sonriendo.

— Sí, señor marqués — contestó la madre de Quintín.

— ¿Y tú qué quierès hacer, muchacho? — le dijo el marqués.

— ¡Yo! . . . Marcharme de aquí cuanto antes — respondió Quintín con voz sorda.

— ¿Y por qué, hombre?

— Porque odio este pueblo.

La niña debía mirar á Quintín con horror; así al menos lo supuso él.

Charlaron un rato la madre de Quintín y el viejo, y al último éste exclamó:

— Bueno, muchacho. Vas á ir á Inglaterra. Que le preparen el equipaje — añadió dirigiéndose á la madre —, y cuanto antes que se vaya.

Partió Quintín; hizo el viaje á trechos acompañado, á trechos solo, é ingresó en el colegio de Eton, cerca de Windsor. Al poco tiempo, toda su vida anterior desapareció ante él.

No era en el colegio inglés el profesor el enemigo del alumno, sino sus mismos condiscípulos. Quintín se encontró con chicos tan atrevidos como él, más fuertes que él y tuvo que avisparse. El colegio aquel era algo como una selva primitiva, donde el fuerte se comía al débil y lo sujetaba y lo maltrataba.

La brutalidad de la educación inglesa tonificó á Quintín y lo hizo atlético y bien humorado. Lo más importante que aprendió allá fué que hay que ser en la vida fuerte, listo, sereno y ponerse en condiciones de vencer siempre.

Así como aceptó este concepto por lo que le halagaba, rechazó las ideas morales y sentimentales de sus condiscípulos y maestros. Aquellos jóvenes dogos, valientes, fornidos por el *foot ball* y el remo, alimentados de carne cruda, estaban llenos de preocupaciones ridículas, de respetos por la clase social, por la jerarquía y la autoridad.

Quintín, á pesar de que en el colegio se hacía pasar por aristócrata é hijo de un marqués para gozar de ciertas preeminencias, manifestaba un profundo desdén por los principios tan respetables para sus condiscípulos. Encontraba grotesca la autoridad, las pelucas, las ceremonias, y pasaba por un farsante de mala especie.

Solía defender, ante la estupefacción de sus compañeros, que él no tenía ningún entusiasmo por la religión ni por la patria; que no sólo no sacrificaría por ellas su vida, sino que ni daría siquiera un ochavo para salvarlas. Además, afirmaba que si alguna vez llegaba á ser rico, preferiría deber su dinero á la casualidad que no al esfuerzo constante, y que trabajar, como hacían los ingleses, para que sus mujeres se divirtieran y vivieran bien, era una tontería, por muy rubias, por muy bonitas y por mucha voz aflautada que tuviesen.

Un hombre con estas ideas, y que además perseguía á las mujeres, hasta á las criadas, en la calle, y las echaba chicoleos, no podía ser un *gentleman,* y por esto Quintín no tenía amigos íntimos. Era respetado por sus buenos puños, pero no gozaba de estimación alguna...

En los últimos años, su único amigo fué un profesor de música italiano, que se llamaba Caravaglia. Este le comunicó á Quintín su entusiasmo por Bellini, Donizetti, Rossini y Verdi. Caravaglia se sentaba en el piano y cantaba. Quintín le

oía y llegaba á enternecerse con la música. El *alma innamoratta* de *Lucía* y la *cavattina* de *Hernani* le hacían llorar; pero su mayor entusiasmo, lo que le hablaba más al corazón, eran las canciones de bravura de las óperas italianas, como aquella de *Rigoletto:*

La costanza tiranna del core.

Esta canción, rebosante de jactancia, de alegre fanfarronería, de indiferencia, de egoísmo, le encantaba.

En cambio, á sus compañeros, entonadores de salmos, les parecía esta música alegre y fanfarrona digna del mayor desprecio.

En el banquete de despedida que dió Quintín á sus cuatro ó cinco compañeros y al profesor italiano hubo sus brindis.

— Yo no soy protestante — dijo Quintín al último un poco turbado por el wisky — ni tampoco católico. Soy horaciano. Creo en el vino de Falerno y en el Cécubo y en las viñas de Calés. También creo que debemos de dejar á los dioses el cuidado de calmar los vientos.

Después de esta declaración importante, no se sabe más sino que todos los comensales quedaron dormidos.

CAPITULO IV

Ojos azules, ojos negros

OYE Quintín — le dijo su madre —; debías ir á ver al señor marqués.

— Bueno — contestó Quintín —. ¿Quieres que vaya hoy mismo?

— Es lo mejor.

— Pues iré.

— ¿Recuerdas dónde vive?

— Sí, creo que daré con la casa.

— Está en la calle del Sol; cualquiera te indicará el palacio.

Salió Quintín de casa; bajó á la Corredera, y por la calle del Poyo, rodeando una iglesia, salió á la de Santiago. Lloviznaba; el día de Enero estaba templado, tibio, el cielo gris.

Iba Quintín muy preocupado con la visita que tenía que hacer.

No se había preguntado nunca hasta entonces qué relación tendría él con aquel señor. Seguramente existía una relación, un parentesco de bastardía, algo denigrante para Quintín.

Embebido en estas preocupaciones, Quintín se desvió de su camino y tuvo que preguntar para dar con la calle.

El palacio del marqués de Tavera se levantaba en una calle de los barrios bajos, que con distintos nombres en sus diferentes trozos, iba, desde la plaza de San Pedro, al Campo de la Madre de Dios.

Era el palacio del marqués muy grande. Cinco balcones salientes, encuadrados por gruesa moldura, con sus hierros llenos de adornos y sus pomos de cobre, se abrían en la fachada de piedra amarilla y porosa. En el balcón central, de más vuelo, se erguían á un lado y á otro dos pilastras con un tímpano encima, en medio del cual campeaba un escudo medio borrado; en la balaustrada, los hierros ya carcomidos se retorcían en complicados dibujos.

En la planta baja, cuatro grandes rejas rasgaban las espesas paredes del caserón, y en medio se abría la gran puerta, cerrada por un portón macizo claveteado y con un ventanal de cristales en lo alto en forma de abanico.

Delante del palacio se ensanchaba la calle formando una plazoleta. Entró Quintín en el ancho zaguán, en donde las pisadas resonaban á hueco. En el fondo, por entre los barrotes de la cancela, muy á lo lejos, al final de una galería obscura, se columbraba un huerto lleno de luz, y esta zona de sombra, terminada por un foco de claridad, recor-

daba los juegos de luces de las tablas de los antiguos pintores.

Tiró Quintín de una cadena, y sonó á lo lejos una campana con un tañido grave.

Pasaron algunos minutos sin que nadie apareciese en el zaguán, y Quintín volvió á hacer sonar la campana.

Un momento después, la claridad del huerto lejano, que brillaba como un rectángulo de luz al final del corredor tenebroso, quedó interrumpida por la silueta de un hombre, que fué avanzando hasta aproximarse á la cancela y abrirla. Era un viejecillo con zajones, elástica y sombrero de alas anchas.

— ¿Qué quería usted? — le preguntó el viejo.

— ¿Está el señor marqués?

— Sí, señor.

— ¿Podré verle?

— No sé, pregunte usted arriba; y el viejo abrió la cancela y Quintín pasó adelante.

A la derecha, por una puerta, se divisaba un patio abandonado con una fuente en medio, formada por una taza que vertía el agua en el pilón en seis chorros brillantes; á la izquierda de un ancho vestíbulo se elevaba una escalera monumental de mármoles blancos y negros, y arriba, en el techo altísimo, se veían grandes artesonados rotos y carcomidos.

— ¿Es por aquí? — preguntó Quintín al viejo indicándole la escalera.

— Sí, señor.

Subió hasta llegar al rellano y se detuvo frente á una gran puerta de dos hojas, á cuarterones, en cuyo centro se advertían dos grandes escudos labrados primorosamente. A la izquierda de esta puerta se abría una reja, y Quintín se asomó á mirar por ella.

— ¡Oh, qué hermosura! — murmuró asombrado.

Se veía un jardín espléndido, lleno de naranjos cargados de fruta. En medio eran como árboles altos, erguidos; junto á las paredes, como enredaderas, escalaban las altas tapias y las cubrían con su follaje verde profundo.

Estaba lloviendo, y era un espectáculo mágico ver sobre las hojas negruzcas humedecidas por la lluvia, las naranjas centelleantes como bolas de oro rojo y amarillo. Esta brillantez del follaje y de los frutos encendidos, el cielo gris, el aire húmedo, daban una gran impresión de exuberancia y de vida.

Reinaba el silencio en el huerto en sombra; de cuando en cuando algún pájaro, escondido en un árbol, cantaba suavemente, y un rayo de sol de una amarillez enfermiza pugnaba por iluminar el jardín, y al reflejarse sobre las hojas húmedas las hacía relucir con un brillo metálico. . .

Sobre una tapia de enfrente se perfilaba un campanil ennegrecido y musgoso con un angelote en la punta; á lo lejos, por encima de los teja-

dos pardos, brotaba la sierra negra, escondida á trechos por nieblas azuladas. Pasaban estas nieblas movidas por el viento, y al correrse ó al disiparse en el aire, descubrían las huertas blancas, antes ocultas en la bruma.

En los árboles de las cumbres, los blancos jirones de niebla dejaban á su paso filamentos tenues, como las hebras de plata tejidas por las larvas en el ramaje de los espinos.

Miraba Quintín sin cansarse, cuando oyó pasos tras él. Era una niña de diez á doce años, con el pelo suelto.

— Buenas tardes — dijo la niña al pasar con un acento andaluz muy marcado.

Quintín se quitó el sombrero respetuosamente y la niña sonrió.

— ¿Ha llamado usted? — dijo.

— No.

Llamó ella, abrió la puerta una moza grandullona y preguntó á Quintín lo que deseaba.

— Dele usted al señor marqués mi tarjeta — dijo él — y dígale usted que he venido á saludarle.

— Pase usted.

Entró Quintín. Deseaba que el señor marqués no quisiera recibirle, para de este modo rehuir una visita enojosa; pero no se cumplió su deseo, pues al breve rato la moza grandullona le dijo que hiciera el favor de seguirle.

Recorrieron una galería con ventanas que daban al patio de la fuente; luego cruzaron dos grandes habitaciones obscuras hasta salir á un salón de techo alto, con artesonado de cuero y alfombra roja deslustrada por los años.

— Siéntese usted, que ahora vendrá el señor— le dijo la criada.

Quintín no se sentó y estuvo contemplando la sala. Era grande, rectangular, con tres balcones al huerto, anchos y muy separados. Tenía aquella estancia un aire completo de desolación. En las paredes pintadas, llenas de desconchaduras, había retratos de cuerpo entero de señores con uniforme y hábitos de nobleza; algunos cuadros tenían el lienzo roto; otros, los marcos carcomidos por la polilla; los sillones de cuero, desvencijados, se bamboleaban al apoyar la mano en su respaldar; dos tapices antiguos con figuras de relieve que ocultaban las puertas, estaban llenos de desgarrones; en los artesonados del techo, las arañas tejían sus telas blancas; un reloj muy complicado del siglo XVII, con la esfera y el péndulo de cobre, no andaba, y sólo disonaba en este salón, viejo y arcaico, la chimenea francesa, donde ardían unos leños, y un relojito dorado puesto sobre la tabla de mármol, que como buen advenedizo llamaba la atención de un modo impertinente.

Pasado un momento de espera se corrió una cortina y apareció en la sala un viejo encorvado,

seguido de un jorobadillo patizambo, bizco, cano y vestido de negro.

— ¿Dónde está el muchacho? — preguntó el viejo con voz cascada.

— Lo tienes delante — contestó el jorobado.

— ¡Acércate! — exclamó el marqués dirigiéndose á Quintín —. No veo bien.

Se acercó Quintín, y el viejo le agarró de la mano y le miró muy de cerca.

— Anda, siéntate á mi lado. ¿Has estado bien en el colegio?

— Sí, señor marqués.

— No me llames así — murmuró el viejo dando una palmada en la mano de Quintín —. ¿Y has aprendido el inglés?

— Sí, señor.

— ¿Pero, bien?

— Lo hablo igual que el castellano.

— El inglés es muy fácil — dijo el jorobado que se había sentado en el suelo —. *Yes*, quiere decir yesca; *verigüel*, muy bien, y lo demás con decir yo coger, yo marchar, yo decir, ya se sabe inglés.

— Cállate, Colmenares — dijo el marqués — y no seas tonto.

— Más tonto eres tú que yo — replicó el enano.

El viejo, sin parar cuenta en él, dijo á Quintín:

— Ya sé, ya sé que no has hecho ninguna nueva locura.

El jorobado lanzó una carcajada estridente.

— Pues entonces no es de tu familia — exclamó —, porque en tu familia todos, empezando por tí, sois unos mentecatos.

— Cállate bufón, cállate, porque si no te voy á calentar las costillas.

Esta amenaza en boca de un octogenario achacoso era completamente cómica; pero el jorobado pareció tenerla en cuenta y comenzó á hacer muecas y á reir en silencio.

— Mira, Colmenares — dijo el viejo —; hazme el favor de llamar á Rafaela. ¿Quieres?

— Bueno.

Salió el jorobado, y el marqués y Quintín quedaron solos.

— Pues sí, muchacho; he preguntado varias veces á tu madre por ti. Me decía que estabas bien, que te aplicabas. Me alegro mucho de verte —; y volvió á coger la mano de Quintín entre las suyas, débiles y trémulas.

Quintín contemplaba al viejo enternecido, sin saber qué decir. En esto entró el jorobado, y tras él una muchacha y una niña. La niña era la que Quintín saludara en la escalera; la muchacha la misma que Quintín había visto hacía muchos años probablemente en aquel mismo cuarto.

Quintín se levantó á saludarlas.

— Rafaela — dijo el anciano dirigiéndose á la mayor —; este muchacho es pariente nuestro. No voy á recordar cosas que me entristecen; lo único

que quiero es que sepan ustedes que son parientes. Quintín vendrá aquí á menudo, ¿verdad?

— Sí, señor — contestó él cada vez más asombrado del giro que tomaba la entrevista.

— Bueno, nada más.

En esto el jorobado, dando en la manga al marqués, le preguntó:

— ¿Quieres que toque para que nos oiga?

— Sí, toca.

El jorobado trajo una guitarrilla en forma de laud, arrastró un taburete y se sentó á los pies del marqués. Luego comenzó á puntear en las cuerdas, con sus manos largas y finas como patas de araña. Tocó un paso doble de guitarrista, y después, con gran asombro de Quintín, el viejo comenzó á cantar. Cantaba con una voz cascada una canción patriótica, muy vieja, que terminaba con este estribillo:

Ay mi patria, patria mía
y también de mi querida;
luchar valiente por patria y amor
es el deber del guerrero español.

Al concluir la canción las nietas le abrazaron al viejo, que sonreía muy contento.

Quintín se figuraba que le habían transportado á otro siglo. Aquella casa destartalada, el señor viejo, el bufón, las muchachas hermosas, todo tenía un aspecto inusitado.

Las hermanas eran bonitas; Rafaela, la mayor, era todo simpatía; de unos veintitrés á veinticua-

tro años; con los ojos azules, claros, unos ojos de color de raso pálido; el pelo rubio, la nariz recta y la sonrisa llena de encanto. No tenía la frescura de la primera juventud, había en su rostro algo de marchitez, quizás esto le daba mayor atractivo.

La cara de Remedios, la niña, era más incorrecta, pero más decidida; tenía los ojos grandes, negros y la expresión entre audaz, infantil y arrogante. De vez en cuando tenía una risa silenciosa, llena de malicia.

Cuando Quintín creyó que había pasado un término prudente de tiempo, se levantó, dió la mano á las dos muchachas y luego se acercó vacilante al viejo, que le echó los brazos al cuello y le abrazó sollozando.

Saludó al jorobado con una inclinación de cabeza, el cual apenas le contestó; bajó la escalera, y al llegar al vestíbulo, el hombre que le había abierto al entrar la cancela le preguntó:

— Dispénseme usted, señorito; ¿usted es el que ha vuelto hace poco de Inglaterra?

— Sí, señor.

— Me lo había figurado. ¿Y va usted á quedarse en Córdoba?

— Creo que sí.

— ¿Entonces le veremos á usted?

— Sí, vendré de cuando en cuando.

Se saludaron los dos estrechándose la mano, y salió Quintín á la calle.

— Este viejo es mi abuelo — dijo Quintín —, no puede ser otra cosa. Su emoción, el aire conmovido. No puede ser otra cosa.

Quizás lo mejor sería preguntarle á su madre claramente las circunstancias de su nacimiento; pero temía ofenderla.

Pronto se olvidó de esto y comenzó á pensar en la muchacha rubia, en Rafaela. Era bonita. ¡Ya lo creo! Los ojos claros, dulces; la sonrisa amable, y sobre todo la voz, una voz opaca, le habían llegado á Quintín al alma; pero como Quintín no era un soñador, sino un beocio, un horaciano, como había dicho él, asoció á los ojos azules y dulces de Rafaela la casa solariega, el hermoso huerto, la riqueza que aún debía conservar la familia.

Los días siguientes á esta visita, Quintín se dedicó á reflexionar sobre este punto.

Era Rafaela una presa admirable, bonita, amable, aristocrática. El debía intentar su conquista. Es verdad que era un bastardo. Esto le daba ganas de reir, le parecía una cosa de ópera, podría cantar la romanza de *El Trovador*

Deserto sulla terra.

Bastardo y todo, consideraba posible el intento. El era alto, guapo, y sobre todo fuerte. En Eton había visto que, en el fondo, el atractivo mayor en el hombre para las mujeres es la fuerza.

Decían que la casa del marqués se arruinaba;

él la salvaría de la ruina y la arreglaría espléndidamente. Luego, todo el que estorbase, á la calle. El gran plan.

Verdaderamente Rafaela era una presa admirable. Casarse con ella y vivir en aquella casa suntuosa, entre las dos hermanas, hasta sanear la hacienda. ¡Vaya una vida! Escribiría á sus amigos de colegio, les contaría su boda con una andaluza descendiente del Cid, y les describiría los patios poblados de naranjos... Entonces podría decir como su poeta: «Que nos refresquen pronto en el vecino arroyo esta botella del ardiente Falerno». Después... ya eran nuevos capítulos, apenas delineados en su imaginación...

Se presentaría desde el principio como un hombre romántico, idealista, despreciador de las impurezas de la realidad. Manifestaría por ella un entusiasmo respetuoso, como el de un hombre que no se atreve á soñar siquiera tanta dicha.

— Tú vencerás Quintín, tú vencerás — se dijo alegremente —. ¿Qué deseas tú? Vivir bien, tener una hermosa casa, no trabajar. ¿Acaso esto es un crimen? Y si fuera un crimen, ¿qué? No le llevan á uno por eso á la cárcel. No. Tú eres un buen beocio, un buen cerdo de la piara de Epicuro. Tú no has nacido para viles menesteres de comerciante. Finge un poco, hijo mío, finge un poco; ¿por qué no? Afortunadamente para ti, eres un gran farsante.

CAPITULO V

¡Los nobles caserones antiguos!

Una semana después, un día lluvioso, que recordaba el de su primera visita, Quintín se acercó al palacio. A pesar de su epicurismo y de su beocia, no se atrevió á entrar; pasó de largo hasta el Campo de la Madre de Dios.

Se asomó al pretil del río. Venía el Guadalquivir turbio, de color de arcilla; algunos pescadores, en barcas negras, tendían sus redes en las proximidades de la presa y del molino de Martos; otros, de caña, subidos á las rocas del Murallón, esperaban pacientemente á que picasen los sábalos.

Volvió Quintín de nuevo, indignado por su debilidad, á la calle del Sol, y al llegar frente á la casa desapareció de nuevo su energía. Afortunadamente para él, el hombre que le había abierto la cancela días antes estaba sentado en el zaguán en un poyo.

— Buenas tardes — le dijo.

— Buenas tardes, señorito. ¿Viene usted á ver al señor marqués?

— No; iba paseando.

— ¿No quiere usted entrar?

— Bueno. Entraré un rato.

Abrió el viejo la cancela, la volvió á cerrar y tomaron por la larga galería. Al final, después de subir dos escalones, salieron al huerto. Era hermoso y grande; las paredes se hallaban ocultas por el follaje de los naranjos y limoneros, abiertos en abanico. Limitaban las avenidas arrayanes recortados, y en el suelo, los musgos amarillos y verdes tapizaban las piedras.

— Yo cuido de este jardín desde hace cincuenta años — dijo el hombre.

— ¡Caramba!

— Sí; empecé á trabajar á los diez y ocho años. Ahora esto está muy abandonado porque yo ya no puedo.

— ¿Y cómo son tan altos estos naranjos del centro?

— Los naranjos así encerrados crecen más que en el campo — contestó el jardinero.

— ¿Y qué hacen ustedes con tanta naranja?

— El amo las regala.

En un extremo del jardín había un estanque rectangular. En uno de sus lados largos se levantaba un frontón de piedra berroqueña, adornado con gruesos y toscos jarrones, que se reflejaban en el agua verdosa é inmóvil.

Contemplaba Quintín el agua tranquila del estanque, cuando oyó las notas vacilantes de un estudio de Czerny en el piano.

— ¿Quién tocará? — preguntó Quintín.

— La señorita Rafaela, que está dando la lección á su hermana. ¿Por qué no sube usted?

— Sí, hombre, voy á subir.

Y con el corazón palpitante, Quintín salió del huerto y subió las escaleras. Llamó, y la criada, alta y seca, le hizo pasar por unas cuantas habitaciones hasta un cuarto en donde Remedios tocaba el piano, y Rafaela, un poco más atrás, llevaba el compás sobre un libro de música abierto.

Una criada vieja al lado del balcón cosía.

Saludó Quintín á las dos hermanas; Rafaela le dijo:

— ¡Cuántos días sin venir por aquí! Mi abuelo ha preguntado muchas veces por usted.

— ¿De veras? — preguntó tontamente Quintín.

— Sí, muchas veces.

— No he podido venir; además, temía ser importuno, molestarles á ustedes.

— ¡Por Dios!

— Ya ve usted, han suspendido la lección por mí.

— No. La íbamos á terminar — dijo Remedios —. ¡Anda! — añadió dirigiéndose á Rafaela — ¿Por qué no tocas tú para que te oiga?

— ¡Ah!, otro día.

— No. Toque usted — dijo Quintín.

— ¿Qué quiere usted que toque?

— Lo que usted quiera.

Rafaela tomó un cuaderno, lo colocó en el atril y lo abrió.

Quintín pudo leer en la pasta que ponía: Mozart. Escuchó una sonata en silencio; no comprendía gran cosa de música clásica, y mientras la muchacha tocaba, Quintín estuvo pensando en la exclamación más propia que habría que hacer cuando concluyera.

— ¡Oh! ¡Muy bien! ¡Muy bien! — exclamó — ¿De quién es esta música tan deliciosa?

— Es de Mozart — contestó Rafaela.

— ¡Es admirable! ¡Admirable!

— ¿Y usted no toca el piano, Quintín?

— Muy poca cosa. Algo para acompañarme á cantar.

— ¡Ah!, ¿pero canta usted?

— En el colegio cantaba algo; pero tengo mala voz y lo hago mal.

— Bueno, cante usted; si lo hace usted mal, ya se lo diremos — dijo Rafaela.

— Sí, ¡que cante!, ¡que cante! — exclamó Remedios.

Quintín se sentó al piano y preludió el aria del conde de Luna de *El Trovador:*

Il balen del suo sorriso
d'una stella vince al raggio.

Luego comenzó la canción con una voz de barítono bien timbrada, y al llegar al final de la romanza dió á su voz una expresión de melancolía profunda:

Ah l'amor, l'amore ond'ardo
le favelli in mio favor
sperda il sole d'un suo sguardo
la tempesta, ¡ah!..., la tempesta del mio cor.

Y repitió la frase con un acento cada vez más expresivo. Cualquiera hubiese dicho al oirle que, efectivamente, la *tempesta* hacía estragos en su corazón.

— ¡Muy bien! ¡Muy bien! — exclamó Rafaela.

Remedios aplaudió alegremente.

— Va á llover — advirtió la vieja criada mirando al cielo.

— Por lo mal que lo he hecho yo — dijo Quintín riendo.

Se acercaron al balcón. El cielo se ennegrecía; comenzaba á llover. La lluvia densa caía en líneas oblicuas y brillaba en las hojas verdes de los naranjos y en los tejados musgosos; en el estanque, el continuo salpicar de las gotas producía como un hervidero...

De pronto cesó la lluvia, salió el sol y todo el jardín relució como un ascua; resplandecieron las naranjas entre el follaje húmedo; los jaramagos verdes mancharon con su nota gaya los relucientes y grises tejados; un campanario, negro, ve-

tusto, de una torre se destacó chorreando agua, y en la sierra sonrieron unas cuantas huertas blancas.

— *Ezte e el zo de loz gitanoz* — dijo Remedios, que á veces tenía una pronunciación exageradamente andaluza.

Quintín se echó á reir; le hizo mucha gracia la manera de hablar de la chiquilla.

— No se ría usted — dijo Rafaela á Quintín con una seriedad aparente —. Es muy susceptible mi niña.

— ¿Qué le has dicho? — preguntó Remedios á su hermana.

— ¡Ah, qué bribona! Ya lo ha oído — exclamó Rafaela cómicamente; y cogiendo de la cintura á la niña la besó en el cuello.

Comenzaba á escampar; las nubes negras corrían, dejando descubierto el cielo; un rayo de sol iba á dar sobre una torre formada por dos arcos y un tercero encima. En los tres huecos se veían las campanas inmóviles; en la punta se levantaba un San Rafael con las alas abiertas.

— ¿Qué es esa figura? — preguntó Quintín.

— Es de la iglesia de San Pedro — contestó la criada.

— ¿Pero es como una veleta?

— No; creo que es de bulto.

— Ya ha dejado de llover — dijo Remedios, y añadió dirigiéndose á Quintín: — ¿Has visto la casa?

— No — contestó Quintín.

— Esta habla de tú á todo el mundo — advirtió Rafaela.

Salieron del cuarto, y en un gabinete próximo le enseñaron á Quintín varios espejos biselados, una vitrina llena de miniaturas, de cajitas labradas, collares antiguos, dos vargueños incrustados de nácar, mayólicas de colores vivos y cornucopias de lunas borrosas.

— Es el cuarto de mi madre — dijo Rafaela —: lo tenemos igual que cuando ella vivía.

— ¿Murió hace mucho?

— Hace seis años.

— Anda, vamos — dijo Remedios agarrándole de la mano y mirando á su hermana á la cara con sus grandes ojos inquietos.

Bajaron los tres la escalera y recorrieron la galería que iba del zaguán al huerto. Había á un lado y á otro una infinidad de cuartos, unos grandes y obscuros, con armarios y muebles arrumbados á las paredes; otros pequeños, con escaleras para subir á ellos. Al final de la galería estaban las cuadras, larguísimas, con ventanas enrejadas. Entraron.

— Ya verá usted qué caballo tenemos aquí — dijo Rafaela —. ¡Pajarito!, ¡Pajarito! — gritó, y se acercó un borriquillo blanco que comía hierba en un rincón.

En la misma cuadra había un coche enorme,

pintado de amarillo, lleno de adornos, con unas ventanas muy chicas y el escudo de la casa en las portezuelas.

— Este era el coche que llevaba el abuelo — dijo Rafaela.

— Pero para arrastrar esto necesitarían más de dos caballos.

— Sí, solían ponerle ocho.

— Estas muchachas son de un estoicismo admirable — pensó Quintín.

Después de las cuadras vieron los corrales y la bodega, grande, con enormes tinajones enterrados en el suelo, que parecían gigantes.

— Aquí no se puede entrar — dijo Rafaela irónicamente.

— ¿Por qué?

— Porque á esta tonta, y agarró á su hermana, le asustan las tinajas.

Remedios no contestó; siguieron adelante, cruzando pasillos tortuosos, con escondrijos, y corredores laberínticos, y desembocaron en un huerto grande y abandonado.

— ¿Quieres entrar? — preguntó Rafaela á Remedios.

— Sí.

— ¿No te da miedo la gineta ya?

— No.

— ¿Qué pasa? — preguntó Quintín.

— El jardinero tiene aquí un bicho metido en una jaula y nos asusta y nos parece un monstruo.

— Eres mala — dijo Remedios á su hermana —. ¿A que voy donde está la gineta y la saco de la jaula y la cojo en la mano?

— No, no, porque te morderá.

— ¿Y dónde está ese monstruo? — preguntó Quintín.

— Ahora lo veremos.

Era una especie de comadreja con un rabo largo y una mirada furiosa.

— Sí que tiene facha de malo este bicho — dijo Quintín.

Recorrieron el huerto abandonado; una alfombra espesa de lampazos y beleños, de digitales y de ortigas, cubría el suelo. En medio, rodeado de un círculo de arrayanes amarillos, se levantaba un cenador con una puerta podrida; dentro de él se advertían en las paredes restos de pintura y de dorado. En la vieja tapia se enredaban las hiedras. Envuelta en su follaje negruzco, y adosada á la pared, se adivinaba una fuente con una cabeza de medusa, por cuya boca, de un caño roñoso salía un hilo cristalino que caía sonoro sobre el pilón cuadrado, lleno de agua hasta los bordes. Había para subir á la fuente dos anchos escalones musgosos, y los hierbajos y las higueras silvestres nacían en las junturas, levantando las losas. Entre las hierbas brotaba un pedestal de mármol, y un naranjo silvestre, con sus frutos pequeños y rojos, parecía salpicado de sangre.

— En el verano hay por aquí toda clase de bichos — dijo Rafaela —. Los lagartos vienen á beber á la fuente. Hay algunos preciosos, con la cabeza tornasolada.

— Esos son enemigos de las mujeres — advirtió Remedios.

Quintín se echó á reir.

— Son tonterías que le dicen las criadas — repuso Rafaela —. Ya las he prohibido yo que la cuenten nada.

Volvieron los tres al corredor.

— ¿Y la azotea? No le hemos enseñado la azotea — dijo la niña.

— Bueno, vamos á verla.

— El señor Juan tendrá la llave; se la voy á pedir.

Remedios salió corriendo en busca del jardinero y volvió en seguida.

Subieron por la escalera principal hasta una puerta, próxima al techo.

— ¡Qué artesonados! — exclamó Quintín.

— Están llenos de murciélagos — dijo Rafaela.

— Y de *zalamandraz* — añadió Remedios.

Quintín contuvo la sonrisa.

— ¡Qué gracioso! ¡Vaya una gracia! — murmuró la niña incomodada.

— No me río de lo que ha dicho usted — repuso Quintín —. Es que me ha recordado que, de chicos, nosotros decíamos también así.

— Si esta habla como los manteses de la calle — dijo Rafaela.

— Pues no quiero nada contigo — gritó Remedios —. Siempre me estás diciendo cosas.

— Anda, niña, anda, no vaya á venir la gineta y te quiera comer.

— Aquí no podría.

De la puerta, por un corredor, salieron á una ancha terraza enlosada, con barandado de hierro.

— Vamos más arriba — dijo Remedios.

Subieron una escalera de caracol, por dentro de una alta torrecilla, hasta salir á una pequeña azotea, desde la cual se dominaba casi todo el pueblo.

Soplaba el viento con fuerza. Desde allá arriba se veía Córdoba, un amontonamiento de tejados grises y de paredones blancos, entre los cuales se adivinaban las callejuelas como líneas tortuosas, inundadas de luz. En el fondo aparecía Sierra Morena como una ola negruzca, y sus cabezos redondos se perfilaban con una ondulación suave en el cielo, ya limpio de nubes. Se destacaban las huertas, muy blancas, en la falda de la sierra, y en el comienzo de las estribaciones de la obscura muralla formada por los montes, sobre un cerro puntiagudo, se erguía un castillo roquero.

Hacia Córdoba la Vieja brillaban los prados, humedecidos, con un verde luminoso; en la campiña se extendían hasta perderse en lo lejano las

tierras de sembradura, interrumpidas á trechos por alguna loma parda cubierta de olivares.

— Voy á subir el anteojo — dijo de pronto Remedios.

— No te vayas á caer — le advirtió su hermana.

— ¡Ca!

Quedaron solos Rafaela y Quintín.

— ¡Qué graciosa es su hermana de usted — dijo él.

— Sí. Es lista como una ardilla, pero susceptible como nadie. La cosa más pequeña la ofende.

— ¿La habrá usted mimado demasiado?

— Claro; tengo diez años más que ella. Para mí es como una hija.

— Debe quererla á usted mucho.

— Sí; yo la acuesto y la duermo todavía. ¡Tiene á veces unas rabietas por cualquier cosa! Es de un corazón de oro.

En esto llegó la niña con un anteojo que abultaba más que ella.

— ¡Qué chiquilla! — exclamó Rafaela tomando el anteojo de manos de Remedios.

Colocaron el anteojo sobre la cerca de la azotea y miraron alternativamente.

Iba ya avanzando la tarde; por encima de los tejados húmedos se levantaban torres amarillas, campanarios rosados, luceros de cristales, relucientes con los últimos rayos del sol; alguna cú-

pula ancha, pizarrosa destacaba su mole en el horizonte; algún ciprés sobresalía como una pirámide negra entre los paredones blancos, y los miles de tejados grises; y las veletas de hierro, unas con un San Rafael apacible, otras con un dragón rampante de fieras garras y puntiaguda lengua, se erguían sobre los caballetes y las tejavanas y adornaban los viejos campaniles, cubiertos de pátina por el sol de los siglos...

Hácia Poniente, el cielo fué tiñéndose de rosa; nubes incendiadas pasaron por encima de la sierra. El sol se ocultó; el fuego de las nubes se convirtió en grana, en nácar, en ceniza fría. Ya la noche con su mirada negra acechaba la ciudad y el campo. El viento comenzó á murmurar en los árboles, agitó las persianas y las cortinas, secó rápidamente los tejados. Una campana volteó, y su tañido grave se extendió en el aire silencioso.

Lentamente fué invadiendo el cielo un azul profundo, obscuro, morado en algunas partes; brilló Júpiter en lo alto con su luz de plata, y la noche se posesionó de la tierra, una noche clara, estrellada, que parecía la continuación pálida del crepúsculo.

Desde el jardín de la casa subía un perfume fresco de los mirtos, de los naranjos, de efluvios de plantas y de tierra mojada.

— Vámonos ya—dijo Rafaela—, que hace frío.

Bajaron las escaleras. Quintín se despidió de las dos muchachas, y salió á la calle.

CAPÍTULO VI

De un encuentro que tuvo Quintín en las proximidades del Potro

DURANTE una semana Quintín paseó la calle del Sol de día y noche, buscando una ocasión de ver á Rafaela sin ir á su casa. No le parecía bien volver tan pronto, temía pasar por importuno y le hubiera gustado que una casualidad, más bien aparente que real, pues Quintín rondaba las proximidades del palacio, le hubiese proporcionado un encuentro con Rafaela.

Una noche de Enero, tibia, Quintín salió de casa con intención de pasar por delante del palacio de la calle del Sol.

Era una noche hermosa, serena, no se movía ni una ráfaga de viento. La gran faz de la luna brillaba en el cenit redonda, muy alta, y su luz dividía las calles en una zona blanca y otra negra azulada.

Algunas plazuelas parecían cubiertas de nieve, tan blancas estaban las paredes de las casas y las piedras del suelo.

Callejeando, distraído, Quintín se acercó á la Mezquita; sus muros se alzaban sombríos y negros como los de una fortaleza; sobre el dentellado de sus almenas la luna corría vertiginosamente, en el fondo azul, velado, del cielo.

— Todo esto tiene algo de sueño — pensó Quintín.

Nadie transitaba por allá y los pasos resonaban fuertes en el empedrado.

Se dirigió Quintín al Potro, para ir hacia la calle del Sol, casi al otro extremo del pueblo, é iba pensando en las mil contingencias favorables ó adversas que podían intervenir en sus planes cuando un chiquillo jorobado se le acercó corriendo, y le dijo:

— Zeñorito, una limozna, que eztamos mi madre y yo zin comé.

— ¡A esta hora sales á pedir limosna! — murmuró Quintín —. Pues á bien que vas á encontrar mucha gente por aquí.

— Ez que mi madre ze ha desmayao.

— ¿Y dónde está?

— Aquí, en esta calle.

Entró Quintín en un obscuro callejón, y no hizo más que entrar cuando se sintió agarrado por brazos y piernas, luego atado por los codos y vendado con un pañuelo.

— ¿Qué hay? ¿Qué quieren de mí? — exclamó Quintín tratando en vano de desasirse —, todo el dinero que tengo lo daré.

—Cáyese osté—dijo una voz ronca, con acento gitano —, y véngase con nosotro, que hay arguienque tié que arreglá una cuenta con osté.

— ¡Conmigo! Conmigo no hay nadie que tenga que arreglar nada.

— Sonsi, compae, y vamo andando.

— Vamos. Quitadme el pañuelo, que yo iré á donde me digan.

— No pué ser.

Quintín, al verse así dominado, sintió que la sangre le subía á la cabeza de ira. Echó á andar dando tropezones. A los veinte pasos se detuvo.

— Digo que iré donde sea.

— No señó.

Quintín se asentó bien en la pierna izquierda, y con la derecha soltó una patada por donde había oído la voz. Se oyó el golpe de un cuerpo en el suelo.

— ¡Ay! ¡Ay! — gimió una voz —. Me ha dado en la cadera. ¡Ay!

— O anda osté ó le zalto la tapa de los zezos— dijo la voz del gitano.

— Pero, ¿por qué no me quitan el pañuelo? — vociferó Quintín.

— Dentro de un momento.

Quintín siguió andando á trompicones, dieron varias vueltas. Quintín no conocía bastante las calles próximas al Potro para orientarse en su camino. Pasado un cuarto de hora, se detuvieron

todos y le hicieron entrar á Quintín en el portal de una casa.

— Aquí traemo á este gaché — dijo la voz del gitano.

— Bueno — repuso otra voz enérgica y altanera —. Soltadle.

— Le ha dejao mu mal herío ar Mochuelo — añadió el gitano.

— ¿Llevaba armas?

— No, pero le ha dado una patá que lo ha reventao.

— Bueno. Quitadle el pañuelo, que nos veamos las caras.

Quintín sintió que le desataban la venda, y se encontró en un patio delante de un hombrecito pálido y rubio, con un ademán decidido y un calañés en la cabeza. La luz de la luna esclarecía el patio, en las paredes colgaban jardineras y floreros, y arriba, en el espacio limitado por los tejados, resplandecía el azul de la noche, con una veladura lechosa.

— ¿A quién me traeis aquí? — exclamó el hombrecito —. Este no es el sargento.

— Toma. Pué é verdá. Na, que no hemo confundío.

— De buena se ha librado usted, amigo — exclamó el hombrecillo dirigiéndose á Quintín —. Si llega á ser el sargento, á esta hora tendrían que recogerlo á pedazos.

— ¡Bah! No sería tanto — dijo Quintín mirando con desprecio á aquel hombrecillo jactancioso.

— ¿Que no?

— Claro que no.

— ¿Usted sabe con quién está hablando?

— No, y lo más curioso es que no me importa tampoco el saberlo. Pero si quiere usted que nos rompamos el alma los dos á solas, venga usted conmigo y veremos si le toca á usted la de ganar ó la de perder.

— Yo no pierdo nunca, joven.

— Ni yo tampoco — contestó Quintín.

— A este mosito — replicó el gitano — habrá que dale una lisión pa enseñale á hablá á las presonas de caliá.

— Tú, Cantarote, te callas — dijo el hombrecillo del calañés —. Este caballero es un hombre, y habla como los hombres, y ahora mismo nos vamos á tomar aquí unas copas para celebrar la conocencia.

— Eso es hablar — repuso Quintín con cierta sorna.

— Pues vamos adelante. Venga usted por acá.

Entró el hombrecillo por una puerta, le siguió Quintín, bajaron tres ó cuatro escalones, y por un corredor aparecieron en un bodegón negro, apenas iluminado por varios candiles que colgaban del techo de unos alambres. Alrededor de una mesa larga y pringosa, sentados en bancos, se amontonaban más de una docena de personas,

de las cuales la mayoría jugaba al rentoy, y otros bebían y charlaban. Al entrar en el bodegón, Quintín y el hombrecillo del calañés se dirigieron á una mesilla y se sentaron uno frente á otro. El candil negruzco, colgado por un alambre de una viga del techo, destilaba gota tras gota un aceite verdoso que caía sobre la mugrienta mesa.

El hombrecillo mandó traer al tabernero dos vasos de vino blanco, y mientras llegaba, Quintín lo observó atentamente. Era un tipo rubio, pálido, con los ojos azules y las manos finas, blancas y bien cuidadas. A la mirada escrutadora de Quintín contestó él con otra fría, clara, componiendo su actitud.

En esto un hombre feucho y raro, que hablaba á borbotones enseñando unos dientes de caballo, grandes y amarillos, acercándose á la mesa, dijo al compañero de Quintín:

— ¿Quién es este *pipi,* señor José?

— Este *pipi* — contestó el otro — es un *gachó* terne, ¿sabes tú?, que se las puede ver con Dios.

— Pues más vale así.

Quintín contempló sonriendo al que le había llamado *pipi.* Era un tipejo de edad indefinible, afeitado, entre barbero y sacristán, de tan poca frente que el pelo le servía de cejas, y con una mandíbula de simio.

— Y este punto, ¿quién es? — preguntó Quintín á su vez.

— ¿Este? Este es un sinvergüenza muy mayor. Aquí anda rondando por si le dan algunas perras gordas de barato. Aunque viejo y mohoso, siempre le verá usted con mozas de partido y gente alegre. Pregunte usted en todo Córdoba por Currito Martín, y en todas partes sabrán decir quién es.

— En todas no, señor José — replicó Currito, que había escuchado impasible el panegírico, accionando con una mano de dedos sarmentosos —. Si le pregunta usted al obispo por mí, no me conoce.

— Pues yo le hubiera tomado á este señor por un sacristán — dijo Quintín.

— Sacristán de las mirlas y de las garduñas soy yo, para que usted lo sepa — dijo Currito picado —. A mí no me conocen más que en las tascas, en los casucos de la calle de la Feria, y en la Higuerilla.

— Y tienes bastante — dijo uno de los jugadores.

— Eso es verdad.

Dos mozos espectadores del juego se levantaron del banco y comenzaron á embromar á Currito. Era el bellaco socarrón y amigo de burlas, y contestó con gran cinismo á las pullas que le dirigieron.

— ¡Vaya una boquilla de ámbar, Currito! — le dijo uno de ellos.

— Del marqués — contestó él.

— ¡Vaya una capita, *gachó!* — dijo el otro volviendo los embozos de la capa que llevaba el truhán.

— Del marqués — volvió á repetir él.

— Este Currito — dijo el señor José — no tiene ni pizca de vergüenza; vive hace mucho tiempo de su mujer, que está enredada con un marqués, y hace alardes de cinismo. Pero á veces es buena persona. Ven acá, Currito.

Currito se acercó á la mesa.

— ¿Qué necesidad tienes tú — preguntó el señor José — de alardear de tu desvergüenza? Delante de mí no vuelvas á hacer eso. ¿Estamos? Porque te desuello.

— Está bien, señor José.

— Anda, toma una copa, y mira luego si por ahí, en los cuartos, está la Generosa.

Vació Currito el vaso de vino, se limpió los labios con el dorso de la mano, y salió del bodegón.

— ¿Usted es extranjero? — preguntó el señor José á Quintín.

— Me he educado fuera de España.

— ¿Y va usted á estar mucho tiempo en Córdoba?

— Creo que sí.

— Pues me alegro, porque me es usted simpático.

— Muchas gracias.

— Yo le diré á usted quién soy, y si después de saberlo no le parece mal, seremos amigos.

— Y antes también.

— No, antes no. Yo soy Pacheco el caballista; vamos, Pacheco el bandido. Ahora, si quiere usted ser amigo de Pacheco, aquí está mi mano.

— Aquí está la mía.

— Vaya, que es usted un mozo templado — exclamó Pacheco —. Así me gusta á mí la gente Juncal. Oiga usted. Cuando me necesite usted para algo, aquí me tiene usted, en la taberna del Cuervo. Ahora vamos á ver qué dice esta gente.

Se levantó Pacheco, y tras él Quintín, y se acercaron á la mesa de los jugadores.

— ¡Hola Pajarote! — dijo Pacheco al que llevaba la banca.

— ¡Hola, señor José! ¿Estaba usted ahí? No le había visto.

— ¿Qué hay por Sevilla y por la tierra baja?

— Nada, aburrición nada más. Todo está parado con el hambre y la miseria, y aquí está uno con estos *malange*, que le llevan á uno hasta el resuello, y ya empieza uno á renegar hasta del mismísimo San Rafael.

— Ya ha echado usted á perder el credo, compadre — dijo uno de los jugadores arrojando las cartas con rabia —. ¿Qué necesidad tenía usted de meterse con el ángel? Pues, mire usted, ya no juego.

Pajarote sonrió. Era un truhanazo, tahur, y le convenía pasar siempre como desgraciado mien-

tras iba limpiando de monedas á los amigos. Repartió las cartas.

— Envido — dijo un hombre bizco, con un ojo más alto que otro, á quien llamaban Charpaneja, con una voz aguda de jorobado.

— Envido seis — repuso roncamente un piconero apodado el Torrezno.

Se tiraron más cartas, y ganó, como antes, Pajarote.

— Yo no quiero jugar — chilló Charpaneja.

— ¿Y por qué? — preguntó el banquero.

— Porque todas tus jugadas son de farol.

— Es que tiene usted poco ánimo — repuso friamente Pajarote —; usted ha tenido salida de potro cordobés y parada de burro manchego.

En esto entró Currito, y acercándose al señor José, le dijo:

— No ha venido la Generosa. Los que están ahí en un cuarto de al lado son la señora Rosario con dos niñas y don Gil Sabadía.

— Pues vamos allá — dijo Pacheco.

Salieron él y Quintín de nuevo al patio, y entraron en un cuartito iluminado por un velón puesto sobre una mesa redonda. A la luz del velón se veía una vieja estantigua de nariz en gancho y barba con lunares, dos muchachas con flores en el pelo y un señor melenudo y barbudo ya machucho.

— ¡A la paz de Dios! — dijo al entrar Pache-

co —. ¿Cómo va don Gil? Buenas noches, señora Rosario, ¿qué hay de nuevo?

— Nada; aquí hemos venido á que tomen algo estas niñas.

— Diga usted esos pimpollos — interrumpió Currito.

— Muchas gracias, Currito — dijo una de las muchachas riendo.

— Niña — exclamó Pacheco —, tenga usted mucho cuidado con Currito, porque Currito se las trae.

— ¡Este! — replicó la vieja —. Este está ya en la comparsa de los desmayados.

— Yo estoy como el guía antiguo de la Mezquita — repuso el aludido — que cuando me veía me solía decir: «A ver si me da usted un trajecico viejo, que estoy más en ánima que resucitado».

— ¡Jesús! ¡Que poca gracia tiene! — dijo una de las niñas con un ademán desdeñoso.

— Pues de la gracia vivo, hija — contestó Currito picado.

— Pues maldita la que tiene usted, padre — replicó ella con el mismo gesto de enfado.

Calló Currito, mohino, y Pacheco presentó á Quintín al señor melenudo.

— Este caballero — é indicó á Quintín — es un valiente á quien he tenido el gusto de conocer esta noche por una confusión. El señor — y señaló al de las melenas — es don Gil Sabadía, la única persona de Córdoba que sabe la historia

de todas las calles, callejuelas y rincones de la población.

— No tanto, hombre, no tanto — replicó don Gil sonriendo.

— Lo que usted no sepa — repuso Pacheco — no hay nadie que lo sepa en Córdoba. Bueno. Si las niñas y ustedes quieren tomarse una botella de Montilla del superior, yo convido.

— Aceptado.

— ¡Cuervo! — gritó Pacheco saliendo á la puerta del cuarto.

Se presentó el tabernero, un hombre de unos cincuenta años, cargado de espaldas, mal afeitado, patillas de hacha y faja encarnada en la cintura.

— ¿Qué quiere el señor José? — preguntó.

— Tráete unas botellas del bueno.

Mientras llegaba el vino, volvieron á reñir la muchacha malhumorada y Currito.

— Cuide usted á esta niña — dijo Currito —, porque no está muy buena del sentido.

— ¡Quien habló! — exclamó ella con desprecio.

— Yo creo que esta muchacha padece la *tiricia*.

— ¡Jesús! ¡y que mala *follá* tiene este *tío!* — dijo ella.

— Oiga usted, niña — repuso Currito —, la voy á regalar para endulzarla la boca una merenga y un cachondo.

— Currito, que aquí no necesitamos cachon-

dos — replicó la otra muchacha con desenfado.

— ¡Niñas! no hay que asustarse — dijo la vieja con voz ronca.

— La he dejado colgada como un cuadro al fresco, ¿verdad? — preguntó Currito á Quintín.

— Yo no he visto nunca que los cuadros al fresco se cuelguen.

— Si es un *desaborío* — advirtió á Quintín la muchacha desdeñosa.

Vino el tabernero con la botella y las copas, y Currito cogió la botella y sirvió á todos.

— ¿A que usted que sabe tanto, don Gil, no sabe lo que dijo ese obispo italiano cuando estuvo á ver la Mezquita? — dijo Currito.

— ¿Qué dijo, vamos á ver? — preguntó don Gil con una sonrisa irónica.

— Pues se le acercó el canónigo Espejito, y le señaló el Cristo de la columna y le explicó cómo estaba hecho: «Este Cristo lo hizo un cautivo labrando la piedra con las uñas»; y el obispo le dijo: «No tendría malas uñas el que inventó eso.

— Sería un hereje — repuso la señora Rosario.

— Y á usted, compadre, ¿quién le ha contado esa grilla? — dijo don Gil.

— Me lo contó el Moji.

— Pues le engañó á usted como á un chino.

— No, señor, no me engañó — replicó Currito —; porque el Moji era un hombre para otro hombre, y el Moji no mentía, y el Moji...

— Pero me va usted á contar á mí lo que dijo

el obispo — exclamó don Gil — cuando estaba yo delante.

— Usted, ¡qué había de estar! Si fué en el tiempo que se marchó usted á Sevilla.

— Bueno, no estaba. Lo dijo Blas y punto redondo.

— Pero eso, ¿qué importancia tiene? — preguntó Quintín.

— Déjeles usted — interrumpió la muchacha malhumorada —. ¡Son dos tíos con más mala sombra!

— Don Gil — dijo Pacheco guiñando un ojo y riendo — no permite que nadie esté enterado de una cosa que él no sepa.

— Pues ¿á qué no sabe usted — saltó de pronto Currito — lo que dijo el Golotino cuando tuvo el pleito con el Manano?

— A ver, á ver. Eso es muy importante — afirmó Pacheco.

— Pues nada. El Golotino, como saben ustedes, tenía un rebaño con un par de docenas de cabras, y el Manano, que era piconero, había arrendado un monte, y por si las cabras habían entrado en el monte ó no, el Golotino y el Manano tuvieron un pleito, que perdió el Golotino. Estaba el escribano don Nicanor haciendo un inventario de los bienes del dueño de las cabras, y sumaba: dos y cuatro seis, y tres, nueve, me llevo una; catorce y seis veinte, y tres, veintitrés, me llevo dos; veintisiete y ocho treinta y cinco, y

seis, cuarenta y uno, me llevo cuatro. El Golotino creyó que cuando el escribano decía: me llevo una, iba á llevarse una cabra, y gritó medio llorando: «Puez pa ezo llevezelaz ozté toas».

— Eso no fué así — comenzó á decir el señor Sabadía, pero todo el mundo se echó á reir.

— Vaya, niñas. Vámonos á casa — dijo la señora Rosario.

— Yo me voy — saltó diciendo don Gil, enojado por las risas.

— Y yo también — añadió Quintín.

Se despidieron de Pacheco, y á las tres mujeres y á los dos hombres el tabernero les acompañó con el candil hasta la puerta. Cruzaron varios callejones y salieron á la parte baja de la calle de la Feria. Se detuvieron frente á una casucha blanca, llamó la vieja con los nudillos en la puerta, abrieron de dentro, y entraron la señora Rosario y las muchachas. Por una ventanilla de al lado de la puerta se veía un cuarto muy pequeño, blanqueado, con un zócalo de azulejos, una cómoda barnizada y floreros con flores de papel.

— ¡Qué jaula! ¡Qué casa más chica! — dijo Quintín.

— Todas las casas de este lado de la calle son así — contestó el señor Sabadía.

— ¿Y por qué?

— Por la muralla.

— ¡Ah! ¿pero había aquí una muralla?

— ¡No había de haber! Había la que separaba la ciudad alta de la ciudad baja. La ciudad alta se llamaba Almedina y la baja Ajerquia.

— Es curioso.

Tomaron por la calle de la Feria arriba. La ancha calle en cuesta, con sus casas altas, blancas, bañadas por la luz de la luna, presentaba un aspecto fantástico; las dos líneas de tejados se destacaban en el azul del cielo, rotas á cada instante por azoteas y tejadillos.

— Pues sí — añadió el arqueólogo —, esta muralla iba desde la Cruz del Rastro hasta la Cuesta de Luján, avanzaba después por la Zapatería y la Cuesta del Bailío y llegaba á la torre de la Puerta del Rincón, en donde terminaba.

— ¿De modo que cortaba el pueblo y no se podía pasar de un lado á otro? Pues era una gracia.

— No. ¡Qué disparate! Había puertas para pasar. Ahí arriba, cerca del Arquillo de Calceteros, estaba la Puerta de la Almedina, que en tiempo de los romanos se llamaba Piscatoria, ó de la pesca. El Portillo no existía, y cuando edificaron contra el muro, en el sitio que ahora ocupa, había una casa que en 1496 la compró la ciudad á su dueño Francisco Sánchez Torquemada para abrir un arco en el adarve. Este dato — añadió don Gil confidencialmente — procede de una escritura original que se conserva en el Ayuntamiento. Es un dato curioso, ¿eh?

— Curiosísimo.

Subieron á la Cuesta de Luján. Las calles vecinas estaban desiertas, en el interior de algunas casas se oía un vago rumor de guitarras, en las rejas pelaban la pava los enamorados.

— ¿Ve usted?—dijo don Gil mirando á la parte baja de la calle de la Feria —, por la línea que la luna hace en la calle iban los fosos de la muralla.

— Muy interesante — murmuró Quintín.

— ¿No se ha fijado usted en lo altas que son las casas en esta calle?

— Hombre, sí. ¿Y por qué es eso?

— Por dos razones — contestó don Gil hecho un dómine —. Primera, por ganar la altura que les quitaba la muralla, y segunda, porque aquí se celebraban antiguamente la mayoría de los espectáculos. Ahí se ejecutaba, se corrían toros y cañas, y durante los ocho días anteriores al de la Virgen de Linares, los calceteros tenían una gran feria. Por eso en las casas hay tantas ventanas y galerías, y la calle se llama de la Feria.

El arqueólogo se agarró al brazo de Quintín y se puso á contar una porción de historias y de leyendas. Recorrieron los dos callejones estrechos, plazoletas con casas blancas y puertas azules.

— ¿Usted no conoce aquí á nadie? — preguntó el arqueólogo.

— No.

— ¿A nadie absolutamente?

— No. Es decir... conozco á un muchacho de Córdoba que se ha educado conmigo en Inglaterra. Se llama... Quintín García Roelas. ¿Le conoce usted?

— A él no, pero conozco á su familia.

— Es un chico taciturno, callado. Me parece á mí que en la vida de ese muchacho hay alguna cosa rara. Me han contado algo...

— Sí, hay una historia interesante.

— ¿Usted la sabe?

— Claro — contestó don Gil.

— ¿Pero es usted discreto, y no quiere contarla?

— Es natural.

— Bueno, señor don Gil. Yo me voy; siento mucho dejar su agradable compañía, pero...

— ¿Se va usted?

— Sí, no tengo más remedio.

— Hombre. No se vaya usted. Le tengo que enseñar un rincón interesantísimo, con una historia...

— No, no puedo.

— Le llevaré á usted á un sitio que le ha de gustar.

— No, perdone usted.

— Le contaré á usted además la historia de su amigo y condiscípulo.

— Es que...

— Si es temprano todavía. No es más de la una.

— Bueno, vamos donde usted quiera.

Cruzaron casi todo el pueblo hasta salir al paseo del Gran Capitán.

— ¡Qué pueblo este! — exclamó don Gil —. A mí que no me hablen de Granada, ni de Sevilla; porque fíjese usted que Granada tiene tres aspectos: la Alhambra, Puerta Real y el Albaicín, que son tres cosas muy distintas. Sevilla es más grande que Córdoba, pero es ya más cosmopolita, se parece á Madrid; pero Córdoba no, Córdoba es una é indivisible, Córdoba está en su propia salsa. Esto es un pueblo.

Del paseo del Gran Capitán tomaron por los Tejares, y á mano derecha el señor de Sabadía se detuvo frente á unas casitas adosadas á una pared almenada. Eran cuatro, muy pequeñas, muy blancas, de un solo piso, estaban todas cerradas, menos una, que tenía la puerta únicamente entornada.

— Lea usted este cartel — dijo don Gil — señalando un letrero con un marco, pendiente á un lado de la puerta.

A la luz de la luna, Quintín leyó:

> Patrocinio de la Mata, viste cadáveres á todas horas del día y de la noche en que se le avise, á precios muy arreglados.

— ¡Demonio, que cosa más fúnebre! — exclamó después de leer esto Quintín.

— ¿Ve usted este casuco? — dijo don Gil —, pues aquí hay cada lío que Dios tirita. Pero vamos adentro.

Pasaron, y una voz cascada gritó:

— ¿Quién es?

— Yo, señora Patrocinio; don Gil Sabadía, que viene con un amigo. Tráiganos usted luz, que vamos á pasar un rato.

— Allá voy.

Bajó la vieja con un velón en la mano, é hizo entrar á los dos hombres en una salita en donde se sentía un olor fuerte de alhucema. Colocó el velón sobre la mesa, y dijo:

— ¿Qué quieren ustedes?

— Unas aceitunillas y un poco de vino.

Abrió la vieja una alhacena, sacó un plato con aceitunas, otro con mantecadas y dos botellas de vino.

— ¿Quieren ustedes algo más?

— Nada más, señora Patrocinio.

Salió la vieja y cerró la puerta.

— Qué tal el sitio, eh? — preguntó don Gil.

— ¡Magnífico! Ahora venga la historia de mi amigo Quintín.

— Antes de historias, bebamos. Por la de usted, compadre.

— Por la suya.

— Y vayan al aire todas las penas.

— Es verdad — exclamó Quintín —. Dejemos á los dioses el cuidado de aplacar los vientos, y gocemos de la vida, ya que nos lo permiten la fortuna, la edad y el negro huso de las tres hermanas.

— ¿Es usted lector de Horacio? — preguntó don Gil.

— Sí.

— Un motivo más para mí de simpatía. Otra copita, eh?

— Vamos allá. Venga la historia, compadre.

— Ahora va.

Carraspeó don Gil, y comenzó la historia de este modo.

CAPITULO VII

En donde se cuenta la historia de un ventorrillo de Sierra Morena.

A principios del siglo pasado, y como á mitad de camino entre Pozo Blanco y Córdoba, en uno de losre pliegues de Sierra Morena, sobre un pradillo fértil próximo á un olivar, se levantaba un ventorro denominado el Ventorro de la Sangre.

Su nombre procedía de una colisión sangrienta habida allí en tiempo de la francesada entre dragones y guerrilleros.

El terreno donde se asentaba el ventorro era un rasillo siempre verde, limitado por altas chumberas, próximo á un barranco, y cercano á un olivar, en el cual se advertían ruinas, vestigios de fortaleza y de atalaya. Este terreno pertenecía á un lugar metido en lo más áspero y quebrado de la sierra, y su nombre ahora no hace al cuento.

No era el ventorro muy grande ni muy espacioso; no tenía calidad de parador, ni aun siquiera de venta. Su fachada, de cinco á seis metros

de larga, enjalbegada de cal y agujereada por la puerta y tres ventanucos, daba á un mal camino de herradura sembrado de piedras sueltas; su tejado terrero se torcía hacia el suelo y se unía al de un cobertizo, en donde se hallaban las cuadras, el pesebre y el pajar.

Se pasaba la puerta de entrada del ventorrillo, en cuyo dintel colgaba un manojo de sarmientos, lo cual indica, para que usted lo sepa, que en la casa así adornada se vende zumo de uva, y se entraba en un zaguán miserable que era, además, cocina, despensa y á las veces dormitorio.

Allá, por los años de 1838 al 39, era dueño del Ventorro de la Sangre un hombre llamado el Cartagenero, de quien malas lenguas aseguraban haberse licenciado, y no de filosofía, en una universidad con alcaides por profesores y cabos de vara por bedeles. La verdad nadie la supo, indicios claros no había de la mala conducta del ventero; el hombre pagaba bien, se portaba como se portan los hombres, y era capaz, si se terciaba, de prestar un servicio á cualquier cortijero vecino.

Demostraba el Cartagenero, en su conversación amena y entretenida, haber viajado por muchas partes, por tierra y por mar; conocía los negocios del mesonaje, que tienen sus secretos como todas las cosas del mundo; no robaba mucho; era trabajador, sensato, hombre de bien, y si llegaba la ocasión, bragado, juncal y valiente.

Venía el Cartagenero al parecer huído, y esta misma condición suya le hacía ser muy reservado y taciturno y nada fisgón, y poco amigo de meterse en la vida de nadie.

A los seis años de estar regenteando la venta, el Cartagenero arrendó un molino de aceite; luego instaló una tejera, y con su actividad y perseverancia en el trabajo lo iba sacando todo adelante, cuando un día, aciago para él, cargando un carro de ladrillos cayó con tan mala suerte, que dió con la cabeza en la rueda de hierro y quedó muerto en el acto.

Desde aquel mismo día el ventorro comenzó á llevar muy mala marcha; la Cartagenera no quiso seguir en el arriendo del molino por no poder atenderlo, según decía; abandonó también el tejar por el mismo motivo y descuidó la venta sin pretexto alguno, aunque si no había motivo ni pretexto, había explicación, y ésta era el vicio de la Cartagenera que se daba al aguardiente, y la pereza y la gandulería de las hijas, dos vacas sin cencerro á cual más bellacas y haraganas.

La mayor de las hijas del Cartagenero se arregló con un tunante fanfarrón de aquí de Córdoba, y la otra, por no ir á la zaga de su hermana, tomó como hombre bueno á un ratero del campo de estos que llaman algarines, y entre el querido de ésta, y el amigo de la otra y el aguardiente de la madre, comenzó la casa á venirse á abajo.

Pronto los arrieros barruntaron la cosa; ya no

encontraban por allá, como antes, buen vino, ni una persona diligente que les aviase la comida y les echase el pienso á las caballerías; y esta vez porque el mediero se había marchado renegando, la otra porque el buhonero había tenido una riña, todos los parroquianos fueron desfilando, y al año no se apeaba un alma en la venta, y la madre y las hijas, con sus dos gachós correspondientes, se pasaban la vida insultándose y regañando, tendidos al sol en verano, quemando sarmientos en la chimenea en invierno y lanzando en todas las estaciones quejas amargas contra el destino adverso.

Al año de este régimen no quedaba en la casa nada que comer, ni que beber, ni que vender, porque se habían vendido hasta las puertas, y entonces determinó la familia deshacerse del ventorro. Los dos amigos de las hijas vinieron á Córdoba y propusieron el negocio á todos sus conocidos, y ya desesperaban de hacer changa cuando se presentó en el ventorro un granjero de por aquí, conocido por el Mojoso, hombre listo y de chapa y propietario de una recuada de cinco borriquillos muy cucos.

Entró el Mojoso en tratos con la viuda, y por menos que nada se quedó con el establecimiento. Era el Mojoso avisado y comprendió en seguida la situación del ventorrillo, y pensó en los medios conducentes para restablecer el crédito de la casa. Lo primero que se le ocurrió á los pocos

días de instalarse en la venta, fué cambiarla el nombre, y á un pintor amigo suyo le hizo poner con letras gordas, sobre la cal de la pared, encima de la puerta, este letrero:

VENTA DE LA ENCRUCIJADA

Tenía el Mojoso mujer y tres hijos, uno varón, minero en Pueblo Nuevo del Terrible, y dos muchachas, y con éstas y la mujer se estableció en la venta.

La mujer, á quien llamaban la Temeraria, era una matrona alta y fuerte, trabajadora y decidida; las hijas dos reales mozas, pero demasiado señoritas para vivir en aquel desierto.

El Mojoso era un flamenco aficionado á los toros, dicharachero y un poco fanfarrón. Como hombre que había pasado la infancia en el barrio del Matadero, que es la cátedra del toreo más fino de todo el orbe, sabía distinguir de suertes.

Al principio, el Mojoso no abandonó su recua; eran pocos los rendimientos del ventorrillo y no le pareció oportuno dejar su oficio de harruquero; pero en vez de andar por las calles de Córdoba se dedicó á ir y á venir por los pueblos de la sierra llevando trigo á moler, subiendo útiles de labranza á los cortijos y haciendo una porción de comisiones y de favores que le iban dando amistades por los contornos.

Cuando no tenía encargo ni comisión que hacer, llevaba piedra en sus borricos á su casa y

la amontonaba debajo del cobertizo. Al año de esta faena, cuando reunió la suficiente, llamó á un albañil de Córdoba, y bajo su dirección, entre la Temeraria y él y las hijas y un mozo que tomaran de criado, alargaron la casa, la levantaron un piso, la tejaron y la blanquearon.

El Mojoso tuvo que vender la recua para pagar los gastos, y se quedó sólo con un borriquillo. Ya los arrieros iban picando de nuevo en la antigua costumbre de pararse en la venta.

El vino en los primeros meses era puro, y había un pardillo y un clarete que hacía ya muchos años no se conocían por allá. Poco á poco la venta comenzó á cobrar fama; se reunía allí gente animada y alegre; el vino empeoró, según el dictamen de los inteligentes, pero no faltaba bueno si el parroquiano que lo pedía tenía trazas de pagar sin protesta ni reparo el triple ó el cuádruple de su valor; durante la matanza había lomo á discreción, y en las demás épocas del año chorizos, morcillas y otros embutidos.

El Mojoso aprendió su nuevo oficio á la carrera. Sin duda el hombre era ladrón *a nativitate*. Aguaba el vino y juraba en falso, diciendo que era el único puro que se vendía en toda la sierra; echaba pimienta en el aguardiente; sisaba en la cebada y en la paja; embrollaba las cuentas, y siempre salía ganancioso.

Casi todos los días marchaba á la ciudad con su borriquillo con el pretexto de hacer compras;

pero la verdad es que su viaje obedecía á algunas instrucciones y órdenes que enviaban á los pobrecitos de la cárcel algunos hombres tímidos que andaban por la sierra trabuco en mano.

La Temeraria sabía ayudar á su marido; era mujer trabajadora y tranquila mientras no se metieran con ella, porque si alguien se atrevía á faltarla, era una loba, más ternejal que Dios. Tenía bastante ánimo para considerar el robo como cosa venial y permitida, y hasta para no encontrar extraordinario que un hombre tumbase á un miguelete y le dejase mascando barro en el suelo.

En fin, que marido y mujer eran los más redomados... mesoneros de por aquellos contornos. En la Venta de la Encrucijada podía pasar la noche con tranquilidad el viajero, y ya fuese hombre de orden ó tuviese alguna cuentecilla que ajustar con la justicia, ya fuese comerciante ó caballista, podía estar seguro de no ser molestado. Un día. . . . . .

. . . . . .

— Pero antes dígame usted, compadre — preguntó don Gil Sabadía á Quintín —, ¿qué le ha parecido el principio de la historia?

— Muy bien.

— ¿Le ha gustado á usted la exposición?

— Ya lo creo. Es usted un maestro.

— Gracias — exclamó don Gil satisfecho —. Por su salud, compadre.

— Por la suya.

— Ahora verá usted lo bueno.

. . . . . .

Un día lluvioso del mes de Febrero, al anochecer, estaban reunidos en la cocina de la Venta de la Encrucijada una gavilla de arrieros de un pueblo próximo. Hallábanse unos al amor de la lumbre sentados en dos bancos largos que había á los lados del hogar; otros, más lejos del fuego, en sillas y escabeles de pleita y cordelillo.

A la luz del candil negruzco y de las llamas de la candela se entreveía todo el ámbito de la cocina, que era grande, con la enorme chimenea de campana, el techo de vigas torcidas y negras por el humo, el piso de grandes losas y las paredes historiadas con una colección de tapaderas, cacerolas, cucharas de palo y jarras de color sujetas con clavos.

Platicaban los arrieros animadamente esperando la cena que la Temeraria aviaba en aquel momento en dos sartenes repletas de lomo y de patatas; el Mojoso llenaba el celemín de cebada que sacaba de un arcón; echaba luego el grano en un harnero de piel y lo entregaba á un mozo que iba y venía de la cocina á la cuadra.

Era ya al anochecer, llovía si Dios tenía qué, cuando sonaron golpes repetidos en la puerta.

— ¿Quién es? — gritó con voz recia el Mojoso —. Que pase quien sea.

Dicho esto, el posadero tomó un farolillo, lo

encendió con una tea, cruzó la cocina y se colocó en el zaguán con la luz en alto para ver quién entraba. Era el zaguán estrecho como un corredor; tenía las paredes de tablas, y en ellas, colgando por garabatos de madera, se veían diversas clases de albardas, serones, jáquimas y otros aparejos de cuero, tela y esparto. En el suelo de pedruscos, en cuesta, habían hecho su cama algunos arrieros, que dormían tranquilamente.

Volvieron á llamar en la puerta.

— Adelante — dijo el Mojoso.

Se abrió rechinando la media puerta de tablas, y se presentó en el umbral un hombre envuelto en una manta jerezana empapada en agua.

— ¿Hay posada? — preguntó el hombre.

— Hay buena voluntad — contestó el ventero —. ¿Viene usted á caballo?

— Sí.

— Pásele usted. Yo lo llevaré á la cuadra. Entre usted por aquí.

Entró el hombre en la cocina.

— ¡A la paz de Dios, caballeros! — dijo.

— El os guarde — contestaron todos.

Se adelantó el recién venido; se despojó de la manta adornada de grandes borlones, y se sentó en una silla de esparto al lado de la lumbre.

La hija mayor del ventero, por curiosidad más que por otra cosa, echó al hogar una brazada seca de jara, que comenzó á arder alegremente,

produciendo una llamarada y dejando en la cocina un olor de incienso.

A la luz de las llamas se veía que el recién llegado era un joven de unos veinte años, alto, fuerte, á quien no le apuntaba el bozo todavía. Eran sus trazas de caballero noble y principal; vestía traje corto, calzón ajustado con botones de plata, polainas de clavillos, faja azul, pañuelo de seda de color en el cuello y calañés pequeño y recogido. La huéspeda observó que los botones de la chorrera eran de diamantes.

— Mal tiempo tiene usted para viajar — le dijo.

— Malo es — contestó secamente el mozo sin apartar la vista del fuego.

Los arrieros examinaron en silencio al joven sin decir una palabra; volvió el Mojoso de dejar el caballo, trajo después un saco al hombro á medio llenar que vació en el arcaz; midió la cebada en el celemín y preguntó al caballero:

— ¿Qué le pongo á la bestia?

— Dele usted buena ración.

— ¿Le echaré dos cuartillos?

— Sí.

Salió el Mojoso con el harnero en una mano y el farolillo en la otra.

— Este es — murmuró para su capote — algún nene rico que ha hecho en Córdoba un estropicio. El caballo es hasta allá, la silla recamada. Este gaché pagará bien.

El Mojoso era un hombre que sabía su profe-

sión. Convencido de la categoría de aquel señorito, al volver á la cocina con semblante más risueño que de ordinario, le dijo:

— ¿Qué apetece su merced de cenar?

— Cualquier cosa.

— ¿Necesita cama?

— ¿La hay?

— Sí, señor.

— Bueno; entonces dormiré en cama.

— Está bien. Ahora la aviarán.

Sacó la huéspeda una de las grandes sartenes del fuego, echó su contenido en una fuente y colocó ésta sobre una mesita baja.

Se prepararon los arrieros para comer. La Temeraria tomó uno de los candiles negros por la tizne de la tabla de la chimenea, lo encendió, y viendo que no alumbraba bien, se sacó una horquilla del pelo, la clavó en la mecha del candil para despabilarlo y airear la torcida, y hecho esto lo sujetó por la uña del garabato en una viga saliente de la pared.

— Saca vino, Mojoso — le dijo luego á su marido.

El ventero pasó detrás de un mostrador que tenía á la entrada de la cocina, á mano derecha, y desató primero un pellejo, del cual llenó dos grandes botas, y luego del otro, con gran cuidado para que no se vertiera el vino, llenó una jarrita de Andújar. Una de las botas grandes la colocó en la mesa en donde se habían sentado los

arrieros, quienes charlando esperaban que estuviese aderezada su cena.

La Temeraria arrimó una trébede á la lumbre; poco después vino la hija mayor de la casa con un velón.

— Padre, ya está el cuarto — murmuró.

El ventero, dirigiéndose al mozo, le dijo:

— Puede usted subir, si gusta.

Se levantó el mozo y siguió al ventero, que iluminaba el camino; salieron al zaguán, y uno tras otro, por una empinada escalera, subieron á un granero. El viento soplaba allí fuerte por entre las rendijas del tejado; á la luz oscilante del velón se veían en el suelo montones de nueces, de bellotas, y grandes calabazas colocadas en fila. El Mojoso empujó una puerta blanca, con las maderas recién cepilladas; entró en un cuarto con una alcoba, puso el velón sobre una mesa, y después de despabilarlo con todas las reglas del arte, dijo:

— Ahora le servirán la cena. Si necesita algo llame usted; y retirándose cerró la puerta.

El mozo oyó los pasos del ventero en el sobrado, y al verse solo sacó dos pistoletes de la faja, entró en la alcoba y los escondió en la cama debajo de la almohada; inspeccionó la puerta del cuarto, vió que era sólida con fuerte cerrojo; después abrió una ventana, y una bocanada de aire frío hizo oscilar violentamente las llamas del velón. Se asomó á la ventana.

— Esto, sin duda alguna, cae al otro lado del camino — se dijo.

Cerró la contraventana y se paseó de arriba á abajo esperando la cena. El cuarto era estrecho, bajo, enjalbegado de cal, con vigas azules en el techo y una alcoba en el fondo ocupada por una cama cubierta por una colcha roja. Adosada á una pared había una cómoda de caoba con una virgen del Carmen dentro de un fanal, y enfrente un canapé de paja con la madera de caoba. En medio del cuarto había una mesa redonda, y sobre su mantel burdo dos platos, un vaso y el velón. En las paredes había grabados toscos de santos y una escopeta.

El mozo daba pruebas de impaciencia, escuchando atentamente los menores ruidos lejanos. Cansado de andar se sentó en el canapé y quedó pensativo contemplando las vigas del techo.

Había transcurrido una media hora de la salida del Mojoso, cuando se oyeron golpes recatados en la puerta. En su ensimismamiento no oyó el mozo hasta la tercera ó cuarta vez que llamaban y que una voz decía:

— ¿Se puede?

— Adelante.

Se abrió la puerta y entró una muchacha, la segunda hija del ventero, con una fuente en la mano y una jarra de Andújar en la otra.

Se maravilló el mozo al ver una doncella tan linda, y se turbó por completo al verla.

— ¿Qué hay? — le preguntó.

— La cena.

— ¡Ah! ¿Usted es la hija del dueño de la casa?

— Sí, señor — respondió ella sonriendo.

Colocó la muchacha la fuente sobre la mesa y él se sentó sin dejar de mirarla. Le había hecho una impresión tremenda. La chica era verdaderamente preciosa; tenía los ojos negros en forma de almendra; la tez pálida, y en el cabello, recogido con gracia, negro y lustroso como los élitros de algunos insectos, una flor roja.

— ¿Y cómo se llama usted, si se puede saber, prenda? — dijo él.

— Fuensanta — contestó ella. . . . . .

. . . . . .

— ¡Ah! ¡Se llamaba Fuensanta! — exclamó involuntariamente Quintín.

— Sí. Es un nombre aquí muy común; ¿por qué le choca á usted?

— Nada, nada; siga usted . . . . . .

. . . . . .

— Pues sigo. Suspiró el mozo, y como la admiración sin duda no le había quitado el apetito, picó con el tenedor las tajadas aderezadas por la Temeraria, y entre sorbo y sorbo del jarro de Andújar acabó de vaciarlo y de pespuntar á toda prisa los trozos del sabroso guisote.

Volvió poco después la muchachita al cuarto para traer el postre al viajero, y charlaron. El la preguntó si tenía novio; ella le contestó que no; él

la dijo que si le querría á él; ella respondió que los caballeros no podían querer bien á las mozas pobres que viven en los ventorros, y hablaron un gran rato.

A la mañana siguiente el joven caballero salió de la venta para seguir su camino, y el Mojoso bajó á Córdoba á sus negocios . . . . . .

. . . . . .

—Y ese joven, ¿quién era?—preguntó Quintín.

— Espere usted, compadre. Cada cosa á su tiempo. Ahora llene usted los vasos. ¿Qué le parece á usted mi manera de contar? ¿Eh?

— Nada, nada; que es usted un maestro.

— Pues ahora viene lo mejor. Verá usted.

CAPITULO VIII

Lucha en un olivar

UNOS días después, al alborear la mañana, tornaba el Mojoso desde Córdoba para su ventorro, cuando en la revuelta de un camino se encontró con una pequeña tropa formada por seis hombres de los cuales cinco eran migueletes y el otro un joven de aire elegante.

El Mojoso, á quien no le gustaban los malos encuentros, picó su cabalgadura para adelantar camino á la tropa y meterse por las sendas; pero el jefe, que tenía insignias de sargento, al notar la intención del ventero, le llamó gritando:

— Eh, buen hombre, espérese un instante.

El Mojoso detuvo su burro y preguntó malhumorado:

— ¿Qué hay?

— Hay que tenemos que decirle á usted una palabrita.

— Pues con oirla nada se pierde.

— Usted es el dueño de la Venta de la Encrucijada, ¿verdad?

— Sí, señor; ¿qué más?

— Que no corra mucho el amigo, porque tenemos gana de acompañarle.

— ¿Van ustedes á Pozo Blanco?

— No, señor.

— ¿A Obejo, quizás?

— Tampoco. Vamos á la Venta.

— ¡A la Venta! — exclamó el Mojoso sobresaltado —; ¿y á quién buscan en mi casa?

— Buscamos al Marquesito.

— ¿Al Marquesito ¿Qué Marquesito?

— ¿No le conoce usted?

— ¡Palabra! Que me muera si no digo la verdad.

— Pues parece que la hija de usted le conoce muy bien — contestó con sorna el miguelete.

Se obscureció el rostro del Mojoso, que ya de por sí no tenía nada de claro, y mirando al sargento de través, murmuró con voz sorda:

— O ha dicho usted demasiado, ó ha dicho demasiado poco.

— He dicho lo necesario — contestó el militar con dureza.

Calló el Mojoso, arreó su borriquillo y siguieron al ventero los migueletes y el joven caballero desconocido.

Ya el sol se derramaba por la sierra; á lo lejos se veía una serie de colinas bajas y la Venta de la Encrucijada, próxima al barranco, en medio de su rasillo verde.

Llegaron al pie de la Venta, bajó el Mojoso de su borrico y comenzó á golpear furioso el portón. Llamaba frenético con pies y manos.

— ¡Abrid! ¡Abrid! — gritaba impaciente.

— ¿Quién es? — dijeron de adentro.

— Yo —; y el Mojoso soltó un rosario de blasfemias de rabia.

Chirrió un cerrojo, se abrió el portón y apareció en el umbral la Temeraria medio desnuda.

— ¿Por qué no has abierto antes? — vociferó el Mojoso.

— ¿Pues qué hay? — preguntó ella echándose un refajo por encima de la cabeza y sujetándolo en la cintura rápidamente.

— Algo muy grande. ¿Hay viajeros en casa?

— El joven que estuvo hace unos días ha pasado la noche en la venta.

El caballero desconocido y el jefe de los migueletes cambiaron una mirada de inteligencia. El Mojoso entró en su casa y la Temeraria marchó tras él.

— Mira si hay un caballo en la cuadra — dijo el sargento á uno de los migueletes —, y si hay, tráetelo aquí.

Desmontó el soldado, entró en la cuadra y volvió al poco rato trayendo del cabezal un caballo.

La Temeraria, que oyó el ruido, le salió al paso al soldado.

— ¿A dónde lleva usted el caballo? — dijo.

— Ha mandado el sargento que se saque fuera.

— ¿Para qué?

— Para que no se escape ese hombre que está aquí.

— ¿Pues qué ha hecho ese joven? — preguntó la Temeraria mirando despreciativamente al soldado.

— Ese joven ha matado á un hombre en Córdoba hace un mes.

En esto el ventero, que se había internado en la casa, volvió al zaguán dando gritos:

— Y Fuensanta, ¿dónde está? — preguntó á su mujer.

— Estará en su cuarto.

— No está.

— ¿Que no está?

— No. Lo acabo de ver.

El Mojoso y la Temeraria se miraron de un modo furibundo y se entendieron.

Entretanto, el sargento, seguido de uno de sus soldados, tomó por la escalera arriba hasta llegar al desván. Al ruido que hicieron con las botas y las espuelas, el perseguido debió comprender la asechanza; se oyó el golpe de un cuerpo que se lanzó contra la puerta, luego el correr de un cerrojo y después un murmullo de voces.

El sargento desenvainó el sable, se acercó á la puerta tras de la cual habían sonado las voces y la golpeó con la empuñadura de su arma.

— Abran á la justicia — dijo con voz de trueno.

— Espere usted, que me estoy vistiendo — contestaron del interior.

Pasó un minuto, y el sargento, impaciente, exclamó:

— Bueno, vamos. Abra usted la puerta.

— Espere usted un instante.

— Nada, no espero más. Abra usted. Le prometo no hacerle daño.

— Las palabras son aire y todas se las lleva el viento — replicó la voz del perseguido irónicamente.

— ¿Abre usted ó no?

— No, y tiene pena de la vida el que diga otra cosa. Aquí me han de matar.

Echó á correr el sargento, bajó las escaleras de tres en tres, á riesgo de romperse la cabeza, y dirigiéndose á sus soldados exclamó:

— ¡Muchachos! Venid arriba con los fusiles. Hay que echar una puerta abajo. Que quede aquí uno de centinela, y si alguien trata de huir, fuego con él.

Dos de los migueletes desmontaron con rapidez, atravesaron el zaguán y, precedidos del sargento, subieron precipitadamente la escalera, llegaron al desván y comenzaron á golpear la puerta con las culatas de sus pesados fusiles.

— ¡Ríndase usted! — gritó varias veces el sargento.

Nadie contestaba.

— ¡Hala! ¡Pronto! Echad la puerta abajo.

La puerta era nueva y no cedió á los primeros golpes; poco á poco fueron cediendo las tablas, y al último un culatazo formidable hizo saltar el cerrojo...

Entraron los soldados: tendida en el suelo había una mujer medio desnuda. La ventana estaba abierta.

— Se ha escapado por aquí el bribón — dijo uno de los migueletes.

— ¡Cristo! No hay que dejarle escapar — gritó el sargento; y asomando la cabeza por la ventana vió á un hombre que corría á campo traviesa, medio oculto entre los olivos. Sin cerciorarse de si era él ó no el que perseguía, sacó una pistola del cinto y la disparó.

— Nada, se va. Vamos á darle alcance.

Salieron todos del cuarto; se oyó en las escaleras un estrépito de mil diablos de las botas y de las espuelas; atravesaron el zaguán.

— ¡Hala! A montar á caballo — dijo el sargento.

En un instante se efectuó la orden.

— Tú, Aragonés, y tú ¡Segura os ponéis en aquel almear — y el jefe indicó un gran montón de paja negra —. Vosotros dos dais la vuelta hasta el extremo de este campo, y este caballero y yo iremos á buscar al Marquesito cara á cara.

Se apostaron las dos parejas en los lugares designados y avanzaron por en medio del olivar el jefe de los migueletes y el incógnito caballero.

El Aragonés y Segura fueron los que vieron primero al fugitivo, que marchaba escondiéndose entre los olivos, con una escopeta en la mano. Prepararon los dos migueletes sus fusiles y avanzaron cautelosamente; pero el mozo los vió, se detuvo, echó una rodilla á tierra y esperó. Los migueletes trataron de dar un rodeo y de cercar á su presa; pero á medida que ellos trazaban un arco de círculo, el mozo iba guardándose detrás del tronco de un olivo. Al ver que les burlaba, los dos migueletes avanzaron resueltamente; el Marquesito asomó el cañón de su escopeta, disparó y uno de los caballos, el del Aragonés, cayó herido en un brazuelo, tirando al soldado. Segura, el otro miguelete, encabritó su caballo para resguardarse de un tiro; pero el Marquesito le disparó un pistoletazo con tanta puntería, que el hombre cayó al suelo echando sangre por la boca.

Entonces el mozo, comprendiendo que los demás perseguidores acudirían inmediatamente al lugar donde se habían oído los tiros, dió una carrera hasta detenerse al lado de un olivo centenario, de tronco grueso y deforme, cuyas raíces enroscadas parecían un manojo de serpientes. Aprovechó aquel momento de descanso para cargar la escopeta y la pistola, y esperó. De pronto sonó un tiro á su espalda y se sintió herido en una pierna. Se volvió rápidamente y vió al sargento y al caballero, que se acercaban á él á caballo.

— Cara os va á costar mi muerte — murmuró con rabia el Marquesito.

— Ríndete — gritó el sargento, y se acercó al fugitivo al trote de su caballo.

El Marquesito esperó, y cuando se hallaba á veinte pasos el sargento, le disparó la escopeta y le atravesó de un tiro.

— ¡Eh, muchachos! — gritó el sargento —. Está ahí. ¡Matadle! — Luego se llevó la mano al pecho, comenzó á echar sangre por la boca y se desplomó del caballo, murmurando: — ¡Ay, Jesús! A mí ya me ha matado.

Un pie del sargento quedó enredado en el estribo, y el caballo, espantado, arrastró por el suelo el cadáver del jinete durante algún tiempo.

— Ahora ven tú, ¡cobarde! — gritó el Marquesito dirigiéndose al caballero.

Pero éste había vuelto grupas y no encontraba tierra bastante para huir.

El mozo comenzó á creerse en salvo: manaba la sangre abundantemente por la herida; se sacó el pañuelo del cuello y con él se ató fuertemente la pierna. Luego volvió á cargar sus armas, y cojeando, con lentitud, guareciéndose entre los olivos, mirando á un lado y á otro, fué avanzando.

Al aparecer en una plazoleta que formaba un espacio vacío de árboles, vió á uno de los migueletes en acecho. Quizás era el último que seguía la partida.

Perseguidor y perseguido, al verse, se guarecieron inmediatamente tras de los árboles. El miguelete disparó; una bala pasó silbando por encima de la cabeza del Marquesito; éste apoyó la escopeta en el tronco de un árbol, disparó también y el morrión del soldado cayó á tierra.

Uno y otro se escondieron para cargar sus armas, y durante más de un cuarto de hora siguieron tiroteándose, sin decidirse ninguno á entrar en el raso descubierto.

El Marquesito empezaba á desfallecer por la pérdida de sangre y se decidió á jugar el todo por el todo.

— Vamos á ver si esto se acaba — murmuró entre dientes, y cojeando avanzó resuelto y cara á cara hacia el soldado, y á pocos pasos le disparó su escopeta á quemarropa, y luego, inmediatamente, la pistola.

Al ver que no había caído, que el enemigo estaba de pie, intentó huir, pero le faltaron las fuerzas. El miguelete entonces apuntó é hizo fuego. El Marquesito cayó de bruces; estaba muerto. La bala le había entrado por la nuca y salido por un ojo, haciéndole estallar el cráneo.

— Era un valiente — murmuró el soldado contemplando el cadáver; luego se arrodilló junto á él y registró sus ropas; envolvió el reloj, la cadena, los botones de la chorrera y el dinero en un pañuelo, le hizo un nudo y se dirigió al ventorro.

Al acercarse se oía una voz que gritaba desesperadamente:

— ¡Ay, madre! ¡Ay, madre! ¡Ay, madre de mi alma!

En el raso de la venta estaba la Fuensanta medio desnuda, lívida, con la cara amoratada por los golpes que le había dado su padre. Gemía la muchacha, en el suelo, llena de terror. La Temeraria, con los brazos levantados trágicamente, gritaba:

— ¡Nos ha deshonrado! ¡Nos ha deshonrado!

La otra hija del ventero miraba desde la puerta á su hermana arrastrándose por el suelo, molida á golpes.

— No pegue usted así á la muchacha — dijo el miguelete.

— ¡Que no la pegue! — vociferó el Mojoso — No, ya no le voy á volver á pegar —; y agarrando del brazo á su hija y empujándola brutalmente gritó:

— Vete y no vuelvas.

La muchacha, aturdida, ocultó el rostro entre las manos, y echó á andar la pobrecilla, llorando sin darse cuenta de lo que hacía ni de adonde iba. . .

Meses después, una mujer de un molino de Obejo se presentó al Mojoso diciendo que la Fuensanta había tenido un hijo, que deseaba ser perdonada y volver al hogar; pero el ventero dijo que la mataría si se presentaba por allá . . . . .

. . . . . .

— ¡Canalla! ¡Bandido! — exclamó Quintín dando un puñetazo en la mesa.

— ¿Canalla quién? — preguntó el Sr. Sabadía extrañado,

— Ese Mojoso, indecente ladrón... Le deshonra su hija porque ha querido á un hombre, y él no se deshonra robando á todo el mundo.

— Es distinto.

— Sí, es distinto — gritó Quintín furioso —. Para estos hidalgos de España es distinto; para todos esos hambrones, cursis, petulantes, el honor de las mujeres está más abajo del estómago. ¡Imbéciles!

— Veo que se apasiona usted — dijo riendo D. Gil —. ¿Le interesa á usted la historia?

— Mucho.

— ¿Sigo?

— Ya lo creo.

— Entonces llame usted á la señora Patrocinio y que traiga más botellas de vino, porque tengo la garganta seca.

— Pero usted es un tonel, querido don Gil.

— Sí, soy el tonel de las Danaides. Llame usted.

— ¡Señora Patrocinio! ¡Señora Patrocinio! — gritó Quintín.

— ¿No viene?

— No. Estará dedicada á la hechicería. Quizás ahora esté quemando en la hoguera mágica el sicomoro arrancado de los sepulcros.

— O el ciprés fúnebre y las plumas y huevos

de mochuelo empapados en sangre de sapo — repuso D. Gil.

— O las yerbas venenosas de las que se crían con abundancia en Yolcos y en la lejana Iberia — siguió diciendo Quintín.

— O los huesos arrebatados de la boca de una perra hambrienta — añadió el arqueólogo.

— ¡Señora Patrocinio! ¡Señora Canidia! — gritó Quintín.

— ¡Señora Patrocinio! ¡Señora Canidia! — vociferó el Sr. Sabadía.

— ¿Pero qué quieren ustedes? — preguntó la vieja entrando de pronto en el cuarto.

— ¡Ah! ¡Estaba aquí! — exclamó Quintín.

— ¡Estaba aquí! — repitió el Sr. Sabadía —. Queremos unas botellas más.

— ¿De qué quieren ustedes?

— Yo creo, venerable anciana — saltó Quintín —, que á mi amigo lo mismo le da que sean de las viñas de Falerno, que de las de Formio ó de las de Cécubo, con tal que sea vino; ¿verdad, don Gil?

— Cierto. Veo que es usted un joven sagaz. Saca, pues, venerable anciana — dijo el arqueólogo dirigiéndose á la señora Patrocinio —, saca sin miedo ese excelente vino de cuatro años que tienes tan guardado en cántaros sabinos.

La vieja trajo dos botellas; Quintín llenó el vaso de D. Gil y luego el suyo; lo vaciaron ambos, y el señor de Sabadía reanudó su relato en estos términos:

CAPITULO IX

En donde el señor de Sabadía abusa de la palabra y del vino

En la calle de Librerías, ya cerca de la cuesta de Luján, en una rinconada, había hace años un taller de platero, con su tienda establecida en el portal de la casa, un estrechísimo escaparate, en el que se exhibían unos cuantos rosarios, anillos, medallas y cruces, una muestra mezquina y medio borrada con este letrero: «Taller de Salvador», y en el extremo de la muestra, á modo de enseña, una romana de cartón.

Salvador, el dueño de este taller de platería, era un hombre rico, soltero, que había vivido durante muchos años con una hermana, hasta la muerte de ésta.

En la época de mi relato, don Andrés, así se llamaba el platero, era un hombre de unos sesenta años, pequeño, afeitado, con el pelo blanco, las mejillas sonrosadas, los ojos claros y la boca sonriente. Parecía una medalla de plata.

Con su cara dulce, de beato, don Andrés era en

el fondo un egoista; de poca inteligencia y poco corazón, la vida le acobardaba; se le figuraba que las cosas marchaban demasiado deprisa, y era, por tanto, enemigo de todo lo nuevo. Un cambio cualquiera, aunque fuese beneficioso, le molestaba profundamente.

— Hasta ahora hemos vivido así — solía decir —, y no veo la necesidad de que se varíe.

En su oficio, don Andrés Salvador era igualmente rutinario; no tenía más que alguna habilidad para trabajos de paciencia. De su casa salían por gruesas los rosarios, cruces, medallas y sortijas, pero todo lo elaborado en su taller era siempre igual, sin cambio ni mejora, del mismo gusto barroco y decadente.

Además de rutinario, don Andrés era la desconfianza en persona; no quería que nadie le viese trabajar. Entonces todavía el repujado era algo misterioso, que tenía sus secretos, y el platero, para que nadie sorprendiera los suyos, cuando iba á labrar algo de importancia, se encerraba en su cuarto, y allí hacía su obra sin que nadie le viese.

Una mañana en que don Andrés estaba asomado á la puerta de su tienda, vió acercarse á él una muchacha que venía corriendo por la calle de la Feria, perseguida por una vieja.

Su instinto de hombre de orden hizo salir á don Andrés y detener á la muchacha.

— Déjeme usted, señor — gritó ella.

— No. ¿Es tu madre la que te sigue?

— No, no es mi madre — y la muchacha comenzó á llorar desconsoladamente, y con voz entrecortada contó que había estado enferma durante algún tiempo en un casuco de la calle de la Feria, y que al ponerse buena, el ama del casuco la quería obligar á quedarse allá de pupila, y ella se había escapado.

Tras de la muchacha se había acercado la vieja, y como un grupo de chiquillos comenzara á formarse á la puerta del taller, el platero hizo pasar á las dos mujeres adentro.

Preguntó á la vieja si era cierto lo que contaba la muchacha, y la Celestina, confusa, contestó que sí; pero se defendió diciendo que ella retenía á la muchacha porque ésta no le pagaba lo que con ella se había gastado en medicinas durante su enfermedad, y en refajos, medias y enaguas para vestirla.

Comprendió el platero que se trataba de una explotación infame, y, fuera porque le indignó esto, fuera porque le conmovió el aspecto de la muchacha, el caso es que, con más energía de la por él acostubrada, dijo:

— Veo, señora Consolación, que trata usted de explotar á esta niña de mala manera. Déjela usted en paz, que ella le devolverá las ropas, y váyase usted á su casa, porque si no voy á avisar á la justicia y va usted á dar con sus huesos en la cárcel.

La vieja, que sabía la influencia y el prestigio que gozaba el platero en el barrio, volvió á lamentarse del perjuicio grande que le ocasionaban, pero don Andrés cortó la cuestión, diciendo:

— O se va usted, ó llamo al alguacil.

La Celestina no dijo una palabra más, se ató el pañuelo de la cabeza al cuello, como si se quisiera extrangular con él, y se largó lanzando maldiciones calle abajo.

Quedaron solos en la tienda la muchacha y el platero. Este siguió con la vista á la vieja, que fué por la calle de la Feria chillando entre la chacota de la gente que salía á los portales, y cuando la perdió de vista, dijo á la muchacha.

— Ahora puedes marcharte. Se ha ido ya.

La muchacha, al oir esto, comenzó nuevamente á sollozar.

— ¡Por Dios! ¡No me despida usted, señor! ¡Por Dios!

— Yo no te despido. Puedes estar un rato todavía si quieres.

— No, déjeme usted estar aquí. Usted es bueno. Le serviré de criada, aunque no me dé usted nada.

— No, no me conviene — replicó el platero.

Entonces la muchacha se arrodilló en el suelo, y con los brazos abiertos exclamó:

— ¡Señor! ¡Señor!, déjeme usted quedarme aquí.

— No, no. ¡Levántate! No hagas tonterías.

— Pues si me mato — gritó ella irguiéndose — usted tendrá la culpa.

— Yo no.

— Sí, usted — y la muchacha, cambiando de tono, añadió —: Pero usted no quiere que me vaya. Usted no me echará, me dejará vivir aquí; yo le serviré, le cuidaré, seré su criada y no me dará usted nada, y le daré las gracias y rezaré por usted.

— Pero, ¿qué va á decir la gente? — murmuró don Andrés, que veía una complicación en su vida.

— Yo le juro á usted por la virgen del Carmen — exclamó ella — que no he de dar que hablar, que nadie me verá. ¿Me deja usted vivir aquí, verdad?

— ¡Qué remedio! Le pones á uno el puñal en el pecho. Ensayaremos. Pero te advierto una cosa, que á la menor falta que note, con que me digan nada más que un hombre ha rondado la casa, te despacho inmediatamente.

— No la rondará nadie.

— Entonces ahora mismo te daré yo unos vestidos viejos, y envías esos á casa de la señora Consolación, é inmediatamente á trabajar á la cocina.

Así se hizo, y la Fuensanta, porque aquella muchacha era la Fuensanta, la hija del Mojoso, entró á servir en casa del platero, y fué, como había prometido, formal, sumisa, silenciosa y trabajadora.

Poco á poco el platero se encariñó con ella; la hermana de don Andrés había sido un basilisco, una solterona de genio malhumorado y violento, y sus malos humores los pagaba siempre él. La Fuensanta tuvo para el viejo atenciones y delicadezas á las cuales no estaba acostumbrado; el hombre se veía á la vejez en un ambiente de cariño y de respeto.

— Mira — le dijo una vez don Andrés — tú estás mal separada de tu hijo. Tráete el chico aquí.

Fuensanta marchó á Obejo, y al día siguiente estaba de vuelta con el chico. Tenía este tres años, y era un salvaje completo. La Fuensanta, que comprendió que una criatura tan montaraz no agradaría á un hombre tan ordenado y meticuloso como el platero, lo tuvo siempre apartado, en la azotea, en donde el chiquillo pasaba las horas muertas jugando.

A los tres años de estancia en casa de don Andrés Salvador la Fuensanta se casó.

Entre los comisionistas y buhoneros que se surtían en casa de don Andrés, había un joven, Rafael de nombre, á quien daban el apodo de el Pende.

Este Rafael era entonces un muchacho esbelto, gracioso, de unos veintitantos años; tenía fama de tumbón, primeramente por ser del barrio de Santa Marina, y, además, por ser hijo de Matapalos, uno de los hombres más gandules de Córdoba.

Matapalos, miembro distinguido de la dinastía de los Pendes, era carpintero, y tan malo, según decían, que no sabía hacer más que cuñas, y ninguna le salía derecha.

El Pende hijo, á pesar de su fama de vago, trabajaba; se había metido á buhonear por los pueblos; vendía collares y rosarios por toda la tierra alta, y compraba allí por donde pasaba oro viejo y galones.

Era este muchacho fastuoso y elegante, y casi todo el dinero que tenía se lo gastaba en alhajas y en vestir bien.

—Yo prefiero lucir una prenda á comer—decía.

Rafael, ó el Pende, como usted quiera, comenzó de pronto á cortejar á la criada. Ella le paró los pies de buen modo, pero él se creció al castigo, y ella, viendo que el hombre insistía, le contó la historia de su desgracia.

El Pende pasó por todo. Estaba encaprichado, ó veía en aquella mujer algo que los demás no habían visto; pues no teniendo ella dinero, ni posibilidad de herencia, no cejó en sus pretensiones hasta que consiguió convencer á la Fuensanta de que se casara con él.

—Ahora hay que convencer al amo—dijo la Fuensanta después de quedar de acuerdo con su novio—, porque si él se opone, yo no me caso.

Lentamente, insinuándose, fué la Fuensanta preparando el terreno un día y otro día. Dejándose caer, sugirió la idea del matrimonio al pla-

tero, hasta que el mismo don Andrés llegó á aconsejar á su criada que se casara y le indicó las ventajas que tendría uniéndose con Rafael.

Se casaron, y fueron á vivir á una guardilla próxima á la azotea. El platero les cedía la guardilla á gusto, pues le asustaban los ladrones y le convenía tener un hombre joven en la casa, que pudiese cuidarla.

Siguió la Fuensanta sirviendo como antes. El Pende salía á viajar, había conseguido del platero ventajas en las comisiones, y el viejo y él se entendían admirablemente.

La Fuensanta comenzó á ver en su marido un colaborador útil. Era el hombre inteligente y sagaz; tenía una ambición dormida, que se despertó en él al casarse, con verdadera violencia.

El chico fué un obstáculo para la tranquilidad de todos. Era Quintín torpe, bruto, orgulloso y enredador.

A los dos años de matrimonio la Fuensanta tuvo un hijo, á quien llamaron Rafael como á su padre. Quintín no le podía ver al chico, y esto provocó el odio del Pende por su hijastro.

Quintín no iba á la escuela, ni sabía nada. Salía andrajoso á jugar en la calle con granujas y manteses. Un día el Pende, al ver á Quintín entre gitanos, lo cogió, lo llevó á casa, y dijo á su mujer:

— Con este chico hay que tomar una determinación.

— Sí, hay que hacer algo — repuso ella.

— ¿Por qué no preguntas al señor por si él sabe de una escuela que no cueste?

La Fuensanta habló al platero, quien la escuchó atentamente.

— ¿Sabes lo que vamos á hacer? — dijo don Andrés.

— ¿Qué?

— Enterarnos de la familia de su padre. ¿Cuánto tiempo hará que lo mataron?

— Siete años.

— Bueno, pues yo me enteraré.

En la misma calle, esquina á la Espartería, en una casa en cuyo chaflán hay una cruz de hierro, habitaba un capitán de migueletes retirado, don Matías Echavarría. El platero fué á visitarle, contó lo sucedido en la Venta de la Encrucijada, y preguntó al capitán si recordaba el suceso y si sabía el nombre del protagonista.

— Sí — dijo don Matías —. El muchacho ese que se echó al campo y que mataron camino de Pozo Blanco, era hijo del marqués de Tavera. Cuando ocurrió la cosa, se echó tierra al asunto, y se dijo que había muerto á consecuencia de la caída de un caballo, y nadie llegó á enterarse.

El platero, al volver á su casa, no dijo nada á Fuensanta, y, encerrado en su despacho, escribió una carta al viejo marqués, dándole cuenta detallada de los hechos, y diciéndole cómo un nieto suyo vivía en su modesta casa.

La contestación se hizo esperar. Al cabo de dos semanas, don Andrés recibió un recado del marqués diciéndole que fuera Fuensanta á su casa para hablar con él, y que llevara al niño.

Fuensanta arregló lo mejor que pudo á Quintín, y fué con él al palacio del marqués. El viejo recibió muy amablemente á Fuensanta, le hizo contar su historia, acarició al niño, y murmuró varias veces:

— Es igual, igual que él —. Después añadió, dirigiéndose á la madre —: ¿Usted estará en situación apurada?

— Sí, señor marqués.

— Bueno. Tome usted ahora cien duros. Ya veremos lo que hacemos con el chico.

Contó la Fuensanta á su marido lo que había pasado en casa del marqués, y el Pende se apoderó inmediatamente de los cien duros.

Tenía él ahorrado otro tanto, y creyó que había llegado el momento de realizar sus planes de establecerse. Efectivamente, poco después alquilaba una tienda de la calle de la Zapatería. . . .

. . . . . .

— ¿Qué le pasa á usted, don Gil? — preguntó Quintín viendo al narrador que buscaba algo con la vista.

— Que no me echa usted vino.

— Si no queda nada.

— Pues llame usted á sor Patrocinio.

— ¿Qué quiere usted, don Gil? ¿El Faler-

no? ¿O nos dedicaremos ahora á las viñas de Calés?

— No, no; Montilla.

— ¿Y no podríamos cambiar?

— ¿Mezclar un vino con otro? Nunca. Es muy peligroso. ¿Pero llama usted á esa vieja, ó no? Porque si no, no sigo la historia.

— Sígala usted, don Gil — dijo la señora Patrocinio abriendo la puerta y colocando dos botellas encima de la mesa —. Estaba ahí fuera medio dormida, y me he entretenido oyendo lo que usted contaba.

— ¡Eh! — exclamó don Gil —. Si tendrá este gaché aquel de historiador, cuando hasta la misma sor Patrocinio viene á escuchar su historia. Dejadme remojar la garganta. Voy allá, señores, voy allá.

CAPÍTULO X

Acaba don Gil su relato

Se sentó la señora Patrocinio á la mesa. Era una vieja magra y esmirriada, de color de orejón, la nariz ganchuda en amistad con la barba; el pelo gris y la piel arrugada.

Don Gil bebió, y continuó así:

— Estaba la tienda en una casa grande, antigua, pintada de azul. Tenía esta casa en el piso bajo, además del portal, cuatro rejas y dos tiendecillas, una que era una espartería, y la otra la que alquiló el Pende.

Esta última era un chiscón que apenas tendría tres metros en cuadro, con una trastienda obscura y unas habitaciones en el interior.

No le puso el Pende muestra ni portada á su tienda; plantó en medio un mostrador pintado con almazarrón, hizo colocar unos estantes de pino, y comenzó á despachar.

Se vendían en la tienda toda clase de géneros de comer, beber y arder; en los estantes se amontonaba un surtido heterogéneo: había jabón, se-

das, arropías de todas clases, y colores de la fábrica más acreditada del mundo entero, que es la de la calle de Mucho Trigo; había cañamones tostados con miel, piñonates, alfajores y esos barquillos que habrán ustedes visto, que parecen un sombrero de cura . . . . . , ...

. . . . . .

— Bueno, no sea usted pesado — dijo la señora Patrocinio.

— Si me interrumpe usted, sor Patrocinio, no sigo — contestó el narrador.

— Es que pierde usted el hilo. Al grano, don Gil, al grano — replicó la vieja.

— Es verdad — añadió Quintín riendo á carcajadas —. Al grano, Don Gil, al grano.

— Nada, no sigo.

— Ande usted, hombre, ande usted, que tiene usted más mala sombra que un zarandero — dijo la vieja.

— ¿En dónde iba? — murmuró D. Gil —. Creo que se me ha olvidado la especie.

— Iba usted en lo que tenían en la tienda — dijo Quintín.

. . . . . .

— De beber — siguió diciendo el arqueólogo — había toda clase de aguardientes y mistelas; rosolí, que aquí llaman *resóli;* Cazalla, y el aguardiente de guindas en su botijo verde, al cual unos lo conocen por el loro y otros por el verderón.

Esta tiendecilla de la calle de la Zapatería

tuvo pronto parroquia. Solía ir por allá gente del campo á tomar la chicuela por la mañana; algunas criadas y muchos chicos á comprar golosinas.

En el mostrador estaba el Pende, y tenía su tertulia, que hacía también algún gasto. El más asiduo á la reunión era un hidalgo arruinado, de nombre Palomares, conocido del Pende desde la infancia, y que, no teniendo nada en qué ocuparse, se refugiaba en la tiendecilla, y para no molestar y ser útil alguna vez, él mismo despachaba.

Este hidalgo, Diego Palomares, era un aventurero, hijo de Lucena. Había salido de su pueblo y de su casa, por primera vez, á los diez y ocho años, para ir á la feria de Sevilla; perdió allá casi todo su dinero en el juego y las ganas de volverse á su tierra, y adquirió, en cambio, el deseo de ver mundo, y, efectivamente, se marchó á Cádiz y se embarcó para América. Allá tuvo alternativas de alzas y bajas; estuvo de comerciante, de sobrecargo en un buque, y tras de muchos años de trabajos y fatigas, volvió á Córdoba con treinta y seis años, sin un cuarto, y prematuramente envejecido.

Diego Palomares, al ver que su amigo iba marchando con la tiendecilla, se arrimó á él.

Mientras el Pende estaba en el mostrador, atendiendo á la venta, la Fuensanta seguía cuidando del platero.

A los seis meses de la primera entrega, el

viejo marqués llamó á la Fuensanta y le dió otros cien duros.

De las manos de la mujer pasaron á las del marido, y se emplearon íntegros en la casa.

El Pende pidió al propietario que le cediera un cuarto y arrancara una de las rejas para poder extender la tienda. Se hizo lo que deseaba, y en el lugar de la reja se abrió el escaparate.

Luego el Pende mandó pintar un letrero, y colgando de la muestra puso una estrella dorada con muchas puntas.

¡Qué discusiones tuvieron Palomares y el Pende por si la estrella estaba bien ó mal!

Recuerdo que un día que iba al Casino me llamaron á mí para dilucidar la cuestión, y les di una conferencia sobre las enseñas de cada oficio, que había que oirme. Es una cosa en que nadie se fija. . . . . .

. . . . . .

— Vaya, ya está usted otra vez marchándose por los cerros de Úbeda — dijo la vieja.

— Usted cállese — balbuceó D. Gil —. Esto de las enseñas es muy interesante, ¿no es verdad? — preguntó á Quintín.

— No sé qué es eso.

— ¿Ah, no? Usted ve, por ejemplo, de noche una tienda cerrada, con un letrero que pone: «Pérez», y colgando de la muestra dos manos rojas, ¿qué clase de comercio indican esas dos manos rojas?

— ¿Una guantería quizás? — preguntó Quintín.

— Eso es. ¡Qué talento tiene este muchacho! Y una bacía, ¿qué indica?

— Eso es sabido, una barbería.

— ¿Y un gallo sobre una bola?

— Eso no lo sé.

— Pues una pollería. ¿Y una bola azul ó roja en un escaparate?

— Una botica.

— Muy bien. ¿Y un colchoncito muy chiquirritillo colgado?

— Una colchonería.

— ¿Y una ó dos manos negras que sujetan unas llaves?

— Eso me parece que lo he visto en las cerrajerías.

— Eso es. ¿Y un libro mayor?

— En las encuadernaciones.

— ¡Pero qué talento tiene este muchacho! ¿Y unos quevedos grandes, muy grandes?

— Las tiendas de los ópticos.

— ¿Y un busto de mujer que se asoma á un balcón como á tomar el fresco?

— No sé.

— Los salones de peinar señoras; pero aquí no hay eso tanto como en Madrid. ¿Y una herradura?

— A usted sí que le debían de herrar — saltó la señora Patrocinio —, por machaca y por *asaúra*. ¿Sigue usted la historia ó no, don Gil?

— ¡Si me confunden ustedes! Me hacen perder el hilo. ¿En dónde iba?

— Iba usted — dijo la señora Patrocinio — en que arreglaron la tienda con el dinero del marqués.

— ¡Ah! Es verdad. . . . . .

. . . . . .

— Ensancharon la tienda; dejaron algunos géneros que no producían gran cosa, y se dedicaron exclusivamente á la venta de comestibles. Compraron barricas de vino de Montilla, aceite de Montoro, azúcar, café, y llamaron molenderos para hacer chocolate.

Palomares, á quien, en vista de la prosperidad del establecimiento, había tomado el Pende como dependiente, se pasaba el día envolviendo pastillas de chocolate, tostando café y mezclándolo con cacahuets y achicoria.

Palomares tenía un gran talento para clasificar estas mezclas. ¿Se trataba de una cosa falsificada?: la llamaba «Extra-superior»; que la falsificación era tan completa que no se conocía qué clase de producto era: entonces la denominaba «Superior» ó «Fina».

Después de estas clases de nombres tan ponderativos venían otras más modestas, que se clasificaban llamándolas de «Primera», «Segunda» y «Tercera». Estas divisiones eran difíciles de definir; sin embargo, Palomares afirmaba, no que fuesen buenas, sino que entre ellas se notaba claramente la diferencia.

Según él, estaba demostrado que la clase «Segunda» era peor que la «Primera», y la «Tercera» peor que la «Segunda»; pero esto no autorizaba á suponer que la «Primera» y la «Segunda» fuesen buenas, ni aun pasables.

A pesar de la química empleada por el Pende y su dependiente, la tienda fué acreditándose. El escaparate se llenó de salchichones plateados, de ciruelas pasas, orejones y latas de conservas. En los vasares se veían pilones de azúcar, botellas de Jerez, canecos de Ginebra; en el suelo, en sacos, el arroz, las habichuelas y las barricas de sardinas.

Iba entrando el dinero en la casa de un modo tan silencioso y poco alborotador, que nadie se enteraba. El viejo platero gruñía al pensar que le iban á abandonar el mejor día; pero la Fuensanta le engañaba diciéndole que la tienda no marchaba bien, y que la traspasarían si se presentaba la ocasión.

El Pende, que no tenía la paciencia de su mujer, trató de emanciparse por completo, y alquiló, en la misma casa donde tenía la tienda, un piso bajo, y cedió la trastienda á Palomares.

La Fuensanta entonces tomó una criada, y todo el tiempo que tenía disponible iba á hacer compañía al viejo platero. Este proceder fué muy celebrado por las comadres del barrio; Fuensanta gozaba de grandes simpatías; al mismo tiempo, el Pende había conseguido ya que se ol-

vidase su apodo de familia, y todo el mundo le llamaba Rafael, ó el señor Rafael, y algunos le decían don Rafael.

La familia iba progresando económicamente, adquiriendo más respetabilidad, cuando el chico, Quintín, comenzó á hacer de las suyas. Se escapó de casa, robó; una vez estuvo á punto de envenenar á toda la familia; hizo enormidades.

Entonces el viejo marqués, á cuyo conocimiento habían llegado las calaveradas de su nieto, lo mandó llamar y lo envió á un colegio de Inglaterra.

Partió Quintín, y la casa siguió su marcha ascendente; Fuensanta tuvo el cuarto hijo, una niña, y durante el sobreparto, el platero, don Andrés Salvador, murió de un ataque al corazón.

Al abrirse el testamento del platero, se encontraron con que su fortuna, casi íntegra, excepto unas mandas para dos parientes lejanos, la legaba á la Fuensanta. Era, entre el dinero y la casa, una fortuna que ascendía á unos 30.000 duros.

Entonces la Fuensanta y el Pende trataron de alquilar toda la planta baja de la casa de la Zapatería para convertirla en un gran almacén; el dueño accedió, pero el que tenía alquilada la tienda para espartería dijo que él no se marchaba, que tenía un contrato para diez años con el dueño de la casa, y que no se iba. Le ofrecieron una indemnización, pero el hombre siguió en sus trece.

¡Y que no era terco el gachó! ¡El Capita! Era

un hombre que se las traía, con una historia pistonuda. Vivía hacía algún tiempo amontonado con una viuda que tenía dos hijas educándose en un colegio. Al salir la mayor de las hijas de su pensión, el hombre se enamoró de ella, y se casó, pero siguió enredado con la madre. El Capita era un punto. Se enteró su mujer del contubernio, é indignada, y para vengarse, se escapó con el dependiente de su marido; pero el Capita no se apuró por el caso. Vino la segunda hija, y el Capita, que tenía mucha mano, comenzó á camelarla, y ésta, más transigente que su hermana mayor, aceptó los hechos consumados.

El Capita se encontraba bien en su tienda, tenía, sin duda, cariño á todos aquellos serones y jáquimas, testigos mudos de sus borracheras y de sus amores tempestuosos, y se le metió en la cabeza que no se había de marchar, pero el hombre no contaba con la huéspeda, y la huéspeda aquí fué la Fuensanta, que cuando decía que tenía que hacer una cosa, la hacía por encima de la cabeza de Dios.

La Fuensanta, á la chita callando, traspasó la platería heredada, luego vendió la casa de la calle de Librerías, y con el dinero del traspaso y el de la venta, compró la casa de la calle de la Zapatería, y el Capita tuvo que salir pitando, hala que hala, con sus albardas y sus serones.

La Fuensanta y el Pende convirtieron toda la planta baja en almacén. Suministraban género al

por mayor á los cuarteles y á la cárcel, pero no les convenía matar el negocio al menudeo y alquilaron en la Espartería la tienda que tienen junto al Arco Alto, cerca del callejón de Gitanos. Este sitio, conocido antiguamente con el nombre del Gollizno, por su mucha estrechez, es uno de los sitios más animados de Córdoba. Por cierto que ahí. . . . . .

. . . . . .

— ¡Por Dios! ¿Otra historia? — exclamó Quintín —. ¿No ha acabado usted ya?

— Sí.

— Cuéntenos usted el final — dijo la vieja —, ¿qué le pasó á ese Pende?

— Nada, que le nombraron concejal y luego teniente alcalde, y hoy es un comerciante rico, un banquero, y los que éramos ricos antes no tenemos una perra. ¿Eh? Pues esa es la historia. Bueno. Venga más vino.

Don Gil cogió con una mano la botella, se la acercó á la boca, y comenzó á beber.

— Basta, hombre, basta — dijo la señora Patrocinio.

El arqueólogo no hizo caso, y no terminó hasta vaciar la botella. Entonces paseó la mirada por el cuarto, cerró los ojos, apoyó la cabeza en la mesa, y un instante después comenzó á roncar estrepitosamente.

— Vaya una intoxicación que tiene el compadre — dijo Quintín contemplando á don Gil.

— Vamos, que usted también está bueno — replicó la vieja.

— ¿Yo? Más sereno que el mundo. En Inglaterra necesitamos mucho para emborracharnos.

— ¡Ah! ¿Es usted inglés?

— No, soy de aquí.

— Y es usted amigo de ese Quintín de quien tanto han hablado esta noche?

— ¡Já... já... já...!

— ¿De qué se ríe usted?

— De que ese Quintín... soy yo.

— ¿Tú?

— ¡Já... já... ahora la anciana se pone á tutearme.

— ¿Eres tú? ¿Quintín?

— Sí.

— Soy parienta tuya.

— ¿De veras? Cuánto me alegro.

— Ahora no te puedo explicar nada, porque estás borracho. Ven otro día. Hablaremos. Yo te ayudaré.

— Muy bien, me acojo á su protección... ¡Já... já...!

— Ya verás. No tendrás necesidad de trabajar.

— ¡Trabajar! ¡Já... já... já...! Es una idea que nunca se me ha ocurrido, buena anciana. Lejos de mí ese pensamiento vulgar... ¡ah!... ¡Já... já... já...!

La señora Patrocinio cogió del brazo á Quintín y le sacó á la calle.

— Anda, vete á casa — le dijo —. Otro día te contaré algo que te pueda interesar. Si necesitas dinero, ven aquí antes de ir á ninguna otra parte.

Dicho esto empujó á Quintín al medio de la calle. El frío de la noche le despejó la cabeza. Aún no había amanecido, el cielo estaba limpio y puro; la luna, ya baja, tocaba en el horizonte.

CAPITULO XI

Más impenetrable que el corazón de las mujeres, el de las niñas

No le abandonaba á Quintín la idea de intimar con Rafaela.

Sabía ya el parentesco cercano que le unía á ella. Eran de la misma familia. Mal se habían de dar las cosas, para que Quintín no obtuviera alguna ventaja.

Una mañana, Quintín fué de nuevo á casa de su prima. Vió la cancela abierta, y pasó sin llamar hasta el interior del huerto. Hallábase el señor Juan, el jardinero, muy ocupado, tratando de abrir la llave de desaguar el estanque, sin poderlo conseguir.

— ¿Qué quiere usted hacer? — le preguntó Quintín.

— Abrir esta llave; pero como está tan roñosa. . .

— Déme usted — dijo Quintín; y cogió una gruesa palanca, y sin esfuerzo apenas, abrió la llave. Salió un chorro de agua á un pequeño pi-

lón, y de aquí corrió por los canales á regar las parcelas del huerto.

— ¿Y las señoritas? — preguntó Quintín.

— Están en misa; dentro de poco vendrán.

— ¿Y qué tal por aquí? ¿Cómo va esto?

— Mal. Cada día peor — contestó el jardinero. — ¡Como yo he visto esta casa! ¡Qué diferencia! Aquí se apaleaba el dinero. Se decía que por cada hora que daba el reloj, el señor marqués cobraba una onza de oro. ¡Y qué lujo! Hace treinta años entraba usted por estos patios, y daba gloria.

— ¿Pues qué había?

— Se encontraba usted en el portal con los escopeteros de la casa, todos tan majos, vestidos de corto, con su calañés y su escopeta.

— ¿Y para qué servía esa gente?

— Para acompañar al señor marqués en sus viajes. ¿Ha visto usted el coche? ¡Qué hermoso es! Cabían dentro veinticuatro personas. Ahora está sucio y roto, y no tiene vista; pero entonces había que verlo. Solía llevar ocho caballos y postillones á la Federica. Cuando se daba la orden de salida, ¡qué lío! Los escopeteros, montados á caballo, esperaban en esa plazoleta de enfrente á que saliera el coche. Luego, la comitiva se ponía en marcha. ¡Y qué caballos! Siempre había dos ó tres de esos tigres que costaban miles de duros.

— Pues le costaría un pico el sostener una cuadra así.

— Figúrese usted.

— ¿Y cuándo acabaron esas grandezas?

— No hace mucho tiempo, no crea usted. Cuando vino la reina á Córdoba, entró en este coche desde la Cueva del Cojo hasta aquí.

— ¿Y cómo ha podido caer la casa tanto?

— Todos han tenido la culpa. Dios no les dió mucho sentido á los de esta casa; pero los que han coronado la ruina han sido el administrador y el señor conde, el padre de las señoritas Rafaela y Remedios. Este, además de vicioso y derrochador, es tonto. Siempre le están engañando, y lo que no pierde por su tontería, lo pierde por desconfianza. Una vez compró cinco mil arrobas de aceite en Málaga á sesenta reales, las trajo aquí, y las vendió á los pocos días á cuarenta.

— Sí que es una buena tontería.

— Pues de esas ha hecho muchísimas.

— ¿Y ahora qué es de él? ¿Dónde vive?

— Anda por ahí con toreros y chalanes. Se separó de su mujer.

— ¿Se volvió á casar?

— Sí; se casó por segunda vez con la hija de una aceitunera; una mujer guapa, pero muy ordinaria, y que está dando mucho que hablar al pueblo. Como él es tonto y ella una pécora, á los dos ó tres años de matrimonio se separaron, tirándose los trastos á la cabeza. El se ha enredado con una gitana que llaman la Mora, y ésta le saca los cuartos que le quedan. Los her-

manos y primos de la gitana le han dado encerronas en las tabernas, haciéndole firmar papeles, amenazándole con pegarle; nada, que le han dejado sin un maravedí. Y ahora, como no tiene dinero, no le quieren, y la Mora le despacha de casa á puntapiés, y él creo que suele volver de rodillas.

— ¿Y su mujer, mientras tanto?

— Hecha un pendón. Ha andado por ahí con un teniente... Es una tiaca.

El hortelano cogió la azada é hizo un montón de tierra en una canal para impedir que el agua penetrase en una parcela. Mientras el señor Juan trabajaba, Quintín revolvía en su mente sus proyectos ambiciosos.

— ¡Qué golpe más soberbio! — pensaba. — ¡Casarse con la muchacha y sanear la hacienda! Esto sí que sería matar dos pájaros de un tiro. ¡Quedarse con los cuartos y pasar, además, como un hombre romántico! Sería admirable.

— Ya vienen las señoritas — dijo de pronto el señor Juan, mirando por el largo pasillo.

Efectivamente; Rafaela y Remedios, acompañadas de la criada alta y seca, se presentaron en el jardín. Estaban las dos á cual más bonitas, con su mantilla y su traje negro.

— Mire usted qué preciosas — exclamó el señor Juan, dirigiéndose á Quintín y poniéndose en jarras. — Son dos cachitos de cielo estas niñas.

Rafaela se echó á reir con su risa de mujer que no tiene coquetería; Remedios miró á Quintín con sus grandes ojos negros, esperando quizás una ratificación de los piropos del jardinero.

Rafaela se quitó la mantilla, la dobló, clavó en ella dos alfileres grandes y se la dió á la muchacha; luego se alisó el pelo con su mano blanca de dedos largos y finos.

— Tengo que pedirle á usted un favor — le dijo á Quintín.

— ¿A mí?

— Sí, señor.

— Pues ya me está usted mandando, porque me consideraré muy dichoso en ser su esclavo.

Rió sonoramente Rafaela, y dijo:

— ¡Ay, Jesús! ¡Qué pronto que ha tomado usted la tierra!

— No exagero nada; digo lo que siento.

— Pues tenga cuidado, porque para esclavo me parece usted muy movedizo, y le voy á tener que poner grillos.

— No necesita usted ponérmelos. Dígame lo que quiere usted que haga.

— Pues una cosa muy sencilla. Mi padre, que es un hombre como no debía ser, se llevó el otro día de mi cuarto un joyero de plata, que era un recuerdo de mamá. Yo creo que lo habrá vendido, y quisiera que usted se tomara el trabajo de buscarlo. En algún baratillo de la plaza lo encontrará El joyero tiene en la tapa una corona, y en

la seda con que está forrado, las iniciales *R. S.* Si encuentra usted el cofrecillo, haga el favor de comprarlo y yo le abonaré lo que sea.

— No; eso no.

— Ah; sin esa condición no lo quiero.

Con motivo del cofrecillo, Rafaela habló de su madre con gran melancolía.

Remedios, que se había quitado la mantilla, sacó un aro de un rincón y se puso á jugar con él.

— ¡Remedios! — dijo Rafaela —. Estás con el traje nuevo. Múdate, y en seguida á estudiar la lección.

— No; hoy no — repuso la chiquilla.

— ¿Cómo que no? ¡Y lo dice con esa calma! Las niñas mayores no juegan al aro. Esta muchacha, cuando no la veo, juega al trabuco, á la bilarda, á la reina mora, como los chicos de la calle. ¿Le parece á usted justo eso, niña?

Remedios, por toda contestación se puso á silbar tranquilamente, mirando con descaro á su hermana.

— A ver si no silba usted.

— Pues silbaré — contestó Remedios.

— La voy á encerrar á usted en el cuarto obscuro. En esta semana llevamos dos días sin lección. Si no aprende más, va usted á ser una borriquilla. Tan lista como Pajarito.

— No — exclamó la niña dando una patada en el suelo.

— Sí, sí — replicó Rafaela riendo.

— No. — Y Remedios se agarró al cuello de su hermana y luego se subió á sus rodillas.

— Creo que ha perdido usted la fuerza moral — la dijo Quintín.

— Sí; me parece que sí — añadió Rafaela.

Remedios, en las rodillas de su hermana, se puso á charlar por los codos, mientras Rafaela le acariciaba como á una niña pequeña. Contó una porción de historias, en las que aparecían Pajarito, el señor Juan y la Gineta.

— ¡Pero, qué mentirosa eres! — decía Rafaela riendo.

Cuando se cansó, Remedios saltó de la falda, echó á correr por el jardín, y al poco rato se presentó montada á horcajadas en el borriquillo.

— Esta chiquilla está hoy desatada — dijo Rafaela mirando severamente á Remedios.

La niña notó la incomodidad de su hermana, y saltó del borriquillo con peligro de caerse, y se acercó á ella.

— Señor Juan ha dicho que ya se pueden sacar las naranjas.

— Niña, ¿quiere usted no ser tan enredadora y estarse quieta?

— Si es que lo ha dicho — exclamó Remedios haciendo un gesto expresivo y moviendo sus grandes ojos negros.

Quintín se echó á reir. Rafaela sonrió también.

— ¿De qué te ríes? — la preguntó Remedios.

— No me río, hija.

— Sí te ríes. Vámonos de aquí.

— ¿Pero, por qué?

— Sí; vámonos.

— Vaya un capricho que tiene la niña — murmuró Quintín.

— ¿Y á usted qué le importa?

— Muchacha, si de mayor eres así, no va á haber quién te resista.

Remedios quedó enfurruñada, sin apartarse de Rafaela; luego vió al perrillo del señor Juan, lo cogió en brazos, y acercándose al estanque lo tiró al agua.

— ¡Qué criatura! — dijo incomodada Rafaela.

Se acercaron al estanque; el perro, nadando, logró llegar al borde, comenzando á manotear sin poder salir. Quintín se arrodilló en el suelo, y extendiendo el brazo sacó al animalito del agua.

— Está tiritando — dijo Rafaela —. ¿Ves lo que has hecho? — añadió dirigiéndose á su hermana —. A ver si ahora se muere.

Remedios, que había presenciado impasible el salvamento, se fué á un rincón y se sentó en la tierra de cara á la pared.

— ¡Remedios! — llamó Rafaela.

La niña no contestó.

— Vamos, Remedios — dijo Quintín acercándose.

— Quite usted.

— Anda, vamos, porque me estás haciendo perder la paciencia.

— No quiero.

Trató Rafaela de coger á la chica, pero ésta echó á correr, gritando:

— Si me sigues, me tiro al estanque.

E iba camino de él, cuando Quintín la agarró fuertemente por la cintura, y sin hacer caso de sus gritos y de sus patadas, la entregó á Rafaela.

— Nada, nada; al cuarto obscuro. ¡Habráse visto la niña!

— No; no haré más, no haré más — sollozó Remedios, y ocultó la cara, llena de vergüenza, en el cuello de su hermana, y comenzó á llorar como una Magdalena.

— Cuando se le pase el berrinche, se pondrá como un cordero. ¿De modo que hará usted mi encargo? — preguntó Rafaela á Quintín.

— Si la cajita está en Córdoba, cuente usted con ella.

— Bueno. ¡Adiós! Nos vamos hasta que se nos pase esto — dijo Rafaela sonriendo con ironía.

Y Rafaela y Remedios subieron á su casa, y Quintín salió á la calle.

CAPITULO XII

En busca de un cofrecillo

En aquellos tiempos—afirmaba don Gil Sabadía en un notable artículo del *Diario de Córdoba* — era la Corredera una plaza grande, rectangular, formada por casas con balcones corridos y soportales sustentados en gruesas columnas. No tenía entonces la plaza un mercado de ladrillo feo y sucio en medio, ni las casas estaban tan abandonadas como hoy, ni en los balcones crecían con tanta abundancia los jaramagos. Mercado diario al aire libre, plaza en las grandes fiestas de toros y cañas, la Corredera constituía para Córdoba el centro comercial, industrial y artístico. Allí se celebraron fiestas reales de gran resonancia en nuestra localidad; allí se consumaron autos de fe; allí toreó el Sr. Pedro Romero en compañía de Pepe Hillo cuando Carlos IV visitó la ciudad; allí se colocó la lápida de la Constitución, con gran entusiasmo, en 1823, y se arrancó y arrastró con furor en el mismo año; allí se expusieron algunos buenos mozos, muertos en la

sierra con el trabuco en la mano; allí también los últimos verdugos de Córdoba, los dos Juanes, Juan García y Juan Montano, ambos maestros en el arte de guindar á sus semejantes, tuvieron bellas ocasiones de ejercitar la importantísima misión que se les había conferido. Por último, de ahí, de la Corredera, salieron los manteses de Córdoba, parientes de los pícaros del Zocodover y del Azoguejo, padres de los charranes del Perchel y de los lanceros de Murcia y ascendientes lejanos de los golfos madrileños.

Y D. Gil Sabadía, después de enumerar las bellezas de la Corredera, terminaba su artículo con esta lamentación: ¡Otra cosa más que tenemos que agradecer al tan decantado progreso!

A Quintín le habían dicho que en la Corredera estaban casi todos los baratillos de Córdoba, y á la mañana siguiente de su conversación con Rafaela se presentó allí, dispuesto á no dejar rincón sin revolver hasta encontrar el cofrecillo que le habían encargado que buscase.

Entró en la Corredera por el Arco Alto. Presentaba desde allá la plaza un aspecto gracioso y pintoresco. Era como un puerto lleno de velas amarillas y blancas, agitadas por el aire, resplandecientes de luz, que llenaban toda la extensión de la plaza. En los soportales, obscuros y sombríos, en tenderetes y puestos, se amontonaban una porción de cosas negras.

Quintín echó á andar por el centro de la plaza.

Había puestos fijos, como barracas grandes, donde se vendían granos y legumbres; había otros movibles, como grandes paraguas, con un largo mástil, de las verduleras y los vendedores de fruta. Otros puestos, más sencillos, eran anchas mesas sin toldo, sobre las cuales se amontonaban las nueces y las avellanas; otros, más sencillos aún, estaban en el suelo, sobre el mostrador de piedra, según una frase de los vendedores ambulantes.

Abandonó Quintín el centro de la plaza y entró en los soportales, decidido á no dejar prendería ni baratillo sin revolver. No había debajo de los arcos rinconada sin puesto ni columna sin tenderete al pie. En el fondo de los porches aparecían los portalones de las posadas, con sus patios clásicos y sus nombres castizos, como la posada de la Puya, la del Toro. . . Las alpargaterías ostentaban como enseña sus ruedos de pleita; los establecimientos de bebidas, sus anaqueles llenos de botellas de colores; las tiendas de los talabarteros, sus jáquimas, cinchas y ataharres; las triperías, las vejigas y cedazos hechos de piel de burro de Lucena. Aquí, un tejedor de caña iba construyendo cestas; allá, un baratillero ponía en montón unos cuantos libros grasientos, y cerca, una vieja estantigua sacaba del fondo de una sartén una rodaja de merluza y la ponía sobre una lámina de hoja de lata.

Las aceras estaban ocupadas; un vendedor de

Andújar se paseaba delante de sus fuentes y platos, tinajones y botijos verdes, puestos en cuadro en el suelo; una vieja campesina vendía mantas de yesca para los fumadores; un hombre de gorra exhibía petacas y peinetas en una mesa de tijera.

En cada columna había un amolador con su máquina, un bonetero con sus gorros en una gran cesta, un churrero con su caldera, un zapatero con su banco y sus pieles cortadas y su jofaina para humedecerlas. Había las notas alegres, que las daban las medias y los pañuelos de colores chillones, y las notas siniestras: unas cuantas filas de navajas de distintos tamaños sujetas á una pared, en cuyas hojas se leían letreros tan sugestivos como aquel que dice:

Si esta víbora te pica,
no hay remedio en la botica.

O esa otra leyenda, lacónica de fidelidad, escrita debajo de un corazón grabado en el acero:

Soy de mi dueño y señor.

Quintín, después de mirar y revolver en todos los baratillos y prenderías de la plaza, no dió con la cajita. Algo mareado por el sol y los gritos, se detuvo un momento y se apoyó en una columna. Era una algarabía de pregones, de voces, de cánticos, de mil ruidos. Los beloneros de Lucena pasaban repiqueteando un belón contra otro; los

sarteneros iban dando con un martillo en un hierro, con un compás extraño; los amoladores silbaban en su flauta. El vendedor de plantas medicinales lanzaba un grito melancólico; el piñonero gritaba como un descosido: ¡Muchachos, llorad, por piñas!

Había pregones lánguidos y tristes, otros rápidos y desesperados. Algunos vendedores se dedicaban al humorismo, como el barquillero que comenzaba diciendo: ¡A los barquillitos, que del Puerto vinieron!, y luego en su relación barajaba una porción de dichos y refranes; otros industriales daban la nota científica, como un vendedor de galápagos, que llevaba sus animalitos atados por una cuerda, arrastrándolos por el suelo, y los anunciaba diciendo con voz aguardentosa: ¡Pollitos de la mar!

Toda esta turbamulta de vendedores, de aldeanos, de mujeres, de chiquillos desnudos de mendigos, charlaba, gritaba, reía, gesticulaba; iba por el Arco Alto á la Espartería, en donde los hortelanos del Ruedo aguardaban á los aperadores para contratarse; entraba en la plaza de las Cañas, y mientras la multitud se agitaba, el sol de invierno, amarillo, brillante como el oro, caía y reverberaba en los toldos blancos.

Salió Quintín por el Arco Bajo á una plazoleta, en donde algunos viejos tomaban el sol, con la capa liada al cuerpo y el calañés ó el pavero sobre

los ojos. La mayoría se hallaban tan abstraídos en su noble ocupación de no hacer nada, que Quintín no se atrevió á molestarles con preguntas, y se dirigió á un vendedor de altramuces que estaba sentado debajo de un toldillo que le guarecía del sol.

Este hombre tenía sujeto á la pared, con unas cuerdas, un bastidor que le servía de toldo. A medida que el rubio bajaba en el cielo, el hombre iba inclinando el bastidor, y siempre se encontraba á la sombra.

Este hombre sabio, que con los anteojos puestos leía en aquel momento un periódico, llevaba un sombrero de catite alto de copa; tenía los ojos dulces y pequeños, de borracho; la nariz larga, roja y torcida; la barba blanca en punta. Al oir que Quintín le dirigía la palabra, levantó la vista con indiferencia, miró por encima de sus cristales y dijo:

— ¿Chochos? ¿Altramuces?

— No; quisiera que me dijese usted si hay por aquí algún baratillo más que los de la Corredera.

— Sí, señor; hay uno en la plaza de la Almagra.

— ¿Y en dónde está?

— Ahí cerca. ¿Quiere usted que le acompañe?

— No, muchas gracias. Le pueden llevar la mercancía.

— ¡Ps! ¿Para qué la quieren? — Y el hombre

ingenioso del catite salió de debajo de su toldo, inclinó su sombrero hacia una oreja, se acarició la perilla, y esgrimiendo una blanca garrota, abandonó al destino su cesto de altramuces y fué acompañando á Quintín hasta dejarle frente por frente de una prendería.

— Muchísimas gracias, caballero — le dijo Quintín.

El hombre sabio sonrió; llevó su alto sombrero puntiagudo de la oreja izquierda á la derecha, hizo un molinete con su bastón y se retiró, después de inclinarse de un modo ceremonioso.

Quintín entró en el baratillo y explicó al almonedero lo que buscaba. El hombre, después de escucharle, le dijo:

— Ese cofrecito lo tengo yo.

— ¿Quiere usted enseñármelo?

— No hay inconveniente.

El hombre abrió una papelera, y del fondo de uno de los cajones sacó una cajita ennegrecida. Tenía una corona en la tapa, pero el forro se lo habían arrancado y no podían verse las iniciales que Rafaela le indicara á Quintín. Sin embargo, debía ser aquel el cofrecito. Quintín quiso cerciorarse.

— ¿Se puede saber — preguntó — de dónde ha venido esta caja?

— ¿Tiene usted interés en ello? — replicó el baratillero con cierto retintín.

— Sí; pero es porque quiero cerciorarme de que es la que busco.

— Pues no me importa decir de dónde viene, porque ya sé que el que me la ha vendido era su dueño.

— ¿Es de casa de un marqués?

— Sí, señor.

— ¿De uno que vive en la calle del Sol?

— Sí, señor.

— ¿Cuánto quiere usted por el cofrecito?

— Sesenta duros.

— ¡Demonio! Es mucho.

— Los vale. Un inteligente me daría por él cien duros; quizás más...

— Bueno. Si no puedo venir hoy á llevarme el cofrecillo, vendré mañana.

— Está bien.

Quintín se encaminó á su casa preocupado. ¿De dónde sacar aquellos sesenta duros? Entró en el almacén y fué á ver á Palomares.

— ¿Me podrías proporcionar tú sesenta duros hoy mismo? — le dijo.

— ¡Sesenta duros! ¿De dónde los voy á sacar?

— ¿No conoces á nadie que preste?

— Para que te presten dinero necesitas garantía, ¿y tú qué garantía vas á presentar?

— El caso es que necesitaba el dinero hoy mismo.

— Mira, vete á la tienda de la Espartería a anochecer, y ya veremos si se puede hacer algo.

Quintín, á las seis, fué á la tienda. No había estado nunca en ella. Era chiquita, pero estaba abarrotada de género y en aquella hora llena de compradores.

— ¿Está don Rafael? — preguntó Quintín al dependiente.

— Ahí en la trastienda.

Pasó Quintín adelante y entró en un cuartucho pequeño, con varias estanterías repletas de arriba á abajo de latas de todas clases y colores, botellas, frascos y tarros. Se respiraba allí un olor mezclado de canela, de petróleo, de café y de bacalao. En aquella encrucijada de productos alimenticios había tres personas de tertulia en conversación con don Rafael.

Las saludó Quintín y se sentó.

De las tres personas, una de ellas era un canónigo, Espejo, de apellido, á quien llamaban Espejito por su pequeña estatura. Espejito tenía un aire socarrón, y paseaba por la trastienda con las manos en la espalda.

El otro de los contertulios, un hombre flaco, con las piernas muy delgadas, y abiertas como las ramas de un compás, tenía la cara amojamada, la mirada fija, penetrante, suspicaz. Se llamaba Camacha, y era procurador; gastaba bigote corto, patillas hasta las orejas, sombrero de copa de alas anchas, inclinado á un lado, y pantalones muy estrechos.

El tercer tertuliano estaba retrepado en una

silla; era hombre sesentón, de perfil romano; la cara con arrugas carnosas, la nariz corva, aquilina, que caía sobre el labio superior, como un buitre sobre su presa; los ojos fijos, profundos; la boca desdeñosa y amarga, y el color cetrino. Llevaba este hombre un pañuelo negro atado á la cabeza; encima un sombrero de ala ancha, también negro, y sobre los hombros una amplia capa parda, de grandes pliegues.

Este señor, dueño de una porción de cortijos de los alrededores de Córdoba, se llamaba don Matías Armenta.

Los cuatro señores hablaban lentamente y á medias palabras.

— Yo creo que hay garantías — murmuraba alguno de ellos de cuando en cuando.

— Eso me parece también á mí.

— El estado de la casa...

— No es satisfactorio, es indudable; pero para responder...

— Eso creo yo.

— Otro día hablaremos de eso.

— Aquí estoy estorbando — pensó Quintín, y salió á la tienda, se sentó en un banco y esperó á que viniera Palomares.

Este entró en la trastienda, y al cabo de poco rato salió y dijo á Quintín:

— Pues, chico, no puede ser.

Salió Quintín á la calle echando pestes de su padrastro y de los compadres que le acompañaban, que trascendían á la legua á usureros; anduvo callejeando, pensando la manera de encontrar el dinero, cuando se acordó de la oferta de la señora Patrocinio la noche en que habían estado don Gil Sabadía y él en su casa.

— Vamos allá — se dijo —. Veremos si cumple lo ofrecido.

Se dirigió á los Tejares, donde vivía la señora Patrocinio. La puerta de la casa estaba entornada. Quintín llamó, y no contestándole nadie pasó adentro.

— ¡Señora Patrocinio! — gritó.

— ¿Quién es? — dijeron desde arriba.

— Un hombre que viene pidiendo algo.

— Pues aquí no se da nada.

— Soy Quintín.

— ¡Ah! ¿Eres tú? Entra y espérame.

— ¡Qué confianza más hermosa! — dijo Quintín sentándose en el zaguán, que estaba casi á obscuras.

En esto se oyeron pasos en la escalera, y en compañía de la señora Patrocinio bajó una mujer de mantilla y velo negro.

La tapada miró á Quintín al pasar; él la contempló con curiosidad, y se hubiera asomado á la puerta de la calle á verla mejor si la señora Patrocinio no le agarrara del brazo.

— Vamos á ver — dijo la vieja —; ¿qué pasa?

— Señora Patrocinio — balbuceó Quintín —, despácheme usted y téngame usted como un idiota si mi pretensión le parece estúpida. Vengo á pedirle dinero.

— ¿Has jugado?

— No.

— ¿Cuánto necesitas?

— Sesenta duros.

— Vamos, no es gran cosa. Ven.

Subieron la vieja y Quintín al segundo piso, entraron en una alcoba con una cama; la señora Patrocinio sacó una llave de la faltriquera y abrió un armario. Revolvió el interior con sus manos deformadas, hasta sacar un abultado portamonedas. Lo abrió, extrajo de dentro un cartucho envuelto en un papel, lo rompió sobre la cama y se desparramaron por encima de la colcha unas cuantas monedas de oro. La vieja contó veinte centenes y se los ofreció á Quintín.

— Toma — le dijo.

— Pero me da usted de más, señora Patrocinio.

— ¡Bah! No te pesarán.

— ¡Muchísimas gracias!

— No me debes dar las gracias. No quiero más que una cosa, y es que vengas de vez en cuando, Un día te explicaré el parentesco que hay entre nosotros dos y lo que espero de ti.

— Muy bien.

Quintín cogió su dinero y salió alegremente de

casa. Era de noche, y pensó que el baratillo de la plaza de la Almagra estaría ya cerrado, pero se acercó á verlo y se encontró con que estaba abierto; recogió el cofrecillo y se fué á casa.

— La verdad es que soy un hombre de suerte — murmuró alegremente.

Se durmió Quintín mecido por dulces esperanzas: al día siguiente, por la tarde, fué á la calle del Sol.

Encontró la cancela entornada y pasó al huerto. No estaba el jardinero. Subió la escalera y llamó. La moza alta y seca, que acudió á la puerta, le dijo:

— Las señoritas están en la cocina.

— Pues vamos allá.

Cruzaron una serie de corredores y entraron en la cocina. Era ésta enorme, con una altísima claraboya, por la que entraba en aquel momento un rayo de sol, que caía sobre los rubios cabellos, algo despeinados, de Rafaela.

Al ruido de los pasos, Rafaela y Remedios se volvieron.

— ¡Ah! ¿Es usted? De buena manera nos ha pillado — dijo Rafaela enseñando sus manos, llenas de harina.

— ¿Qué hacen ustedes? — preguntó Quintín.

— Unas tortas de aceite.

— Huele muy bien aquí.

— ¿Es usted goloso? — preguntó Rafaela.

— Algo.

— Para golosa, esta — repuso la muchacha señalando á Remedios —. Vámonos de aquí, porque si no va á pescar una indigestión.

Rafaela se lavó las manos y los brazos, se secó cuidadosamente y salió de la cocina para el gabinete.

— Aquí traigo la cajita — le dijo Quintín.

— Ah, ¿sí? Démela usted. ¡Muchas gracias! ¡Muchísimas gracias! ¿Qué le ha costado á usted?

— Nada, una bicoca.

— No, no. No es posible. Dígame usted lo que ha pagado por ella.

— ¿No quiere usted aceptar de mí ese favor pequeño?

— No, porque comprendo que le ha debido costar mucho.

— ¡Bah!

— Ya me enteraré y hablaremos.

Remedios, acercándose á Quintín misteriosamente, le dijo:

— ¿Es verdad que en tu casa hay una tienda?

— Sí.

— ¿Y tienes dulces?

— Sí.

— ¿Ya me traerás algunos?

— ¿Qué quieres que te traiga?

— Tráeme arropía blanca, y arropía de clavo, y un suspiro, y un merengue.

— ¡Pero, hija, tú quieres una confitería! — dijo Rafaela.

— Entonces unas arropías y unas perrunas, ¿eh?

— Bien.

— Pero muchas.

— Sí.

— Bueno; ahora ¡canta!

— ¡Jesús, qué niña más atrevida! — exclamó Rafaela.

Abrieron los balcones del gabinete, que estaban cerrados, y Quintín se sentó en el piano y preludió el aria de barítono de *Rigoletto*. Luego, con una voz robusta, comenzó:

Deh non parlare al misero
del suo perduto bene...

Se acordó inmediatamente del colegio, de sus amigos; luego se sintió sentimental y dió á su voz entonaciones de verdadera tristeza. Cuando decía

Solo, difforme, povero,

casi sintió ganas de llorar.

Después de *Rigoletto* vino aquello de *Un ballo:*

Eri tu che mechiavi,

Agotó Quintín su repertorio, cantó todas las canciones de ópera italiana que sabía, y luego, exagerando el acento inglés, el *¡Rule Britannia!* y el *¡Dios salve á la Reina!*

Las dos hermanas y una criada vieja, mientras cosían, escuchaban á Quintín, que charlaba por los codos, como á un cómico. Se reían de sus historias y de sus payasadas.

Quintín era inagotable, y refirió una porción de anécdotas y de sucedidos, la mayoría inventados por él. . .

La tarde pasó en un vuelo. Desde el balcón del gabinete se veía la sierra negruzca, recortada con un reborde fuerte en el azul del cielo. El sol, ya muy caído en el horizonte, iba dejando sombras largas de las chimeneas y de las torrecillas sobre los tejados grises y sonrosaba los campanarios con una luz ideal que palidecía por momentos.

No se veía en el cuarto; trajo la vieja criada un quinqué y lo colocó sobre la mesa. Quintín se despidió de las dos hermanas.

Al salir se detuvo en la reja que daba al huerto. El aire tomaba una transparencia inaudita, el cielo se hacía profundo de un azul intenso. Los objetos lejanos, las huertas blancas de la sierra, las ermitas entre cipreses, los grandes pinos de copa redonda de lo alto de las cumbres se veían con todos sus detalles. . .

Obscureció más; en la mancha rectangular, negra del estanque comenzó á brillar una estrella, luego otra, hasta que un hervidero de puntos luminosos tembló en aquellas aguas profundas y quietas.

CAPITULO XIII

Una romería y un paseo

Y tú no irás á los Pedroches? — le dijo unos días después Remedios á Quintín. Estaban en el gabinete las dos hermanas y una vieja cosiendo.

— ¿Qué es lo que hay allí? - preguntó él.

— La romería de la Candelaria — contestó Rafaela.

— ¿Y ustedes, van?

— Sí, creo que sí. Iremos con mis primas.

Quintín enmudeció un instante.

— ¿Y tú no vas á ir? — volvió á preguntar Remedios.

—¿Yo? No. No conozco á nadie.

— ¿No nos conoces á nosotras? — replicó la niña.

— Sí; pero podía molestarles á ustedes. . .

— ¿Por qué? — preguntó en tono amable Rafaela.

— Si no á ustedes á sus primas; podía no gustarles que yo las saludara.

Calló Rafaela, dando á entender, quizás sin quererlo, que podía ser verdad lo dicho por Quintín, y éste, algo confuso, dijo:

— ¿Y qué hacen allí?

— Ahora poca cosa — respondió la vieja —; hay algunos bailes y meriendas. . .; pero antes, lo bonito era al volver; había la costumbre de que cada mozo llevara una muchacha en la grupa del caballo hasta el pueblo.

— ¿Y ya se abandonó esa costumbre? — preguntó Quintín.

— Sí.

— ¿Y por qué no la siguen?

— Precisamente por las camorras que se armaban á la vuelta — contestó la vieja. — Solían ponerse los mozuelos y también los hombres á espantar á los caballos, y algunos jinetes se caían, y, furiosos, andaban á tiros y á puñaladas.

— Estás muy enterada — dijo Rafaela á la vieja —. ¿Es que has estado alguna vez en los Pedroches?

— Sí. Con un novio que tuve, que me llevó en el anca del caballo.

— ¡Ay, qué tuna! ¡Qué tuna! — dijo Rafaela.

— Al llegar á la Malmuerta — siguió diciendo la vieja criada — nos asustaron el caballo, y mi novio, que llevaba en el arzón un retaco, hizo como que disparaba y la gente no encontraba tierra para correr. . .

Quintín se decidió á ir á la romería.

— Voy á los Pedroches, madre — dijo á la Fuensanta.

— Haces bien, hijo — contestó ella —. Sal y diviértete.

— El caso es que no tengo dinero.

— Yo te daré lo que necesites y te encontraré traje para montar.

Alquiló Quintín un caballo de alzada con su silla vaquera; se vistió, siguiendo las indicaciones de su madre, un marsellés lleno de cintas y alamares, polainas de fleco, manta de borlones en el arzón y ancho sombrero ecijano.

Montó á la puerta de su casa. Era buen jinete, y al caer sobre el caballo lo hizo encabritar á posta. Lo refrenó en seguida, saludó á su madre que estaba en el balcón y se alejó en el caballo al paso.

Salió por la Puerta del Osario al Campo de la Merced, atravesó el Arco de la Malmuerta y se dirigió hacia la Carrera de la Fuensantilla. Allí se notaba el movimiento de la gente, que marchaba en grupos á los Pedroches.

La tarde de Febrero era espléndida. El sol se derramaba como una lluvia de oro por la campiña verde y reía en los bancales de trigo reciente, granizados de flores rojas y de capullos amarillos. Alguna choza negra, algún montón de paja con una cruz encima se destacaban en la gran extensión de los campos de sembradura.

Quintín marchaba al paso por la carretera, bordeada á trechos por grandes pitas grises, de entre cuyas carnosas ramas se levantaban pájaros piadores.

Llegó Quintín al lugar de la romería, una pradera próxima al arroyo de los Pedroches.

Desparramada en aquel prado, en grupos, estaba la gente. De lejos brillaban al sol los trajes claros y vistosos de las muchachas, destacándose en el fondo verde de la pradera. Quintín se acercó al lugar de la fiesta; en unos grupos se merendaba, en otros, tocaban la guitarra y bailaban.

En algunos, en donde sin duda los bailadores eran maestros, se amontonaban los curiosos. Un viejo patilludo tocaba la guitarra garbosamente, y un bailador de traje ceñido perseguía á una esbelta bailadora con los brazos en alto, y se oía el repicar de las castañuelas y las voces de los jaleadores.

Era una alegría tranquila, digna, llena de serenidad. Las muchachas, con el traje llamativo, el mantón de Manila, la flor en el cabello, paseaban acompañadas de la dueña de rostro avinagrado y del mozo arrogante.

Aparte del centro de la romería, familias acomodadas merendaban pacíficamente, y los chiquillos y las niñas, en los columpios atados de árbol á árbol, se balanceaban y chillaban.

Había vendedores de naranjas y de manzanas,

de nueces y de castañas, y arropieras con sus puestos pequeños de dulces y aguardiente.

Quintín recorrió la feria mirando á un lado y á otro, buscando á sus primas, y al final, en un sotillo en el que no había gente, las vió en un corro formado por varios muchachos y muchachas.

Remedios conoció á Quintín de lejos y le saludó con la mano, y se levantó. Quintín se acercó á ella.

— ¿Adónde vas? — le dijo la niña.

— A dar una vuelta.

— ¿Quieres un bizcocho?

— Si me das...

— Ven.

Quintín bajó del caballo, se acercó al grupo, dió la mano á Rafaela y saludó, inclinándose, á las demás personas. Indudablemente Rafaela había indicado á sus amigas quién era el caballero, porque Quintín notó que varias de las muchachas le miraban con curiosidad.

Tomó Quintín el bizcocho que le dió Rosario y la copa de vino.

— ¿No se sienta usted? — le preguntó Rafaela.

— No, muchas gracias. Voy á dar un paseo por el monte.

Al acercarse á Rafaela, Quintín notó la mirada de odio que le lanzaba uno de los jóvenes de la reunión.

— Es un rival — pensó.

Desde aquel momento se sintieron los dos in-

flamados de odio, el uno contra el otro. El joven era alto, rubio, con cierta facha de gañán, á pesar de su vestimenta elegante. Quintín oyó que le llamaban Juan de Dios. Hablaba el mozo de un modo algo bárbaro, convirtiendo las eses en zedas, las erres en eles, y al contrario. Contemplaba fijamente á Rafaela, y de vez en cuando le decía:

— ¿Pero pol qué no bebe osté una mijita?

Rafaela daba las gracias sonriendo. Entre las muchachas estaban las dos primas de Rafaela; la mayor, María de los Angeles, tenía la nariz de loro, los ojos verdes y algo saltones y el labio inferior saliente; la otra, Tránsito, era más bonita, pero su expresión, entre orgullosa é indiferente, no le captaba simpatías; como su hermana, tenía los ojos verdes, los labios finos, sin carne, con una curva extraña de una expresión cruel.

Tránsito hizo algunas preguntas á Quintín en tono burlón y sarcástico; contestó él amablemente, con una modestia fingida y en un castellano estropeado adrede, y dijo al poco rato que se marchaba.

— ¿Qué, se va usted ya? — le preguntó Rafaela.

— Sí.

— ¿Es que nos tiene usted miedo? — le dijo Tránsito.

— Miedo de hacerme ilusiones — repuso Quin-

tín con galantería, saludando y yendo á buscar su caballo.

—¡Anda! Llévame á la grupa—saltó Remedios.

— No, no; te vas á caer — dijo Rafaela.

— Si no me caigo — replicó la niña.

— El caballo es manso — advirtió Quintín.

— Bueno; entonces llévela usted un poco.

Montó Quintín rápidamente, y Remedios subió en el estribo del coche que estaba allí cerca. Quintín se le acercó y le presentó su pie izquierdo para que le sirviera de sostén. La niña se apoyó en él, y agarrándose á la cintura de Quintín saltó á la grupa del caballo y rodeó con los dos brazos el cuerpo del jinete.

— Ves como sé — dijo á su hermana, que veía estas maniobras con miedo.

— Ya lo veo, ya.

— ¿Adónde vamos? — preguntó Quintín á la niña.

— Por en medio de la romería.

Pasaron por entre los grupos; la arrogancia del jinete y la gracia de Remedios, con su flor roja en el pelo, llamaba la atención de la gente.

— ¡Vaya una parejita!—decían algunos al verlos pasar, y ella sonreía y le brillaban los ojos.

Quintín, siguiendo las órdenes de Remedios, fué y vino y pasó por los sitios que ella le dijo.

— Ahora, vamos á la sierra.

Avanzó Quintín cuesta arriba durante una media hora.

Iba cayendo la tarde; las sombras de los árboles se alargaban en la hierba; nubes blancas, densas, como bloques de mármol, con las entrañas incendiadas, avanzaban lentamente por encima de la sierra; el aire tenía sabor á romero y á tomillo. Córdoba, envuelta en un polvillo de oro, aparecía en la llanura; tras ella ondulaban colinas bajas de un verde claro, y estas colinas se escalonaban unas con otras, hasta perderse á lo lejos en una bruma dorada producida por la vibración de la luz. Sobre los tejados del pueblo se erguían las torres de las iglesias, las cúpulas pizarrosas, los cipreses negros y puntiagudos. Entre las tapias de una huerta, con el tronco muy alto y torcido, se levantaba una gigantesca palmera, como una araña pegada al cielo...

Volvió Quintín con la idea de dejar á Remedios con su hermana.

— ¡Vaya! ¡Vaya! — la dijo Rafaela —, no te puedes quejar. Te estamos esperando para volver. Anda, baja.

— No, ahora me va á llevar á casa. ¿Verdad, Quintín?

— Lo que tú quieras.

— Pues andando.

— Vamos allá.

— Tengan ustedes cuidado con los guasones — dijo Tránsito, la prima de Rafaela.

Tomaron el camino del pueblo, entre los grupos que volvían de la fiesta.

Se veía Córdoba á la luz del crepúsculo con sus torres, en donde aún palpitaban las últimas claridades del sol. En algunas casas comenzaban á iluminarse las ventanas; en el cielo azul, obscuro, iban apareciendo las estrellas.

Ni Quintín ni la niña hablaban; marchaban los dos silenciosos, mecidos por los movimientos del caballo. Llegaron á la Carrera de la Fuensantilla, y de aquí siguieron por las Ollerías. En la primera puerta de la ciudad que toparon, la del Colodro, Quintín creyó ver un grupo apostado que podía tener la intención de asustar los caballos de los que pasaran, y siguió adelante por el Arco de la Malmuerta al Campo de la Merced.

Había aquí un grupo de chiquillos y de mozos, uno de ellos con un látigo.

— Niña, ten cuidado; agárrate á mí bien — dijo Quintín.

Ella estrechó entre sus brazos la cintura del jinete.

— ¿Estás?

— Sí.

El grupo de chiquillos y de mozos se acercó á Quintín, haciendo uno restallar el látigo. Quintín, antes de que tuviesen tiempo de asustar su caballo, picó las espuelas y aflojó la brida; el animal dió un bote, derribó á unos cuantos de los bromistas y comenzó á galopar, espantando á la gente. Cuando pasaron el Campo de la Merced, Quintín refrenó el caballo y lo puso de nuevo al paso.

— ¿Qué te ha parecido, niña? — dijo Quintín.

— ¡Muy bien! ¡Muy bien! — exclamó Remedios, que no cabía en sí de gozo —. Querían tirarnos á nosotros.

— Y se han caído ellos.

Rió la niña alegremente. Quintín se dirigió á la puerta del Osario, y, pasada ésta, se internó por callejuelas solitarias. Iba el caballo al paso, y sus herraduras resonaban fuertemente en las piedras.

— ¿Quieres que te convide?—preguntó Quintín.

— Sí.

Pasaron por delante de una taberna que llamaban del Postiguillo; Quintín detuvo su caballo, dió dos sonoras palmadas, y apareció el tabernero en la puerta.

— ¿Qué quiere esta niña? — dijo el hombre.

— Lo que haya — contestó Remedios.

— ¿Unos bollitos y dos medios vasos de Montilla?

— ¿Te parece bien? — preguntó Quintin.

— Muy bien.

Tomaron los bollos, bebieron, y siguieron adelante. Al llegar á la calle del Sol, en el mismo momento se detuvo un coche en la puerta, del que bajaron Rafaela, sus primas y el joven rubio. Este, que ayudó á bajar á las muchachas, dijo á Remedios: ¡Allá voy! Pero la niña hizo como si no le hubiera oído, y llamó al señor Juan. Quintín tomó á Remedios por la cintura y la dejó en los bra-

zos del hortelano; luego saludó, y se dirigió calle arriba.

Al ir á su casa, se encontró con que su familia no había vuelto del paseo; en la calle vió á Palomares y se reunió con él; encargó á un chico que llevara el caballo á casa del alquilador, y en compañía del dependiente entró en un café. Le contó cómo había pasado la tarde, y de aquí pasó á hablar con indiferencia de la familia de su abuelo.

— Parece que están arruinados, ¿eh?

— Sí, por completo.

— Pues debían tener *parné*, ¿verdad?

— ¡Uf! El viejo ha sido riquísimo, más que por él, por su mujer. Es una buena persona, pero manirroto. Cuando el cabecilla Gómez se apoderó de Córdoba, el viejo marqués, que entonces era carlista, le hospedó y le dió muchos miles de duros. Y siempre ha gastado el dinero á espuertas.

— ¿Y el hijo?

— El hijo no se parece nada al padre. Es un perdido de mala sombra.

— ¿Y la mujer del hijo?

— ¿La Aceitunera? Esa es una pécora de marca mayor.

— Guapa, ¿eh?

— ¡Ya lo creo! Una real moza y hablando con la mar de gracia. Cuando se separó de su mari-

do, fué á vivir con Periquito Gálvez; pero ahora dicen que está *chalada* por un teniente. Tírale de la lengua al señor Juan el jardinero, y él te contará cosas curiosas.

— ¿Y no ha tenido esa familia algún pariente bastante listo para poder salvar la casa?

— Sí; el marqués tiene un hermano á quien llaman el Pollo Real; pero éste es un egoísta que no se quiere meter en nada por temor á que le pidan dinero. ¿No le has visto alguna vez?

— No.

— Pues el Pollo Real ha sido un Tenorio. Ahora está medio paralítico, y, según dicen, se dedica á escribir la historia de sus amores, y tiene un pintor á sueldo para que le pinte el retrato de sus queridas. Ya hace años que anda en esto. El pintor que tuvo antes era un sevillano amigo mío, y me solía contar que el Pollo Real le daba una miniatura ó una fotografía para que la copiase en tamaño mayor, y luego le explicaba cómo eran las retratadas, si rubias ó morenas, altas ó bajas, marquesas ó gitanas.

— Y Rafaela —preguntó Quintín —, ¿la conoces?

— ¡Si la conozco! ¡Ya lo creo! ¡Pobrecilla!

— ¿Pobrecilla? ¿Por qué? —exclamó Quintín sintiendo frío en todo el cuerpo.

— Ha tenido mala suerte esa muchacha.

— ¿Pues qué le ha pasado?

— Nada, cosas de las familias ricas, que son

muy miserables. Rafaela, desde los trece ó catorce años, estaba en relaciones con el hijo de un conde de aquí. Los chicos parece que se querían, y hacían muy buena pareja. Siempre se les veía juntos, en el paseo y en el teatro, cuando comenzó á susurrarse que la casa del marqués marchaba á la ruina. Entonces el novio se largó á Madrid; pasó un mes y otro, y muchos, y el mozo no venía, hasta que alguien trajo la noticia de que se casaba allá con una señorita millonaria. Rafaela estuvo enferma durante algunos meses, y desde entonces ya no tiene el aire de salud y de alegría que antes.

Quintín escuchó este relato profundamente mortificado. Ya no quiso preguntar nada; se levantó, salió del café, y se despidió de Palomares.

No pudo dormir en toda la noche.

— ¿Por qué esta rabia y esta mortificación? — se preguntaba á sí mismo —. ¿Qué importa que haya ó no tenido un novio Rafaela? ¿No vas tú á resolver tu problema, Quintín? ¿No vas á buscar tu vida? ¿No eres un buen beocio? ¿No eres un buen cerdo de la piara de Epicuro?

Por más esfuerzos que hizo Quintín para convencerse de que no debía estar irritado, le fué imposible. Sólo pensar que un hombre, probablemente un mequetrefe, había despreciado á Rafaela, le ofendía de la manera más mortificante.

CAPITULO XIV

Primavera

No; no era un beocio; no era un epicúreo; no podía decir que seguía de todo corazón el consejo admirable del cisne venusino: Coge la flor del día sin cuidar demasiado de la de mañana.

Estaba pasando por todas las fases del enamoramiento más vulgar y ramplón; sentía momentos de tristeza, de rabia, de amor propio herido y maltrecho.

Trató de analizar friamente su situación espiritual, y consideró lo mejor y más oportuno realizar un esfuerzo y no presentarse durante algún tiempo en casa de Rafaela.

— Hay que ser enérgico — se dijo á sí mismo; pero otras veces su razón se preguntaba: — ¿Por qué no voy, como antes, á verla? ¿Qué es lo que pretendo? ¿Que ella deje de haber tenido un novio que ya tuvo? Es una estupidez. Aceptemos los acontecimientos ya realizados.

A esto, su amor propio herido respondía con arrebatos de rabia, obscureciendo su inteligencia, y el amor propio quedaba victorioso.

Quintín no se presentó durante mucho tiempo en casa de Rafaela. Solo, sin ocupaciones, sin amigos, se aburría de una manera desesperada. ¡Cómo le abrumaba aquella primavera andaluza! Vagaba de aquí para allí, sin plan, sin objeto, sin rumbo.

El sol inundaba las calles silenciosas, desiertas; el cielo azul, de un azul puro, sin transparencia, parecía algo compacto, una gran turquesa ó un gran zafiro, en donde se empotraran tejados y torres, azoteas y terrazas.

Todo daba una impresión de letargo profundo... Las casas blancas, azules, amarillas, de un rosa pálido, de crema, cerradas herméticamente, parecían abandonadas; los zaguanes, regados, chorreaban agua; se olía vagamente á flores, y un perfume penetrante de azahar salía de los patios y de los huertos.

Las plazas, blancas, como pozos de sol, cegagaban por la reverberación de la luz en las paredes. En los callejones, tenebrosos, angostos, llenos de sombra, se sentía un frío húmedo, de cueva... En unas partes y en otras dominaba el silencio y la soledad; en alguna rinconada un borriquillo, atado á una reja, permanecía inmóvil, un perro famélico escarbaba un montón de basura, ó un gato asustado corría, con la cola erizada, hasta desaparecer por un escondrijo.

A lo lejos, estallaba como un clarín guerrero, en el aire, silencioso, el cacareo estridente de al-

gún gallo; se oía el grito melancólico de los vendedores de plantas medicinales, y por la plazoleta desierta, por la callejuela angosta y tortuosa, se elevaba la canción de amor y de muerte que un grancero cantaba montado en su burro.

En la Ribera algunos vagabundos y gitanos tomaban el sol, otros jugaban al tejo; chiquillos de piel morena correteaban con las piernas al aire, cubiertos únicamente con una camisilla corta; viejas negruzcas salían á las ventanas y á las rejas, y por la carretera, blanca, muy blanca, como un gran reguero de cal, pasaban jinetes gallardos, levantando nubes de polvo.

El río se deslizaba tranquilo, á veces azul, á veces dorado; por el puente carros y recuadas pasaban despacio; tan despacio, que desde lejos parecían inmóviles.

Una calma abrumadora, una soñolencia fatigosa pesaba sobre el pueblo, y en medio de esta calma, de este silencio de muerte, sonaba una campanada aquí, otra allá, y todas á cual más lánguidas y tristes...

Al anochecer, la magia del crepúsculo daba al pueblo y al paisaje lejano luces de oro y de rosa, colores espléndidos de una magnificencia extraordinaria. Las nubes enrojecían, tomaban tonos de escarlata... el campo se doraba y los últimos rayos del sol incendiaban los pedruscos y las matas de lo alto de la sierra.

En la calles, inundadas de luz, aparecía en la

acera una cinta de sombra y se agrandaba, y se ensanchaba, hasta ocupar todo el empedrado. Luego subía lentamente por las paredes, llegaba á las rejas y á los balcones, escalaba los aleros torcidos... El sol desaparecía por completo de la calle, y sólo quedaban entonces restos de su claridad en las torrecillas, en los altos miradores, en las centelleantes vidrieras...

El aire se diafanizaba, adquiría más transparencia, el horizonte más profundidad, y los lienzos de paredes blancas de guardillas y de esquinazos, al reflejar el cielo de escarlata ó de rosa, semejaban bloques de nieve, animados por los rayos pálidos de un sol boreal...

Poco después se encendían los faroles; temblaban sus llamitas rojas en la penumbra, y agujereaban las fachadas de las casas, ya obscuras, los rectángulos de luz de las ventanas iluminadas.

En esta hora, los días de labor, las mujeres salían á las tiendas, las familias ricas volvían en su coche de los huertos, los mozos paseaban á caballo, y la vida nocturna de Córdoba se derramaba por las callejuelas céntricas, iluminadas por los faroles y las luces de los escaparates.

Quintín vagaba de un lado á otro, rumiando sus tristezas; paseaba indiferente por calles y plazas, mirando á las señoritas, que iban y venían con sus mamás, seguidas por sus novios. Cuando cesaba su irritación, se sentía aplanado. Aquella calma melancólica del pueblo, aquel ambiente

de ensueño, le producía una gran laxitud y una gran pereza.

A veces creía firmemente que no le preocupaba nada Rafaela; que su enamoramiento había sido una fantasía superficial.

Por las mañanas, Quintín iba muchas veces al Patio de los Naranjos, en donde el padre del Pende solía pasar el tiempo en una reunión de viejos, mendigos y vagos, á la que llamaban irónicamente en todo Córdoba la *Potrá*.

Pende padre ó Matapalos, se pasaba la vida allí, charlando con sus amigos. Hombre muy ocurrente y sabiondo, hablaba por apotegmas y sentencias. Dominaba el matiz como pocos. Nadie como él para insinuar maliciosamente una porción de cosas en una parada de la conversación, ó en el acto de liar un cigarro. Cierto que esto, para él, no era una cosa sencilla, ni mucho menos, sino una operación que exigía tiempo y ciencia. Primeramente, Matapalos sacaba una navajita y comenzaba con ella á raspar un chicote de tabaco negro; después del raspado seguía la molienda entre las dos manos; luego arrancaba del librillo una hoja de papel de fumar, la ponía con tiento pegada en el labio inferior, y después comenzaba el liado del cigarro, primero por un extremo, luego por otro, hasta que la maniobra se realizaba felizmente. Terminada la operación, Matapalos se descubría, ponía el calañés entre

las piernas, y de las interioridades del sombrero *reondo* sacaba una bolsita de cuero, de donde salía el pedernal, el eslabón y la yesca.

Tras de esto, Matapalos se cubría con lentitud, y de cuando en cuando, en medio de la conversación, daba un golpe con el acero en el pedernal, hasta que alguna vez se encendía la yesca y con ella el pitillo.

Vivía el viejo en una casucha del barrio del Matadero; sabía todo lo ocurrido desde hacía muchos años en Córdoba, y se vanagloriaba de ello. Para Matapalos no había toreros como los de su tiempo.

— Yo no le quito el mérito á Lagartijo, ni á Manuel Fuentes — decía —; pero toreros como el Panchón, como Rafael Bejarano, como Pepete y como el Camará, eso ya no se ve más en el toreo. Había que verle al Bejarano, que se las mantenía tiesas con Costillares nada menos; tanto, que solían cantar en mi tiempo así:

Arrogante Costillares,
anda, vete al Almadén,
para ver bien matar toros
al famoso cordobés.

El Matapalos tenía en este punto un contradictor formidable, que era otro viejo á quien llamaban el doctor Prosopopeya, que, como natural de Sevilla, no admitía que un torero cordobés pudiese estar nunca á la altura de un sevillano.

Quintín encontraba muy gracioso y divertido á Matapalos, é iba muchos días á oirle.

Mientras el viejo contaba antiguas historias, con su hablar reposado y tranquilo, Quintín contemplaba el Patio de los Naranjos, enterándose, unas veces sí, y otras no, de lo que le decían.

Estaban los naranjos llenos de azahar, y aquel olor penetrante producía cierto mareo; de rato en rato se oían campanadas lejanas; luego, la campana de la catedral parecía contestarlas, retumbando fuertemente... Después volvía á imperar el silencio, piaban los pájaros en los árboles, murmuraba el agua en la alberca, se bañaban las mariposas en el aire puro, y las lagartijas y las salamandras se deslizaban por las paredes.

Entre las sombras de los naranjos brillaban en el suelo las manchas claras del sol; las palomas se dejaban caer desde el tejado de la catedral, y volaban dulcemente por el aire azul y luminoso, produciendo un ligero rumor de gasa rota; á veces hacían un chasquido metálico al batir con rapidez sus alas.

La gente de la *Potrá*, la mayoría, la formaban mendigos y vagos. Estos mendigos no eran encanijados, escuálidos, ni enfermos, sino hombres fuertes, vigorosos, hirsutos, llenos de greñas, tostados por el sol, cubiertos de harapos... Unos llevaban calañeses raídos, otros, sombreros anchos colocados por encima del pañuelo de hierbas; algunos, muy pocos, vestían anguarina ama-

rillenta; bastantes se envolvían en la capa parda de paño grueso y grandes pliegues. Casi todos tenían una casa particular en donde les daban las sobras y las colillas; los que no, iban á un cuartel ó á un convento; á nadie le faltaba el bodrio necesario para ir pasando, aunque malamente, los tragos amargos de la vida.

De cuando en cuando caía algún dinerillo en la tertulia, y entonces se reunían en sociedad diez ó doce para jugar á la lotería.

Entre aquella tropa, había un mendigo, más joven que los demás, de barbas negras, doblado por la cintura, que andaba apoyado en una muleta corta. Llamaban á este hombre el Engurruñao. Llevaba una pierna encogida, envuelta en trapajos sucios, aunque maldito si tenía enfermedad alguna. Aullaba con voz dolorida detrás de todo el que pasara regularmente trajeado, y sacaba bastante dinero.

Por las conversaciones de aquellos vagos y mendigos, Quintín comenzó á conocer la vida de Córdoba y la de las principales familias del pueblo. Por ellos supo que la mayoría de las grandes casas de la ciudad iban á la miseria.

Un caso de catástrofe económica era el de un señor que paseaba todas las mañanas por los arcos de la Mezquita. Este señor vestía como un currutaco de otros tiempos: levita entallada, corbata negra de muchas vueltas, sombrero de copa de alas planas, y algunos días de frío, una escla-

vina azul. Tenía el pobre hombre un aire macilento, y llevaba grandes melenas, ya grises, y guantes amarillos.

Era un aristócrata arruinado. Daba pena ver á esta ruina viviente pasear de un lado á otro por debajo de los soportales, con las manos en la espalda, hablando solo, con un gesto de resignación y de tristeza. . .

CAPITULO XV

¡Dónde fueron las bellas esperanzas!

UNA mañana, Quintín se encontró con el señor Juan, el jardinero.

— Ya no viene usted por casa, señorito.

— He tenido que hacer estos días.

— Sabe usted que hay noticias importantes — dijo el señor Juan.

— ¿Pues qué hay?

— Que se casa la señorita.

— ¿Rafaela? — preguntó Quintín tembloroso.

— Sí.

— ¿Con quién?

— Con Juan de Dios.

Quintín sintió como si todos sus nervios se aflojaran de golpe.

— Como el marqués cada día está peor — siguió diciendo el jardinero —, pues ha pensado que cuanto antes se case la señorita.

— ¿Y ella? ¿Ella qué dice?

— Por ahora, nada.

— ¿Pero se opondrá?

— ¡Qué sé yo!

— ¿Y tan mal va la casa para que el marqués haya tomado esa decisión?

— Muy mal. El abuelo tiene ya para poco tiempo, el padre de las señoritas está hecho un perdido, el Pollo Real sin querer ocuparse de nada. ¿Con quién van á dejar á esas niñas? Luego, la madrastra, la Aceitunera está desbaratada. ¿Usted ha oido hablar de una señora Patrocinio, que tiene una casa en los Tejares? Pues allí está todos los días. Vamos, que es una vergüenza.

— ¿Y ese Juan de Dios, es rico? — preguntó Quintín.

— Mucho; pero es muy bruto. De chico decía: Yo quiero ser caballo; y solía ir á la cuadra, cogía estiércol en las manos, y decía á la gente: Mira, mira lo que he hecho.

— ¿De manera que es bruto, ¿eh?

— Sí; pero es noblote.

Dejó Quintín al señor Juan, y se marchó á su casa atortolado. Indudablemente, no era un beocio, sino un sentimental vulgar, un pobre cadete, un desdichado, sin fuerza bastante para apartar de su vida como inútiles y perjudiciales esas ideas y sentimientos solemnes: amor, abnegación y demás.

¡El, que se había figurado ser un epicúreo! ¡Uno de los pocos hombres capaces de seguir el consejo de Horacio: Coge la flor del día sin cuidar de-

masiado de la de mañana! ¡El! ¡Enamorado de una señorita de la aristocracia, no por su dinero, ni aun siquiera por su palacio, sino por ella! Estaba á la altura de cualquier carpintero romántico de una capital de provincia. No era digno de haber estado en Eton, cerca de Windsor, ocho años, ni de haber paseado por Picadilly, ni de leer á Horacio.

En el miserable estado en que se encontraba Quintín, no se le podían ocurrir más que tonterías. La primera fué ir á pedir una explicación á Rafaela; la segunda escribirle una carta, y en esta tontería insistió como si fuera una idea luminosa, haciendo borrador tras borrador, que ninguno le dejaba satisfecho; unas veces el tono que empleaba era altisonante y enfático; otras, sin advertirlo él mismo, daba á su carta un carácter chabacano y vulgar; tan pronto parecía adivinarse entre líneas una ironía burda y áspera, como un orgullo extraordinario ó una humildad rastrera.

Por fin, y en vista de que no encontraba una forma clara para expresar su sentimiento, se decidió á escribir una carta lacónica, pidiendo á Rafaela que le otorgase una entrevista.

Fué con la carta al señor Juan para que éste la entregara á su señorita. Estaba esperando en la puerta á que se presentara alguno, cuando apareció Remedios y se acercó á él.

— Oye — le dijo la niña.

— ¿Qué pasa?

— ¿No sabes? Rafaela se va á casar con Juan de Dios.

— ¿Y ella quiere?

— No; yo creo que no.

— Entonces, ¿por qué se casa con él?

— Porque Juan de Dios es muy rico y nosotras no tenemos dinero.

— ¿Pero ella querrá?

— Ella no ha dicho nada. Juan de Dios le ha hablado al abuelo y el abuelo á Rafaela. ¿Vas á ver á mi hermana?

— Sí; ahora mismo.

— En el cuarto de costura está.

Subieron los dos hasta la puerta.

— Dile tú que no se case con Juan de Dios.

— ¿No le quieres?

— No. Le odio. Es un bruto.

Pasó Quintín, se deslizó por la galería, y llamó en la puerta del cuarto de costura con los nudillos.

— ¡Adelante! — le dijeron de adentro.

Estaban Rafaela y la vieja criada cosiendo. Al presentarse Quintín, un ligero rubor tiñó las mejillas de la muchacha.

— ¡Cuánto tiempo que no venía usted por aquí! — dijo Rafaela —. Siéntese usted.

Quintín dió á entender con el gesto que prefería estar de pie.

— ¿Ha tenido usted que hacer? — preguntó la muchacha.

— No; no he tenido nada que hacer — contestó Quintín con voz ronca —. En estos días me he dedicado á rabiar.

— ¡A rabiar! ¿Por qué? — dijo ella con cierta coquetería risueña.

— Por usted.

— ¿Por mí?

— Sí. ¿No me permite usted que le hable un momento á solas?

— Puede usted hablar aquí, delante de mi nodriza. Ella me defenderá si me tiene usted que hacer algún cargo.

— ¿Yo cargos á usted? No. Eso no.

— Pues entonces, ¿por qué ha rabiado usted?

— He rabiado, primero, porque me dijeron que ha tenido usted un novio á quien ha querido, y después, porque me han dicho que se va usted á casar.

Rafaela, que quizás no esperaba el planteamiento de la cuestión de un modo tan brusco, dejó la costura y se levantó.

— Usted también es un niño — murmuró al cabo de algún tiempo —. ¿Qué se va á hacer contra lo que ha pasado? He tenido un novio, es verdad, durante seis años, y he estado enamorada de él.

— Sí; ya lo sé — dijo furioso Quintín.

— Si se portó mal — prosiguió Rafaela como hablando consigo misma —, peor para él. No hay recuerdo en mi infancia que no vaya unido al

suyo. En su compañía fuí por primera vez al teatro y asistí al primer baile. Lo poco agradable que me ha sucedido en la vida fué en la época que le conocí. Entonces vivía mi madre; mi familia pasaba por rica... Ya ve usted: si ahora ese hombre fuera libre y quisiera casarse conmigo, no me casaría con él, no por despecho, no, sino porque para mí ya es otro hombre... Le digo á usted esto porque creo que le conozco, y usted es como mi hermana Remedios: de los que exigen un cariño exclusivo.

— ¿Y usted no? — preguntó bruscamente Quintín.

— Yo también; quizás no tanto como usted; pero tampoco creo que podría compartir el cariño con otra persona. Por eso no debo engañarle. Usted sería capaz de tener celos del pasado.

— Es probable — dijo Quintín.

— Es seguro. Yo no creo que he coqueteado con usted, ¿verdad?

Rafaela habló durante largo rato. Tenía esa gracia de las personas que no se emocionan rápidamente. Su corazón necesitaba tiempo para el cariño; un impulso del momento no podía hacerle creer que estaba enamorada.

Era una mujer para el hogar; para verla ir y venir, arreglándolo todo, disponiéndolo todo; para oirla tocar el piano por las tardes. Rafaela, en un momento de sinceridad, dijo:

— Si hubiera atendido sus insinuaciones, le

hubiera hecho á usted desgraciado sin querer, y usted me hubiera hecho desgraciada á mí.

— Entonces, ¿cómo se va usted á casar con Juan de Dios? — preguntó Quintín brutalmente.

Rafaela se turbó.

— Es distinto — dijo balbuceando —; primeramente, no estoy decidida aún..., y he puesto mis condiciones. Después, hay una gran diferencia: Juan de Dios no está celoso de mis amores pasados... pretende mi título (en este momento, Rafaela tenía la seguridad de que estaba calumniando á su prometido, para salir del atolladero). Además, toda mi familia tiene interés en que me case con él. Si me caso, mi abuelo, el pobre, queda tranquilo; Remedios tiene una seguridad para vivir conforme á su clase, yo misma la tengo también.

— Es usted muy discreta; demasiado discreta y previsora — dijo amargamente Quintín.

— No; demasiado, no. ¿Qué sería de nosotras de otro modo?

— ¿Y yo?

— ¿Usted?

— Sí, yo; trabajaría por usted, si usted me quisiera.

— Eso no puede ser.

— ¿Por qué?

— Por muchas razones. Primeramente, porque soy más vieja que usted...

— ¡Bah!...

— Déjeme usted hablar. Primeramente, porque soy más vieja que usted; luego, porque tendría usted celos y me mortificaría de continuo, y después, por lo más importante de todo: porque usted es pobre y yo también.

— Ganaré — dijo Quintín.

— ¿Cómo? ¿Con qué? ¿Por qué no gana usted ahora?

— ¿Ahora? — repuso Quintín tragando saliva —. Ahora no tengo yo ningún ideal; lo mismo me da ser rico que pobre. Pero si usted me creyera, vería usted cómo era capaz de sacar dinero del fondo de la tierra.

— Sí, es posible — dijo tranquilamente Rafaela —, porque usted tiene talento. En fin, esos son mis motivos. Algún día, cuando recuerde lo que hemos hablado, dirá usted: tenía razón.

— Es usted muy discreta — dijo Quintín acercándose á la puerta —, demasiado discreta, y discretamente me ha arrancado usted todas mis ilusiones y me ha hecho pedazos el alma.

— ¿Me odia usted ahora? — preguntó ella con melancolía.

— No; odiarla, no — exclamó Quintin conmovido y estrechando con efusión la mano que le ofrecía Rafaela —; de todas maneras, es usted una mujer admirable.

Y con las piernas algo temblorosas salió del cuarto.

Al bajar por la escalera, Remedios se abalanzó á él.

— ¿Qué te ha dicho? — le preguntó.

— Nada; se casa.

— ¿Te lo ha dicho ella misma?

— Sí.

— Y tú, ¿qué vas á hacer?

— ¡Qué he de hacer!

— Yo mataría á Juan de Dios — murmuró la niña con expresión decidida.

— Si ella quisiera, yo también — contestó Quintín, y salió á la calle.

Echó á andar turbado; repetía en la imaginación las palabras de Rafaela, y encontraba mejores razones que debía él haber expuesto en la entrevista, y que no se le ocurrieron en aquel instante. Algunas veces, más tranquilo, pensaba: Al menos, he quedado bien; pero este consuelo era demasiado metafísico para contentarle.

Toda la noche la pasó sin dormir, en la ventana, contemplando las estrellas y pensando. Analizó y estudió su problema moral, proponiéndose á sí mismo soluciones que luego rechazaba.

Al amanecer se acostó. Creía haber encontrado ya la solución definitiva, la norma de su existencia. Era ésta, condensada en una frase:

— Hay que ser hombre de acción.

CAPITULO XVI

Comienza á manifestarse el hombre de acción

QUINTÍN se levantó muy tarde, comió y escribió varias cartas á los amigos de Inglaterra. Por la noche miró la sección de espectáculos en el periódico, y vió que había función en el café del Recreo.

Preguntó á Palomares en dónde estaba el tal café, y le dijo que en el Arco Real, una calle que afluía á las Tendillas.

Era ya tan molesta para Quintín la constante excitación de su cerebro, que se decidió tranquilamente á emborracharse.

— Diga usted — dijo al mozo después de sentarse en una mesa del café —, ¿qué refrescos hay?

— Pues hay grosella, limón, zarza, mantecado.

— Bueno. Traiga usted una botella de cognac.

El mozo trajo lo pedido, llenó una copa, é iba á llevarse la botella:

— No, no, déjela usted ahí.

— ¿No va usted á ver la función? — le preguntó el mozo con obsequiosa familiaridad —.

Echan la *Isla de San Balandrán;* una cosa muy divertida.

— Ya veré si voy.

Quintín bebió copa tras copa, y comenzó á sentirse animado, en una disposición excelente para cualquier barbaridad. En una mesa de al lado hablaban unos cuantos de una cómica que hacía el papel principal en la zarzuela que acababan de representar. Un señor que llevaba la voz cantante en la tertulia, ponía á la actriz por los suelos.

Era este señor un hombre obeso, una especie de cachalote, con las facciones abultadas, propias de un hidrópico; la piel reluciente y la voz de eunuco. Tenía una nariz microscópica, que naufragaba entre los dos mofletes, de una palidez amarillenta; unas patillas de boca de hacha tan negras que parecían pintadas con tinta, y un pelo duro, azulado, nacido sobre la frente, con un pico sobre las cejas. Llevaba brillantes en la pechera, sortijas en los dedos amorcillados, y, para acabar de ser molesto, fumaba un puro kilométrico con su correspondiente anilla.

El porte, la voz, los brillantes, el puro, los meneos y las carcajadas de aquel hombre quemaron la sangre á Quintín de tal modo, que levantándose y dando un puñetazo en la mesa en donde el cachalote hablaba con sus amigos, gritó:

— Todo eso que está usted diciendo es mentira.

— ¿Es usted hermano ó marido de esa mujer? — preguntó el señor obeso, mirando al vacío y acariciando sus patillas negras con la mano adornada de brillantes.

— No soy nada de ella — replicó Quintín — ni la conozco, ni me importa conocerla, pero sé que todo eso que dice usted es mentira.

— No haga usted caso — le dijo uno de los de su tertulia al hombre gordo —. Está borracho.

— Pues que ande con ojo, porque puede llevarse un estacazo.

— ¡Usted me va á pegar á mí! — exclamó Quintín —. ¡Ja... ja... ja...! ¡Con esa cara, y esos brillantes, y esas patillas teñidas con tinta de China!... ¡Ja... ja... ja...! ¿Pero usted se ha mirado al espejo?... ¡Porque cuidado que es usted repugnante, compadre!

El hombre gordo, ante tal insulto á su físico, se levantó é intentó acercarse á Quintín, pero sus amigos le detuvieron. Quintín, rápidamente, se quitó la chaqueta y se remangó las mangas de la camisa, dispuesto á boxear.

— ¡Evohé! ¡Evohé! — gritó con voz de trueno —. ¡Que venga quien quiera! Uno á uno, dos á dos, todos contra mí.

Se acercó á él un hombre flaco, rubio, con los ojos azules y la barba dorada, pero no en ademán de pelea, sino sonriendo.

— ¿Usted qué quiere? — le preguntó rudamente Quintín.

— ¡Ah! ¿Pero no te acuerdas del hijo del relojero suizo? ¿De Pablo Springer?

— ¿Eres tú, Pablo?

— Sí.

— Pues lo siento.

— ¿Por qué?

— Porque me hubiera alegrado que fuera el hombre gordo ó alguno de sus amigos, para reventarle de un puñetazo.

— Veo que sigues tan loco como antes.

— ¿Loco yo? ¿Uno de los pocos cuerdos de este planeta? Además, estoy decidido á ser un hombre de acción. Créeme.

— Ahora no se te puede creer nada, chico. Lo que debes hacer es ponerte la chaqueta y marcharte á la cama. Vamos, te acompañaré.

Quintín accedió, y en compañía de su amigo fué hasta su casa.

— Ya nos veremos, ¿verdad? — le dijo el suizo.

— Sí.

— Entonces, hasta otro día.

Se despidieron. Quintín se quedó á la puerta.

— No entro en casa — se dijo —. ¿No soy un hombre de acción? Pues andando. ¿Adónde podría ir yo? Voy á ver á la señora Patrocinio. Daré unas vueltas por ahí hasta que se me refresque la cabeza...

Llamó en la casa de los Tejares, y se abrió inmediatamente la puerta.

— ¡Ah! ¿Eres tú? — dijo la vieja levantando el candil para ver quién llamaba.

— Sí, soy yo.

— Anda, pasa.

Encendió la vieja el quinqué en el mismo cuarto del piso bajo en donde habían estado don Gil Sabadía y Quintín.

— ¿Qué te sucede? — dijo la señora Patrocinio —. ¿Necesitas dinero?

— No; ¿usted también quiere ofenderme?

— No; era para dártelo.

— ¡Muchas gracias! Usted es la única persona que se interesa por mí, no sé por qué... Hoy he venido á verla porque me siento desdichado.

— Ya lo sé... Se casa Rafaela.

— ¿Y cómo sabe usted que eso es lo que hace mi desdicha?

— Para mí no hay nada secreto. A tí te gustaba, pero eso se te pasará pronto. Tú también la interesabas á ella.

— ¿Cree usted...?

— Sí; pero la pobre muchacha ha tenido un principio muy malo en la vida, y hace bien en no meterse en aventuras, porque la mayoría de los hombres no valen la pena ni de que se les mire á la cara. Bueno, lo que hizo su novio fué una canallada. Rafaela se ha criado siempre muy débil, entre faldas; luego, con el cuidado de su madre y el noviazgo, iba poniéndose rozagante. Y se muere la madre, se casa su padre en segui-

da, á los pocos meses se habla de que la casa va mal y el novio toma las de Villadiego. De casta le viene al galgo. ¡Figúrate tú! La pobre muchacha, abandonada, empezó á ponerse amarilla, y creían que se las liaba. Gracias á las jaquecas que le daba la hermana menor, yo creo que se curó.

— Sí; se comprende que no tenga confianza en los hombres. Es muy probable que haya hecho bien en no hacerme caso — añadió ingenuamente Quintín —. ¿Y ese Juan de Dios no la hará sufrir?

— No. Es bruto, pero buenazo. ¿Y tú, qué piensas hacer?

— ¡Yo! No sé. ¡Vivimos en una época tan despreciable! ¡Si hubiera nacido en tiempo de Napoleón! ¡Cristo! Ahora estaría muerto ó llevaría camino de ser general.

— ¿Y te hubieras alistado con Napoleón?

— ¡Ya lo creo!

— ¿Y hubieras peleado contra tu patria?

— Contra el mundo entero.

— Pero contra España no.

— Contra España mejor. Que no sería poco hermoso entrar en esos pueblos defendidos por sus murallas y por sus preocupaciones contra todo lo que es noble y humano, y arrasarlos. Fusilar á todos esos chatos, piojosos farsantes, hidalgos de pacotilla; pegarle fuego á todas las iglesias y violar á todas las monjas. . .

— Tú has bebido, Quintín.

— ¿Yo? Estoy sereno como una mata de ha-

bas, que es el vegetal más tranquilo de todos, según dicen los botánicos.

— Delante de mí no hables así de la patria.

— ¿Es usted patriota?

— Con todo el corazón. ¿Tú no?

— Yo soy ciudadano del mundo.

— Me parece que tú has bebido, Quintín.

— No; puede usted creerlo.

— Te lo digo — añadió la vieja después de una larga pausa — porque este es para mí un momento solemne. A nadie le he contado mi vida hasta ahora.

— ¡Demonio! ¿Qué me irá á contar? — masculló Quintín.

— ¿Eres vengativo? — preguntó la anciana.

— ¿Yo?

Quintín no estaba muy seguro de si era ó no vengativo, pero la vieja tomó su exclamación por un asentimiento.

— Entonces, tú me vengarás, Quintín, y vengarás á tu familia. Somos de la misma sangre. Tu abuelo, el marqués de Tavera, y yo, somos hermanos.

— ¿De veras?

— Sí. El no sabe que vive una hermana suya. Cree que he muerto hace tiempo.

Quintín contempló á la vieja, y encontró en su rostro rasgos parecidos á los del viejo marqués.

La vieja estrechó la mano de Quintín, y luego comenzó así su historia:

Hay en los pueblos familias en las cuales se perpetúan los odios durante siglos. En las ciudades, al cabo de una ó de dos generaciones, el odio y la rivalidad se van borrando hasta que desaparecen; en los pueblos no; la gente indiferente lleva la historia de los padres á los hijos, presenta á unos y á otros el capítulo de los agravios, y va alimentando la llama del rencor cuando ésta tiende á extinguirse.

He nacido en un pueblo grande de la tierra alta, de una familia tan ilustre como los Tavera. Mi madre murió joven, mi hermano mayor se fué á Inglaterra, el otro entró en Madrid en la diplomacia, y yo quedé viviendo en el pueblo con mi padre y dos tías solteronas.

Mi madre, á la que yo apenas conocí, era muy buena, pero algo simple, tanto, que se contaba de ella que como en el estanque de nuestra casa había peces y no picaban, llamó á un pescador de oficio y le dió un buen jornal para que enseñara á picar á los peces.

Procedía mi familia de un principal lugar de la provincia de Toledo, próximo á La Puebla, en donde tenían antiguamente torre y castillo y varias casas fuertes en la comarca, de las cuales no quedaban más que las ruinas.

Según decía mi padre, hombre duro y orgulloso de sus títulos y linaje, procedíamos de la más rancia nobleza, de los conquistadores de Córdoba, y estábamos emparentados con toda la

aristocracia andaluza: con los Baenas, Arjonas, Córdobas, Castriles, Velascos y Guzmanes.

Nuestra familia, á pesar de su alcurnia, no gozaba de gran respetabilidad en el pueblo por los escándalos que dieron, porque sus haciendas habían disminuído un tanto y también por que las nuevas ideas liberales iban difundiéndose.

Mi padre era dueño de casi todo el pueblo, cobraba una contribución por cada chimenea, tenía la única capilla con enterramiento en la iglesia mayor y patronato en una porción de iglesias y de ermitas. A pesar del prestigio de su alcurnia y de su riqueza, era odiado por todo el mundo, yo creo que con motivo, pues se manifestaba despótico, violento y cruel.

Hace ya la friolera de cincuenta años; mi nariz no andaba al encuentro de la barba, ni me faltaban los dientes, y era yo una moza que había que verme; garrida como un pino de oro y más rubia que las candelas. ¡Quién me conociera de la gente de aquel tiempo si me viese! Vivía yo entre mi padre, que de vez en cuando me lanzaba un bufido, y mis tías, que eran enredadoras, entremetidas y locas.

Mi padre, como he dicho, tenía enemigos; unos declarados francamente, otros sordos, pero que hacían el mayor daño posible. Entre éstos, el más poderoso era el conde de Doña Mencia, cuya familia, mucho más moderna en el pueblo

que la nuestra, iba lentamente adquiriendo hacienda y poder.

La rivalidad entre las dos casas se hizo mayor por un pleito que ganaron los de Doña Mencia contra nosotros, y llegó á convertirse en un odio salvaje con un atentado que cometió mi padre violando á una de las chicas de la familia rival.

Los de Doña Mencia llevaron á la muchacha á Córdoba; mi padre oyó una vez silbar una bala por encima de su cabeza al ir á un cortijo, y en esta situación, odiados por la familia enemiga y por casi todo el pueblo, sin más consejo que el de mis tías, cumplí yo diez y siete años.

Era, como he dicho antes, muy bonita, y llamaba la atención por donde iba; había tenido ya para esa edad dos ó tres novios, con quienes hablaba por la reja, cuando comenzó á rondarme, y terminó pidiéndome relaciones, el hijo mayor del conde de Doña Mencia. Todo el pueblo se asombró del suceso; yo estaba dispuesta á no hacerle caso; además, me escribieron varios anónimos diciéndome que si le daba oídos al hijo del conde podrían sobrevenirme consecuencias desagradables, porque el odio seguía latente entre las dos familias. Me hallaba decidida á darle una negativa, cuando mis tías, locas y noveleras como eran, se empeñaron en que debía atenderle, porque el muchacho llevaba buenas intenciones, y de este modo acabarían de una vez las rivalidades y los odios.

Mi padre tenía á gala el no enterarse de lo que pasaba en la familia; sus únicas ocupaciones eran cazar, beber y perseguir muchachas en los cortijos, y si le hubiera consultado el asunto me hubiera mandado á paseo con cajas destempladas.

Yo, pues, siguiendo los consejos de mis tías, acepté como novio al enemigo de mi casa, y hablé con él durante un año. Una vez en la huerta, que era donde nos veíamos, mi novió se abalanzó sobre mí y trató de sujetarme; pero á mis gritos vino gente. Mi novio dijo que yo me había asustado tontamente, pues no trataba más que de besarme; yo estuve por volverme atrás, y este suceso en vez de romper nuestras relaciones apresuró la boda.

Se hicieron grandes preparativos, pero era tal la idea del pueblo de que mi novio no se casaría conmigo, que las criadas, las amigas, todo el mundo, me daba á entender que el matrimonio no se verificaría; y que al pie mismo del altar mi novio sería capaz de volver de su acuerdo. Con estas advertencias y consejos, tenía yo intenciones de desbaratar la boda, pero allá estaban mis tías para convencerme de que no hiciese tal disparate.

En fin, vino el día tan temido como esperado; mi novio se presentó en la iglesia, y se celebró el casamiento. Dios sabe cuántas esperanzas tenía yo de ser dichosa. Llegó la comida del desposo-

rio; se celebró el baile. La fiesta duró hasta media noche, en que nosotros nos retiramos.

A la mañana siguiente, al despertar, busqué á mi marido á mi lado, y no lo encontré. En todo el día no apareció; le buscaron, nada. Y pasaron días y más días en que yo le esperé, siempre temiendo una desgracia más que una afrenta. Al cabo de algún tiempo recibí una carta suya burlona, en la que me decía que no volvería más.

En aquel día de matrimonio quedé embarazada, y sufrí con este motivo grandes pesares. Mi padre, á quien el hecho había reanimado el odio por la familia rival, me aseguró que estrangularía á mi hijo si nacía vivo; mis tías no supieron más que lamentarse á cada paso.

Yo, desasosegada, no sé si de pena ó de qué, malparí á los ocho meses un niño muerto.

Poco después mi padre murió de una caída del caballo; el administrador nos puso pleito, y nos embargaron todos los bienes; mi hermano mayor estaba viajando, el otro en Roma; les escribí, no me contestaron; mis tías se refugiaron en casa de unos parientes, y yo me marché á la buena de Dios.

Al principio sentí verdadero terror, luego me acostumbré y me hice á todo. He vivido á lo príncipe y á lo mendigo, he intrigado en las altas esferas y he sido cantinera del ejército. He presenciado batallas en la guerra carlista y he anda-

do entre balas con la misma tranquilidad que me paseo ahora por las calles de Córdoba.

Después, con los sinsabores que he sufrido, lo he olvidado todo, todo menos la infamia de mi marido y de toda su familia.

Esa familia ha seguido implacablemente haciendo la desgracia de la nuestra. Cuando mataron á tu padre iba un hombre persiguiéndolo con los migueletes. ¿Sabes quién era? El hijo de mi marido. Y el nieto fué el novio de Rafaela, el que la dejó por creerla arruinada.

Mi marido se casó de nuevo. Es bígamo, y probablemente haría falsificar la partida de mi muerte. Hoy está en la altura, pero el golpe que ha de dar al caer será mayor.

— ¿Qué piensa usted hacer? — preguntó Quintín.

— Denunciarle; no lo he hecho antes por mi hermano mayor. No quiero avergonzarle en sus últimos días. Por el otro no me importa, es un egoísta. Cuando muera el marqués verás lo que hago. Si yo muero antes que él tú me vengarás. ¿Verdad, Quintín?

— Sí.

— Nada más. Me basta tu palabra. Lo que necesites pídemelo, y ven á verme.

La señora Patrocinio besó en la mejilla á Quintín, y éste salió de la casa confundido.

— Ahora — murmuró — resulta esta señora

hermana de un marqués, casada con un conde y tía mía. Y quiere que nos venguemos. Pues venguémonos. . . ó sino no nos venguemos. A mí me es igual. Tú ya sabes tu plan, Quintín — se dijo á sí mismo —. ¿Qué eres tú? — se preguntó, y se contestó en seguida —: Eres un hombre de acción. Muy bien.

CAPITULO XVII

Soy un pequeño Catilina

ESTA tertulia era la más selecta del Casino. Solían reunirse allá, para hablar mal de todo el mundo, una porción de gente, hombres jóvenes que no hacían más que montar á caballo, derribar reses bravas, y jugarse hasta el alma; viejos cuya única ocupación era charlar de política, y una gran variedad de tipos que habían hecho oficio el de divertirse, lo cual no era obstáculo para que en su aspecto se leyera un aburrimiento solemne.

Esta reunión de aristócratas y plebeyos, de ricos y pobres, de empleados vagos y de vagos sin empleo, tenía un carácter raro, constituído por una preponderancia de prejuicios aristocráticos, mezclada con una gran llaneza.

En esta tertulia, al parecer democrática, altos y bajos metían baza; los mismos mozos del Casino terciaban en la conversación; había ese carácter entre llano y soez que ha tenido la aristocracia española hasta que las ideas y costumbres extranjeras la han ido transformando y puliendo.

En aquella reunión se despellejaba alegremente al prójimo. Entre risas y bromas desfilaban, flagelados por una sátira jovial, todas las personas de significación del pueblo, por sus méritos ó por sus vicios, por su estupidez ó por su gracia. Era la ciudad, á creer lo que allí se contaba, un semillero de líos, de torpezas y de barbaridades.

Entre las familias aristocráticas aparecían una turba de alcoholizados y de enfermos, productos podridos por la vida viciosa y los matrimonios consanguíneos. Había en estas familias una gran cantidad de individuos que parecían estar empeñados en quedarse sin nada, en marchar pronto á la ruina; otros iban á ella sin querer, por los robos de sus administradores y de los usureros; la mayoría eran solamente idiotas; los listos, los avisados, se marchaban á Madrid á politiquear, dejando desmantelada la vieja casa solariega.

Los escándalos de la gente del pueblo se mezclaban con los de la aristocracia, y los chistes ingeniosos de los piconeros, y las gracias desgarradas de las Celestinas, se comentaban y se celebraban con fruición.

Se hablaba también á todas horas de los bandidos de la Sierra; se sabía quiénes eran sus protectores en Córdoba y fuera de Córdoba, en dónde estaban sus guaridas, y esto no se miraba como una desdicha, sino como algo que constituía, si no un timbre de gloria, un atractivo sabroso y picante del pueblo.

— Aquí mismo, en la cárcel, se organizan las partidas, y andan por la ciudad los bandidos.

— ¿Pero, es de veras? — preguntaba algún forastero horrorizado.

— Lo que usted oye — le decían riendo —; hasta los secuestros de Málaga y de Sevilla se preparan aquí.

— ¿Y cómo no acaban ustedes con esa plaga?

Al oir esto, el cordobés miraba sonriendo al forastero, y añadía que en Córdoba nunca se había considerado mal á los caballistas.

Mientras que aristócratas y plebeyos daban pasto á las murmuraciones, la clase media laboraba: abogados, curas y comerciantes se enriquecían, hacían negocios, y una nube de gente de Soria caía, como la langosta, sobre el pueblo, y se apoderaba con malas artes, prestando á usura, del dinero y de las tierras de los antiguos ricos...

Una noche, ya á la entrada del Otoño, estaban charlando unos cuantos señores en un salón del Casino. Era el resto de la tertulia de primera hora. Unos cuantos leían periódicos, y otros charlaban, sentados en los divanes ó paseando de arriba á abajo.

Había entrado Springer, el hijo del relojero suizo, á leer un periódico, y, mientras leía, oyó hablar de su amigo Quintín, á quien hacía tiempo no veía. Prestó atención.

— ¿Pero es verdad que ha heredado? — preguntó un señor grueso y rojo, de bigote gris.

— Yo no sé — contestó uno, calvo, de barba negra —; que tiene dinero es indudable. Dicen que le ha comprado una casa á María Lucena.

— Eso no lo creo.

— Es un niño de suerte ese Quintín — añadió otro.

— Vaya si lo es — repuso el de la barba negra —. Afortunado en el juego, y afortunado en amores.

— ¿No le habrá dado algún dinero el marqués? — preguntó el señor grueso.

— ¡El marqués! Si no tiene un céntimo.

— ¿Pues de dónde saca el dinero ese muchacho?

— Yo no lo sé. A no ser que robe.

— Pero eso se sabría.

Quedaron silenciosos todos los contertulios, y el señor grueso descabezó un momento el sueño; luego dijo:

— ¿Y ustedes saben si ese periódico que se ha empezado á publicar es de él?

— ¿Qué periódico? *¿La Víbora?* — preguntó el calvo.

— Sí.

— Yo creo que no.

— Pues dicen eso.

— A mí se me figura que ese periódico es de los masones.

— Ah, ¿pero usted no sabe que Quintín es masón? — dijo un señor bajito, moreno, de bigote negro.

— ¿De veras? — dijeron todos.

— Ya lo creo. Lo sé positivamente; ha entrado en la logia este verano.

— Vivirá de eso quizás — dijo el señor gordo.

— De eso no vive nadie — replicó el bajito riendo —. A mí se me ocurrió en Madrid, de estudiante, ser masón; ¿y sabe usted lo que me pasó? Que me llevaron de un lado á otro, con los ojos vendados, y concluyeron sacándome cinco duros.

Se echaron todos á reir. En esto, entró un joven, y se tendió, con aire de abatimiento, en una butaca.

— ¿Qué hay, Manolillo? — le preguntó el señor calvo.

— Nada. Quintín está allá arriba desplumando á todo el mundo. Si se retira á tiempo va á salir bien; si se queda, es posible que pierda todo.

Springer que oyó esto, y era hombre de buenas intenciones y amigo de sus amigos, se levantó, dejó el periódico en la mesa, salió del salón, cruzó una galería con el suelo de mármol, subió una escalera y entró en la sala de juego.

Quintín tallaba; tenía delante un montón de billetes y de monedas de oro. Springer se acercó á él y le puso una mano en el hombro. Quintín se volvió.

— ¿Qué hay?

— Vengo — dijo Springer en voz baja — á darte un consejo de un jugador, que acaba de salir de aquí desplumado. Ha dicho: Si se retira á tiempo va á salir bien; si se queda, es posible que pierda todo.

— ¿De veras? — exclamó Quintín levantándose como si le acabaran de dar una noticia importantísima —. Pues entonces, no tengo más remedio que salir. Señores — añadió dirigiéndose á los puntos —, volveré dentro de poco —; y guardó los billetes en su cartera, y recogió con rapidez las monedas de oro.

Se oyó un murmullo de indignación entre los jugadores.

— ¡Vámonos! — dijo Quintín á Springer.

Salieron de prisa del salón, bajaron las escaleras y no pararon hasta la calle.

— Pero, ¿qué te ha pasado? — preguntó allí el suizo, en el colmo del asombro.

— Nada; ha sido una estratagema — contestó riendo Quintín —. No encontraba el momento de marcharme decorosamente. Estaban todos como perros contra mí, y yo echándomelas de hombre á quien no le importan cuatro ó cinco mil pesetas más ó menos. Se habrán quedado echando chispas.

A la luz de un farol, Quintín sacó un manojo de billetes, separó los que le parecieron, los guardó en una cartera, y desabrochándose pri-

mero la americana y luego el chaleco, los guardó en un bolsillo interior.

— ¿Y no tienes miedo de que te pase algo en la calle? — preguntó el suizo.

— ¡Ca!

— ¿Sabes que estás preocupando al pueblo, Quintín?

— ¿Sí?

— De veras. Tienes, además, una reputación tremenda.

— ¿De qué?

— De Tenorio, de calavera, de jugador y de masón.

Quintín se echó á reir á carcajadas.

— Ahí, en la tertulia del Casino, he estado oyendo — siguió diciendo Springer — que ya no vives en tu casa, sino con una actriz.

— Es verdad.

— ¿Reñiste con tu familia?

— Sí; le mandé á paseo á mi padrastro. Me dan asco los usureros.

— También parece que has heredado de no sé qué pariente tuyo. ¿Es verdad?

— Chico, no lo sé — dijo ingenuamente Quintín — ; he inventado tantas cosas, que ya no sé lo que es verdad y lo que es mentira —. Luego, poniéndose melancólico añadió: — Lo que á mí me pierde, es que no estoy en mi centro. Soy un hombre del Norte.

— ¡Tú! — dijo Springer; y comenzó á reirse

de tan buena gana, que Quintín rió también.

— ¿De qué te ríes?

— De lo bien que te conoces. De manera que te pierde el ser del Norte. ¡Qué farsante eres! . . . Lo que me choca es que te hayas hecho masón. Eso es una majadería.

— Sí; es una majadería para ti y para mí, pero no lo es para mucha gente.

— ¿Y dónde tenéis la logia?

— En la calle del Císter, cerca de la del Silencio. ¿Quieres venir?

— ¿Para qué?

— Hombre, te bautizaremos de nuevo; te llamaremos Catón, Robespierre, Espartaco. . .

— Creo que no vale la pena.

— Como quieras.

— Me choca mucho tu masonería.

— Es una ridiculez, pero sirve para algo: para la propaganda es útil.

— ¿Y tú qué propaganda haces?

— Ahora soy republicano federal.

Springer se echó á reir de nuevo.

— ¡Tú eres republicano federal! Como mis paisanos, los suizos.

— ¿Te hace gracia?

— Mucha, chico. Si tú fueras á Suiza, no podrías vivir.

— Entonces, allí sería monárquico. En el fondo, yo no soy nada. Soy un hombre de acción que necesita dinero y complicaciones para vivir.

¿Sabes, en la logia Patricia, qué nombre me han puesto?

— ¿Cuál?

— Catilina. Han acertado. Soy un pequeño Catilina. ¡Qué tipo más admirable aquel tribuno de la plebe! ¿Eh? Yo tengo un gran entusiasmo por él.

— Entonces, Cicerón te parecerá despreciable.

— ¡Oh! Despreciable por completo. Charlatán, pedante, cobardón. . .; en fin, un abogado.

— Oye — dijo el suizo —. Me han dicho otra cosa más grave: que eres tú el que hace ese periódico *La Víbora*. ¿Es verdad?

— Sí.

— ¿Eres el autor de esas sátiras tan violentas?

— El autor, no; el inspirador. ¡Catilina haciendo de libelista! . . . Sería indigno.

— ¿Pero no comprendes que te expones á un peligro muy serio?

— ¡Ca! No lo creas. Los hombres son más cobardes de lo que parecen. Además, estoy defendido por una porción de gente; primero, por los que se alegran y les gustan las sátiras, mientras no van contra ellos; segundo, por mis amigos, que la mayoría es gente del bronce, y tercero y último, y es en lo que tengo más confianza, estoy defendido por estos puños, y porque todo me importa un pepino.

— Nada; que te has echado el alma á la espalda.

— ¿Vale la pena la vida de otra cosa? Yo creo que no.

— ¡Hombre! Eso, según como se mire.

— Yo lo miro así. El espectáculo es peligroso, pero divertido. ¿Qué? ¿Vienes á la logia?

— ¿A qué?

— Oirás perorar á unos cuantos oradores, y te presentaré á don Paco Sánchez Olmillo, maestro cirujano y maestro masón. Si quieres, en tu obsequio, echaré yo un *speech* acerca de la libertad humana. Es un discurso que me he aprendido de memoria, y con algunas ligeras variaciones, lo largo en todas partes y parece distinto.

— No me seduce el proyecto.

— Pues si no quieres ir á la logia, te llevaré á la taberna del Bodegoncillo.

— ¿Qué vas á hacer allá?

— Voy á pagar mi mesnada. De paso te presentaré á Pacheco.

— ¿A qué Pacheco? ¿al bandido?

— Al mismo. Es mi lugarteniente.

— ¡Demonio! ¿Se va seguro á tu lado?

— Sí; más seguro que con el alcalde.

— Pero tienes muy malas relaciones.

— ¿Por quién lo dices? ¿Por Pacheco? Pacheco es un infeliz. Pregunta á cualquiera, y te dirá que ese hombre se echó al monte nada más que por un gallo.

— ¿Nada más que por eso?

— Nada más. Por un gallo que se llamaba

Tumbanavíos, ó Tumbalobos, no recuerdo bien. Iba Pacheco al Circo gallístico de la calle de las Doblas, y estando un día allí, se enredó con un jaque, por si este gallo era mejor que el otro... y nada; tuvieron unas palabras, y Pacheco le pegó una puñalada al jaque, con mala suerte, y le dejó seco... ¡Cosas de hombres! — añadió con cierta resignación Quintín —. Entonces, un sargento de la Guardia civil, de esos que quieren meterse en todo, se empeñó en que tenía que cazar á Pacheco, y le persiguió, y lo encontró, y Pacheco, viéndose perdido, recordó aquello que dice Quevedo: que más vale ser adelantado de un cachete que de Castilla, y fué y disparó el retaco al guardia, también con mala suerte, porque lo descalabró y lo envió á hacer compañía al jaque.

Celebró el suizo la relación, riendo por lo bajo.

— ¿Y es de aquí ese tipo? — preguntó luego.

— De Ecija ó de por ahí debe ser.

— ¿Qué clase de hombre es?

— Una buena persona.

— ¿Y hace daño en el campo?

— No. Se presenta en un cortijo, y pide al aperador diez ó doce duros prestados, y el aperador se los da. Es un buen hombre.

— ¿Y está en Córdoba ahora?

— Sí.

— ¿Y cómo no le prenden?

— No se atreven. ¿No ves que yo le protejo?

El suizo miró á su amigo, á quien, en el fondo admiraba, y murmuró varias veces:

— ¡Pero qué farsante!

— Le he solido convidar á comer al café Puzzini y á la fonda Rizzi — añadió Quintín —, y nadie se ha atrevido á meterse con él.

Conversando así habían salido á las Tendillas y subían por la calle de Gondomar al Gran Capitán. Pasaron por cerca de San Nicolás de la Villa, y tomaron por la calle de la Concepción, hacia la puerta de Gallegos.

Soplaba un viento fuerte, que hacía que persianas y balcones golpearan con estrépito.

— ¿En dónde está esa taberna? — preguntó Springer.

— Aquí mismo — contestó Quintín —. Esta es la calle del Niño Perdido, sin salida; no es la nuestra. Esta otra la de los Ucedas; tampoco es la que buscamos.

Dieron unos cuantos pasos.

— Esta es la calle del Bodegoncillo — dijo Quintín —; y aquí está la taberna.

CAPITULO XVIII

La taberna del Bodegoncillo.

Era la taberna pequeña; tenía un mostrador rojo forrado de zinc, y á un lado una puerta, por la que se pasaba á un bodegón grande iluminado por dos quinqués de petróleo humeantes y varios candiles negros. Había aquella noche gran concurso y afluencia de gente en el chasbisque. Entraron Quintín y Springer; atravesaron la tabernucha; luego el bodegón, que tenía varias mesas ocupadas, y se sentaron en una pequeña, iluminada por un quinqué.

— Esta es nuestra mesa — dijo Quintín.

Llamó, vino el bodegonero apodado el Pullí, le pidió unos cangrejos, una ración de pescado frito y una botella de Montilla, y luego le dijo:

— Tráigame usted la cuenta de todo lo que debo.

Volvió al poco rato el Pullí con los cangrejos, el pescado y el vino, y en un plato un papel en donde había garrapateado, con tinta azul, letras y números.

Lo cogió Quintín, sacó del bolsillo del chaleco unos cuantos duros, y los fué echando en el plato.

— ¿Está bien? — le preguntó al Pullí.

— Estará bien si usted lo ha contado — repuso el hombre.

— Ahí va para el chico — añadió Quintín poniendo un duro encima de la mesa.

— Tengo dos, don Quintín — advirtió el Pullí maliciosamente.

— Pues ahí va para el otro.

En la taberna, aquel ruido de plata hizo un efecto extraordinario. Todos miraron á Quintín, el cual, fingiendo que no se enteraba, se puso á comer y á charlar animadamente con su amigo.

En esto se acercaron á la mesa dos hombres; uno alto, sonriente, de unos treinta años, sin dientes, con la barba negra y los ojos rojizos é inyectados; el otro bajito, rubio, de aire tímido é insignificante.

Quintín les saludó á los dos con una leve inclinación de cabeza, y les indicó que se sentasen.

— Aquí tienes — dijo Quintín á Springer señalando al de la barba — á todo un poeta; no tiene de malo más que el apellido; se llama Cornejo. Es un Corneille traducido al cordobés. Pero siéntense ustedes y pidan lo que quieran; luego hablaremos.

Los dos hombres se sentaron.

El poeta era una especie de tenca, con los ojos

opacos y apagados. Llevaba pantalones muy cortos, á cuadros amarillos y negros; un bastón que se le había desgastado tanto, que para dar con él en el suelo tenía que extender el brazo. Por lo que contó Quintín, Cornejo era un ser fantástico; tenía un traje azul desgastado, al que llamaba mi ropa negra, y un gabancillo raído, de color de buey, al que llamaba mi sobretodo. Siempre llevaba cuchillos en los pantalones, unas veces de paño, otras de cuero vivo; vivía en combinación continua, el hambre en celo y el estómago vacío; no se alimentaba más que de alcohol y de vanidad; así sus composiciones poéticas eran tan aéreas, que más que poesías de alas parecían poesías de flato.

El había dicho paseando con un compadre suyo, también poeta y también desarrapado, señalando á unas señoronas de coche:

— Chico. Nos miran con un desdén... inexplicable.

Se pasaba este hombre la vida de taberna en taberna, recitando versos de Espronceda y de Zorrilla, haciendo él mismo, entre madrigal y madrigal y romance y romance, alguna poesía terrible, en la cual se manifestaba como un hombre feroz, á quien no le gustaba más líquido que la sangre, ni más perfume que el olor de los camposantos, ni más cielo que el tempestuoso.

Cornejo era popularísimo entre la gente del bronce, y conocía á todos los tahures y rufianes

que pululaban en las tabernas. El bajito rubio que le acompañaba estaba impaciente.

— Este señor — dijo el poeta á Quintín señañalando al hombrecillo — es el impresor. Si le puedes dar algo...

— Está bien. ¿Qué se le debe á usted? — le preguntó Quintín.

— Aquí está la factura — dijo el hombrecillo humildemente.

— ¡A mí no me venga usted con facturas! ¿Cuánto es?

— Cuarenta duros.

— Bueno. Está bien.

Quintín llenó un vaso de vino, y el impresor le miró con cierta ansiedad.

— Para asegurar la tirada del periódico durante tres meses, ¿cuánto se necesitará?

El impresor sacó un lápiz y un papel, é hizo rápidamente unos números.

— Doscientos duros — dijo.

— Bueno — repuso Quintín, y sacó de la cartera unos cuantos billetes y los colocó en la mesa —. Aquí están los doscientos duros. Los cuarenta que le debo á usted se los pagaré cuando pueda.

— Está muy bien — dijo el impresor recogiendo el dinero y sin atreverse á contarlo —. ¿Quiere usted que le dé un recibo?

— ¡Yo! ¿Para qué?

El impresor se levantó, saludó inclinándose ceremoniosamente, y se fué.

— Y tú, Cornejo — murmuró Quintín —, ¿necesitas algo?

— Echa para acá diez ó doce duros.

— Ahí van veinte; pero que hay que trabajar, tú. Si no, os echo á todos á puntapies.

— Descuida; y el poeta se metió el billete en el bolsillo como quien no hace nada, y se puso á escuchar la conversación de dos tipos que hablaban en una mesa próxima. Uno de ellos era un hombre de una cabeza muy gorda, á quien llamaban el Sardino; el otro, un piconero de cara tiznada, conocido por el Manano.

— Oigan ustedes esta conversación — dijo el poeta —, porque vale la pena.

— ¿Pero qué te da ese hombre? — decía el Manano al Sardino, haciendo extraños visajes con su cara tiznada, y moviendo los brazos.

— No me da nada — replicó el otro muy serio —; pero me refiere.

— ¡Que te refiere! ¡Serás *longui!*

— Y es verdad.

— ¿Pero de qué te ha servido su conocencia?

— Me ha servido de mucho, y yo soy agradecido.

— Eso es ya casi escarbar para echarse, compadre — dijo el Manano con intención.

— Pues yo soy así — replicó el Sardino —, y á claro no me gana nadie, y yo siempre me descubro para que me vean el peinado.

— Pues habérmelo dicho antes.

— Yo no entiendo nada de lo que hablan — dijo el suizo riendo.

— Ni ellos tampoco se entienden — añadió Quintín.

— Hablan á su manera — repuso el poeta.

— ¿Y quiénes son estos tipos? — preguntó Springer.

— El Sardino es un vendedor ambulante — respondió Cornejo —; hace trabucos para los chicos, con ramas de adelfa, y pitos de culantrillo, de esos que tienen una semilla dentro para que suenen. El Manano es piconero.

— ¿Y de quién hablan?

— Probablemente de Pacheco.

— ¿Del bandido? — preguntó Springer.

Cornejo enmudeció; miró á Quintín, y después, tragando saliva, murmuró:

— No lo diga usted muy alto, que hay aquí amigos suyos.

— Nosotros lo somos — repuso Quintín.

Al poeta no debió agradarle esta conversación, porque, sin añadir palabra, se dirigió al piconero discutidor:

— ¡Adiós, Manano! — le gritó —. ¡Parece que la hemos cogido, eh! Pues anda con cuidado de que no te lleven á la Higuerilla.

— ¿A la Higuerilla á mí? — exclamó el borracho —. ¡No hay quién!

— ¿Ya no quieres ir por allá?

— No.

— ¿Y por qué? Antes ibas á gusto.

— Porque antes le trataban á uno bien; pero ahora, como usted ha dicho en el verso, allí no dan más que agua, algún estacazo de vez en cuando, y ese fulano que huele mal. . . el *armoniaco.*

Sonrió el poeta con este testimonio de su popularidad.

Siguieron discutiendo el Sardino y el Manano de la misma manera parabólica, cuando entró tarareando en la taberna un hombre bajito, derechete, con un bigote negro y corto que parecía pintado, sombrero ancho sobre los ojos, cadena de reloj grande, que le cruzaba el chaleco, y bastón nudoso y retorcido.

Sonrió Springer burlonamente al ver un tipo tan cómico, y el poeta dijo:

— Aquí está Carrahola.

— ¡Qué tipo más gracioso!

— Pues es un hombre terne — repuso Cornejo.

— ¡Bah! — exclamó Quintín —; un pobre hombre que, como es tan bajito, tiene la manía de llevar todo grande; el bastón, el sombrero, la petaca.

Efectivamente, como para demostrar esto, el Carrahola sacó del bolsillo del chaleco un reloj de plata, blanco, y grande como una cazuela, y después de enterarse de la hora, preguntó al tabernero:

— ¿Ha venido el señor José?

— No, señor.

— Pero, ¿vendrá?

— No le puedo decir á usted. Creo que sí.

Carrahola se acercó á la mesa en donde estaban Quintín, Springer y Cornejo, acercó una silla, y, sin saludar, se sentó.

— Vaya una noche para buscar borricos mohínos, Carrahola — dijo el poeta, dirigiéndose al hombrecillo.

Este volvió la cabeza como si hubiese oído la voz en otro lado, y no hizo caso. El Carrahola venía, sin duda, de bravo; notó la espectación de toda la taberna, y cogió la copa de Quintín, la contempló al trasluz y la vació de un sorbo. Quintín cogió la copa, y sin decir nada, apuntó á un ventanillo que estaba abierto y la tiró por él. Luego batió palmas, y al acercarse el Pullí, le dijo:

— Un vaso, y haga el favor de avisarle á este hombre — y señaló á Carrahola — que aquí molesta.

— Anda tú — le dijo el tabernero —, que esta mesa está ocupada.

El Carrahola se hizo el desentendido; sacó de la chaqueta un chicote y una navaja, y se puso á picar tabaco; luego, de un golpe, colocó la herramienta en la mesa.

— ¿Y eso, para qué le sirve á usted? — dijo Quintín, é indicó la chaira con el dedo —; ¿para correr?

El Carrahola se levantó trágicamente de la mesa, guardó despacio su navaja, cogió su enorme y nudoso garrote, se caló el ancho sombrero ecijano, dió un tironcito á las solapas de su chaquetilla, y dijo con tono seco y desdeñoso:

— Hay quien habla aquí lo que no hablaría en la calle.

Dicho esto, escupió en el suelo, mató la salivilla frotándola con la suela del zapato, y se quedó mirando por encima del hombro.

— Y eso, ¿qué significa? — preguntó Quintín.

— Eso quiere decir que, si usted es un hombre, ahora mismo nos vamos á tomar dos copas y á sacarnos después las tripas.

Quintín, sin replicar nada, se puso de pié, agarró al Carrahola por el cuello de la chaqueta, lo levantó como á un muñeco, y lo dejó caer bruscamente sobre las suelas de sus zapatos, que sonaron cómicamente en el piso. Todo el mundo se echó á reir. El Carrahola, bajando la cabeza, embistió furioso contra Quintín; pero éste, con un movimiento hábil de boxeador, le dió una vuelta sobre su cadera y lo alzó en el aire; luego lo cogió con sus dos manos robustas, lo metió á empujones por el ventanillo, y con su reloj, su navaja y su ancho sombrero ecijano, lo tiró á la calle.

— Que aprenda á tratar á las personas — dijo Quintín después de verificada la operación.

— Vaya un gaché — exclamó el Manano —; le ha tirado por el buzón como una carta.

En la taberna se escucharon por todas partes murmullos de admiración. En esto un muchacho ó un hombrecillo, no se distinguía bien su edad, con el pelo bermejo y la cara muy pecosa, un calañés estropeado y una chaquetilla de dril, se acercó á Quintín andando á saltitos.

— Buenas noches — dijo —. Esos amigos dicen que si ese carretero, el Garroso, echara un pulso con usted, quizás se lo llevara, y nosotros decimos que no. ¿Quiere usted echar un pulso con él, don Quintín?

— No, ahora no; gracias.

— Dispensen ustedes si he faltado; pero unos apostaban por usted y otros por él.

— ¿Y tú, por quién apostabas?

— Yo, por usted.

— Bueno, pues vamos allá.

— El Rano siempre haciendo apuestas — dijo Cornejo.

— ¿Se llama el Rano?

— ¿No se ha fijado usted en su cara?

Se volvió el hombrecito, y Springer tuvo que disimular la risa. Parecía completamente una rana, con los ojos salientes, abultados y entontecidos; la cara ancha, la nariz de alcuza y la boca de oreja á oreja.

— ¿Y en dónde está el Garroso? — preguntó Quintín.

— Ahí, en esa mesa.

Se levantó sonriendo un hombretón cargado de

espaldas, con las piernas arqueadas y los brazos lo mismo, la cabeza cuadrada, el cuello de toro, y un bulto, á manera de testuz, sobre el entrecejo.

El Rano, el Garibaldino y el Animero colocaron una mesa en medio de la taberna y dos sillas. Se sentó el Garroso, y poco después Quintín.

— Bueno; aquí no se trata de reñir — dijo Quintín al Garroso —. Echaremos dos pulsos. ¿Eh?

— Sí, señor.

Se fijaron los codos sobre la mesa, se agarraron las manos, y comenzaron á crujir las sillas, la tabla de la mesa y hasta los huesos de los dos contrincantes.

El Garroso iba poniéndose colorado; una vena de su frente, gruesa como un dedo, parecía que se le iba á saltar. Quintín estaba impasible.

— ¿Tú crees que voy á perder, Rano? — le dijo Quintín al hombrecillo.

— Yo, no.

— Haces bien. Ahora verás. Y sin hacer esfuerzo aparente, crac, el brazo del Garroso cayó sobre la mesa y sus nudillos dieron fuertemente en la tabla.

Todo el mundo quedó admirado.

— Bueno, vamos otra vez — dijo Quintín.

— No, no. Tiene usted más fuerza que yo — murmuró el Garroso.

Quintín dijo que era cuestión de costumbre, y estaban hablando, cuando el Carrahola, que no debió hacerse daño en la caída, levantándose

sin duda con las manos é izándose hasta llegar con la cabeza á la altura del ventanillo por donde había salido tan bruscamente, gritó alargando la o:

— ¡Gallego!

— Voy á salir y le voy á arrimar un estacazo — dijo el Pullí —, que va á ver lo que es canela; y el hombre cerró el ventanillo y lo atrancó con un palo.

Poco después la voz del Carrahola, por el agujero de la puerta de la calle, gritó:

— ¡Oscurantista!

En esto llamaron á la puerta, abrió el Pullí, y penetraron Pacheco y un amigo embozados en la capa, y, tras ellos, el Carrahola.

— A la paz de Dios, caballeros — dijo Pacheco —. ¿Quién es el que se entretiene en tirar á mis amigos por las ventanas?

— He sido yo — contestó Quintín.

— ¡Ah! ¿Es usted? No le había visto.

— Sí, señor; y le tiraré otra vez si me molesta.

— Si es usted, es otra cosa — dijo Pacheco —; porque yo sé que á usted no le gusta meterse con nadie.

Springer vió con asombro el prestigio que tenía Quintín entre aquella clase de gente. Se sentaron Pacheco y el amigo que iba con él, que era un torero llamado Bocanegra, y Quintín los presentó al suizo y charlaron todos animadamente.

El Carrahola se mantenía apartado, en actitud de recelo.

— Vaya, Carrahola — le dijo Pacheco —, que usted tiene la culpa.

— Pues dispensad si he faltado — dijo Carrahola.

— Aquí no ha pasado nada — dijo Quintín tendiéndole la mano —; tome usted una copa, y tan amigos.

Bocanegra, el torero, irónicamente dijo:

— Vaya, Carrahola, que esta no es la primera soba que te han dado.

— Ni será la última — contestó el otro muy serio.

Springer contemplaba con curiosidad á aquella gente. Le estrañaba la finura de Pacheco; se veía que era un hombre culto, de distinción natural, muy atildado, con las manos muy cuidadas. El torero era un hombre de bronce, con los ojos brillantes y los dientes blancos.

— Un momento — dijo Quintín —; haga usted el favor Pacheco.

Se levantó el bandido, y fueron los dos á un extremo de la mesa y hablaron.

— ¿Le ha visto usted al conde? — preguntó Quintín.

— Sí.

— ¿Qué dice?

— Que esa mujer está loca; que él no se ha

casado más que una vez, como todo el mundo.

— Basta con ir al pueblo en seguida y sacar la partida de matrimonio. Envíe usted alguno de su gente.

— Para eso se necesita dinero, compadre.

— Lo tengo. Le voy á dar á usted todo lo que me queda. Si tiene usted tiempo, páguele usted lo que le debo al Cuervo.

— Está bien.

Vació Quintín el bolsillo sobre una mesa.

— Aquí sobra — dijo el bandido —. Quédese usted con algo.

Guardó Quintín unos billetes, y se acercaron de nuevo al grupo.

La conversación volvió á girar de nuevo sobre las ideas revolucionarias, que á Pacheco y á Bocanegra les entusiasmaban. Hablaba el bandido con gran devoción del general Prim.

— Yo creo que en el mundo no hay un hombre como ese, y usted no se ría, compadre — le dijo Pacheco á Quintín —, porque usted no es tan patriota como yo.

— Cada cual admira lo que es semejante á él — replicó con frialdad Quintín.

— ¿Y usted cree que yo me parezco á Prim? — preguntó el bandido.

— No. Es Prim quien se parece á Pacheco.

— Creo que me debía incomodar con usted. . .

De pronto, interrumpiendo la conversación, se oyó la voz aguda del Sardino, que gritaba:

— Mira, déjame ya, que me estás calentando la cabeza.

El Manano, en medio de su confusión, recordó sin duda en aquel instante su oficio de carbonero; miró atentamente la cabeza de su interlocutor, que era de enormes proporciones, y murmuró con voz parda:

— ¡Pero si para templártela sólo, se necesita un carro de jara!

Rieron todos viendo la expresión indignada del Sardino, y siguieron charlando.

— Aquí — dijo Pacheco á Springer — no se puede hacer nada. Se habla mucho y todo se queda en palabras. Nosotros, los andaluces, somos como los potros de esta tierra: mucha planta y poca suela.

— No diga usted eso, señor José — saltó indignado Cornejo.

— Lo digo porque es verdad. ¿Qué hacen todos esos hombres del Comité? ¿Me lo quiere usted decir? ¿Para qué sirve esta logia?

— Eso no lo sabe ni el *intrépite* de Dios — dijo el Manano, que se había acercado al grupo ya en el ultimo grado de la intoxicación alcohólica —. Pero aquí — y se golpeó el pecho — hay un hombre, señor José... para otro hombre... y para morir en las barricadas. Sí, señor... y el día que usted ó don Quintín señale, nos veremos con los oscurantistas... ¡Y viva la constipación, y muera Isabel II!

— Bueno, bueno. Vete — le dijo el bandido.

— Pero liberal siempre, señor José... aquí y en todas partes...

— Vámonos — dijo Quintín —, porque este nos va á dar la gran soba.

Se levantaron, y el tabernero fué alumbrándoles hasta la puerta de la calle con un candil. Marcharon juntos hasta el Gran Capitán; Cornejo, Bocanegra y Pacheco, se dirigieron hacia los Tejares; Quintín y el suizo bajaron por la calle de Gondomar.

— Pero tú, ¿qué esperas de esta gente? — preguntó de pronto Springer.

— ¡Yo! No sé, chico; por ahora, tener fuerza...; luego, ya veremos.

— ¿Tú lees á Maquiavelo?

— Yo no leo nada. ¿Para qué?

— Eres un hombre extraordinario, Quintín.

— ¡Bah!

— De veras. Un tipo de estudio.

— Pues mira, si quieres estudiarme, vete al café del Recreo alguna noche. Allí conocerás á la muchacha que vive conmigo.

— Iré.

Habían llegado á las Tendillas; era muy tarde, y los dos amigos se despidieron dándose un apretón de manos.

CAPITULO XIX

Las amables ironías de la realidad

UNOS días después, un domingo por la tarde, fué Quintín á pasear á caballo. Antes de dirigirse á la sierra se detuvo en el paseo de la Victoria á ver la gente que transitaba por allí.

La reputación de jugador, de calavera y de hombre terrible y fuerte, hacía que Quintín tuviera sus éxitos entre las señoras, y más de alguna le miraba con una mirada larga, fija y penetrante, de mujer no del todo comprendida por su marido.

Como de costumbre, los días de fiesta iban los coches dando vueltas al paseo, y entre ellos algunos jinetes en caballos briosos. En una de las vueltas, Quintín vió á Rafaela y á Remedios solas en un coche. Ninguna de las dos advirtió su presencia, y para que no sucediera esto, la vez siguiente Quintín se colocó de manera que al volver, por necesidad le viesen.

Remedios fué la primera que le conoció, y se lo dijo á su hermana. Quintín las saludó muy ceremoniosamente. Al llegar al extremo de la fila,

Rafaela debió decir al cochero que dejara el paseo, porque siguieron adelante. Remedios volvió repetidas veces la cabeza. Quintín se acercó al coche y se puso al habla con las dos hermanas. Rafaela estaba pálida y ojerosa; se hallaba embarazada, ya en el último mes; tenía los ojos hundidos y las orejas transparentes.

Remedios estaba más bonita; en el comienzo de ese período intermedio en que una niña se convierte en mujer.

— ¿Están ustedes bien? — las preguntó Quintín con verdadero interés.

— Yo bien — contestó Rafaela con la voz un poco débil —. Esperando de un día á otro... Y á Remedios ya la ve usted, más guapa y más rozagante que nunca.

Remedios se echó á reir con su risa silenciosa.

— Sí — contestó Quintín —. Se ve que á Remedios le sienta bien el campo.

— Pues no creas — exclamó la niña —, preferiría vivir en nuestra casa.

— Y usted está hecho un hombre terrible, según dicen — indicó Rafaela —; creo que escribe usted en los periódicos..., que anda usted con muy mala gente...

— Nada. Habladurías.

— Y ya no va usted por casa tampoco. Le ha abandonado usted al pobre abuelo.

— Eso es verdad. Siempre estoy pensando en ir por allá y nunca voy.

— Pues él pregunta á todas horas por usted. El pobrecito está muy malito, y tan solo... Nosotras, desde que estamos aquí vamos todos los días á verle.

— Pues yo también iré, no tenga usted cuidado.

— Vete mañana — dijo Remedios.

— Bueno, iré mañana. ¿Pero ustedes han dejado el paseo por mí?

— No — respondió Rafaela —, á mí no me gusta andar en esa fila mucho tiempo. Me mareo. Vamos ya hacia casa. Adiós, Quintín.

— Adiós.

Quintín tomó el camino de la sierra é hizo trotar su caballo hasta el merendero del Brillante.

Le había producido el encuentro una impresión mezclada de tristeza y de ironía, algo que le parecía tan pronto muy penoso como muy grotesco.

— ¿Y tiene algo de particular? — se preguntaba á sí mismo.

No, no tenía nada de particular. Era lo lógico. Se había casado; su marido era joven; iba á tener un hijo. Era lo natural; y sin embargo, á Quintín le admiraba.

Muchas veces se ven en el aire extraños pájaros que vuelan junto al cielo, como las ilusiones de los hombres. A veces estos pájaros caen heridos por algún cazador, y al verlos en la tierra, sus ojos tristes, sus plumas blancas, son una sor-

presa para el que los mira. . . , y es que el hombre poetiza todo lo lejano.

Quintín, dominado por su impresión entre dolorosa y grotesca, volvió despacio al pueblo.

Cuando llegó á la Victoria era ya el anochecer. Continuaba el paseo. La sierra se llenaba de brumas; el sol se ponía sobre la campiña, y su gran disco rojo iba ocultándose por encima de los campos amarillos, y en el fondo del horizonte, envuelto en un aire de color de rosa, se destacaba un cerro azulado con un castillo en la punta.

Ya iban quedando pocos coches; por encima de la vieja muralla y de la puerta de Almodóvar aparecía en el cielo azul, que se iba cuajando de estrellas, la torre amarillenta de la catedral.

De la Victoria, todos los coches pasaron á dar vueltas por el Gran Capitán.

Quintín entró en un café.

— Yo debo marcharme de aquí — pensó —. Debía irme á Londres.

Y recordó la lluvia menuda, los cocheros calados, en sus cabs, la niebla azul de los campos próximos á Windsor, y los barcos que se deslizaban por el Támesis entre la bruma.

Salió del café. Los coches seguían dando vueltas por el Gran Capitán, envueltos en una atmósfera polvorienta.

Fué Quintín á su casa. María Lucena se preparaba para ir al teatro.

— ¿Qué te pasa? — le dijo.

— Nada.

Se tendió Quintín en un sofá y pasó horas enteras recordando la niebla, y la humedad, y el ambiente fresco de Inglaterra, hasta que se quedó dormido.

CAPITULO XX

Los filósofos sin notarlo

Al día siguiente, Quintín, ya tranquilizado de su fiebre nebulosa y anglomana, iba á cenar por la noche al café del Recreo. María Lucena, con su madre y una amiga corista le esperaban.

— Pues no has tardado poco — dijo María Lucena al verle entrar en el café.

Quintín se encogió de hombros, se sentó y llamó al mozo.

María Lucena era hija de un aperador de un cortijo del ruedo de Córdoba. Tenía poca voz, pero mucha gracia cantando y bailando, unas caderas fuertes que al andar oscilaban con un movimiento agitanado, una cara pálida é incorrecta y unos ojos negros y brillantes. María Lucena estaba casada con un traspunte, que á los tres ó cuatro meses de matrimonio consideró natural y lógico vivir á costa de su mujer; pero ésta le quebró la combinación despachándole de casa.

La muchacha que estaba con María Lucena en

el café era una corista de las que se distinguen y comienzan á hacer papeles cortos. Era una mujer bajita, con los ojos negros y muy vivos, la nariz afilada, la boca con una sonrisa burlona que levantaba las comisuras de los labios para arriba y el pelo rubio, adornado con dos claveles rojos.

La vieja que les acompañaba era la madre de María, una vieja gorda, arrugada y llena de lunares, con la mirada viva y suspicaz.

Quintín se puso á cenar con las tres mujeres. Se le había pasado la murria melancólica del día anterior, pero se manifestaba triste por dignidad y por ser algo consecuente consigo mismo.

María Lucena, que había notado la preocupación de Quintín, le miraba de cuando en cuando atentamente.

— Bueno, vamos — dijo María.

Se levantaron las dos muchachas y la vieja, porque era hora de comenzar la función, y Quintín quedó solo, distraído en hacer esfuerzos para convencerse á sí mismo y á los demás de que estaba muy triste.

En esto entró Springer el suizo y se sentó al lado de Quintín.

— ¿Qué te pasa? — le dijo, tomando en serio su aire fúnebre.

— Hoy estoy melancólico. Vi ayer á una muchacha que me gustaba. La nieta del marqués. La que se casó con Juan de Dios.

— ¿Y qué? ¿Qué le pasa?

— Que tiene muy mal aspecto. No dura mucho tiempo.

— ¡Pobrecilla!

Quintín, con voz lúgubre, contó sus amores, con todo el amontonamiento de detalles insignificantes y de tiquismiquis aburridos.

Springer le escuchaba sonriendo. Su cara fina y espiritual seguía con atención lo que contaba su amigo. Luego habló él confusamente. Sí, él también había tenido amores románticos. . ., muy románticos. . ., con una señorita. . .; pero era un pobre plebeyo suizo.

Cualquiera hubiese dicho al oirles que los amores de Quintín habían durado años, y días los del suizo. Era todo lo contrario. La fidelidad de Quintín alcanzó hasta dos ó tres meses, al cabo de los cuales se enredó con María Lucena. En cambio, el suizo seguía durante años y años fiel á unos amores imposibles.

Mientras charlaban, apareció en el café don Gil Sabadía, el arqueólogo. Estrechó la mano del suizo y de Quintín, y se sentó en la mesa.

— Hace mucho tiempo que no le veo á usted — le dijo á Quintín —. ¿Qué, vamos tomando la tierra?

— ¡Pchs! Si pudiera marcharme. . .

— Hoy no le haga usted caso — dijo Springer — tiene *spleen*.

— ¿Pues qué le pasa? — preguntó el arqueólogo.

— Cosas de mujeres.

— Es que las hembras de aquí tienen un gancho, compadre, que hay que verlas.

— A mí me parecen insignificantes — dijo Quintín.

— Hombre, no digas eso — replicó el suizo.

— Paliduchas, ojerosas, débiles, mal alimentadas...

— ¿No les negarás también la gracia? — preguntó Springer.

— Sí — contestó Quintín —; hacen muchos gestos y tienen una manera de hablar fantástica y recargada de imágenes. Un hablar de negro. Yo, cuando cuenta algo María Lucena, me fijo en que siempre las cosas, materiales ó no, las compara con algo material: es más bueno que el pan, es más soso que la calabaza...; todo necesita materializarlo; si no, yo creo que no lo entiende... Es como un niño..., como un niño impertinente.

— ¡Qué retrato! — exclamó el suizo riendo.

— Luego, en cualquier cosa hace divisiones y subdivisiones; cada objeto tiene veinte nombres. Hay en casa un botijillo con aguardiente de guindas, ese aguardiente de guindas que aquí lo tienen como cosa sagrada; pues María unas veces le llama el loro, otras el verderón, otras el pájaro verde... Pues aún no le basta. El otro día le decía á su madre desde la cama, señalándole el botijillo: Madre, tráeme ese fulano... Es decir,

que el lenguaje para esta gente no es lenguaje ni nada.

— ¿Y eso no indica ingenio? — preguntó el suizo.

— ¿Pero yo para qué quiero el ingenio, Springer? — exclamó Quintín á grandes voces. — ¡Si una mujer no necesita ingenio! Le basta con ser guapa, sumisa y nada más...

— Eres tremendo — dijo el suizo. — ¿De manera que la inteligencia de la mujer para ti no tiene valor?

— ¡Pero si eso no es inteligencia! Eso es para la inteligencia lo que es para la actividad el movimiento de esos hombres que andan á saltitos, y saludan á uno, y hablan á otro. Ni una cosa es inteligencia, ni la otra es actividad... La cuestión es tener un núcleo de ideas grandes, fuertes, que dirijan la vida... Lo que les pasa á los ingleses.

— A mí los ingleses me son muy antipáticos — dijo el suizo —. Respecto á Andalucía, yo creo que si esta tierra tuviera más cultura, constituiría uno de los pueblos más comprensivos y entusiastas. Los demás españoles regatean siempre su aprecio ó su admiración; el vicio nacional de España es la envidia; los andaluces no. Están dispuestos á admirarse por cualquier cosa.

— Debilidad de raza — exclamó Quintín —; todos son unos boleros.

— No digas eso, que eres andaluz.

— ¿Yo? Nunca. Yo soy un hombre del Norte.

Aquel Londres, aquel Windsor. . . ¿Para qué habré venido yo aquí?

Vinieron María Lucena, su amiguita y su madre. Las saludaron el suizo y don Gil.

— Defienda usted á los andaluces — dijo Springer á la cómica —, porque Quintín les está poniendo de vuelta y media.

— ¿Para qué está aquí entonces? — preguntó ásperamente María.

— Eso decía yo — añadió Quintín —. ¿Para qué habré venido á este pueblo?

— Ya sé toda esa tristeza de qué viene — dijo María Lucena al oído de Quintín.

— ¿Sí? Pues me alegro.

— Viste el otro día á la prima, á la que tiene cara de mal de estómago. Dicen que no se puede consolar todavía de que el novio antiguo la dejara. Así está de esmirriada.

Quintín se encogió de hombros.

— ¿Ha parido ya, ó es que tiene hidropesía?

Quintín tampoco se dignó contestar. Ella, indignada, volvió á la carga.

— Y porque la has visto hecha una lombriz venías ayer tan triste y afligido, ¿eh?

— Es posible — dijo fríamente Quintín.

— Si me hubieses visto á mí de ese modo, lo hubieras sentido menos.

— ¡Qué penetración!

— Pues hijo, á tiempo de concluir estamos —

replicó rabiosamente la cómica —. Si á ti no te importa nada por mí, á mí me pasa lo mismo contigo.

Quintín se encogió de hombros. Los demás, notando aquel preludio de tempestad, se callaron.

La voz de María Lucena iba haciéndose chillona y desagradable.

— ¿Sabes lo que ha dicho su madrastra, la condesa? Pues ha dicho: Esa gilona, después de hacer tantos dengues, se ha casado con Juan de Dios por el dinero.

— Lo que haya dicho ese pendón no tiene importancia.

— Para ti todas las mujeres son pendones...

— Y es verdad.

— Pues si eso lo dices por mí...

— Bueno, bueno; aquí no demos espectáculos, y no grites.

— ¿Me vas á pegar? Di, ¿me vas á pegar?

— No; me marcharé antes prudentemente — contestó Quintín levantándose y disponiéndose á marchar.

En esto entraron en el café el poeta Cornejo, acompañado de un señor alto, flaco, de nariz aguileña, barba larga negrísima y tipo de moro. Se acercaron los dos á la mesa y se sentaron.

Salían el poeta y este señor de la última función y discutían. Para Cornejo, la zarzuela que

acababan de ver no estaba del todo mal; el hombre alto de la barba negra aseguró por su parte que se había aburrido soberanamente.

Este hombre tétrico afirmó después que para él la vida daba poco de sí, y que de todas las vidas desagradables y enojosas, la más enojosa y la más desagradable era la de las capitales de provincia, y de todas las vidas de las capitales de provincia, la peor la de Córdoba.

Contrarió en todo á Leibnitz y á su discípulo el doctor Pangloss, el hombre de la barba negra hubiese afirmado con verdadero convencimiento que vivía la peor vida en el peor pueblo del peor de los mundos posibles.

— Está usted en lo cierto — dijo Quintín, con la sana intención de molestar á los oyentes —; nada tan antipático como estas capitales de provincia.

El arqueólogo don Gil hizo un gesto como quien no quiere tomar en cuenta lo que oye, y dijo dirigiéndose á Springer:

— Usted también es como yo, ¿verdad? Partidario de lo antiguo.

— En muchas cosas, sí — contestó el suizo.

— Era la vida mucho mejor. ¡Qué sabiduría la de nuestros antepasados! Todo clasificado, todo en orden. En la calle de la Zapatería, los zapateros; en la de Librerías, los libreros; en la de la Plata, los plateros. Cada oficio con su calle: pleitineros, barberos, letrados... Hoy todo al revés.

¡Un desbarajuste tremendo! En la calle de Zapaterías apenas hay zapateros, ni en la de Librerías libreros. Estos ediles varían de nombre á todo... La calle de Mucho Trigo, en donde había antes almacenes de ese cereal, hoy tiene la especialidad de fabricar arropías. ¡Qué absurdo, señor! ¡Qué absurdo! ¡Y á esto lo llaman progreso! Tratan los hombres de ahora de borrar el recuerdo de toda una civilización, de toda una historia.

— ¿Y para qué le sirve á usted ese recuerdo? — preguntó el hombre de la barba negra.

— ¡Para qué me sirve! — exclamó don Gil asombrado.

— Sí, ¿para qué le sirve?

— Siquiera para saber que estamos en la decadencia. No comparando la Córdoba de hoy con la del tiempo de los árabes, sino comparándola con la del siglo XVIII, se ve una diferencia enorme. Había aquí cientos de telares, fábricas de papel, de botones, de espadas, de cueros, de guitarras. Hoy... nada. Se han cerrado fábricas, talleres, hasta los mesones.

— Será verdad; pero usted, don Gil, ¿para qué quiere saber esas calamidades?

— ¡Para qué quiero saber, Escobedo! — exclamó don Gil, á quien las preguntas del hombre de la barba negra dejaban estupefacto.

— Sí, porque yo no veo que ese conocimiento sirva para nada. Que desaparece Córdoba, pues otro pueblo aparecerá. ¡Si eso es igual! ¡Ojalá —

siguió diciendo Escobedo — se pudiera borrar la historia, y con la historia todos los recuerdos que entristecen y marchitan la vida de los hombres y de las multitudes! Una generación debía aceptar de la que le precedió lo que es útil, la ciencia únicamente; por ejemplo: el azúcar se extrae de esta manera, las patatas se fríen así... Lo demás olvidarlo. Qué necesidad tenemos de que nos digan: ese amor que tienes, ese sufrimiento que padeces, ese acto heroico que has presenciado, no es ni siquiera nuevo; lo tuvieron, lo padecieron, lo presenciaron hace cinco ó seis mil años otros hombres lo mismo que tú, igual que tú. ¿Qué adelantamos con eso? ¿Me quiere usted decir?

El arqueólogo se encogió de hombros.

— Creo que está usted en lo cierto — dijo Quintín.

— La historia, como todo lo que es conocer, nos envejece — siguió diciendo Escobedo —. El saber es el enemigo de la felicidad. Ese estado de paz, de sosiego, que los griegos llamaban con relación al organismo *euforia*, y con relación al alma *ataraxia*, no se puede obtener más que no conociendo. Así, en la vida, al principio, á los veinte años, cuando se ve todo de una manera superficial y falsa, las cosas aparecen brillantes y dignas de ser codiciadas. El teatro es relativamente bonito, la música agradable, la función divertida; pero el mal instinto de conocer hace que

un día uno se asome á los bastidores y empiece á enterarse y á desilusionarse. Las actrices son feas...

— ¡Gracias! — dijo María Lucena secamente.

— No lo dice por ustedes — arguyó Springer.

— Y además de feas son tristes y pintarrajeadas — siguió diciendo Escobedo, sin hacer caso de la interrupción —; los cómicos son estúpidos, torpes, soeces; los telones, de cerca están mal pintados. Se ve que todo es pobre, raquítico... Las mujeres parecen primero ángeles, luego supone uno si serán demonios, y poco á poco empieza uno á comprender que son hembras, como las yeguas, como las vacas... Un poco peor, por lo que tienen de personas.

— Es verdad — asintió Quintín.

— Son ustedes muy groseros — dijo María Lucena levantándose, con un gesto de desdén y de rabia en la boca. — ¡Adiós! Vamos.

Las tres mujeres salieron del café.

— Y lo malo es — siguió Escobedo — que nos engañan miserablemente. Nos hablan de la eficacia del esfuerzo; nos dicen que hay que luchar con voluntad, con tesón, para alcanzar el triunfo, y luego vemos que no hay luchas, ni triunfos, ni nada; que la fatalidad baraja nuestros destinos y que la esencia de la infelicidad está en nuestra misma naturaleza.

— Lo ve usted todo muy negro — dijo sonriendo el suizo.

— Yo creo que lo ve tal como es — repuso Quintín.

— Luego se podría pasar — dijo Escobedo — que algunas cosas altas, hermosas, no fueran tan sublimes como dicen los poetas; por ejemplo, el amor; pero las otras más humildes, más modestas, debían de ser hondamente verdaderas y no lo son. ¡La amistad! No hay amistad más que cuando de dos amigos uno se sacrifica por el otro. ¡La sinceridad! Imposible también; ni aun en la soledad creo que se puede ser sincero. Grande ó chico, ilustre ó humilde, todo hombre que se mire al espejo verá siempre reflejado en el fondo un solemnísimo farsante.

— Estoy con usted — dijo Quintín.

— Creo — replicó el suizo — que ve usted sólo el lado de sombra de las cosas.

— Me esfuerzo en ver los dos — respondió Escobedo —: el lado de sol y el lado de sombra. Creo que sí, que en cada acción, en cada hombre, hay luz y hay obscuridades, hay también casi siempre una faz seria y trágica y otra burlona y grotesca. Yo, á fuerza de mirar continuamente la faz trágica, comienzo á ver la grotesca.

— ¿Y de qué le sirve á usted eso? — preguntó don Gil.

— De mucho. De un hombre fúnebre y lacrimoso, me voy transformando en un misántropo jovial. Cuando llegue á viejo pienso ser alegre como unas castañuelas.

— ¡Filosofía griega! — dijo con desdén don Gil.

—Señor Sabadía — repuso Escobedo —, usted tiene el derecho de molestarnos á todos hablándonos de los letreros de las calles de Córdoba y de las costumbres de nuestros respetables antepasados. Concédanos usted el permiso de comentar la vida á nuestro modo.

— *Risum teneatis* — dijo don Gil.

— ¿Ven ustedes? — replicó Escobedo. — Es otra de las cosas que me molestan. ¿Qué necesidad tenía don Gil de espetarnos una cita tan vulgar que hasta los mozos de café la saben?

El arqueólogo, desdeñando lo que oía, comenzó á recitar un antiguo romance cordobés que decía así:

Jueves, era jueves,
día de mercado,
y en Santa Marina
tocaban rebato.

Escobedo siguió filosofando; un mozo de café comenzó á colocar las sillas sobre las mesas, otro apagó los mecheros de gas, y los parroquianos se fueron á la calle.

CAPITULO XXI

Habla el señor Juan

Al día siguiente, por la tarde, Quintín fué á la calle del Sol, á ver á su abuelo, como había prometido á Rafaela. En la puerta había un coche. El señor Juan, con el sombrero en la mano, hablaba con una dama elegante, de ojos negros.

— ¿Es que no puedo pasar? — dijo ella con voz agria.

— Las señoritas me han dicho que no reciben á nadie.

— ¿Ni á mí tampoco?

— Esa orden me han dado.

— Está bien. Esperaré á que venga mi marido.

— Será inútil — dijo el señor Juan enérgicamente.

— ¿Y por qué? — preguntó ella con altivez.

— Porque el señor marqués me ha dicho que no quiere verla á usted.

La mujer no replicó.

— ¡A casa! — dijo al cochero con tono de rabia.

Quintín se acercó al señor Juan.

— ¿Qué hay? ¿No se puede pasar? — le preguntó.

— Usted, sí — replicó el jardinero —; pero no esa pécora.

— ¿Quién es?

— La condesa. Después de que está diciendo enormidades de la señorita Rafaela y del abuelo, viene aquí esa tiaca á echárselas de caritativa.

— ¿Cómo está el señor marqués?

— Muy mal.

— ¿Pero se ha agravado, ó sigue la enfermedad su curso?

— Se ha agravado... Y, mientras tanto, el señor conde, ¿sabe usted lo que hace? Pues está vendiendo todo lo que encuentra á mano. Ha vendido hasta las cañerías de plomo y las losas de la cuadra, que él mismo ha arrancado. Le digo á usted que es una vergüenza...

— ¿Y cómo no se lo impiden?

— ¿Quién?... Es una cosa que da pena. Mientras el señor está en la cama, vienen los baratilleros, y á carros se lo llevan todo. Han sacado tapices, bronces, los vargueños que había en la sala, el bufete, los tocadores... y esta tunanta, que lo sabe, quiere venir aquí á tomar parte en el robo. Al conde no le puedo decir nada; pero á esta mala mujer, sí. ¡Y si viera usted! Yo no sé cómo se atreve á mirarme, después de lo que ha pasado entre los dos.

— ¿Entre quiénes? ¿Entre usted y ella?

— Sí, señor. ¿No se lo han contado?

— No.

— Pues yo tengo un hijo, ¿sabe usted? y ahora no tanto; pero hace unos años, era un niño muy bonito, más blanco que la nieve, y con unas mejillas que chorreaban sangre. Era, además, fuerte, muy robusto, y muy inocentón. Bueno; pues de pronto, el chico se me empieza á poner muy pálido, y flaco, y ojeroso. Y su madre, y yo, ¿qué le pasará al chiquillo? ¿y qué tendrá? Y nada, sin poder comprender lo que le pasaba; hasta que una noche, el cochero le ve que iba saltando por los tejados. El hombre se puso en acecho, y lo averiguó todo. La condesa, entonces, vivía aquí con su marido, y mi hijo iba á buscarla. Cuando le dije al marqués lo que pasaba, fué, cargó una pistola, y quería pegarle un tiro á su nuera. Y ella, la muy tía, se acerca á mí y me dice: Si necesita usted algo para su hijo, avísemelo usted. — Lo que es usted, señora, le contesté, muy viciosa, y á mi hijo no le volverá usted á ver más.

— ¿Y ahora ella con quién está?

— Ahora, con Periquito Gálvez.

— ¿Y quién es ese?

— Un labrador rico.

— ¿Joven?

— No; tiene ya más de cincuenta años. Pero se la pega con cualquiera. Cuando se entendió con ella, dicen que Periquito encontró una vez una

liga de la condesa, y esta liga tenía un letrero que decía:

Intrépido es amor;
de todo sale vencedor.

Periquito mandó hacer un par de ligas iguales, con el letrero en diamantes y perlas, y se lo regaló.

— ¡Qué rumboso!

— Eso sí lo es.

Se separó Quintín del señor Juan, y subió á ver al enfermo.

En un gabinete, próximo á la alcoba, estaban Rafaela y Remedios hablando con un señor delgado, esbelto, muy acicalado. Era el Pollo Real, el hermano del marqués y de la señora Patrocinio. De cuando en cuando, Colmenares, el jorobado, salía de la alcoba, con los ojos enrojecidos y volvía en seguida.

— Voy á ir á rezar á la ermita de la Fuensanta — dijo Remedios á Quintín —. ¿Quieres acompañarme?

Fueron Remedios, la criada joven y Quintín, al caer de la tarde.

Rezaron ellas, y volvieron de la ermita charlando. Remedios contó á Quintín que habían llegado á oídos de Rafaela las invectivas de su madrastra; Quintín prometió á la niña que haría callar á la condesa. Pensó dedicarle en *La Víbora* unas cuantas picaduras que la mortificasen. Des-

pués, Remedios habló de su cuñado. Sentía por él una gran antipatía, y reconociendo que era bueno y amable, no podía verle en pintura.

Para prolongar la conversación, marcharon á casa por el camino más largo.

Era un día de otoño; el cielo estaba azul, muy profundo.

En el poniente se estratificaban largas y estrechas nubes de color rojo.

Pasaron por delante de la iglesia de San Lorenzo. La torre, cuadrada, se erguía, con su angelote en la punta; el gran rosetón, iluminado por la luz rojiza del anochecer, parecía una cosa aérea, inmaterial, y sobre este rosetón se destacaba un santo blanco dentro de una hornacina.

Volvieron por la calle de Santa María de Gracia. Remedios, al pasar, leía los letreros de las tiendas y los nombres de las calles. Una de éstas se llamaba de Puchinelas, otra de Juan Palo, otra del Verdugo...

Una porción de preguntas se le ocurrieron á la niña, á las cuales no supo contestar Quintín.

Siguieron por la calle de Santa María. Arriba, las dos líneas quebradas de los tejados limitaban el cielo de rosa; las cañerías avanzaban en el aire desde los aleros, como las gárgolas y canecillos de una iglesia gótica; las casas estaban bañadas por una luz llena de misterio...

En la pared blanca de un convento antiguo, con altas celosías verdes, palpitaba suavemente

el resplandor escarlata del cielo, y á lo lejos, al final de la calle, el campanario vetusto de una iglesia, que recibía de lleno los últimos rayos del sol, brillaba como un ascua de oro.

Al volver á casa, ya el cielo perdía su color de púrpura; un velo amarillo pálido, de ópalo, invadía toda la bóveda celeste; hacia el poniente era verde; al otro lado, azul, de un azul intenso, con grandes fajas moradas...

CAPITULO XXII

Palos, tiros y pedradas

Por la noche, Quintín fué á buscar á Cornejo á la imprenta donde se hacía *La Víbora*. La imprenta estaba en un sótano, y tenía una máquina antiquísima, que en un día entero tiraba sus quinientos ejemplares.

— Hay que hacer, para el número que viene — le dijo Quintín al poeta — un romance venenoso, por el estilo de los que se han publicado contra el alguacil Ventosilla, el padre Tumbón, y la Garduña.

— Bueno. ¿Contra quién va á ser?

— Contra la Aceitunera.

— ¿La condesa?

— Sí.

— ¡Demonio! ¿No es pariente tuya?

— Sí; por la mano izquierda.

— Venga de ahí. ¿Qué hay que decir?

— Tú ya sabes que le llaman la Aceitunera.

— Sí.

— ¿Que es una perdida también lo sabrás?

— Sí.

— Pues con eso ya lo tienes hecho todo. Puedes poner al romance un estribillo: el letrero que ella lleva en sus ligas, que dice así:

Intrépido es amor;
de todo sale vencedor.

— Muy bien; pero dame la idea.

— ¿Aún necesitas más? Puedes empezar con una invocación poética, preguntando á todos los casucos de Córdoba quién es una dama de estas y de estas señas; aquí pones las suyas, que tiene unas ligas con este letrero:

Intrépido es amor;
de todo sale vencedor.

— Bueno; por ejemplo, diré que tiene los ojos negros, y unas caderas de padre y muy señor mío, y...

— Y el color aceitunado.

— Y el color aceitunado... y terminaré diciendo:

Y esta leyenda escrita en la ancha liga,
que tantos vieron con igual fatiga.
Intrépido es amor;
de todo sale vencedor.

¿Eh? ¿Qué tal?

— Muy bien.

— Bueno, pues dentro de un momento está hecho. ¿Cómo titulo el romance?

— A la Aceitunera.

— Ya está. ¿Qué, te parece que empiece así?:

Casas de la Morería;
Trascastillo y Murallón,
ninfas, dueñas y tarascas,
baratilleras de amor.

— Tú empieza como quieras. La cuestión es que la cosa duela.

— Dolerá, no tengas cuidado.

Terminó el romance Cornejo; á los dos días salió el periódico, y en cafés y casinos no se hablaba más que de las ligas de la condesa, y todo el mundo repetía maliciosamente el estribillo:

Intrépido es amor;
de todo sale vencedor.

Al día siguiente, por la noche, aguardaba Quintín al poeta en el café del Recreo. Le había dado cita para las diez, y no venía.

Estuvo esperándole más de dos horas, y, aburrido, se dispuso á marcharse á su casa. Al salir, en la misma puerta del café, un hombre, bajito, embozado en una capa, se acercó á Quintín.

— Escuche usted un momento — le dijo.

— ¡Eh!

— Ande usted con cuidado, don Quintín, que le siguen.

— ¿A mí?

— Sí, señor.

— ¿Y usted quién es? Sepamos primero quién es usted.

— Yo soy Carrahola.

— ¿No me tiene usted rabia por lo del otro día?

— No, señor; porque usted es un valiente.

— Gracias.

—Pues bien; el señor José nos ha mandado á Cantarote el gitano y á mí para que le acompañemos á casa.

— ¡Bah! Conmigo no se mete nadie.

— No diga usted lo que no sabe. Tenga usted este garrote — y le dió uno que llevaba oculto en la capa —, y eche usted á andar.

— ¿Y usted no va armado, Carrahola?

— ¿Yo? mire usted — y levantando el vuelo de la capa, enseñó la faja, llena de piedras.

Cogió Quintín el garrote, se embozó en la capa hasta los ojos, y echó á andar por en medio de la calle, despacio, mirando bien antes de pasar por delante de las bocacalles y rinconadas. Al llegar á una esquina vió dos hombres, apostados en el hueco del portal de un convento, y otros dos enfrente. No bien los hubo columbrado, se detuvo, se paró junto á una puerta, se desembozó, arrolló la capa en el brazo izquierdo, y empuñó el garrote con la mano derecha.

Los cuatro hombres, al ver á uno que se escondía, supusieron que era Quintín, y se lanzaron todos contra él. Paró Quintín dos ó tres golpes con el brazo izquierdo.

¡Evohé! ¡Evohe! — gritó luego, y en un momento repartió una lluvia de garrotazos á derecha y á izquierda, con tal ímpetu, que hizo retroceder á los que le atacaban; en un molinete dió á uno de los perseguidores en mitad de la cabeza, y el garrote se hizo trizas. El hombre dió una vuelta, y cayó á tierra, de bruces, como un saco.

Carrahola y Cantarote se acercaron corriendo al lugar de la lucha, el uno tirando piedras, el otro con una navaja larga como una bayoneta.

Carrahola dió á uno una pedrada en la cara, y se la dejó echando sangre. De los tres que quedaban relativamente sanos, dos huyeron, y el más fuerte, el que parecía el director de la partida, quedó enredado con Quintín en una lucha á puñetazos. Este, que conocía el boxeo, le metió, sin saber el otro cómo, el puño por entre los brazos, y le dió tal golpe en la barba, que le hizo caer de espaldas, y se hubiera desnucado si no tropezara con la pared. El hombre, al caer, sacó una pistola del bolsillo y disparó.

— Señores — dijo Quintín á Carrahola y á Cantarote. — ¡A casa, y sálvese el que pueda!

Cada cual por su lado echó á correr, y los tres se escabulleron por las estrechas callejuelas.

Al día siguiente, Quintín fué, por la tarde, al Casino. Los periódicos hablaban de la batalla del día anterior como de una cosa épica; un rufián, conocido por el Mochuelo, había sido encontrado

en la calle con una congestión cerebral y una herida contusa en la cabeza; había, además, huellas de sangre en la calle. Las pasiones, según decían los papeles, estaban sobreexcitadas; tras de la descripción de la lucha, inmediatamente después, venía la noticia de que el notable poeta Cornejo había sido víctima de una agresión por parte de unos desconocidos.

— Lo han reventado — pensó Quintín.

Fué á casa de Cornejo y lo encontró en la cama, con la cabeza llena de trapos, oliendo á árnica.

— ¿Qué te pasa? — le preguntó Quintín.

— ¿No ves cómo estoy? ¡Que me han pegado una paliza que me han hecho cisco!

— A mí me la quisieron dar ayer; pero tumbé á unos cuantos.

— Pues no te fíes.

— No; no me fío; llevo una pistola en cada bolsillo, y al que se me acerque, no te digo nada lo que le sucede.

— Esto se pone muy malo.

— Ca, hombre. No hay que amilanarse.

— Tú harás lo que te parezca. Yo no salgo hasta curarme; ni escribo más en *La Víbora*.

— Bueno. Haz lo que quieras.

— Yo tengo necesidad de vivir.

— ¡Pchs! No veo la necesidad — replicó Quintín desdeñosamente; y añadió: — Mira, chico, si eso te asusta, dedícate á coser á máquina. Qui-

zás ganes más —. Y Quintín, dejando al poeta, se fué de nuevo al Casino. Era el hombre del día; contó varias veces su aventura, y los amigos, para que no le sucediera lo mismo aquella noche, en grupo de ocho ó diez le acompañaron hasta casa.

CAPITULO XXIII

Persecuciones y escapatorias

No las tenía Quintín todas consigo, y á pesar de las dos pistolas y del bastón de estoque que llevaba, temía que á la mejor ocasión le tendieran un lazo y le dejaran en un estado parecido al de Cornejo.

Desconfiaba mucho de María Lucena, porque ésta iba tomándole odio, y era capaz de jugarle una mala pasada.

Unos quince días después del ataque nocturno, Quintín se acercó al café del Recreo. Como andaba muy escamado, antes de entrar miró por un cristal, y vió á María Lucena que hablaba con un señor elegante. Esperó un momento, y al pasar un camarero, le dijo:

— Oye, ¿quién es aquel señor que está allí?

— ¿Aquel afeitado, de traje negro?

— Sí.

— El señor Gálvez.

— ¿Periquito Gálvez?

— Sí, señor.

Entró Quintín en el café, é hizo como que no se fijaba en el vecino. Encontró que María Lucena estaba más amable con él que los demás días.

— Aquí hay gato encerrado — se dijo —. Estos me preparan algo.

Quintín no era celoso; María Lucena pesaba ya mucho en su vida, y si alguien se la hubiera llevado, en vez de indignarse le hubiera dado las gracias.

— Entre estos dos — pensó Quintín refiriéndose á Gálvez y á María — han tramado algo contra mí.

De pronto, Quintín se levantó, y sin saludar á María se fué del café.

— Voy á ver á Pacheco — murmuró.

Iba por la calle del Arco Real, cuando al volver la cabeza vió que dos hombres caminaban tras él.

— Mala os espera — dijo empuñando una pistola.

Se levantó el embozo de la capa, y echó á andar muy de prisa. Hacía una noche fría y desapacible; la luna, en creciente, brillaba entre grandes nubarrones, que pasaban por delante de ella. Trató Quintín de despistar á sus perseguidores, deslizándose rápidamente por las tortuosas callejuelas; pero los dos hombres conocían, sin duda, muy bien las vueltas y revueltas del pueblo, porque si durante un instante no los veía, al poco rato ya los tenía tras él.

A la media hora de persecución, Quintín notó que ya no eran dos los perseguidores, sino cuatro, y que entre ellos había un sereno; poco después eran seis.

Quintín trató de buscar la salvación en las piernas, y echó á correr como un gamo; salió frente á la Mezquita, bajó por el Triunfo, atravesó la Puerta Romana, y siguió por el puente hasta llegar al pie de la torre de la Calahorra. Se oían por todas partes el pito de los serenos.

En la salida del puente había una pareja de guardias civiles. Podían no estar advertidos; ¿pero, y si lo estaban?

Quintín retrocedió. Desde allá se veía la catedral y el muro negro de la Mezquita, que cortaba con sus almenas la claridad suave del cielo.

Un hálito de humedad subía del río; abajo, el agua negruzca borboteaba en las arcadas del puente; á lo lejos parecía de azogue, y en su superficie se reflejaban, temblando, las casas de la Ribera.

Al volver hacia el pueblo, vió Quintín, á la entrada del puente, á sus perseguidores.

— Me han cazado — exclamó Quintín con rabia.

Debían ir reconociendo el puente á un lado y á otro; el farolillo del sereno oscilaba de izquierda á derecha y de derecha á izquierda.

Quintín se acercó á una de las dos hornacinas del centro del puente.

— ¿Si me metiera aquí? Pero esto lo registrarán mejor que nada. ¿Qué hago?

Tirarse al río era demasiado peligroso. Atacar á los perseguidores una barbaridad.

Para mayor desdicha, la luna comenzó á salir del nubarrón que la había tenido oculta, y esparció su luz por el puente. Quintín se metió en la hornacina.

Lo que más le indignaba era ser preso de un modo tan estúpido. No temía la cárcel, sino el desprestigio ante la gente. Los que se habían entusiasmado con sus hazañas, al saber que estaba preso comenzarían á tenerle por un hombre vulgar, y esto no le convenía.

— Hay que hacer algo. Cualquier cosa. ¿Qué podría intentar?

Hacer frente á sus perseguidores á tiros desde la hornacina sería gallardo, pero era exponerse á que lo matasen allá ó á ir á presidio.

Revolviéndose dentro de la hornacina, Quintín tropezó con un pedrusco.

— A ver. Intentemos una farsa.

Quintín se quitó la capa y envolvió en ella el pedrusco, haciendo como una muñeca. Luego cogió el lío en brazos y se subió en el pretil del puente.

— ¡Ahí está! ¡Ahí está! — dijeron sus perseguidores.

Quintín inclinó el muñeco hacia el río.

— ¡Se va á tirar!

Quintín lanzó un grito y tiró el pedrusco envuelto en la capa al agua, en donde se zambulló con gran estrépito. Hecho esto, se tiró hacia atrás, luego, á gatas, volvió de prisa á la hornacina, se subió á ella, y quedó dentro agazapado junto á la pared.

Pasaron corriendo los perseguidores por delante de las hornacinas, sin mirar al interior de ninguna de las dos.

— Pero, ¡qué bárbaro! — decía uno de ellos.

— Pues no se le ve.

— Yo creo que sí.

— Vamos al molino del Medio — dijo el que parecía el jefe —. Ahí debe haber una barca. Usted, sereno, quédese aquí.

Quintín oyó esta conversación, acurrucado en su agujero; sintió los pasos de todos, y cuando el ruido de éstos se fué alejando, se levantó y miró por una estrecha aspillera lateral que tenía la hornacina. El sereno había puesto el farolillo sobre el pretil del puente, y miraba al río.

— No hay que perder tiempo — murmuró Quintín.

Se sacó rápidamente la corbata y el pañuelo, saltó de la hornacina sin meter el menor ruido, y se acercó al sereno. Simultáneamente, una mano cayó sobre el pescuezo del vigilante, la otra sobre la boca.

— Si gritas, vas abajo — murmuró Quintín con voz sorda.

El hombre, del susto no resolló. Quintín le amordazó con el pañuelo, luego le ató las manos por detrás, le quitó la gorra, le metió su sombrero hasta los ojos, y cogiéndole como á un niño, lo metió en la hornacina.

— Si intenta usted salir de ahí, es hombre muerto — dijo Quintín.

Hecho esto, se caló la gorra del sereno, cogió el chuzo y el farolillo, y fué andando con lentitud hacia la puerta del puente.

Había dos hombres allá, de guardia.

— Por ahí, por ahí va — les dijo Quintín indicándoles la pradera del Corregidor.

Los dos hombres echaron á correr en la dirección indicada. Quintín atravesó la puerta del puente, tiró el farolillo y el chuzo al suelo, y echó á correr como un desesperado. Se seguían oyendo los silbidos de los serenos; Quintín, al ver un farolillo, se escabullía por cualquier callejuela, y galopaba. Por fin, pudo dar con la taberna del Cuervo, y llamó desesperadamente.

— ¿Quién es? — dijeron de adentro.

— Yo, Quintín. Que me vienen persiguiendo.

Abrió el Cuervo la puerta, y levantó el candil hasta la cara de Quintín para cerciorarse de que era él.

— Bueno. Pase usted. Tome usted la luz.

La tomó Quintín, y el tabernero corrió un par de cerrojos formidables.

— Ahora, déme usted el candil y sígame usted.

Cruzó el Cuervo la taberna, salió á un sucio patizuelo, abrió una puertecilla, y comenzó á subir, seguido por Quintín, una estrecha escalera, adornada por telarañas. Habrían llegado á una altura de un segundo piso, cuando el tabernero se detuvo, clavó el candil en una viga de la pared, y agarrándose á unas ripias salientes se encaramó á un alto camaranchón.

— Déme usted el candil — dijo el Cuervo.

— Allá va.

— Ahora suba usted.

El camaranchón estaba lleno de listones y de cascotes. El Cuervo, agachado, lo recorrió hasta un extremo, allí apagó la luz, se deslizó entre dos vigas que no parecían pudiesen permitir el paso de un hombre, y desapareció. Quintín, aunque con algún trabajo, hizo lo mismo, y se encontró en el caballete de un tejado.

— ¿Ve usted aquella guardilla? — dijo el Cuervo.

— Sí.

— Bueno; pues va usted á ella, tomando siempre á este lado. Empuja usted la ventana, que cederá, y entra usted, baja usted cuatro ó cinco escalones, se encuentra usted con una puerta, la abre usted con esta llave, y está usted en su cuarto más seguro que el rey de España.

— ¿Y salir?

— Ya se le avisará á usted.

— ¿Y comer?

— Se le enviará la comida. Cuando venga el señor José le irá á visitar.

— Bueno; venga la llave.

— Ahí la tiene usted. Adiós, y buen viaje.

El tabernero desapareció por donde había salido. Quintín, de aprendiz de gato, avanzó rompiendo tejas.

Desde allá arriba se veía la ciudad, acariciada por la luz de plata de la luna. En el silencio de la noche resonaba el murmullo del río. En el fondo, por encima de los tejados del pueblo, iba apareciendo la sombra negruzca de Sierra Morena, con sus huertas blancas bañadas de luz azul y su contorno, que se destacaba en el cielo velado por una ligera bruma.

Llegó Quintín á la guardilla, empujó la ventana, bajó los escalones que le habían indicado, abrió la puerta, encendió un fósforo, y no acababa de hacerlo cuando oyó un grito de terror. Quintín tiró el fósforo, asustado. En la guardilla había alguien.

— ¿Quién está aquí? — preguntó.

— Caballero — contestó una voz quejumbrosa —, no me haga usted daño, por Dios.

Quintín, que vió que le pedían auxilio, supuso que no había peligro, y encendió otro fósforo, y luego un velón. A la luz de éste vió á una señora incorporada en una cama, con la cabeza llena de papillotes.

— Señora, no tenga usted cuidado — dijo

Quintín —; yo me he debido equivocar, y he entrado en un cuarto en vez de entrar en otro.

— Pues, si es así, ¿por qué no se va usted?

— Es que me choca que sea así. No había más que esta guardilla enfrente. ¿Quiere usted que nos expliquemos? Yo he venido aquí porque el Cuervo, el tabernero de esa esquina, me ha dicho que venga, que esta guardilla es suya.

— Pues yo he venido aquí porque me ha traído José Pacheco.

— ¿Pacheco?

— Sí.

— Entonces, es la misma guardilla.

— ¿Conoce usted á Pacheco? — preguntó la dama.

— Es muy amigo mío. ¿Usted también le conoce?

— Sí, caballero. Es mi amante — y la señora suspiró.

Quintín sintió unas enormes ganas de soltar una carcajada.

— Pues, señora — dijo —, yo lo siento mucho; pero vengo perseguido por la policía y no puedo marcharme de aquí.

— Pues yo, caballero, tampoco puedo permitir que esté usted en mi alcoba.

— ¿Y qué quiere usted que haga?

— Salga usted á dormir fuera.

— ¿A dónde? ¿Al tejado? Usted no sabe la noche que hace.

— Es usted muy poco galante, caballero.

— La pulmonía sería menos galante conmigo, señora.

— ¿Cree usted que le voy á dejar estar aquí toda la noche en el cuarto?

— Mire usted, señora, yo no trato de violentarla á usted, ni mucho menos. Permítame usted sacar un colchón y me tenderé en el suelo.

— Imposible.

— Si tiene usted miedo, deje usted la luz encendida. Además, para más tranquilidad y para defensa de su honor, le entrego á usted estas dos pistolas. Están cargadas — dijo Quintín descargándolas cuidadosamente.

— Bueno; así me avengo — repuso la dama.

Quintín sacó un colchón, lo tendió en el suelo, y se echó encima.

— Ay de usted, caballero — dijo la dama con voz terrible —, si se atreve usted á propasarse en algo.

Quintín, que estaba cansado, á los pocos minutos roncaba como un aguador. La dama se incorporó en la cama y le miró atentamente.

— ¡Oh! ¡qué ser tan antipoético! — murmuró.

Al despertarse Quintín y encontrarse en el cuarto, por donde entraba un rayo de luz por un alto ventanillo entornado, se levantó para abrirlo. La poética dama roncaba en aquel momento, con una pistola agarrada entre sus dedos.

Abrió Quintín el ventanuco, y al hacer esto encontró con que atada al pestillo de la ventana había una cuerda. Tiró de ella, vió que tenía peso, y fué atrayéndola hacia sí, hasta que apareció una cesta cerrada.

— Aquí está el almuerzo — dijo Quintín.

Efectivamente; dentro había un pollo asado, pan, una botella de vino, y en la servilleta un papel escrito con letras gruesas, que decía: «No salga usted, porque andan rondando la calle».

Quintín arrojó la cesta por la ventana, y la fué bajando hasta que se acabó la cuerda. Luego se disponía á almorzar con buen apetito, cuando la dama abrió los ojos.

— Buenos días, señora — le dijo Quintín —. Me han enviado el almuerzo. Si quiere usted, la convido. Saldré á dar un paseo por el tejado, y mientras tanto usted se viste. Si luego quiere usted que calentemos la comida. . .

— Oh, yo no. Cosas de cocina, no — replicó ella —. Me pongo malísima.

— Bueno; pues comeremos el pollo frío.

Quintín salió al tejado. Sacó un lápiz y un cuaderno, y se puso á escribir un artículo para *La Víbora*.

Cuando terminó volvió á la guardilla.

— Aún no me he vestido — dijo la dama.

Volvió Quintín al tejado; escribió dos sueltos para el periódico, uno insultando al Gobierno y otro al alcalde; luego dió una vuelta por el tejado.

Allá lejos, en una azotea, una muchacha arreglaba unos tiestos. Probablemente sería bonita... Quintín se acercó á verla.

En este espionaje le sorprendió Pacheco, que venía gateando por el caballete de un tejado.

— Buenos días, compadre — dijo Pacheco.

— Hola, amigo.

— Le tengo que dar á usted la enhorabuena, compadre, porque lo que usted ha hecho ayer es una de las cosas más saladas del mundo.

— ¿Quién se lo ha contado á usted?

— ¡Pero si en todo el pueblo no se habla de otra cosa! Esta mañana, todavía algunos apostaban á que el cadáver de usted estaba en el fondo del río, y han ido en lanchas, y en vez del atún que esperaban coger, han sacado una piedra envuelta en una capa. Todo Córdoba se está riendo del caso. Ha estado usted pero que muy bueno.

— Pero oiga usted, compadre — dijo Quintín señalando la guardilla —, ¿qué calandria tiene usted en esa jaula?

— ¡Ah! ¡Es verdad! Es una señora que está mala del sentido. Dice que está enamorada de mí, y yo, para librarme de ella, me la he traído á este rincón, donde no me fastidia.

— ¿Y cómo ha venido? ¿Por los tejados también?

— Sí; disfrazada de hombre. Tenía una facha con pantalones, que estaba para darle una patada en el ombligo y tirarla á un patio.

— Bueno; vamos á la guardilla, que allí espera el almuerzo. Lo que siento, compadre, es no poder salir.

— Pues por ahora, imposible; la gente de justicia está ojo avizor.

— ¿Y á usted no han intentado prenderle, amigo?

— ¿A mí? No hay quién... Tengo cada sabueso que husmea desde aquí lo que pasa en el otro extremo de Córdoba, y á cualquiera de ellos le da usted un recado y corta el aire mejor que un galgo.

Llamaron en la guardilla.

— No estoy vestida aún —, dijeron de dentro.

— Vamos, señora — exclamó Quintín —, que está usted abusando de mi apetito. Si no quiere usted abrir, déme usted la cesta. Le advierto que está aquí Pacheco.

Al oir esto, la dama abrió la puerta y se echó en los brazos del bandido. Llevaba todo el pelo rizado, lleno de lazos, y un peinador blanco.

Quintín cogió la cesta.

— Bueno — dijo —, si ustedes quieren, les dejaré solos.

— No — exclamó Pacheco con terror; luego, dirigiéndose á la dama, añadió —: Este señor y yo tenemos que hablar de asuntos importantes. Nos jugamos la vida.

— Antes tomaremos un bocado — dijo Quintín —. Es una idea.

— Una idea ... alimenticia.

Se repartieron el pollo.

— ¿Y se dice en el pueblo quién mandó perseguirme? — preguntó Quintín.

— Todo el mundo lo sabe: que ha sido la Aceitunera — contestó Pacheco —. Se ha empeñado usted en desacreditarla, y ella se ha crecido al castigo, y ya no quiere más picaduras de *La Víbora*. Luego, según se dice, al gobernador no le parece la gachí costal de paja, y ella se ha dejado galantear y ha pedido que le metan á usted en la cárcel y que acaben con el periódico.

— Eso habrá que verlo.

— Eso se verá. El que manda hace aquí lo que quiere — repuso el bandido —. Ya sabe usted lo que se dice en Córdoba: La caridad en el Potro, la salud en el cementerio, y la verdad en el campo.

— Pues nos echaremos al campo á buscarla — dijo Quintín.

— Eso no — replicó Pacheco —; que yo no permito que usted se pierda; pero si usted quiere que á esa mujer le demos un susto...

— ¿Tiene usted pensado algo?

— Todavía no; ¿usted es capaz de hacer una gorda?

— Yo soy capaz de todo, compadre.

— Bueno. Espéreme usted hasta la noche.

— Está bien — dijo Quintín —. ¿Quiere usted llevarme de paso estos papeles á la imprenta?

— ¿Qué son?

— Veneno para *La Víbora,* ó artículos, si le parece á usted mejor.

— Vengan. A las siete estoy aquí —. Luego el bandido, dirigiéndose á la dama, la dijo —: ¡Adiós, alma mía!

— ¿No te quedas un momento, José? — le preguntó ella.

— No. Me va la vida — contestó él con voz bronca —; y salió por la ventana del desván.

CAPÍTULO XXIV

Una víctima del folletín

QUEDARON la señora y Quintín solos.

— Si no quiere usted que esté aquí — dijo Quintín — dígamelo usted.

— ¿Tanto me odia usted por lo de anoche?, preguntó ella.

— ¿Yo? No, señora; pero como este chiscón es tan estrecho que apenas se puede uno mover en él, si la estorbo avísemelo usted.

— No, no me estorba usted.

Quintín se sentó en una silla, sacó su cuaderno y su lápiz, y se decidió á intentar una de las cosas para el más desagradables y difíciles: hacer versos. No se le ocurría, ni por casualidad, un consonante, ni le salía un verso con las sílabas justas, si no iba contándolas con los dedos.

La buena señora, con su pelo rizado, lleno de lacitos, y su peinador blanco, contemplaba la techumbre de la guardilla, con un aburrimiento desesperado.

Así estuvieron los dos durante largo rato. De

pronto, la señora, con una voz ahogada, exclamó:

— ¡Caballero!

— ¿Qué hay, señora?

— Debo parecerle á usted muy ridícula ¿verdad?

— No, señora, ¿por qué? — preguntó Quintín, y murmuró por lo bajo: desnudo, crudo, juanetudo, engrudo... nada; ninguno viene bien.

— Soy muy desgraciada, caballero.

— ¿Pues qué le pasa á usted, señora? — y Quintín siguió mascullando: rudo, pantorrilludo, patudo... nada, que no vienen bien.

— ¿Quiere usted oirme, caballero? En este momento, usted sólo me puede aconsejar.

— Hable usted señora, que soy todo oídos — contestó Quintín, cerrando su cuaderno y guardando el lápiz.

La señora suspiró profundamente y comenzó así:

— Yo, caballero, me llamo Gumersinda Monleón. Mi padre era militar, y mi infancia transcurrió en Sevilla. He sido hija única y muy mimada. Todos los caprichos que podían darme mis padres, en su posición, me los daban. Sinda por aquí, Sinda por allá, habían abreviado así mi nombre... Como yo me figuraba en aquella época ser algo excepcional, y creía que estaba fuera de mi centro en la modesta casa de mis padres,

me di á leer novelas románticas, y creo que estuvo á punto de trastornárseme la cabeza.

Vivía con todos los personajes de los libros, me parecía que había de llegarse á París y se había de preguntar al primer municipal por la Guillabaora y en seguida le indicarían á una su dirección, ó, por lo menos, la de su padre el príncipe Rodolfo de Gerolstein.

Con la cabeza llena de misterios, de bandidos, de doctores negros, se me presentó un novio que era un muchacho rico, dueño de una abaniquería. Yo le despedí varias veces, pero él volvió, y, con la influencia de mis padres, consiguió que me casara con él. Era un santo, un verdadero santo, ahora lo comprendo; yo le consideraba como á un sér vulgar, incapaz de elevarse desde los prosaicos menesteres de una tienda á esferas más altas.

A los doce años de casados murió, y me quedé viuda con treinta y tantos años y una fortuna considerable, además de la abaniquería que heredé de mi marido. Viuda, joven, con dinero, y no del todo mal parecida, tuve muchos pretendientes, y entre ellos elegí un capitán de ejército, porque me escribió dos cartas encantadoras. Luego resultó que las había copiado de una novela de Alfonso Karr, que venía en el folletín de *Las Novedades*. Guapo, de buen aspecto, mi segundo marido se llamaba Miguel Estirado. ¡Y qué vida me dió, Dios mío! Entonces aprendí á compren-

der lo que había sido para mí el pobre Monleón.

Tenía Estirado un humor de todos los diablos, llegábamos á hacer una visita, preguntaba la criada quiénes éramos; decía él: «El señor Estirado y su esposa», y si sonreía la muchacha, ya estaba insultándola del modo más grosero.

A los seis meses de casado, mi marido dejó el servicio activo y se retiró para cuidar de la tienda. Estirado no tenía espíritu militar; vendió los galones del uniforme, y su espada estaba en un rincón. Una vez la criada la cogió para desatrancar el retrete, y después de desatrancarlo, la dejó allá. Al ver aquello me dieron ganas de llorar; cogí la espada por la empuñadura, que era únicamente por donde podía cogerse, y enseñándosela á mi marido, le dije: «La espada que te han dado para defender la patria mira cómo está.» El me insultó, y tapándose las narices de un modo cínico, me dijo que me marchara, que no le importaba ni la espada, ni la patria, y que le dejara en paz. Desde aquel día comprendí que todo había concluído entre los dos.

Al poco tiempo, Estirado despidió á un dependiente antiguo que había en la casa, y puso en la abaniquería á dos muchachas hermanas: Asunción y Natividad.

A los seis meses, Asunción tuvo que salir á pasar una temporada á un pueblecillo, y volvió con una criatura. Al poco tiempo volvió á repetirse el viaje.

En toda la vecindad no se hablaba de otra cosa; yo, en vista de la actitud de las dos hermanas para conmigo, no me atrevía á bajar á la tienda, y ellas hacían lo que les daba la gana.

Al cabo de seis años, un día mi marido desaparece, llevándose todo el dinero, en compañía de Natividad, la hermana menor. La otra, la Asunción, viene á mí con la queja y con los cuatro chicos colgados del brazo, y me cuenta una historia romántica, de su madre que se emborrachaba, de su novio. Yo me acordé de la Flor de María de *Los Misterios de París*, de la Fantina de *Los Miserables,* y le di lo que pude, ¿qué iba á hacer? Pasó el tiempo, y Estirado comenzó á escribirme pidiendo dinero; luego cesaron las cartas, y al cabo de medio año mi marido me escribió una carta diciéndome que Natividad se había escapado, que él estaba gravemente enfermo en Madrid, en una casa de huéspedes, y que fuéramos Asunción y yo á cuidarle. Yo comprendía que esto no era honroso, ni cristiano, ni razonable, pero accedí también y fuimos la mujer y la querida, y le cuidamos hasta que se murió. A su muerte, señalé una pensión á la muchacha, dejé Sevilla, y me vine á vivir á Córdoba. Esta ha sido mi vida.

— Señora. Creo que ha sido usted una santa — dijo Quintín —. Lo que me asombra es cómo, con un aprendizaje así, se ha metido usted en esta aventura.

— Pues ya ve usted, no he escarmentado. Le conocí á Pacheco en el campo, una vez que entró en un cortijo mío. Me recordó una novela de Fernández y González. Hablamos, me sedujo su vida, le escribí, me contestó él por atención seguramente, y se llenó mi cabeza de locuras, hasta el punto de disfrazarme de hombre y de seguirle.

— Afortunadamente, señora, ha dado usted con personas bastante dignas — dijo Quintín — que no abusarán de su buena fe.

— ¿Qué me aconseja usted que haga?

— Pues una cosa muy sencilla. Esta noche, probablemente, saldremos Pacheco y yo de aquí. Usted viene con nosotros, la dejamos en su casa, y se acabó la aventura.

— Es verdad. Es lo mejor.

— Ahora veamos — dijo Quintín — si el Cuervo ha puesto algún lastre en la cesta.

Se subió en una silla y abrió el ventanillo.

— Hay peso — dijo, tirando de la cuerda — *ergo* hay provisiones. Alégrese usted, doña Sinda — añadió —, y prepare usted la mesa.

CAPITULO XXV

Se prepara un secuestro

QUINTÍN, al anochecer, salió al tejado, tendió la raspa en un caballete y esperó á que llegara Pacheco. Daban las ocho en el reloj de la catedral, cuando apareció el bandido gateando en dirección de la guardilla.

— ¡Eh! — le llamó Quintín.

— ¿Qué hay? ¿Es usted?

— Sí.

— ¿Por qué me espera usted fuera?

— Para que hablemos aquí y no se entere esa señora. La he convencido de que se marche tranquilamente á su casa.

— Muy bien. Pero oiga usted, compadre, vengo dispuesto á que hagamos una sonada.

— Yo estoy con usted para todo. ¿Qué ha pensado usted?

— Secuestrar á la Aceitunera esta noche.

— ¿Pero eso es posible?

— Y tanto. La condesa va á ir al teatro. Irá en coche, como es su costumbre, y á no ser que haya

vuelto de Cabra Periquito Gálvez, y éste le acompañe, volverá á su casa sola en el coche. Que está Periquito y le acompaña, no se hace nada; que sale sola, pues la robamos.

— Pero bueno, ¿cómo?

— Primeramente, yo me encargaré de ajumarle al cochero y de ocupar su sitio; mientras tanto, usted va al teatro, ve usted que sale sola, pues se planta usted en la otra acera, enfrente de la puerta, quieto; que sale acompañada, pues enciende usted un fósforo como si fuera usted á fumar, ¿comprende usted?

— Y en ese momento, ¿usted dónde está?

— En el pescante. ¿Que la condesa va acompañada? La llevo á su casa, y dejamos la cuestión para otro día. ¿Que va sola? Pongo los caballos al trote y voy al Campo de la Merced; allí paro, usted monta, y hala.

— Muy bien. ¡Chóquela usted, compadre! Pero veamos con frialdad los inconvenientes.

— Vamos á verlos.

— Primeramente, la salida de aquí. Están rondando la calle, según ha dicho el Cuervo.

— Ah, ¿pero usted cree que yo soy tan pimpi que voy á salir por la taberna del Cuervo? ¡Ca, hombre!

— ¿No?

— Claro que no.

— ¿Pues por dónde?

— Ya lo verá usted.

— Bueno. Está resuelta la primera dificultad: segunda, yo tengo que ir al teatro para ver si la condesa sale sola ó no, y á mí me conocen, y si alguno de la policía...

— No pasa nada. Tome usted esta entrada. Usted se cuela cuando la representación haya empezado, y sube usted hasta arriba, abre usted unos de los palcos altos, que suelen estar siempre vacíos, y si viene el acomodador le da usted una peseta. Es amigo mío.

— Bueno, entonces avisemos á esta señora, y andando. ¿Cenamos antes? — preguntó Quintín.

— No; hay que tener la cabeza despejada. Cenaremos en el cortijo del Pino ó en la cárcel.

— Ha hablado usted como un hombre. Vamos allá.

Entraron en la guardilla.

— Doña Sinda — dijo Quintín — vamos á gatear un poco por ahí.

— Espere usted un instante, compadre — advirtió Pacheco — A mí no me han de hacer nada, pero si á usted le ven lo trincan —; y al decir esto, abrió un armario, sacó una capa parda, un pañuelo de hierbas y un sombrero ancho.

— Eso para quién es?

— Para usted.

Hizo Pacheco un lío con estas prendas, y dijo:

— Andandito; primero iré yo, luego la señora y después usted, Quintín.

Se pusieron en fila y echaron á andar. La noche estaba obscura, amenazando tormenta, algunos relámpagos lejanos iluminaban de cuando en cuando el cielo.

Doña Sinda marchaba despacio penosamente.

— Vamos señora, vamos—le decía Quintín—, que ya estamos cerca.

— Me lastimo las manos y las rodillas — murmuró ella —. Si pudiera andar á pie. . .

— No es posible — dijo Pacheco —. Iría usted á caer á un patio.

— ¡Ay, Dios mío! Yo no voy más allá.

— Vamos siquiera hasta aquella azotea.

Doña Sinda se conformó; recorrieron el caballete de un largo tejado, bajaron á la confluencia de dos tejadillos y salieron á la azotea. Saltaron el barandado.

— ¡Ay, Dios mío! Yo me quedo aquí — exclamó doña Sinda.

— Pero señora, si falta poco—dijo Quintín.

— Pues yo no me muevo ya.

— Bueno, pues nos iremos nosotros — dijo Pacheco.

— ¿La vamos á dejar aquí? — preguntó Quintín.

El bandido se encogió de hombros, y sin más explicaciones saltó el barandado de nuevo, le siguió Quintín y los dos rápidamente recorrieron una larga distancia.

— Ahora, cuidado — advirtió Pacheco — hay

que pasar esta cornisa, hasta salir á aquella ventana.

Era un reborde de piedra de medio metro de ancho. Al final se veía un balconcillo iluminado, que al echar la luz hacia la pared, daba la impresión de que la cornisa corría sobre un abismo. Con mucho cuidado á gatas fueron adelantando uno tras otro. Al llegar cerca del balcón, Pacheco se agarró al barandado y saltó dentro de la escalera; Quintín hizo lo mismo.

— ¿Sabe usted, compadre — dijo Quintín —, que la cosa estaba apuradilla?

— Esa luz, además, le vuelve á uno loco. De día no da ningún miedo pasar. Bueno, póngase usted la capa y los otros avíos.

Se ató Quintín el pañuelo de hierbas á la cabeza, se caló el chapeo, se embozó en la capa, y bajaron los dos por una ancha escalera hasta un huerto. Cruzándolo, salieron á la calle.

— ¿Y esta casa qué es? — preguntó Quintín.

— Es un convento de monjas — contestó el bandido —. Bueno, ahora no vayamos juntos. Venga usted veinte ó treinta pasos detrás.

Le siguió Quintín de lejos y salieron, después de cruzar varias intrincadas callejuelas, á la plaza de Séneca, y de aquí á la calle de Ambrosio de Morales, donde estaba el teatro. Una luz de gas iluminaba la puerta, sin esclarecer apenas la calle. No había comenzado la función. Entró Pacheco en una freiduría próxima, y Quintín le siguió.

— Quédese usted aquí, le dijo el bandido; y cuando haya entrado todo el mundo, entra usted. Yo voy á casa de la condesa.

Iba pasando la gente al teatro, llegaron dos ó tres coches, alguna que otra familia, unos cuantos artesanos. Cuando ya no se vió nadie en el vestíbulo, Quintín salió de la tiendecilla, entró en el teatro, dió su billete, subió á zancadas las escaleras hasta el último piso, y al ver al acomodador le alargó una peseta.

El acomodador abrió la puerta de un palco.

— ¿Cómo está el señor José? — le preguntó.

— Bien.

— Es una buena persona.

— Es verdad.

— Yo le conozco desde hace mucho tiempo, y no es que yo sea de Ecija, precisamente, pero soy de un pueblecillo que está cerca de Montilla y que no sé si usted habrá oído nombrar...

— Mire usted — dijo Quintín —, yo he venido aquí porque soy pariente del barba y tengo interés en oir la función y en ver cómo trabaja; si se pone usted á hablarme, no oigo nada.

— ¿De González? ¿Es usted pariente de González?

— De González, ó de Martínez, ó del demonio. Tome usted otra peseta y déjeme usted solo, que voy á estudiar las condiciones de actor que tiene mi pariente.

— Es un buen cómico.

— Bueno, bueno — dijo Quintín —, y empujando al acomodador charlatán hacia el pasillo, cerró la puerta.

Allá arriba apenas había luz y nadie podía conocer á Quintín. El teatro estaba casi vacío; representaban un melodrama lacrimoso, en donde aparecía un cura evangélico, un coronel que gritaba: «¡Voto á mil bombas!», un traidor usurero, con los ojos torcidos, que hacía apartes en los que confesaba sus malas intenciones, una paloma, un palomo y acompañamiento de marineros, marineras, polizontes, magistrados y demás plebe...

Mientras Quintín se aburría en las alturas, Pacheco, recostado en la pared de la casa de la Aceitunera, esperaba la llegada del coche de vuelta del teatro.

No se hizo esperar mucho. Se detuvieron los caballos delante del portal, y antes de que abriesen las puertas, el bandido se acercó al cochero y le dijo:

— ¡Hola, señor Antonio!

— ¡Hola, señor José!

— Tenía que hablar con usted un momento.

— ¿De qué se trata?

— De unos caballos que me han encargado que compre, y como usted es tan entendido...

— Ahora mismo salgo.

Se abrió la puerta de la casa, el cochero metió

su coche en el portal, y al poco rato salía á reunirse con Pacheco.

Era un viejecillo charlatán y alegre.

— Vamos á entrar aquí en cualquier lado á tomar un poco de vino y hablaremos.—dijo el bandido — ¿Usted tendrá tiempo?

— Hasta las once y media estoy libre.

— Y son las nueve.

Entraron en una taberna, y Pacheco explicó á su amigo cómo le habían encargado que fuesen los caballos. La cuestión debía de ser ardua y difícil, porque el cochero se perdió en un laberinto de consideraciones hípicas que no tenía fin. El bandido le llenaba el vaso á cada momento, y el otro bebía.

— Hombre — dijo Pacheco—, hoy me han llevado á una taberna en donde había un vino superior, como no se bebe en otra parte.

— ¿De veras?

— Ya lo creo. ¿Quiere usted que vayamos á ver si la encontramos?

— El caso es que yo tengo que ir á las once y media.

— Hay tiempo de sobra.

— Bueno, haga usted el favor de avisarme cuando sean las once.

— Sí, no tenga usted cuidado ¿Tiene usted que volver á recoger á la señora?

— Sí.

— ¿Y enganchar los caballos de nuevo?

— No, los caballos los dejo enganchados. Entro en casa al volver del teatro, ¿sabe usted?, doy la vuelta al coche en el patio y lo dejo en el zaguán, de cara á la calle, luego voy, abro la puerta, y arranco en seguida.

Pacheco condujo al cochero, por callejuelas, á la taberna del Cuervo.

— ¿Pero dónde está esa taberna, comparito?— preguntó el viejecillo.

— Aquí al lado.

Entraron en la taberna.

— Traiga usted ese vino, el mejor — dijo Pacheco, guiñando un ojo al Cuervo.

El tabernero trajo una jarra grande y llenó dos vasos. El cochero olió el vino, sorbió despacio, paladeándolo, luego chasqueó la lengua, y después vació el vaso de un golpe.

— Vaya un vinillo — murmuró.

— ¿No le parece á usted que es un poquito fuerte?

— Pues, ¡vaya una falta que le pusieron á las migas!, compadre.

Pacheco se levantó y dijo al Cuervo:

— A este gachó hay que entretenerle aquí.

El Mochuelo y el gitano Cantarote se acercaron á la mesa en donde estaba Pacheco, con el pretexto de que en las otras no había luz y se pusieron á jugar al rentoy.

— ¿Quiere usted jugar? le dijo Cantarote á Pacheco.

— Yo no.

— ¿Y usted? — preguntó el gitano al cochero.

— ¿Yo? El caso es que tengo que hacer. ¿Qué hora es?

— Las diez y cuarto — dijo el Cuervo.

— Bueno, echaré una partidilla.

— Después de todo, ¿usted qué tiene que hacer? — preguntó Pacheco —. Nada, llamar, que le abran la puerta, subir al pescante...

— No, si tengo la llave aquí — respondió el cochero, dándose con la mano en el bolsillo de la chaqueta.

Pacheco miró á Cantarote, le hizo una seña y un movimiento con la mano como quien arrebaña. Cantarote bajó los párpados dando á entender que había entendido, y con la mayor pulcritud metió la mano en la chaqueta del viejecillo, sacó la llave, y mientras tenía las cartas en la izquierda, alargó, por detrás de la espalda del cochero, con la derecha, la llave á Pacheco.

El bandido se levantó.

— Dame una gorra — le dijo al Cuervo.

Este trajo una.

— Entretenedle hasta dentro de una hora.

Dicho esto, Pacheco echó á andar de prisa á casa de la condesa, abrió la puerta de par en par, se subió al pescante y sacó el coche; luego cerró las puertas, volvió á montar, y se plantó en el teatro.

Quintín, desde su escondrijo, había encontrado algo curioso y digno de llamar la atención. En uno de los palcos próximos al telón de boca estaba la condesa sola, de espaldas al escenario, y miraba á alguien con los gemelos. Siguió Quintín la visual, é inclinándose mucho, y sacando el cuerpo fuera, vió que el palco adonde dirigía sus miradas se hallaba ocupado por el gobernador y dos personas más; pero miraba la condesa también á otra parte, y era á una platea en donde estaban un torero y varios señoritos.

— ¿A quién mira? — se preguntó Quintín —. ¿Es al gobernador ó es al torero?

La condesa dejó sus gemelos distraídamente en el pasamanos del palco.

— Quizás no mira á nadie — pensó Quintín.

En el escenario se vertía un mar de lágrimas: el cura, con sus cabellos de nieve, diciendo á cada paso: «Hijos míos», se ocupaba en hacer felices á sus semejantes.

La condesa arrojó una mirada distraída á la escena; tomó los gemelos y apuntó.

— Es al gobernador — dijo Quintín.

Después los gemelos de la dama bajaron, y Quintín tuvo que rectificar:

— Es al torero — repuso.

Tras de muchas vacilaciones, Quintín pudo comprender que la condesa jugaba con dos barajas y repartía sus miradas entre la primera autoridad de la provincia y el torerillo aquel, recién

salido á la vida elegante, de una carnicería del barrio del Matadero.

El gobernador muy serio, muy enguantado, miraba á la dama; el torerillo, de pie en el palco, se pavoneaba y sonreía, enseñando una dentadura blanca de animal sano.

Al comenzar el último acto, el torero, que había estado escondido tras de las cortinas de la platea, apareció con un papel cuadrado en la mano, que parecía una carta, lo mostró disimuladamente y le dió varias vueltas entre sus dedos.

Poco después la dama, mirando al escenario, movió la cabeza dos veces con ademán afirmativo.

Se iba á acabar la función; ya todos eran felices en la escena, desde el cura y los dos tortolitos hasta el coronel ¡Voto á mil bombas!; sólo el de los ojos atravesados, en el momento de su mayor maldad, había sido agarrado por la policía. Quintín abrió su palco, y á saltos bajó la escalera y se colocó frente por frente de la entrada del teatro. Comenzaban á caer gruesas gotas de agua, y los truenos seguían gruñendo arriba. En la puerta del teatro había dos coches. En el primero no estaba Pacheco, en el segundo no se advertía si era él ó no.

Comenzó á salir la gente del teatro; al ver las gruesas gotas que manchaban las aceras, algunos vacilaban en salir, luego se decidían y echaban á andar de prisa, arrimados á las paredes.

En el primer coche entraron una señora gorda y un caballero, el coche bajó por la plazuela de Séneca. El segundo coche avanzó. En el pescante estaba Pacheco. Quintín y él se miraron. Todo iba bien.

En esto salió la condesa al vestíbulo del teatro envuelta en una capa blanca, abrió la portezuela del coche y subió rápidamente. Tras de la dama, apareció el torero, y cuando el coche iba á partir, el torerillo alargó la mano, y por la ventanilla echó la carta adentro.

Pacheco arreó los caballos, el coche subió calle arriba hacia la confluencia del Arco Real y la Cuesta de Luján. Quintín echó á andar rápidamente hacia el campo de la Merced; corría á todo correr temiendo encontrarse con algún sereno ó policía que le conociese. Cuando llegó al sitio de la cita estaba rendido. Esperó, aguantando una lluvia torrencial. No tardó en aparecer á toda prisa un coche que se detuvo ante él. Quintín abrió la portezuela y subió al estribo. Se oyó un grito agudo de mujer. Quintín cerró de golpe la portezuela, restallaron dos latigazos formidables, y en medio de la lluvia y de la obscuridad el coche partió, llevado por los caballos al galope...

CAPITULO XXVI

Explicaciones

PERO, qué hay? ¡Dios mío! ¿Quién es usted?— exclamó temblando la condesa.

— No se alarme usted, señora — dijo Quintín; no tratamos de hacerla daño.

— ¿Qué quieren ustedes de mí? Aquí no llevo dinero.

— No buscamos su dinero.

— Pues entonces, ¿qué desean?

— Luego se lo diremos á usted. Tenga usted un poco de paciencia.

Pasaron en el interior del coche momentos sin que la dama dijera una palabra. Arrimada á una ventanilla, no se movía.

Los caballos, al cabo de algún tiempo, moderaron su marcha; se oía el gotear de la lluvia en la capota del coche. De pronto oyó Quintín el ruido del pestillo de la portezuela.

— No haga usted tonterías, señora — dijo rudamente —, ni trate de escaparse. Sería peligroso para usted.

— Les puede costar muy cara esta violencia — murmuró la condesa.

— Con seguridad. Somos hombres dispuestos á todo.

— Pero si no quieren mi dinero, ¿qué es lo que quieren? Dígamelo usted y concluyamos de una vez.

— Es un secreto que no me pertenece.

— Pero, señor — exclamó la dama —, yo les daré lo que quieran si me vuelven á casa.

En esto un relámpago iluminó la noche violentamente, y la condesa y Quintín pudieron contemplar sus caras pálidas ante aquella luz espectral; luego sucedió un trueno como un cañonazo.

— ¡Jesús! ¡Dios mío! — balbuceó la condesa, y se persignó devotamente.

Sintióse Quintín estremecido ante el terror de la dama, y le dijo:

— Señora, no se asuste usted por nosotros. Tenga usted la seguridad de que no se trata de hacerla daño. Yo más bien creo que el que va en el pescante es algún caballero enamorado de usted, que no pudiendo conseguir nada á las buenas, la lleva á usted secuestrada.

El acento, la intención galante en aquellas circunstancias debieron chocar á la condesa y no contestó.

— ¿No le parece á usted, señora? — dijo Quintín. — ¿No cree usted que sea alguno que trate de cortejarla?

— Buena manera de cortejar — replicó ella.

— Todas las maneras son buenas si dan buen resultado.

— ¿Y usted cree que este modo de tratar á una señora puede dar buen resultado?

— ¿Por qué no? Otras cosas más difíciles se han visto, y á las mujeres, según dicen, les gusta lo novelesco.

— Pues á mí no me gusta ni pizca.

— ¿Es usted tan prosaica que no le encante la perspectiva de encontrarse dentro de un momento con un secuestrador joven, apuesto, respetuoso, que le ofrezca su corazón y su vida?

— No, no me encanta. Es más; si á ese secuestrador pudiese llevarlo á presidio, lo haría con mucho gusto.

— Ya sabe usted que el amor es intrépido y...

Quintín se calló, recordando el romance hecho por Cornejo en *La Víbora.*

— No sé por qué — dijo la dama al cabo de algún rato — me parece que voy dando con el secuestrador. Se me figura que es un medio pariente mío que me quiere muy mal. Un granuja...

— Creo que se quema usted, señora.

— Uno que escribe injurias y calumnias contra una mujer que en nada le ha ofendido.

— En eso no acierta usted tanto. Vea usted. Anteayer ese pariente de usted andaba loco por esas calles de Dios, perseguido por una docena de corchetes, en una noche fría como un demo-

nio, y estuvo á punto de caerse al río y de trabar relaciones con todos los sábalos que andan por allá.

— ¿De modo que es usted Quintín?

— Soy el más humilde servidor de la señora condesa.

— ¡Qué miedo me ha hecho usted pasar! No le perdono esta noche.

— Ni yo tampoco la que pasé anteayer.

— Y mi cochero, ¿va en el pescante?

— No, señora.

— ¿Pues dónde está?

— Queda convenientemente embriagado en una taberna del Potro.

— ¿Y quién es el que conduce el coche?

— Pacheco.

— ¡Pacheco!... ¿El bandido?

— En persona. Todo un caballero, á quien tendré el gusto de presentar á usted esta noche en cuanto lleguemos al cortijo en donde vamos á parar.

— ¿Y qué van ustedes á hacer allí conmigo?

— Lo pensaremos.

— Creo que no tendrán intenciones de matarme...

— ¿Nosotros matarla?... Nada de eso. La obsequiaremos, paseará usted por la sierra, se pondrá usted un poco morena... Además la estamos haciendo un gran favor.

— ¿A mí? ¿Cuál?

— El de impedirle que conteste á ese torerillo que ha tenido el atrevimiento de dirigirle una carta.

— ¿A mí?

— Sí, señora, á usted. A la salida del teatro. Lo he visto con estos ojos que se han de comer la tierra.

— Será verdad si lo ha visto usted.

— ¡No ha de serlo! Y ese torerillo, primeramente es un maleta y un pamplinoso muy grande, é iría jactándose por ahí diciendo que usted le miraba con simpatía y que...

— Nada, que aún tengo que darles las gracias por haberme traído aquí.

— Y que es verdad.

La condesa se había tranquilizado é iba perdiendo por momentos su temor.

— ¿Y cuántos días me van ustedes á tener secuestrada? — preguntó con cierto tono zumbón.

— Los que usted quiera. Cuando se aburra mucho mucho la llevaremos á Córdoba. Entonces, si usted nos guarda rencor, nos denuncia.

— ¿Y si no?

— Y si no, nos permite usted que vayamos á saludarla un día cualquiera.

— Ya veremos cómo se portan ustedes.

En esto se detuvo el coche. Quintín se preparó á bajar y dijo á la dama:

— No sé qué querrá Pacheco. Quizás esté cansado de ir en el pescante.

— No me deje usted sola con él — murmuró la condesa.

— No crea usted, Pacheco es todo un caballero y no había de propasarse...

— No importa.

— Entonces le advertiré su deseo. Si usted quiere ir sola, dígamelo usted y yo iré en el pescante.

— No, no; prefiero que venga usted conmigo.

Pacheco había saltado del pescante, y acercándose á Quintín le dijo:

— Me parece que he cumplido como un hombre y que es hora de que me sustituya usted un rato.

— A mí también me lo parece. Venga usted, que le voy á presentar á la señora.

Abrió Quintín la portezuela del coche y dijo:

— Señora condesa, aquí tiene usted á mi amigo.

— Buenas noches, Pacheco.

— Muy buenas noches, señora.

— Vaya un ajetreo que se están ustedes dando por culpa mía.

— ¡Señora condesa! — balbuceó el bandido turbado.

— Son ustedes muy amables — añadió ella con gracia.

— Para mí que también usted es muy guasona — replicó Pacheco.

— No; los guasones son ustedes.

— ¿Pero usted va apenada, señora? — preguntó gravemente Pacheco.

— ¡Yo! . . . Todo lo contrario; voy muy divertida.

— Más vale así, señora. Usted no debe temer nada; porque si usted me manda, ahora mismo nos volvemos.

Reflexionó un momento la condesa, después, jovialmente, exclamó:

— Ya. . . sigamos adelante. Vamos donde ustedes quieran. Usted acompáñeme, Quintín, porque le tengo que hablar.

Volvió á subir Pacheco al pescante, arreó los caballos y siguió el coche su marcha. Comenzaba á escampar, y entre los nubarrones negros aparecía el cielo estrellado.

— Parece un hombre fino — dijo la condesa, ya completamente tranquilizada cuando de nuevo Quintín y ella se vieron solos.

— Es que para encontrar caballeros de veras hay que desengañarse, no hay más que dos sitios: el monte ó el presidio.

— ¡Qué barbaridad! — exclamó ella.

— Es que como los extremos se tocan — replicó él —, cuando un hombre es un perdido muy grande, muy grande, y no hace caso de las ideas de la gente ni de nada, está en el punto en que el bandido se toca con el caballero.

— Y oiga usted, señor bandido — dijo la condesa con desenfado —, ¿y usted, por qué me

tomó á mí ese odio para sacarme en los papeles? ¿Porque dije que Rafaela era una gilona, que se había casado con Juan de Dios por el dinero?

— Sí, señora.

— ¿Y no es verdad lo que dije?

— Verdad es que se casó, pero no porque ella quiso ni porque ella ambicionaba ser rica, sino porque la familia le obligó.

— ¡Ríase usted de eso, compadre! — replicó la condesa. — ¡A bien que no es sacudida la niña! Una mujer, cuando no quiere casarse con un hombre no se casa... Por supuesto, que usted iba por el parné.

— Yo, ¡ca!

— No sé por qué se me figura que lo he calado á usted. Usted es un ambicioso muy grande, y con todas esas locuras que dicen que hace usted no trata más que de pescar algo. A mí no me la da usted.

— Pues se engaña usted — dijo Quintín —. ¿Yo ambicioso? Si yo no ambiciono nada.

— Eso se lo cuenta usted á su abuela, á mí no. Usted es un ambicioso y ella una damisela muy romántica, pero muy arrimada á los cuartos. Si se casan ustedes, ¡vaya un chasco que se hubieran llevado los dos!... Y ella estaba por usted, lo puede creer; pero como usted no es marqués ni duque, sino un pobretillo hijo de un tendero, pues no quiso nada con usted.

Quintín se sintió hondamente mortificado por

la frase y se calló. Ella al poco rato se echó á reir con donaire.

— ¿De qué se ríe usted? — dijo Quintín, picado.

— De que con todos sus alardes vale usted menos que yo y tiene usted sus reconcomios por cosas que no valen la pena. A mí no me importa nada que me llamen la Aceitunera, y usted, en cambio, está acharao porque le he dicho que es hijo de un tendero.

— Sí, es verdad — asintió ingenuamente Quintín.

— ¿Y por qué, cristiano? — preguntó la condesa. — Si la gente del pueblo valemos más que todos esos duques y marqueses, con sus ceremonias y ringorrangos. ¿Dónde está la sal? En el pueblo... ¿Por qué soy yo como soy? Porque me casé con su tío de usted que es un cabestro. La ambición de mi familia me fastidió; me llenaron la cabeza de viento con el título y las grandezas y me hicieron un mal avío... Teniendo corazón, lo mismo da ser hijo de un duque, que de un aceitunero como yo, ó de un ultramarinos, como usted.

Ante los ojos de Quintín la condesa crecía. Este desdén, sentido, sincero por las cosas aristocráticas, le pareció á él un rasgo de superioridad. Quintín era íntimamente, con relación á estas cuestiones de cuna, de casta y de categoría social, de una susceptibilidad vidriosa; y aunque

ocultaba lo mejor que podía estos sentimientos, muchas veces se traslucían en él claramente.

La condesa comprendió que era aquél uno de los puntos vulnerables de Quintín y se entretuvo en herirle.

— En aquella tienda se debía de vender mucho. Era una tienda muy hermosa, muy grande...

— Señora — dijo Quintín cómicamente cuando la molestia que le ocasionaban las palabras de la dama comenzó á tomar un carácter irónico y alegre —, es usted muy mordaz, pero comprendo que está usted en su derecho.

— ¿Lo comprende usted?

— Sí, señora; y si sigue usted así, le voy á pedir á Pacheco que me sustituya en esta delicada misión.

— No le permito á usted que salga de aquí — dijo burlonamente la condesa.

— Pues si este viaje dura mucho, me van á encontrar en el suelo del coche muerto.

— ¡Muerto! ¿De qué, Quintín?

— De los alfilerazos que me está usted dando en medio del corazón. Me va usted á recordar por quinta vez el chocolate que fabricamos en casa, que está falsificado... Ya lo sé.

— No, si yo no he dicho nada.

— Me va usted á hablar del café, que está mezclado con achicoria, y por último, sacará usted á relucir el apodo de mi padrastro para que la ofensa sea más completa.

— El Pende, ¿no se llamaba así?

— Sí, señora; así se llamaba.

— Pues para que vea usted que soy más generosa que usted, ya no vuelvo á hablar de eso. Guárdeme usted, de hoy en adelante, el secreto de mis aceitunas, como yo guardaré el de las especias. Dígame usted: ¿es verdad que tiene usted tan buena voz? ¿Por qué no canta usted algo?

— ¡Por vida de Dios! Que se está usted ensañando, señora. Tenga usted lástima y compasión de un pobrecito como yo.

— Ande usted, ande usted.

Quintín tarareó la canción de bravura de *Rigoletto:*

Questa ó quella per me pari sono.

— Pero cante usted alto — dijo la condesa.

Quintín cantó con toda su voz:

La costanza tiranna del core
detestiamo qual morbo crudele
sol chi vuole si servi fedele
non v'ha amor se non v'é libertà.

Y esta última frase, que Quintín lanzaba con verdadero entusiasmo, resonaba en el aire de la noche, húmedo y tibio...

— ¿Es una canción de circunstancias? — dijo la condesa riendo.

— Sí, señora — contestó Quintín, sin comprender bien lo que ella quería decir.

— Y oiga usted... otra cosa. ¿Por qué no hace usted el amor á Remedios?

— ¡A Remedios! Si es una chiquilla.

— Tiene catorce años. ¿Usted cuántos tiene?

— Yo veinticuatro.

— Pues muy bien.

— Sí, pero ¿y los ultramarinos?

— Ella pasa por eso. Esa niña, créame usted á mí, tiene alma. La mayor de las hijas de mi marido es buena, yo no diré lo contrario; pero es una pava. Lo mismo que se ha casado con Juan de Dios se hubiera casado con cualquiera, y le será fiel como á cualquiera, porque no tiene brío para otra cosa; pero la chiquita no; esa se las trae.

Quintín recordó á las dos hermanas y pensó que quizás la condesa tuviera razón. Con el recuerdo, enmudeció largo rato.

— Bueno — dijo ella —, si sigue usted así, tan silencioso, va á parecer que soy yo la que le secuestro á usted, y no me conviene. ¡Pues nada, si se entera algún gacetillero de esos que hacen versos tan desaboríos! Me ponen verde.

— No seré yo, señora, el que vuelva á decir nada contra usted, porque...

— ¿Por qué, cristiano? ¿Qué iba usted á decir?

— Nada, que allí donde vaya diré que es usted una de las mujeres de más...

— ¿De más qué?

— De más... que ya hemos llegado al cortijo.

Y Quintín abrió la portezuela del coche.

— Yo le creía á usted un hombre más terne — dijo la condesa.

Se detuvo el coche y saltó Quintín al camino lleno de barro. Empezaba á llover de nuevo.

— ¿No se podría acercar más el coche á la casa? — preguntó Quintín á Pacheco.

— Tome usted de la brida á uno de los caballos. Eso es.

— ¿Llamo aquí?

— Llame usted.

Quintín dió dos aldabonazos sonoros.

Pasaron algunos minutos sin que apareciese nadie á la puerta.

— Vuelva usted á llamar — dijo Pacheco.

Dió Quintín nuevos aldabonazos y los adornó con un estrepitoso repiqueteo.

— ¡Ya va! ¡Ya va! — dijeron de adentro.

Se vió una rendija de luz en la juntura de la puerta; luego se abrió un postigo y apareció en él un hombre con un farol en la mano.

— Soy yo, tío Frasquito — dijo Pacheco —, que vengo aquí con unos amigos.

— Buenas noches tenga el señor José y la compaña — dijo el hombre.

— ¿Estará el suelo imposible? — preguntó la condesa desde el interior del coche.

— Sí, está lleno de barro — contestó Quintín.

— ¿Y cómo salgo con estos zapatos blancos? Me voy á poner perdida.

— ¿Quiere usted que la saque yo en brazos? — dijo Quintín.

— No, señor.

Entonces Pacheco, que había bajado del pescante, se desembozó, cogió la capa como si fuera á dar un quiebro y la dejó caer extendida sobre la tierra mojada, desde el estribo del coche hasta la puerta.

— Vaya, ahora puede usted salir.

La condesa, riendo, recogiéndose la falda de seda, pasó por encima de la capa con sus zapatitos blancos y entró de prisa en el zaguán.

— ¡Viva mi reina! — exclamó Pacheco en el colmo del entusiasmo —, y ¡olé las mujeres valientes!

Comenzaba á diluviar.

— ¿Qué hará esa pobre doña Sinda? — dijo Quintín.

— ¿Quién es doña Sinda? — preguntó Pacheco.

— Esa mujer que hemos dejado en la azotea al pasar por el tejado. Debe estar hecha una sopa.

CAPÍTULO XXVII

En donde charlan una condesa, un bandido profesional y un hombre de acción

UNOS días después, por la tarde, en la puerta del cuarto de la condesa llamaba Quintín.

— ¿Se puede pasar?

— Adelante.

Abrió la puerta Quintín, y entró. El cuarto era grande, blanqueado, con una ventana muy chica de cuatro cristales, el suelo de ladrillos encarnados y el techo de vigas azules. Estaba todo limpio como la plata, en medio había una mesa cubierta de un hule blanco con una botella de cristal, convertida por la dama en florero de flores silvestres.

— Señora — dijo Quintín —, venía á decirle á usted si quiere algo para Córdoba.

— ¿Se va usted?

— Sí, señora. Si está usted aburrida, la llevaremos en el coche cuando usted quiera.

— No, aburrida no estoy. Al contrario.

— Entonces ¿por qué no se queda usted aquí?

— No, no puede ser. ¿Usted cuándo se va?

— Pensaba marcharme hoy, pero si usted quiere que la acompañe, lo dejaré para mañana.

— Bueno, lo dejaremos para mañana.

La condesa tenía amigas en el cortijo; al caer de la tarde salía con su labor á la puerta, y á la sombra, entre las mujeres de la casa, trabajaba. Le contaban su vida y sus apuros, ella las escuchaba con gran interés. Quintín y Pacheco solían unirse al grupo y charlaban hasta que la campana del cortijo daba la señal á los braceros, y se hacía de noche, y volvían haciendo sonar las esquilas los rebaños de cabras.

Los chiquillos de los trabajadores solían jugar delante de la puerta; tres de éstos se habían hecho amigos de la condesa. Eran tres niños que se habían quedado sin madre; el mayor, Miguel, tenía siete años, la segunda Dolores cinco, y la tercera Carmen tres.

El mayor era muy vivaracho, ya un pillete; la segunda tenía una melena enredada, rubia, los ojos azules y melancólicos, la cara tostada por el sol; llevaba una chaqueta de su padre, un delantal sucio, las medias caídas y unos zapatos grandes. La pequeña, con el dedo metido en la boca, se pasaba las horas muertas.

Estos tres niños, acostumbrados á la soledad, se bastaban á sí mismos; jugaban dándose golpes, tirándose por el suelo, no lloraban nunca.

— Esta los arregla á todos — le dijo á la con-

desa una de las comadres, señalando á la segunda.

— Pobre hija. ¿Cómo te llamas?

— Dolores.

La condesa miró á la niña, que bajaba la vista.

— ¿Quieres venir conmigo, Dolores? — le preguntó.

— No.

— Te daré trajes bonitos, muñecas, ¿quieres?

— No.

La dama besó á la niña, y todas las tardes los tres hermanos se le acercaban esperando que les diera alguna moneda...

— Ve usted — dijo la condesa á Quintín señalando á la gallina que iba con sus pollitos, todavía sin pluma, por el raso del cortijo — yo la envidio.

— ¿Sí? — preguntó Quintín —. Es usted más romántica de lo que yo suponía.

— ¿Romántica, cristiano? ¿Por qué? Esa es la verdad, la Naturaleza.

— ¡Ah! ¿pero usted cree en la bondad de la Naturaleza?

— ¿Y usted no?

— Yo no. La Naturaleza es una farsa.

— ¡Usted sí que es una farsa! — dijo la condesa —. No podría vivir con un hombre como usted, Quintín.

— ¿No?

— No. Si me hubiera casado con usted hubiésemos concluído mal.

— ¿Nos hubiéramos pegado?

— Es probable.

— Pues mire usted, las dos cosas me hubiesen gustado — replicó Quintín —; porque dejarme pegar por usted sería magnífico, pero darle á usted una somanta también sería bueno.

— ¿Y se atrevería usted? — dijo la condesa con las mejillas ligeramente coloreadas y los ojos brillantes.

— Si fuera su marido de usted, sí — contestó Quintín con tranquilidad.

— No le haga usted caso á este hombre — dijo Pacheco —, porque todo eso no es más que fantasía.

Pacheco manifestaba por la condesa un entusiasmo respetuoso, pero á veces pensaba si Quintín, con sus barbaridades y salidas de tono, no interesaría más á la dama.

... Y mientras charlaban, la tarde solía avanzar, el sol caía de plano, cegaba al reflejar su luz en las piedras y en las matas, y el aire, que vibraba por el calor, hacía temblar los contornos de la sierra y del paisaje lejano.

— ¿Quiere usted que demos una vuelta, señora? — dijo Pacheco.

— Vamos.

— ¿La ensillo á usted el caballo?

— Bueno.

Montó la condesa, luego Pacheco y Quintín, y los tres se dirigieron hacia lo alto de la sierra por un sendero ancho que corría entre corpulentas encinas.

Estaba el otoño avanzado, los días eran abrasadores, pero al comenzar á caer el sol el aire refrescaba.

Aquella tarde estaba espléndida la sierra. El aire seco, limpio, tenía una transparencia tal que acercaba los objetos más lejanos, los árboles amarilleaban y se despojaban de sus hojas secas, los prados segados no habían comenzado á verdecer. En los caminos y senderos las zarzamoras mostraban sus frutas negras y los escaramujos sus bayas de carmín entre sus ramas espinosas.

— Y usted, ¿qué piensa hacer, Quintín? ¿Qué se trae usted entre manos? — dijo de pronto la condesa.

— Cualquiera lo sabe — replicó Pacheco —. Este es un pez de muchas agallas.

— Cá, hombre — contestó Quintín —. Si soy un infeliz. Ahora sí, por llegar á tener dinero y vivir bien, soy capaz de todo.

— Se contradice á cada momento — exclamó la condesa algo irritada —. Ya empiezo á no creer nada de este hombre; ni cuando dice que es malo, ni cuando asegura que es un infeliz.

— Es que no estoy clasificado en las casillas comunes. Tengo medio lado de buena persona

y otro medio de mala. A veces me parece que soy demagogo, y resulto un reaccionario. Tengo dentro de mí todas las humildades y todas las arrogancias. Que mañana me dicen, por ejemplo: «Vendiendo á todos los habitantes de Córdoba como esclavos, se puede hacer una fortuna», pues los vendería.

— ¡Mentira! — replicó la condesa —, no los vendería usted.

— Si usted me dijese que no los vendiera, no.

— ¡Vaya usted á paseo!

— ¿Saben ustedes lo que yo pensaba cuando estaba en Inglaterra? — dijo Quintin.

— ¿Qué? — preguntó Pacheco.

— Poner una capilla. Ustedes habrán visto en Madrid una capilla, creo que en la calle de Fuencarral, donde la gente echa mucho dinero. Pues yo la ví al pasar por la corte, y en el colegio siempre pensaba: Cuando llegue á España pongo cuatro ó cinco capillas, y todo el dinero que se recoja para mí.

— Vaya unas ideas que tiene usted — díjo la condesa.

— Yo siempre he pensado que lo primero es hacerse rico.

— ¿Y por qué no trabajar?

— Trabajando es como no se puede uno hacer rico. Yo tengo dos aforismos como regla de mi vida; son éstos: Primero, sea tuyo ó de otro, no

te acuestes nunca sin dinero; segundo, la pereza siempre tiene su premio, y el trabajo su castigo.

— Usted es un farsante, con quien no se puede hablar — dijo la condesa —. ¿Y usted, Pacheco?

— ¿Este? Este es otro romántico — replicó Quintín.

— ¿De veras? — preguntó la dama.

— Sí, hay algo de eso — respondió el bandido suspirando.

— El día menos pensado — añadió Quintín — oye usted que Pacheco ha hecho una barbaridad ó una heroicidad muy grande.

— Dios le oiga usted — murmuró el bandido.

— ¿Ve usted?

— ¿No vale más hacer algo sonado que no vivir como un sapo en su agujero toda la vida?

— ¿Y qué quisiera usted hacer? — preguntó la condesa con curiosidad.

— ¿Yo?, tomar parte en una batalla, y dirigirla á ser posible.

— Vamos, desearía usted ser militar.

— General quiere decir — interrumpio Quintín riendo.

— ¿Y por qué no, si tuviera suerte?

— ¿Qué se necesita para ser general? — preguntó Pacheco —. Tener alma, ser valiente, estar dispuesto á dejar la vida á cada momento.

— Y además tener una carrera — repuso iró-

nicamente Quintín —, tener buenas recomendaciones...

— Pero usted todo lo ve pequeño y raquítico — exclamó el bandido exaltado.

— Y usted, compadre, quiere encontrar en una sociedad raquítica cosas grandes y fuertes. Está usted engañado.

Calló Pacheco, Quintín enmudeció, y la condesa contempló á los dos hombres que iban silenciosos...

Caía la tarde. De la tierra seca, caldeada por el sol, se exhalaban los aromas del romero, del tomillo y de la hierba seca. En los cabezos redondos de la sierra se destacaban los árboles, las matas, las piedras, todo con los más pequeños detalles, en el aire diáfano.

El sol iba poniéndose. Las peñas desnudas, los matorrales de brezo y de retama enrojecían como si fueran á incendiarse. Entre el follaje amarillo de los árboles aparecían de trecho en trecho, blancas y sonrientes, las fachadas de algunos cortijos...

Luego comenzó á anochecer; franjas de violeta obscuro corrieron por las laderas, se oía á lo lejos el cacareo de los gallos y el tintineo de las esquilas que resonaba más fuerte en el crepúsculo lleno de reposo; el aire quedó tranquilo, el cielo azul... Por los descampados, cubiertos de matojos secos, se desparramaron los rebaños, y por los húmedos senderos, bordeados de gran-

des piteras grises, pasaron las ovejas y las cabras como un torrente, seguidas del pastor y del gran mastín blanco, de dulce mirada.

Al volver al cortijo, el tío Frasquito le dijo á Pacheco:

— Les estábamos esperando á ustedes.

— ¿Pues qué hay?

— Que han bautizado á una criatura en el cortijo de ahí al lado, y hay un poquillo de baile, y si ustedes quieren ir...

— ¿Vamos? —preguntó Pacheco á la condesa.

— ¿Por qué no?

— Entonces cenaremos en seguida, y allí estamos dentro de un momento.

Cenaron, y á pie y bien abrigados, porque hacía fresco, marcharon por sendas y vericuetos al cortijo próximo.

Al acercarse, desde fuera se oía el rumor de las conversaciones y el tañer de la guitarra. El zaguán donde se celebraba la fiesta era grande y muy blanco de cal. Tenía una crujía en medio, con dos columnas, y colgando de la viga del techo dos candilones negros de tres mechas cada uno. Sentados en bancos y en sillas de cordel había una porción de mozas, de viejas, de hombres negruzcos y de chiquillos que habían asistido al bateo.

En medio quedaba un espacio libre para los bailadores. Sentado cerca de una mesita, que

sostenía una jarra y un vaso, un viejo tañía la guitarra, un hombre con una cara y unas patillas de hacha que estaban pidiendo el trabuco.

Se celebró la entrada de la condesa y de sus acompañantes con gran algazara, y uno de los braceros preguntó, no era fácil saber si en broma ó en serio, si aquella señora era la reina de España.

El casero del cortijo, después de instalar en el sitio más aparente á los tres convidados, trajo para ellos unos mostachones y unas copas de vino blanco.

Alternaron boleras y fandangos, y en los intermedios se bebió aguardiente y vino á discreción. La condesa visitó á la madre del niño bautizado.

— ¿Y usted no va á bailar, Pacheco? — preguntó Quintín.

— ¿Y usted?

— Hombre, yo no tengo gracia para eso. Yo tocaré la guitarra. Invítele usted á la condesa.

— No querrá.

— ¿Quiere usted que se lo diga yo?

— Bueno.

Al volver se lo dijo Quintín. Ella se echó á reir.

— Eh, ¿quiere usted?

— Sí, hombre.

— Olé por las mujeres valientes. Señores — dijo Quintín dirigiéndose á la concurrencia —. La señora va á bailar con Pacheco, yo tocaré la

guitarra y la mejor cantaora de aquí que se ponga á mi lado.

Se sentó Quintín en la silla en donde antes estaba el viejo, y á su lado una muchachita morena, de ojos grandes. Templó la guitarra, apretando una clavija y luego otra, y comenzó un rasgueado de dos mil demonios. Poco á poco este rasgueado tosco se fué afinando, y se convirtió en un punteado que era la finura misma.

— Hale ahí — dijo Quintín —. ¡A ver ese cuerpecito serrano!

Se levantó la condesa riendo á carcajadas y con los brazos en alto; Pacheco, muy serio, se levantó también y se plantó frente á ella. Una vieja, maestra en el arte, comenzó á repicar las castañuelas con ritmo lento.

— Niña — dijo Quintín á la cantaora —. Vamos á ver.

La muchacha, en voz casi baja, cantó:

Con abalorios, cariño,
con abalorios,

Hicieron los bailadores la salida con cierta languidez.

La muchacha siguió

con abalorios,
tengo yo una chapona,
tengo yo una chapona,
¡cariño!, con abalorios.

Hicieron los bailarines la parada con más brío,

las castañuelas repicaron más fuerte, y la voz de la muchacha, de tiple, muy alta, se elevó en el aire:

Están bailando
el clavel y la rosa
están bailando
el clavel y la rosa
¡ay, están bailando!

Esta frase final, algo triste, estaba acompañada de un castañeteo formidable, como si con él se quisiera hacer olvidar la melancolía del canto.

La muchacha siguió

Porque la rosa
entre más encarnada,
porque la rosa
entre más encarnada,
¡ay, es más hermosa!

Ya las castañuelas repicaban locas y todo el concurso jaleaba á los bailadores. Pacheco perseguía á su pareja con los brazos abiertos, y ella parecía provocarle y huir y escaparse cuando él iba á dominarla, y en estas mudanzas y movimientos, las faldas de la condesa iban y venían y se replegaban sobre sus muslos, y sus caderas se dibujaban poderosas, y había en toda la estancia como un efluvio de vida.

Quintín seguía rasgueando la guitarra, entusiasmado. La cantadora le había ofrecido una

copa de vino blanco, y él, sin dejar de tocar, alargó los labios y vació la copa.

Se repitió varias veces el baile, hasta que rendidos los bailadores, se sentaron.

— Qué norte ni qué nada — exclamaba Quintín con las lágrimas en los ojos.

De pronto la muchachita que había cantado le dijo que se marchaba.

— ¿Por qué?

— Porque algún guasón va á apagar las luces.

Quintín dejó la guitarra y se acercó á la condesa.

— Salga usted — la dijo —, porque van á apagar la luz.

Ella se levantó, pero no tuvo tiempo de salir. Dos mocetones, de un soplo cada uno, apagaron los candiles, y el zaguán quedó á obscuras. Quintín condujo á la condesa á un rincón y estuvo protegiéndola por si acaso. Hubo una de chillidos agudos de mujer, de risas y de voces, todos se dirigieron á la puerta, pero estaba atrancada adrede. Quintín sentía á su lado á la condesa, palpitante.

— Bueno, bueno — dijo el amo de casa — ya basta de broma —, y encendió de nuevo la luz.

Se normalizó la fiesta, y poco después comenzaron todos á desfilar.

El día siguiente era el fijado para la marcha. Pacheco tenía, según dijo, razones para no ir á

Córdoba, y no fué. Quintín se puso en el pescante del coche y condujo á la condesa.

Al anochecer estaban en la cuesta de Villaviciosa. Se veía desde allá arriba, á la luz del sol á medio extinguir, Córdoba, muy llano, muy extenso, entre campos de amarillos rastrojos y negruzcos olivares. Una bruma tenue se levantaba del cauce del río. A lo lejos, muy á lo lejos, se erguía un monte alto y puntiagudo de la sierra de Granada.

Volvían los carros por el camino dando tumbos y traqueteos; se oía la canción moruna del carretero, tendido sobre los sacos ó los pellejos de aceite; pasaban jinetes en caballos gallardos, sobre la silla vaquera, la manta en un arzón y la escopeta en el otro. . .

Al entrar en Córdoba era ya de noche; el cielo estaba estrellado; á los lados del camino, que terminaba ya entre casas, grandes piteras de muchos brazos brillaban en la obscuridad.

Quintín llevó el coche hasta el palacio de la condesa, y saltó del pescante con gran asombro del portero,

— Adiós, señora — dijo él alargándole la mano y ayudándole á bajar del carruaje

— Adiós, Quintín — contestó ella con cierta melancolía.

CAPITULO XXVIII

El recado del masón.

De manera que no se sabe nada de él? — preguntó el suizo.

— Nada — respondió María Lucena —; salió aquella misma noche de aquí, cuando le quisieron prender, y ya no ha aparecido. Se dice que entre Pacheco y él han robado á la condesa.

— ¡Demonio! Un secuestro.

— Sí. Crea usted que me está dando unos disgustos ese hombre, que ya me pesa haberle conocido.

Pablo Springer contempló con simpatía el rostro pálido de la cómica.

— Ya vendrá — dijo.

— ¡Ojalá no viniera! — contestó ella.

El suizo quedó algo turbado.

— ¿Y cómo le conoció usted á Quintín? ¿Por el escándalo que armó aquí mismo?

— Por eso. Me dijeron que había habido una disputa entre un joven y un hombre muy soez que me estaba insultando. Y á este Cornejo, que

es el que hace cantables de actualidad en las zarzuelas, le pregunté quién era mi defensor, y me dijo: «Ya se lo enseñaré á usted». Todas las noches le preguntaba: ¿Pero quién es? ¿Quién es? Y él sin venir. Hasta que ya me impacientó la cosa y le dije á Cornejo: Mire usted; dígale usted á su amigo que quiero conocerle, y que si no viene al teatro, que vaya por mi casa, que vivo cerca de aquí, en una casa de viajeros que llaman de la Mariquita. ¿Querrá usted creer? Yo, espera que espera un día y otro, y él sin venir.

— ¿Y usted estaría indignada?—dijo Springer.

— ¡Y es natural! Porque yo decía: si no me conoce, ¿á qué viene el defenderme? Y si me conoce, ¿por qué no quiere venir?

—¿Y al último, como fué el conocimiento?

— Pues verá usted; un día aparece aquí Quintín con Cornejo, y éste me lo presenta y me dice que era él el que me había insultado y se había pegado con mi defensor. Yo le dije una porción de barbaridades y de insolencias, y en esto entra un amigo y le saluda diciéndole: «Hola Quintín». Entonces ya comprendí que era él el defensor y nos hicimos amigos.

— Sí, es muy aficionado á esas farsas.

— Pero, ¿para qué hace eso? Es un hombre que yo no le comprendo.

— Ni él mismo se comprenderá, probablemente; pero es un buen muchacho.

En el mismo momento en que pronunciaba el

suizo estas palabras, entró Quintín en el café mirando á un lado y á otro con aire indiferente, y se acercó á la mesa en donde estaban María Lucena y Springer.

María, al verle, se puso súbitamente roja:

— ¡Ah! ¡Ya has venido! —exclamó con rabia— ¿Dónde has estado?

— Si hubiese sido por ti, hija mía, estaría en la cárcel.

— Allí es donde debías estar siempre. ¡Ladrón! ¡Mala víbora te pique, arrastrao! Dí, ¿qué has hecho estos días?

— Pues he estado en un cortijo, huyendo de los polizontes.

— ¡Como que te creo! Has estado con una mujer.

El procedimiento de sacar la verdad con la mentira dió resultados, porque Quintín dijo cándidamente:

— ¿De dónde lo sabes?

— ¡Ves como es verdad! Y ahora te has cansado de ella y vienes aquí otra vez. Pues hijo, ya puedes marcharte, que no está la carne en el garabato por falta de gato, y no quiero nada contigo. A mí me sobran los hombres que valen más que tú, que tienen más dinero que tú, y más corazón que tú.

— No digo lo contrario — replicó friamente Quintín.

— ¡Ah! ¿No dices lo contrario? ¿No dices lo

contrario? — gritó ella alzando la voz enfurecida — ¿Pero tú qué te has figurado que soy yo? ¿Tú qué te has creído?

— Bueno, no chilles tanto — dijo suavemente Quintín.

— Chillo, porque quiero. Dí, mala sangre; ¿por quién me has tomado á mí? ¿Es que crees que puedes reirte de mí de esa manera?

— ¡Es una lógica admirable! — replicó Quintín —. Aquí todo el mundo cree que su vida es el eje del universo; ahora, la de los demás, no tiene inmportancia.

— Es que...

— Hazme el favor, que estoy hablando. Salgo la otra noche del café, y, gracias á la influencia del señor Gálvez, con quien estabas aquí...

— ¡Yo! — dijo María —. No es verdad.

— Yo mismo te ví.

— ¿De dónde pudiste haberme visto?

— De la puerta, hija mía.

— ¡Si tú no conoces á Gálvez! — repuso ella, creyendo que la noticia la tendría Quintín de segunda mano.

— Es verdad; pero conozco al mozo y á él le pregunté: ¿Quién es ese señor que está hablando con María? Y él me contestó: El señor Gálvez. De manera que no mientas. Bueno; pues gracias á la influencia benéfica de ese señor amigo tuyo, estuve á punto de que me llevaran á la cárcel, de caerme al río... y, sin embargo, no

he venido chillando, porque no creo que mi vida sea el eje del universo.

— ¡Desaborío, más que desaborío! — gritó ella —; te machacaría los sesos ahora mismo.

— No machaques nada, y oye si quieres.

— ¿Para qué? Si vas á mentir.

— Bueno; pues no oigas.

— Ojalá que te lleven á presidio y te tengan toda la vida con una argolla al cuello, por fulero.

— Si quieres oir, te diré con quién he estado.

— Oigo.

— Pues he estado con la condesa.

— Entonces es que tú no tienes ni pizca de vergüenza — dijo furiosa María.

— La condesa — siguió diciendo Quintín — estaba incomodada por los versos de *La Víbora* y quería vengarse, y había hablado al gobernador para que me prendieran.

— ¿Y qué?

— Pues que Pacheco y yo nos reunimos, y en vez de prendernos á nosotros, la prendimos á ella, y en un coche la llevamos á un cortijo.

— Y allí, ¿qué ha pasado? —dijo la cómica.

— Allí, nada; que nos hemos hecho buenos amigos.

— ¡Bah!

— ¡Qué idea tienen las mujeres de las otras! — dijo Quintín sarcásticamente —. Para ellas todas las demás son unas perdidas.

— Todas, no; algunas, sí.

— ¿Es que tú crees que la condesa es una corista? — preguntó Quintín con acritud.

María palideció y le miró á Quintín con una ira reconcentrada.

— ¿Y qué ha hecho la condesa allá? — preguntó el suizo.

— Nada, pasear. Ha estado como lo que es: una gran señora. El que ha quedado loco por ella ha sido Pacheco.

— ¿Y tú no?

— Ya sabes Springer, que para las mujeres soy de mármol.

— ¡Qué farsante! — exclamó el suizo.

— ¡Qué mentiroso! — añadió María Lucena.

— Que se me pelen las canillas, como dicen los gitanos, si no digo la verdad. Tú ya sabes, María, que soy como las cajas de mixtos buenas, que no tienen trampa ni cartón.

— No te creo.

— Pues dí que eres un Santo Tomás con faldas.

Iba ya tranquilizándose María, y tomando un tono más amable, se disponía á marcharse al escenario, cuando un hombre alto, flaco, con unas barbas negras, unos brazos de kanguro y unas manos formidables, se acercó á Quintín, y después de hacer unas muecas misteriosas y de guiñar los ojos, le habló al oído.

— ¿Qué te ha dicho ese hombre? — preguntó María.

— Ese hombre es un ferretero fracmasón, que me dice que esta noche tengo que ir á la Logia Patricia.

— Vamos, otra vez me vienes con paparruchas. Mira que ya me tienes hasta el gollete. ¿Este es un *flay masón?* ¿Tú crees que yo soy tonta?

— ¡Eh! — llamó Quintín al ferretero, que ya estaba en la puerta.

— ¿Qué hay? — preguntó el masón.

— Haga usted el favor, amigo: ¿quiere usted decir á esta mujer para qué me llamaba usted?

— ¡Ah! Eso no puede ser — replicó el hombre sonriendo y poniéndose una de las zarpas, dignas de Artajerjes longimano, en el pecho —. No, no puede ser.

Luego el hombre se llevó la mano á la frente, después al hombro, é hizo una porción de extrañas gesticulaciones.

— ¿Usted cree que será *flay masón?* — dijo María en voz baja al suizo.

— Sí; seguramente.

— Bueno, Diagasio, está bien — dijo Quintín.

— Ja... ja... — rió la cómica —; la verdad es que este pobre hombre tiene facha rara.

El ferretero se inclinó, hubo una sonrisa entre sus barbas negras, que pareció un rayo de sol en medio de la espesura, y moviendo sus grandes manos torpemente, se retiró pensativo, no sin haber tirado antes una botella de una mesa y de haber pisado á un perro.

— Pobre hombre — dijo Quintín —; está chiflado con esto de la masonería.

— ¿Y cómo le has llamado? — preguntó el suizo.

— Diagasio. El se llama Diego, pero á mí me parece más eufónico Diagasio. En la logia lo hemos bautizado por Marat.

Rió el suizo, y Quintín salió del café. Cruzó varias callejuelas, é iba por la calle de los Dolores Chicos á la del Cister, cuando un embozado se acercó á él.

— Alto ahí Quintín — dijo una voz.

— Hola, don Paco.

— ¿Adónde se va?

— A la logia, que me han avisado hace un momento.

— Le he avisado á usted yo.

— ¿Sí? ¿Qué pasa?

— Tenemos que hablar á solas, Quintín.

— Cuando usted quiera.

— Esto va por la posta, amigo. La revolución va ganando terreno; pero aquí el Comité Revolucionario no hace nada ó casi nada. Para *inter nos,* los que forman parte de él no tienen bastante civismo, ¿sabe usted? Esto hay que activarlo, y usted, que conoce gente decidida, puede ayudar mucho.

— En eso, el que tiene más influencia que yo, es Pacheco.

— ¡Pero eso de aliarse con un bandido!

— Eso, ustedes verán si les conviene ó no.

— A usted, ¿qué le parece?

— Hombre, yo le hablaría.

— ¿Está en Córdoba?

— Cerca de Córdoba está.

— Bueno; yo hablaré aquí en la logia y en la Junta; si están de acuerdo, usted le cita á Pacheco y nos veremos.

— Está bien. ¿Mañana sabrá usted si están de acuerdo?

— Sí. Yo le avisaré á usted, y cuando tenga usted la contestación, iremos á verle.

— Está bien. Hasta otro día.

— Hasta pronto.

Y los dos conspiradores se despidieron dándose un apretón de manos, y embozándose en sus capas, se deslizaron por las estrechas callejuelas.

CAPITULO XXIX

Una conferencia

Unos días después, á las nueve y media de la noche, subía Quintín la escalera de una casucha de la calle del Císter.

Entró en el piso segundo, atravesó la escuela laica, un cuartucho con mesas en fila y carteles en las paredes, y pasó á la logia, que era un zaquizamí, con una mesa en el fondo, y un quinqué de petróleo por toda luz.

No sabía Quintín si los honorables masones, allí congregados, estaban en una tenida blanca, ó en una tenida de color; debía de haber terminado la sesión, y el presidente, don Paco, peroraba, pero ya desprovisto de su dignidad presidencial, entre las turbas del Aventino.

Don Paco era un río de palabras. Todas las grandes frases revolucionarias acudían de una manera fluida á sus labios. El derecho del ciudadano, el yugo ominoso de la reacción..., el esfuerzo heroico de nuestros padres..., esa libertad que nos ha costado mares de sangre..., justo castigo á su perversidad...

Todas estas frases las pronunciaba don Paco, como si por decirlas ya estuviesen realizadas.

Si á alguno de los compañeros masones se le encomendaba una misión peligrosa, y pretextaba que tenía familia, don Paco decía, como hubiese podido decir Catón:

— Antes es la patria que la familia.

Pero si el encargo peligroso era para él, don Paco argüía, diciendo: Que no quería comprometer la causa de la sacrosanta libertad con una imprudencia.

Ahora, en ciertas ocasiones, en vez de decir sacrosanta, decía veneranda, lo cual, para don Paco, tenía su valor y otro matiz.

Si se suponía que algún jefe progresista en Madrid había traicionado, ora á la veneranda, ora á la sacrosanta, don Paco, en la logia, gritaba:

— ¡A la barra ese ciudadano! ¡Á la barra!

Ni él mismo sabía qué era eso de la barra; pero la cuestión era el grito, que sonara bien, y eso sonaba admirablemente: ¡A la barra!

Cuando no estaba exaltado, don Paco admiraba, más que nada, el parlamentarismo inglés. Quintín le había dicho que se parecía á sir Roberto Peel.

Quintín había visto la figura de este orador en un anuncio de un betún para las botas; no tenía más que vagas noticias de la existencia de sir Roberto; á don Paco le pasaba lo mismo, pero la comparación le enorgullecía.

Fuera de estas farsas políticas, don Paco Sánchez Olmillo, maestro cirujano y maestro masón, era una buena persona, sin maldad; un viejecillo bajito, calvo, granujiento y apoplético. Tenía el cuello grueso, los ojos á flor de cara, tan abultados, que parecían metidos debajo de la piel. Al menor esfuerzo, con la más insignificante de sus frases, enrojecía hasta los pelos; si lanzaba una exclamación de las suyas, entonces ya pasaba de rojo á violeta y hasta azul.

Don Paco tenía grandes admiradores entre los concurrentes á la logia; lo consideraban como un hombre formidable.

Quintín llamó á Diagasio, el ferretero longimano, y le dijo:

— Dígale usted á don Paco que le espero.

— Está hablando.

— Bueno; pues yo tengo prisa.

Fué Diagasio, y poco después se acercó don Paco, rodeado de varios amigos, y perorando.

— No — decía —; lo afirmo y lo afirmaré siempre. Los españoles no estamos, por ahora, capacitados para aceptar la forma republicana. ¡Ah, señores! ¡Si estuviésemos en Inglaterra! ¡En ese país libérrimo, que es la cuna de las libertades... sacrosantas.

— Bueno — dijo Quintín vivamente —; á mí no me coloque ese discurso. He venido á decirle á

usted que he recibido una contestación á la carta que envié, y me dan una cita.

Don Paco se dirigió á sus amigos, y durante algún tiempo se oyó decir: excursión peligrosa, misterios, policía, el resultado se sabrá después. Luego, el digno presidente se acercó á Quintín.

— ¿Irá alguno con nosotros?

— No; ¿para qué? Cuanta más gente vaya, peor.

— Es verdad; se desconfía.

Se despidió don Paco de sus amigos como se hubiera despedido sir Roberto Peel, si á este sir le hubieran llevado al patíbulo; bajaron los escalones, y salieron á la calle.

Se dirigieron al Gran Capitán, de allí pasaron á la Victoria, y luego, por delante de la Puerta de Gallegos, se encaminaron hacia la de Almodóvar.

Quintín sentía una gran satisfacción viendo al viejo lleno de miedo. A cada paso, don Paco preguntaba á Quintín:

— Mire usted si nos siguen.

— No diga usted necedades. ¿Quién nos va á seguir?

— ¡Ah! No sabe usted la policía terrible que tienen ellos.

Para don Paco, en la vida todo era misterio, obscuridades, espionajes, confabulaciones; en resumen: todo era miedo, y el miedo en aquel instante lo contrarrestaba hablando alto y tarareando trozos de zarzuela.

Esta mezcla de petulancia y de jindama constituía para Quintín un gran entretenimiento. Cuando le veía al viejecillo muy animado, haciendo florituras en un aire de *Marina* ó del *Dominó azul*, le decía:

— Calle usted, don Paco; me ha parecido ver entre los árboles un hombre espiándonos.

Al instante, la animación del digno presidente se transformaba en un silencio de mal agüero...

Mientras los dos fueron bordeando la muralla, la luna roja, enorme, como un sol extinguido, se levantó sobre el pueblo; la torre de la catedral apareció muy blanca en el cielo azul obscuro... Pasaron por delante de un tejar, y Quintín, viendo á don Paco mustio le dijo:

— Ya creo que podemos estar tranquilos, porque de aquí en adelante no hay guardias ni serenos que puedan espiarnos.

Estas palabras tranquilizaron al viejo; un momento después, don Paco tarareaba un trozo del *Dominó azul*, diciendo que no quería su paloma tan cerca del gavilán.

Luego, tranquilizado por completo, comenzó diciendo con voz campanuda:

— Hay momentos en la vida de los pueblos como en la de los individuos...

— ¡Un discurso! don Paco, ¡por Dios! ¡A estas horas! — exclamó Quintín...

El viejo, viendo que no podía seguir su discurso, dijo en tono familiar:

— ¡Las cosas que uno ha hecho en esta vida, Quintín! Cuando nos reuníamos ahí, en el café de Pepón, en la calle de Antonio de Morales, éramos un puñado los que teníamos ideas avanzadas... Hoy, en cambio, ya ve usted. Y todo por mí, Quintín. Yo he inaugurado el Centro de lectura de artesanos y la logia Patricia...; he sido de los del Club del Hacha, y uno de los fundadores del Comité. Y siempre conspirando.

— Es usted un valiente — dijo Quintín con sorna.

— No; no tengo más que civismo, créame usted, Quintín. ¡Cuántas veces, de noche, he salido disfrazado, ya por el Gran Capitán, ó por cualquiera de los postigos de la izquierda, y por derredor de la muralla he ganado el puente! Allí solía correrme por delante de los fosos del castillo de la Calahorra, bajaba al otro lado del Guadalquivir, y seguía corriente abajo hasta tomar el camino de Montilla. Otras veces pasaba el río por el vado del Adalid, para salir después por detrás del campo de la Verdad á un terreno que se llama los Barreros, donde me acogía un guarda de toda confianza.

— ¿Y para qué estas mojigangas, don Paco?

— Crea usted que todo era necesario.

Seguían don Paco y Quintín bajando hacia el río, cuando, de pronto, entre la Puerta de Sevilla y el cementerio de la Salud, se oyó una voz fuer-

te y ruda, que resonó poderosa en el silencio de la noche.

— ¡Alto! ¿Quién vive?

— Dos hombres — contestó en broma Quintín —; por lo menos, en apariencia.

— Por Dios — exclamó don Paco —, que pueden disparar.

La voz, aún más fuerte y amenazadora, gritó de nuevo:

— ¡Alto á la Guardia civil!

— Estamos quedos — balbuceó don Paco temblando.

— Acérquense.

Se aproximaron al lugar donde se oían las voces; uno de los guardias, después de mirarles atentamente, les dijo:

— ¿Qué andan ustedes haciendo á estas horas?

— A este señor — dijo Quintín — le han llamado á un cortijo para sangrar á un enfermo.

— ¿Es sangrador?

— Soy médico — dijo don Paco.

— ¿Y usted?

— Yo soy su ayudante.

— ¿Por qué no han contestado ustedes en seguida?

— La impresión que nos ha hecho — dijo Quintín con sorna.

— Pues de buena se han librado — indicó el guardia.

— ¿Pues qué pasa? — preguntó Quintín.

— Que Pacheco ha andado por aquí estas noches.

Don Paco comenzó á temblar como un azogado.

— Bueno; vamos á sangrar á ese enfermo — dijo Quintín. — Adiós, señores.

— Buenas noches.

Dieron la vuelta á la muralla, y de pronto, don Paco se detuvo con decisión.

— No; no voy — exclamó.

— Pero, ¿qué le pasa á usted?

— Es una imprudencia ir á ver á Pacheco — balbuceó el viejo —; desacreditamos la causa.

— Eso lo podría usted haber pensado antes.

— Bueno; pues no voy.

— Está bien; iré yo solo.

— No, no... ¡Ay, Dios mío!

— ¿Está usted malo, don Paco?

— Sí; creo que me he constipado — contestó el terrible revolucionario con voz temblorosa —. Además, no veo la necesidad de visitar á Pacheco á estas horas.

— Pues iré yo, si usted quiere.

— Pero, ¿para qué? — añadió el viejo con voz insinuante —. Allí todo el mundo habrá creído que hemos ido á ver á Pacheco. Usted no ha de decir que no, y yo tampoco; ¿para qué vamos ahora á exponernos á un disgusto serio? Además, está fresca la noche, y este frío no es sano.

— Pero se le ha dado una cita á Pacheco.

— ¿Y eso qué importa?

— Además, hay otra cosa — repuso Quintín.

— ¿Qué?

— Que si ahora volvemos en seguida y nos ven los guardias, van á entrar en sospechas.

— ¿Pues qué hacemos?

— Creo que lo mejor es ir adelante.

Don Paco suspiró, y á regañadientes siguió detrás de Quintín. La luna iba levantándose en el cielo. El viejo marchaba presa de profundo abatimiento. A la media hora dijo:

— Ya nos podemos volver.

— ¿Para qué? Si no nos falta casi nada.

Un momento después se desviaron de la carretera y se acercaron á una casa. Quintín metió dos dedos en la boca, y lanzó un silbido estridente.

— Van á venir — dijo don Paco temblando.

A los pocos segundos se oyó otro silbido. Quintín se acercó á la puerta de la casa; en el mismo momento se abrió un ventanillo, y Pacheco dijo en voz queda:

— ¿Es usted, Quintín?

— Sí; yo soy.

— Ahora bajo.

Se abrió, sin hacer el menor ruido, la puerta, y don Paco y Quintín pasaron á un zaguán obscuro.

—Por aquí — dijo la voz de Pacheco.

— ¿Por qué no encienden una luz? — preguntó don Paco.

— La luz se ve desde lejos.

Atravesaron el zaguán, y entraron en una cocina iluminada por un candil.

— Sentarse, caballeros — dijo el bandido; y cerró la puerta de la cocina, y echó un brazado de ramas secas al hogar —. La noche está fresquita — añadió.

Se sentaron don Paco y Quintín, y este último tomó la palabra.

— El señor — dijo — es don Paco Sánchez Olmillo, que, como sabe usted, es uno de los individuos de la Junta revolucionaria y jefe de la logia Patricia.

— Jefe, no — repuso don Paco —; los masones no tienen jefe.

— Aquí no vamos á discutir las palabras; la cuestión es entenderse. Este señor, y los demás individuos de la Junta, han pensado que usted, compadre, podría servirles para intentar un movimiento, y quieren ponerse de acuerdo con usted.

— El caso es — dijo don Paco, que creyó que Quintín le comprometía demasiado — que yo no tengo poderes...

— Aquí no se trata de poderes legales, ni de cosas de abogado — replicó Quintín —. Entre nosotros basta la palabra.

— Es la fija, compadre — añadió Pacheco.

— Usted, don Paco, quería saber si Pacheco podría organizar ese movimiento, ¿no es eso?

— Sí; en principio, eso es.

— Bueno; pues ya lo sabe usted, Pacheco. Usted dirá si puede trabajar, y en qué condiciones.

— Mire usted, Quintín — dijo el bandido —. Usted ya sabe mis ideas, y que soy más liberal que Riego. Yo, por ayudar á la revolución, no quiero nada, ni dinero ni premio alguno, que yo no voy á lograr con eso. Lo que sí quiero es que no me jueguen una mala pasada. Porque esos de la Junta, y no lo digo por este señor, son capaces de dársela al lucero del alba. Yo iré á Córdoba, y veré con qué gente se puede contar, y trabajaré lo que haya que trabajar; pero con una condición, y es que todos los señores de la Junta me garanticen á mí que no me va á pasar nada con la justicia. Es decir, que yo no tengo inconveniente en exponerme á que me peguen un tiro; lo que no quiero es que me metan en la trena por una cosa de nada.

— Yo — dijo don Paco — no tengo poderes... ni atribuciones.

— Habrá que tratar eso con los de la Junta — dijo Quintín —. ¿Por qué no va usted allá, compadre?

— No; yo no voy á Córdoba.

— ¿Por qué?

— Porque me temo que me han vendido, y el que lo ha hecho no lo va á pasar bien.

— Ahí, unos civiles nos han parado y nos han dicho que le esperaban á usted — dijo Quintín.

— ¿En dónde?

— Cerca del cementerio de la Salud.

— Pues que esperen allá sentados — dijo Pacheco —. Pero vamos á lo que vamos. Si usted, compadre, me quiere hacer el favor de ver á esos señores de la Junta y de hablarles, les expone usted claramente lo que yo deseo. Si ellos aceptan, se lo dice usted al Cuervo; él se encargará de enviarme á mí la contestación, y al día siguiente estoy en Córdoba.

— Entonces, no hay más que hablar.

Se levantaron los tres.

— Bueno; vamos, don Paco — dijo Quintín.

— Hombre, ¿no sería mejor que ya nos quedáramos á pasar la noche?

— Lo que usted quiera.

— ¿Habrá camas aquí?

— ¡Qué ha de haber!

— Yo duermo en el pajar — dijo Pacheco —. Les acompañaré, si ustedes quieren.

Don Paco vaciló en recorrer el camino de nuevo ó pasar una mala noche, y optó por esto último.

— Vamos al pajar. — dijo con resignación

Pacheco tomó un farolillo, abrió la puerta de la cocina, atravesó un patio, luego otro, y por una escalerilla subió á un agujero; era el pajar.

— Vaya, á tenderse — dijo Pacheco —. Mañana amanecerá, y verá el tuerto sus espárragos. ¡Buenas noches!

Quintín se quitó las botas, y al poco rato estaba dormido.

Por la mañana, una voz fuerte le despertó.

— ¡Arrieros! ¡que está amaneciendo!

Se incorporó Quintín; el sol entraba por las rendijas del pajar; cantaban los gallos. Pacheco se había marchado. Don Paco, sentado sobre la paja, con un pañuelo de color en la cabeza, gemía.

— ¡Qué noche, Dios mío! ¡Qué noche! — le oyó decir Quintín.

— Qué, ¿no ha dormido usted, don Paco?

— Ni un momento. En cambio, usted ha dormido como un tronco.

— Bueno; vámonos.

Se levantaron; se quitaron las pajas como quien se despluma.

Salieron del cortijo. Hacía un día soberbio. Al llegar cerca del cementerio de la Salud bajaron hacia el río, y por la alameda del Corregidor, entre el Seminario y el molino árabe, salieron á la puerta del puente.

— Esta tarde en el Casino — dijo don Paco, que dentro del pueblo iba adquiriendo ya su presencia de ánimo.

— ¿A qué hora?

— Al anochecer.

— Allí estaré.

— Ya ve usted lo que uno hace por las ideas — decía don Paco en el Casino —. Se sacrifica

uno por la revolución y por la patria; se afronta durante años y años el odio de los moderados; se expone uno á todos los peligros imaginables. y nada, no le cuentan á uno entre los iniciadores, Hablan de Olózaga, de Sagasta. . . Le digo á usted que es una infamia.

— Hola, don Paco — le saludó Quintín —. ¿Ya ha descansado usted de la mala noche?

— Sí; tenemos que ver á esos señores.

— Cuando usted quiera.

— Vamos ahora mismo.

— ¿Adónde tenemos que ir?

— A casa del conde de doña Mencía. Allí estarán reunidos los de la Junta.

El conde vivía en una de las calles céntricas de Córdoba. Entraron en el zaguán, y llamaron. Abrió un criado la cancela y les acompañó hasta el piso principal, á una gran sala con artesonados, iluminada por dos bujías. En las paredes se veían retratos muy charolados, con enormes marcos llenos de molduras. Un joven de barba negra que allí estaba saludó á don Paco y á Quintín, y les hizo pasar á un despacho en donde se hallaban reunidas ocho ó diez personas.

No interrumpieron la conversación con la entrada de ellos, y siguieron hablando; la revolución se extendía por toda Andalucía; las tropas revolucionarias marchaban á Córdoba.

Don Paco se enteró de estas noticias, y despues habló á uno de los señores de su conversa-

ción con Pacheco. Este señor se acercó á Quintín y le dijo:

— Dígale usted á Pacheco que por mí puede estar tranquilo. Haré todo lo que esté de mi parte para que no le prendan.

— ¿Oye usted lo que dice el señor conde de doña Mencía? — preguntó don Paco á Quintín.

— Sí; pero eso no basta — contestó Quintín, que al oir aquel nombre sintió una profunda irritación —. Yo he ido á ver á Pacheco, porque don Paco me dijo que Pacheco podría ser útil á ustedes organizando la gente del pueblo. Si mi amigo tiene fuerza ó no, eso yo no lo sé; lo que sí sé es que Pacheco, para venir á Córdoba, pone como condición el que ustedes se comprometan á que no le prendan cuando venga aquí, y que no le hagan una canallada. Ahora ustedes verán si eso les conviene ó no.

El tono violento empleado por Quintín sorprendió á los señores de la Junta; algunos protestaron, pero el conde se acercó á los protestantes, y les habló en voz baja. Discutieron la proposición de Pacheco; unos decían que tal complicidad con un bandido era deshonrosa; otros no querían tener en cuenta más si era útil ó no. Por último se decidieron, y uno de ellos, acercándose á Quintín, le dijo:

— Puede usted decir á su amigo — y el señor recalcó la palabra —, que en Córdoba no le molestarán.

— ¿Responden ustedes todos por él?

— Sí.

— Está bien. Buenas tardes.

Y Quintín hizo una ligera inclinación de cabeza, salió del despacho, cruzó la sala, y salió á la calle. Se dirigió á la taberna del Cuervo, y le dijo al tabernero que avisara al señor José que podía venir libremente á Córdoba.

CAPITULO XXX

Proyectos.

Le convenía á Quintín que Pacheco estuviera en Córdoba. Este llevaba la cuestión del chantage como una seda; se había entendido con el secretario del conde de doña Mencía, el cual no esperaba para pagar más que la venta en Madrid de unos títulos de la Deuda. También le convenía á Quintín que Pacheco agitara el pueblo; si la agitación tenía éxito, se aprovecharía; si no, se retiraría tranquilamente.

Unos días después, Quintín aún no se había levantado cuando se presentó Pacheco en su casa. La madre de María Lucena le abrió la puerta y le hizo pasar á la alcoba.

— No se levante usted—dijo Pacheco—; siga usted en la cama.

— ¿Qué hay? ¿Qué le trae á usted por aquí?

— Vengo á estas horas, porque no quiero encontrarme con nadie en la calle; podría parecer una provocación. He hablado con uno de los señores de la Junta, y me ha vuelto á asegurar que

no tenga cuidado, que no me prenderán; pero después me ha dicho si tengo algún plan, algún proyecto, y yo le he contestado que todavía no se lo puedo explicar. ¿Comprende usted? Ahora resulta que algunos creen que yo tengo la revolución preparada.

— Tiene gracia — dijo Quintín.

— ¿Y qué hago yo?

— Usted, lo que debe hacer, primeramente, es sacar ese dinero al conde.

— Esta semana me lo darán.

— Bueno; después, va usted comprando armas y organizando una partida.

— ¿En Córdoba mismo?

— Sí, sin salir á la calle; que cada cual esté en su casa. Hacemos un recuento de fuerzas, y esperamos la ocasión.

— Y después. . .

— Después, lo dirán las circunstancias. Que hoy nos conviene armar un escándalo, pues lo armamos; que mañana hay que disparar unos tiros en la calle, pues se disparan. Nadie sabe lo que puede suceder. Ahí están las tropas en el puente, y van y vienen recados, y cartas y líos. Aquí, la cuestión es tener fuerza y estar siempre en acecho.

— De manera que yo empiezo ya á reclutar gente.

— Claro.

— Bueno. Me he ido á vivir fuera del pueblo,

á un casuco del campo de la Verdad, porque no quiero estar dentro de la población.

— Ha hecho usted bien.

— Es una casa que da frente al río, que tiene en el zaguán un herrador. Vaya usted por allá mañana.

— ¿A qué hora?

— A la tarde.

— Allá estaré.

Los días siguientes por la tarde, Quintín iba á la casa de Pacheco en el campo de la Verdad; se sentaba en una mecedora de tela, ponía los pies en el marco de la ventana, y fumaba su pipa.

Oía las conversaciones y miraba indiferente el pueblo.

Con los ojos medio entornados, veía la puerta del puente, medio arruinada; más atrás, como por encima de ella, se levantaban los muros pardos de la Mezquita, con sus almenas dentelladas, sobre estos paredones amarillentos pesaba la cúpula negra de la catedral y se erguía graciosa la torre, brillante de sol, con un ángel en la punta que se incrustraba en el gran zafiro de piedra del cielo.

A un lado del puente, el jardín del Alcázar mostraba sus altos y negruzcos cipreses y sus achaparrados naranjos; luego la muralla romana, gris, manchada de un verde polvoriento por las hierbas parásitas, continuaba hacia la izquier-

da, y se extendía, cortada de trecho en trecho, por cubos de piedra hasta el cementerio de la Salud.

Al otro lado, las casas de la Ribera formaban un semicírculo, siguiendo el arco de herradura del río, que avanzaba como á socavar los cimientos del pueblo.

Eran estas casuchas, que se reflejaban en la superficie del río — serpiente que á todas horas cambiaba de color —, pequeñas, grises y derrengadas. En sus paredes, que el sol calcinaba continuamente, crecían las hiedras obscuras; entre sus tapias brotaban chumberas de grandes pencas entrecruzadas; y de sus patizuelos, de sus corrales, salían las copas de los cipreses y las ramas de las higueras de hojas blanquecinas.

Los tejados eran grises, roñosos, montados unos sobre otros, con azoteas, con miradores, con torrecillas; en algunos, una vegetación de jaramagos los convertía en verdes praderas.

Por encima de estas casuchas se destacaba en el cristal del cielo la línea quebrada de los tejados del pueblo, interrumpida por alguna torre, y esta línea iba bajando hacia el río hasta terminar en unas cuantas casas azules y rosadas, próximas al molino de Martos.

A casi todas horas sonaba alguna campana. Quintín las oía adormecido, soñoliento, mirando el cielo nublado por la calina y el río de mudable color.

La casa de Pacheco tenía un cuarto con una ventana que daba al otro lado, á una plazoleta en donde una porción de vagos tomaban tranquilamente el sol.

Había entre ellos un tipo que á Quintín le interesaba. Llevaba este tipo un pañuelo rojo en la cabeza, patillas hasta la altura de las orejas y una gran faja hecha pedazos. Solía sentarse en un poyo, y con la frente apoyada en la mano estudiaba los andares y los movimientos de un gallito de plumas color de fuego.

Este observador del gallo era, al mismo tiempo, pedagogo del alado bípedo, lo cual debía tener serias dificultades, á juzgar por el aire reflexivo que tomaba el hombre en algunas ocasiones.

Quintín escuchaba lo que decían en las reuniones que allí se celebraban.

¡Qué lejos solía estar su pensamiento en aquellos instantes! De vez en cuando, Pacheco ó alguno de los conspiradores le hacía una pregunta, que él contestaba maquinalmente. Su silencio se traducía por reflexión.

Quintín excitaba el amor propio del bandido. Esperaba el momento de que cobrase el dinero del conde para tomar su parte y marcharse á Madrid. No quería que este intento suyo se transparentase, y daba á entender al bandido que deseaba el dinero únicamente para ejercer una acción revolucionaria.

Todos los días Quintín jugaba en el Casino y perdía. Tenía mala suerte Se había entregado á los usureros y firmaba pagarés al ochenta por ciento, con la sana intención de no pagarlos nunca.

Después de conferenciar con todos los hampones que venían á verle, Pacheco consultaba á Quintín. El bandido tenía aspiraciones románticas, leía por las noches libros en donde se narraban grandes batallas, y esto le perturbaba, haciéndole creer que era hombre nacido para altas empresas.

— ¿Sabe usted lo que he pensado? — le dijo una tarde Pacheco á Quintín.

— ¿Qué?

— Que si para antes que se decida la batalla en Alcolea tengo yo organizada mi gente, me hago dueño del pueblo.

— No sea usted loco — le dijo Quintín —; usted no tiene fuerza para eso.

— ¿Que no? Usted lo verá. Tengo en el pueblo más partidarios de los que usted se figura.

— Pero no tiene usted armas.

— Deje usted que venga el dinero del conde, que ya no puede tardar.

— ¿Y va usted á ponerse en contra de la tropa?

— La tropa se unirá con nosotros.

— ¿Y luego, qué? ¿Qué va usted á hacer después?

— Si triunfo, proclamar la República.

Quintín contempló atentamente á Pacheco.

— El pobre hombre — pensó — tiene monomanía de grandezas.

En este momento el Taco, un perdido que se había hecho lugarteniente de Pacheco, entró á decirle que unos hombres le esperaban abajo.

— Ahora vuelvo — dijo el bandido.

Quintín se quedó solo.

— Este hombre va á hacer alguna barbaridad — murmuró —; y lo peor es que me va á quebrar la combinación. No hay que dejarle á sol ni á sombra hasta coger el dinero. ¿Y si lo guarda aquí y luego le pegan un tiro en la calle? Se acabaron los cuartos. ¿Cómo se demuestra que el dinero le corresponde á uno? Le podía pedir una llave de este cuarto; pero se escamará... y no conviene que desconfíe. Vamos á ver esa llave.

Quintín se acercó á la puerta; la llave era pequeña, la cerradura nueva; sin duda la había puesto Pacheco.

— Hay que sacar un molde de esto — se dijo Quintín.

Al día siguiente, con dos pedazos de cera blanca en el bolsillo, se presentó en casa de Pacheco. Como de costumbre, escuchó, tendido en la mecedora, las discusiones y cábalas de los conspiradores. Y cuando notó que iban á marcharse, dijo al bandido:

— Oiga usted, compadre; deme usted un poco de papel y tinta, que voy á escribir.

— Bueno; ahí tiene usted. Nosotros nos vamos á la taberna del Cuervo; allí le esperaremos.

Quintín se sentó á fingir que escribía; pero notó que alguien se quedaba allí. Era el Taco. Siguió escribiendo palabras sin sentido, y el Taco siguió en el cuarto. Ya incomodado é impaciente Quintín, se levantó.

— Se me ha olvidado el tabaco — dijo —; ¿hay por aquí algún estanco?

— Sí, aquí cerca.

— Voy á comprar una cajetilla.

— Yo se la traeré á usted.

— Bueno. Sacó Quintín una peseta, y se la dió al Taco. Inmediatamente que salió el hombre apretó la cera entre los dedos hasta ablandarla, sacó la llave, é hizo el molde. Estaba ablandando el otro trozo de cera, por si acaso el primero salía mal, cuando oyó los pasos del Taco, que subía las escaleras á saltos; apresuradamente, introdujo Quintín la llave en la cerradura y se sentó á la mesa. Siguió haciendo como que escribía, metió el papel en un sobre, y salió de casa. El Taco cerró la puerta.

— Vamos á la taberna del Cuervo — dijo Quintín.

Cruzaron el puente y entraron en la taberna.

Estaban allá, sentados en grupo, Cornejo, ya curado de los palos; Currito Martín, Carrahola,

el Rano, dos ó tres desconocidos, y un hombre feroz á quien llamaban el Ahorcado, porque, aunque pareciese extraño, lo había sido por mano del verdugo. Este hombre tenía una historia terrible. En otro tiempo había sido dueño de una venta próxima á Despeñaperros. Una noche se le presentó en la venta un hombre, al parecer rico. Entre la mujer y él asesinaron al viajero para robarle; luego resultó que este hombre era hijo del ventero, que en la niñez se había ido á América y enriquecido allí. Condenado á muerte el Ahorcado, fué al patíbulo; pero el aparato del verdugo no funcionó y lo indultaron. Enviado á Ceuta, cumplió su condena y volvió á Córdoba.

El Ahorcado tenía los nombres de los afiliados en su barrio á la banda de Pacheco, y los leía poniéndose una mano en la garganta, pues de otro modo, no lograba emitir sonidos.

— Bueno. Vamos á ver la lista — dijo Pacheco.

El Ahorcado comenzó á leer.

— Argote.

— Ese es bueno; un hombre de pelo en pecho — comentó Currito.

— Matute, el Mochuelo, Pata al Hombro — siguió leyendo el Ahorcado —, el Mocarro.

— Este es el tío de más nariz de Córdoba — interrumpió Currito —; como que tiene que limpiarse con el embozo, porque no le bastan los pañuelos.

Siguió así la lista de los nombres, con su correspondiente comentario de Currito.

— El Penducho.

— Buena persona.

— Cuco Pavo, el Cimborrio.

— Ese es un hombre que se limpia la cara con una calceta usada, y ensucia la calceta.

— Malpicones, Ojancos.

— Ese es un usurero que presta al mil por ciento.

— Muñequitas, la Madamita.

— Esos son de Benamejí.

— Acaban de salir los dos del presidio de la Carraca — dijo el Rano.

— El Poyato.

— Eso ya es basura — saltó diciendo Currito.

— No lo crea usted — replicó el Ahorcado —, que el Poyato no es un rana, y aunque le dé el trigo en el pecho cuando sale al campo, es un hombre muy terne.

— Verdad — dijo Carrahola, defendiendo por compañerismo á un hombre bajito.

— Boca Muerta — siguió leyendo el Ahorcado —; el Zurrio, Cantarote, Once Dedos.

— Ese tiene un brazo más largo que otro, y un dedo de más — dijo Currito.

— Ramos Lechuga.

— Ese es un pamplinoso muy mayor — dijo uno.

— Y muy blando de boca — repuso otro.

— ¿Y de mujeres? — preguntó Pacheco.

— Están apuntadas en este otro papel — contestó el Ahorcado —. La Canasta, la Bardesa, la Cachumba...

— Vaya unas tiacas — dijo riendo Currito.

— La Cometa, la Saltacharcos, la Chirivicha...

— Está bien — dijo Pacheco —; dentro de tres días se cobrará aquí.

Quintín supuso que el bandido tendría la seguridad de que en ese tiempo habría cogido los cuartos. Salió de la taberna, y en la logia preguntó por la ferretería de Diagasio. La tenía en una calle próxima á la Corredera. Fué á ver al longimano, y con grandes misterios, llevándole á un rincón de la trastienda, le contó lo que deseaba.

— Mañana le entregaré á usted la llave en la logia.

Quintín estrechó la mano del ferretero, y se fué á su casa.

CAPITULO XXXI

La noche y el día

Dos días después, por la noche, estaba Quintín en el café del Recreo. Seguía su mala racha en el Casino. María Lucena hablaba con Springer; Quintín, pensativo, contemplaba el techo, fumando. Aburrido, se levantó, con la intención de meterse en la cama.

En la calle se encontró con el dependiente Diego Palomares, que iba en su misma dirección.

— ¿Qué hay Palomares? — le dijo.

— Nada. Estoy hecho la santísima.

— Y yo también.

— ¿Tú? Tú lo que has hecho es entender la vida como pocos. Yo, en cambio. . .

— ¿Pues qué te pasa?

— Tú eres revolucionario, ¿verdad? — dijo Palomares. — Pues si alguna vez vais contra los ricos, llámame. Iré con toda mi alma, hasta hacerles echar la higadilla. En el mundo no hay más que ricos y pobres, y ríete tú de progresistas y de moderados. ¡Ah, canallas!

— ¿Te han hecho algo en casa?

— Hoy, no; pero me llevan haciendo muchos años. Veinte años trabajando como si fuera la casa de uno, y los ayuda uno á hacerse ricos, y ellos en la opulencia y uno con treinta duros al mes. Y ese hombre, porque me ve el otro día que llevaba un pollo á casa, porque tengo una niña enferma, me dice: Veo que os tratáis á lo príncipe. ¡Maldita sea la . . . ! ¡Ojalá hubiese quedado en el mar!

Palomares había bebido, y con la excitación del alcohol se ponía á flote en aquel momento el fondo de su alma.

— Estás terrible — le dijo Quintín.

— ¡Es que tú crees que soy un mandria! No; es que tengo mujer y tres hijos pequeños. . . y yo ya soy una carraca. . . Créeme, debíamos unirnos contra ellos, y desearles la muerte. Sí. Como lo oyes; el cochero debía volcar el coche del amo, el labrador quemar las cosechas, el pastor despeñar el ganado, el dependiente robar al patrón. . . Hasta las nodrizas debían de envenenar la leche.

— Tú estás trastornado, Palomares.

— ¿Por qué lo dices?

— Porque yo te creía una oveja, y casi casi eres un lobo.

— Cree que hay días que quisiera pegarle fuego á todo el pueblo. Yo estaría á la salida con un fusil, para acabar con el que fuera á escaparse.

— Ahora vendrá la gorda — dijo Quintín.

Se despidió de Palomares, y se dirigió á su casa. Al abrir la puerta oyó desde el zaguán voces y lamentos tristísimos. Atraído por las voces siguió un corredor, atravesó un patio, y preguntó con voz fuerte:

— ¿Qué pasa?

Se abrió una puerta, y salió una mujer desgreñada y llorosa, con una lamparilla en la mano. Con voz entrecortada por las lágrimas, contó á Quintín que se le había muerto un niño de dos años; el marido no estaba en el pueblo, y ella no tenía dinero para una caja.

— ¿Quiere usted ver al niño, señorito?

Entró Quintín en un cuarto pequeño, encalado; encima de una mesa, sobre un colchoncillo doblado, estaba el cadáver del niño.

— ¿Y cuánto necesita usted para enterrarle? — preguntó Quintín.

— Un par de duros.

— Yo veré si los tengo. Si no, empeñaremos algo de casa.

Volvió Quintín por el patio, seguido de la mujer; subieron los dos al piso principal; Quintín encendió una luz y registró todos los cajones. En la cómoda de María Lucena encontró cuatro duros y se los dió á la mujer. Hecho esto, cerró la puerta y se metió en la cama... Le despertaron las voces de María Lucena y de su madre.

— Aquí había cuatro duros — gritó la cómica —. ¿Quién los ha cogido?

— Los he tomado yo — dijo Quintín tranquilamente.

— ¿Eh?

— Sí. Había una vecina que estaba llorando porque se le ha muerto un niño y no podía comprarle una caja, y se los he dado. Mañana te los traeré.

— Eso es. Muy bien — dijo la cómica —. Dale á esa mujer el dinero que gano yo.

— ¿Pero no te digo que te los devolveré?

— Bastante le importa á esa mujer por su hijo — chilló María.

— Ese dinero, ahora lo tendrá para beber — añadió la madre.

— Señoras — dijo Quintín incorporándose en la cama —, las encuentro á ustedes perfectamente repugnantes.

— El repugnante será usted — chilló la vieja.

— Está bien; aquí lo que se impone es marcharse de esta guarida de arpías, que ya empieza á oler.

— Pues hijo, vete y no vuelvas más — dijo María.

Se vistió Quintín rápidamente; se puso las botas y el sombrero.

— Bueno; venga la llave.

— La llave no se la doy á nadie — contestó la cómica.

— Mira, no acabes con mi paciencia, que te voy á dar un trastazo.

Al oir esto la vieja, encarándose con Quintín, empezó á insultarle, echándole las manos á la cara.

— ¡Chulo! — le decía —. Es usted un chulo indecente. Un chulo fandanguero.

— Cállese usted, anciana Canidia — dijo Quintín desprendiéndose de la vieja á empujones —, y váyase usted á su laboratorio.

— A mi madre no le pongas motes, ¿oyes, tú?

— A mí nadie me pone motes.

— Bueno; ¿me das la llave ó no? — preguntó Quintín.

— No.

Quintín se dirigió al balcón y lo abrió de par en par. Saltó al otro lado de la balaustrada, se descolgó á pulso, buscó la reja del piso bajo, y saltó á la acera.

— Hasta nunca — dijo desde la calle.

Tenía sangre en la cara de un arañazo que le había hecho la vieja. Se lavó en una fuente, se secó con el pañuelo, y se dirigió al Casino.

Se metió en una sala muy grande, con espejos enormes, que había entrando á la derecha.

Un mozo, soñoliento, se le acercó.

— ¿Quiere usted algo, don Quintín? — le dijo.

— Sí; que apague usted esta luz, como si ya no hubiese nadie.

— ¿Se va usted á quedar aquí?

— Sí.

— Pero no está permitido.

— ¡Bah! Qué importa.

Se apagaron las luces, y Quintín, al poco rato, dormía en un diván.

Dos mozos, con mandiles blancos, uno que estaba poniendo las sillas sobre las mesas, y el otro con un escobillón y un cepillo, con el que limpiaba los divanes, le despertaron á Quintín.

— ¿Se ha quedado usted dormido, señorito? — le dijo riendo uno de ellos.

— Sí. ¿Qué hora es?

— Muy temprano. ¿Sabe usted que hay por las calles la gran zaragata?

— ¿Qué sucede?

— Que Pacheco ha entrado en Córdoba con una gavilla de perdidos, y van todos por esas calles de Dios gritando y alborotando.

Quintín se levantó de golpe. Había un cubo de agua en el suelo.

— ¿Está limpia? — preguntó á los mozos?

— Sí.

Quintín se arrodilló en el suelo, y se chapuzó dos veces. Los mozos se reían, suponiendo que todo era efecto de una borrachera.

— Ya estoy despejado — dijo Quintín.

— Le traeré á usted una toalla — le advirtió un mozo.

Se secó Quintín, y se echó á la calle.

Se dirigió de prisa á las Tendillas; había por allí gran animación, y todos eran comentarios y charlas. Preguntó á un hombre por dónde iba Pacheco.

— Ahora va cerca de la Trinidad.

Corrió Quintín, abriéndose camino á codazos entre la gente.

— Pero ese hombre es un idiota — pensaba —. ¿Se habrá figurado de veras que va á hacer él la revolución?

Tras de mucho bregar, Quintín comenzó á ver á dos jinetes que marchaban al frente de las turbas. Uno de ellos era Pacheco; el otro su hermano.

— ¡Viva la libertad! ¡Viva la revolución! — gritaba el bandido, levantando el brazo en el aire.

Y la gente repetía sus vivas con entusiasmo, y añadía después:

— ¡Viva el segundo Prim! ¡Viva el general Pacheco!

— Nada, que ese tío está malo del sentido — murmuró Quintín —. ¿Y si ese hombre ha cobrado ya? — pensó después. — ¿Y si lleva el dinero ahí? Me ha fastidiado.

Seguía Quintín avanzando, repartiendo codazos á derecha é izquierda, para poder ponerse al habla con Pacheco. De pronto se oyó el estampido de un tiro, y al momento, casi instantáneamente, otro; un poco de humo salió de una de las ventanas, ocultas por persianas, del cuartel de la Trinidad.

La multitud espantada retrocedió; la gente comenzó á correr en tropel, y en las callejuelas el taconear de los que huían resonaba como un es-

cuadrón de caballos al galope. Quintín tuvo que guarecerse en un portal para no ser atropellado. Otras varias personas se metieron también allá á empujones.

— ¿Qué pasa? — se preguntaban unos á otros.

— Que empiezan á disparar, y hay por ahí el gran fandangazo — contestó uno.

Otro, que acababa de entrar, dijo:

— Es que han matado á Pacheco.

— ¿Usted lo ha visto? — preguntó Quintín.

— Sí, señor. Pasaba por ahí, sin saber nada de lo que ocurría, cuando he visto caer á Pacheco. El hermano ha saltado de su caballo, se ha inclinado sobre el cadáver y ha dicho llorando: Está muerto.

Quintín salió á la calle.

— Si ese hombre tenía el dinero en el bolsillo, no hay modo de recogerlo. Habría que explicar de dónde procede... ¿Y si lo tuviera en casa? ¡Cristo! No hay que desperdiciar el tiempo.

A zancadas salió al Gran Capitán, y tomó un coche. — A la Mezquita — dijo —, de prisa. El cochero lo dejó en una de las puertas de la catedral.

— Espéreme usted — aquí le advirtió Quintín —; tardaré algo. Saltó del coche, cruzó la iglesia, atravesó como una bala el patio de los Naranjos, bajó por el Triunfo, pasó el puente y entró en casa de Pacheco. Sacó la llave, hecha por Diagasio el masón, y abrió la puerta.

Estaba la cama intacta; reconoció la mesilla de noche, no había nada dentro; luego se dirigió á la mesa, sacó un cortaplumas y descerrajó el cajón. Sobre unos libros había una cartera de piel de Rusia, atada con una cinta. La abrió; allí estaban los billetes. No los contó.

— Soy el favorito de la casualidad — dijo Quintín sonriendo.

Cerró la puerta, cruzó el puente, y tiró la llave al río. Por allá todavía no debía saberse la noticia, porque la gente estaba tranquila y no había corrillos. Quintín subió por el Triunfo, atravesó de nuevo el patio de los Naranjos, luego la iglesia y montó en el coche.

— Al Gran Capitán — dijo.

Ya por todas partes se conocía la noticia; las comadres se la comunicaban de puerta á puerta y de ventana á ventana.

— ¿En dónde podría yo dejar este dinero con seguridad? — se preguntó Quintín.

A cualquiera que se lo confiase había de hacerle preguntas indiscretas. ¿Su padrastro? Imposible. ¿Palomares, quizás? Pero Palomares, en su exaltación contra los ricos, era capaz de quedarse con los cuartos. ¿La señora Patrocinio? Estaría indignada contra él. ¿Springer? Este era el mejor.

— Voy á su casa — pensó; y dió las señas al cochero de la relojería del suizo.

CAPITULO XXXII

La feria de los discretos

QUEDÓ un poco parado Springer al ver entrar á Quintín en la tienda, se levantó y le dijo un poco pálido:

— Me figuro á lo que vienes.

— ¿Sí? Será difícil. Primeramente haz el favor de darme unas pesetas para pagar el coche.

El suizo abrió el cajón y le dió dos duros. Pagó Quintín al cochero y volvió á la relojería.

— Chico — le dijo á su amigo —, vengo aquí porque tú eres la única persona de confianza que conozco.

— Gracias —, contestó Springer de mal talante.

— Quisiera que me guardases una cantidad crecida — siguió Quintín, y alargó la cartera.

— ¿Cuánto es eso?

— No sé; lo voy á ver.

Quintín abrió la cartera y se puso á contar los billetes.

— Antes de que me hagas esa confianza —

dijo el suizo como un hombre que toma una decisión violenta —, tengo que decirte una cosa, lealmente, como amigo. Una cosa que quizás te moleste.

— ¿Qué es? — preguntó Quintín, temiendo que la jugarreta hecha al conde de Doña Mencía se hubiese divulgado por el pueblo.

— Que María Lucena y yo nos entendemos... A un amigo leal como tú, yo no le puedo engañar...

Quintín miró con asombro al suizo, y viéndole tan emocionado, sintió ganas de soltar una carcajada; pero le pareció impropio de la situación.

— Me alegro que me lo hayas advertido — dijo gravemente. — Pensaba marcharme de Córdoba, y ahora, sabiendo eso, me iré cuanto antes.

— ¿Y eso no entibia tu amistad?

— De ningún modo.

Springer estrechó afectuosamente la mano de su amigo.

— ¿Con que quieres guardarme ese dinero?

— Sí, venga.

El suizo encerró los billetes en un sobre.

— ¿Qué hay que hacer con esto?

— Yo te lo diré; probablemente girarme á Madrid esa cantidad en varias veces.

— Bueno; se hará.

El suizo subió por una escalerilla de caracol que partía de la trastienda al piso principal, y volvió al poco rato diciendo:

— Ya he guardado eso.

Estaban charlando cuando entró el padre de Springer de prisa.

— Hay alboroto en el pueblo — dijo desde la puerta de la tienda.

— ¿Sí? ¿Pues qué pasa?

— Que han matado á un bandido. Pacheco creo que me han dicho que se llama.

— Tu amigo. ¿Lo sabías? — preguntó el suizo á Quintín.

— No — contestó éste tranquilamente. — Habrá hecho alguna barbaridad.

— Preguntaremos en la calle.

Salieron el padre, el hijo y Quintín á las Tendillas. Anduvieron oyendo los comentarios de grupo en grupo, y en uno en que había un señor que parecía muy enterado se pararon.

— ¿Cómo ha sido la muerte? — preguntó Springer padre.

— Pues verá usted. Pacheco entró por el puente y vino atravesando el pueblo hasta el cuartel de la Trinidad, y parece que el general, al notar el alboroto y la bullanga y oir que gritaban ¡viva el general Pacheco!, preguntó: — ¿Quién es ese á quien llaman general? Aquí no hay más general que yo. — Es Pacheco, le ha contestado un teniente. El pueblo le llama general de la libertad. — ¿Ese bandido? — Sí, señor. Entonces el hombre, como ha visto que toda la gente iba hacia el cuartel, ha mandado apostarse á dos soldados

con el fusil saliendo por la rendija de una persiana. Al llegar Pacheco frente al cuartel de la Trinidad, ha gritado varias veces: — ¡Viva la libertad! ¡Viva la revolución!, y en el mismo momento han sonado dos tiros y el hombre ha caído del caballo, muerto.

Oyeron todos el relato, y tras él hubo una serie de comentarios.

— Eso ha sido una traición — decía uno.

— Un lazo que le han tendido.

— A ese hombre le han engañado de mala manera.

— ¿Engañarle, por qué? — preguntó el padre de Springer á un hombre de blusa que acababa de afirmar esto.

— Porque le habían prometido el indulto — contestó el de la blusa —; todo el mundo lo sabe.

— Pero de prometerle el indulto á entrar como él ha querido hacerlo, como un conquistador, hay mucha diferencia — replicó el relojero.

— Esto va á dar un crujido muy gordo — contestó el hombre.

Volvieron á la relojería, y como las demás tiendas estaban cerradas, el suizo cerró también la suya.

— ¿Quieres comer con nosotros? — dijo Springer á Quintín.

— Hombre, sí.

Subieron al piso de arriba por la escalera de caracol, y Springer presentó á Quintín su madre,

una señora amable, flaca, sonriente, muy activa y vivaracha.

Comieron; y después de comer los tres encendieron su pipa, y el padre de Springer habló con gran entusiasmo de su pueblo.

— El pueblo mío es un gran pueblo — dijo á Quintín sonriendo.

— ¿Cuál es?

— Zurich. ¡Ah! ¡Si viera usted!...

— Pero, padre, ha visto París y Londres.

— ¡Oh! No importa. He conocido muchos de París y de Viena que se han quedado asombrabrados al ver Zurich.

El padre y la madre de Springer, á pesar de que llevaban más de treinta años en Córdoba, no hablaban bien el castellano.

¡Qué diferencia entre aquel hogar y la casa en donde Quintín había vivido con María Lucena y su madre! Allí no se hablaba de marqueses, ni de condes, ni de cómicos, ni de toreros, ni de jacas; allí no se hablaba más que de trabajo, de perfeccionamientos de la industria, de arte y de música.

— ¿De manera que usted se va de aquí? — preguntó Springer padre.

— Sí. Esto está muerto — contéstó Quintín.

— No, no, eso no — contestó Springer hijo. — Esto no está muerto; Córdoba es un pueblo que duerme. Todos los reyes lo han castigado. Se ha suprimido su civilización natural, su civilización

propia, y se ha querido sustituirla violentamente por otra. . . Y pensar que un pueblo pueda seguir viviendo próspero con ideas contrarias á las suyas, con leyes que pugnan con sus costumbres y sus instintos, es una barbaridad.

— Chico — repuso Quintín un tanto cínicamente —, á mí la causa me tiene sin cuidado. Lo que sé es que aquí no se puede vivir.

— Eso es verdad — afirmó Springer padre. — Aquí no se puede intentar nada nuevo porque sale mal. Aquí nadie pone nada de su parte para sacudir esta inercia. Aquí nadie trabaja.

— No diga usted eso, padre.

— Lo que dice tu padre es cierto — añadió Quintín —; y no sólo es eso, sino que la actividad de los pocos que trabajan, molesta y ofende á los que no hacen nada. Yo, por ejemplo, que hasta ahora no he hecho más que vivir como un perdido, tengo amigos y hasta admiradores. Si me hubiese dedicado á trabajar, todo el mundo me miraría como á un pelafustán, y de cuando en cuando, al descuido, pondrían una piedra á mi paso para que tropezara.

— No, no sería piedra — dijo Springer —; sería un granito de arena.

— Más infame todavía — repuso Quintín.

— No — agregó su amigo —, porque eso no se hace por maldad. Este pueblo, como casi todos los españoles, vive una vida arcaica. Todo tiene aquí un cúmulo enorme de dificultades. Todos

son puntos muertos y los cerebros no andan. España es un cuerpo con las articulaciones anquilosadas; cualquier movimiento le produce dolor: por eso el país para progresar tendría que marchar lentamente, sin saltos.

— Pero en medio de esta turba de abogados, de militares, de curas, de prestamistas, ¿crees tú que hay algo sano? — preguntó Quintín.

— Yo creo que no — saltó diciendo el padre; — aquí no hay elementos de progreso; no hay hombres que empujen para adelante, como en nuestro país.

— Yo creo que sí — respondió el hijo —; pero los que hay, solos como están, terminan por no ver la realidad, y llegan á ser hasta perjudiciales. Es como si en esta relojería, entre las ruedas de los relojes de bolsillo nos encontrásemos con una rueda de un reloj de torre. No nos serviría de nada; no podría engranar con ninguna otra. Ahí está ese marqués del Adarve, que es un hombre bueno é inteligente; pues ya pasa por un chiflado, y en parte lo está, porque por reacción contra los demás ha llegado á la extravagancia. Lleva un paraguas automático, una petaca mecánica y otra porción de chismes raros. Para la gente es un loco.

— Si aquí — dijo Springer padre — no hay que ser más que agricultor ó usurero.

— Los oficios en donde no hay que trabajar — aseguró Quintín. — Es el ideal del espa-

ñol: trabajar como un moro y ganar como un judío. — Es también mi ideal, se dijo para sí mismo.

— Lo que decíamos antes — añadió Springer hijo —: la vida arcaica, dirigida por ideas románticas, hidalguescas...

— ¡Ah, no! — replicó Quintín. — En eso estás completamente equivocado. Nada de romanticismos ni de hidalguías; prosa, pura prosa. Hay más romanticismo en la cabeza de un inglés que en la de diez españoles, y más si estos españoles son andaluces. Son muy discretos, amigo Springer; somos muy discretos, si te parece mejor. Mucha facundia, mucha palabra entusiasta y fogosa, mucho floreo; un aspecto superficial de confusión ingenua y candorosa; pero en el fondo la línea recta y segura. Hombres y mujeres, discretísimos. ¡Créelo! La exaltación por fuera y el frío por dentro.

Era la hora de trabajar, y Springer, padre é hijo, bajaron al taller.

— ¿Ves? — dijo el suizo á Quintín mientras se sentaba en su silla y colocaba su lente en la órbita —. Quizás sea cierto lo que tú dices, pero á mí me gusta pensar otra cosa. Soy un romántico y me figuro vivir entre hidalgos y damas... Ya ves, yo, que soy un pobre plebeyo suizo. Y tan acostumbrado me encuentro á esto, que cuando salgo de Córdoba en seguida siento la nostalgia de mi taller, de mis libros, de los pequeños

conciertos que tenemos mi madre y yo, en que tocamos á Beethoven y á Mozart.

Quintín contempló á Springer como á un sér extraño y absurdo, y se paseó de un lado á otro de la tienda. De pronto se detuvo frente á su amigo.

— Oye — le dijo —, ¿tú crees que yo te puedo engañar, darte un consejo desleal por interés ó por una mala pasión?

— No; ¿qué quieres decir con eso?

— Que no te comprometas con María Lucena.

— ¿Por qué?

— Porque es una mujer perversa.

— Es que la odias.

— No; la conozco porque la he tratado sin el menor cariño, y aun así ella me vencía en egoísmo y en frialdad. Es una mujer que cree que tiene corazón porque tiene sexo. Llora, ríe, parece buena, parece ingenua: el sexo. Como esos animales lascivos y crueles, odia en el fondo al macho. Si tú te acercas á ella cándidamente, destrozará tu vida, te enemistará con tu padre y con tu madre, jugará contigo de la manera más cruel.

— ¿Me dices de veras eso? — preguntó el suizo.

— Sí. Es la verdad, la pura verdad. Ahora — añadió Quintín —, si tú estás como la piedra en un barranco, que ya no puede menos de caer, caerás; pero si puedes defenderte, defiéndete. Ahora, ¡adiós!

— Adiós, Quintín; pensaré en lo que me has dicho.

Quintín fué á hospedarse á una de las fondas del Gran Capitán. Tenía la intención de marcharse cuanto antes.

Efectivamente, por la noche, después de cenar, salió de casa y se dirigió hacia la estación; pero al pasar por la Victoria notó que cuatro personas le seguían. Volvió rápidamente, porque no quería meterse en sitios solitarios, seguido por aquella caterva, y se refugió en la fonda.

¿Quiénes serían los que le seguían? Quizás el hermano de Pacheco. Quizás alguno de los acreedores. Había que estar en guardia. Precisamente el cuarto de la fonda era de una situación estratégica admirable. Estaba en el piso bajo y tenía una reja que daba al paseo.

Quintín pudo comprobar al día siguiente que los amigos de Pacheco vigilaban constantemente la fonda. Luego, á éstos se unieron los usureros, que á cada paso iban á preguntar por Quintín.

De día no le importaba salir á la calle, pero de noche cerraba su cuarto y ponía un armario delante de la puerta. Sentía Quintín miedo al pensar si su última aventura sería para él fatal.

— Hay que salir de aquí, no hay más remedio, y hay que salir sin escándalo.

Un día, al siguiente de la batalla de Alcolea, iba Quintín seguido y vigilado por las huestes

de Pacheco, cuando al pasar por delante de la Diputación, Diagasio el ferretero, que estaba en la puerta, le dijo:

— Allá arriba está don Paco.

Subió Quintín las escaleras, se coló por una puerta abierta y vió en un salón al terrible don Paco, rodeado de varios amigos, que estaba haciendo de las suyas.

Había mandado el gran revolucionario al portero mayor que descolgase un retrato de Isabel II, pintado por Madrazo, que ocupaba el centro de un testero, y después de llenar de improperios y de insultos á la retratada, ante el asombro y la estupefacción del pobre portero, tuvo don Paco una idea feroz, una idea digna de un bebedor de sangre.

Sacó del bolsillo del chaleco un cortaplumas, y entregándoselo al portero y señalando el retrato le dijo:

— Córtele usted la cabeza.

— ¿Yo? — balbuceó el portero.

— Sí.

El pobre hombre temblaba ante la idea de cometer tal profanación.

— Pero, don Paco, ¡por Dios!, que tengo hijos.

— Córtele usted la cabeza — repitió inflexible el audaz revolucionario.

— Mire usted, don Paco, que dicen que este retrato está muy bien pintado.

— Imposible — replicó don Paco, con un gesto digno de Saint-Just. — Es de un pintor servil.

Entonces el portero, gimoteando, hundió el cortaplumas en la tela y fué rajándola con mano temblorosa.

En tal momento entraron en la sala varias personas, entre ellas Pablo Springer.

— ¿Está usted haciendo de cirujano, don Paco? — le preguntó el suizo con un gesto burlón.

—Sí, señor, á los reyes hay que darles en la cabeza.

El portero, luego de cortar el lienzo, quedó con el trozo en la mano, y, vacilante, preguntó á don Paco:

— Y ahora, ¿qué hago con esto?

— Lleve usted esa cabeza — rugió don Paco con voz sorda — al presidente de la Junta revolucionaria.

Quintín miró al suizo y le vió sonreir irónicamente.

— ¿Qué te parece esa ejecución en efigie de esta María Antonieta gordinflona?

— ¡Magnífico!

— Lo que te decía yo. Somos el pueblo de los discretos.

Los dos amigos se despidieron riendo, y Quintín se marchó á su casa.

CAPITULO XXXIII

La última partida

ENTRÓ Quintín en la fonda y se metió en su cuarto. Escribió un artículo de despedida para *La Víbora*, con el título «¡Ahí queda eso!».

Cuando anocheció, encendió la luz y pidió la cena. Comía en su cuarto para no tener algún mal encuentro en el comedor.

Al traerle la cena el mozo vino con dos cartas. Una, por el sobre garrapateado toscamente, comprendió Quintín que era del hermano de Pacheco. Decía así:

«Si no devuelve usted la cartera que robó en casa de mi hermano, no saldrá usted vivo de Córdoba. No se haga usted ilusiones; no se escapa usted. Están vigiladas todas las salidas. Puede usted dejar el dinero en la taberna del Cuervo, donde irán á recogerlo.

Un amigo.»

— Muy bien — dijo Quintín —. Veamos la otra carta. La abrió y era más lacónica aún que la anterior.

«Sabemos que tiene usted dinero y no quiere usted pagar. Tenga usted cuidado.

Varios acreedores.»

— Pues señor — murmuró Quintín — toda una conjuración de bandidos y de usureros se trama contra mí.

Ni á él, ni á los otros les convenía que se mezclase la justicia en el asunto. El más listo, el más fuerte, ó el que tuviera más astucia ganaría la partida.

Quintín se figuraba poseer tales cualidades en mayor grado que sus enemigos; esta reflexión le tranquilizó un poco, pero á pesar de ella, no logró dormir en toda la noche.

Al levantarse miró, como solía hacer todos los días, por la reja de su cuarto. Allí estaban, enfrente, sentados en un banco, varios tipos astrosos espiando. A la hora, los sustituyeron otros. Sin duda había relevo.

Después de comer, salió Quintín de la fonda; al llegar á la esquina de la calle de Gondomar, miró disimuladamente hacia atrás. Tres hombres le seguían, haciéndose los distraídos. Quintín bajó á las Tendillas, torció hacia la izquierda, entró en el Casino y se colocó á tomar café cerca de una ventana que daba á la calle.

Los tres puntos siguieron en su espionaje.

Quintín hizo como que no los veía, cogió varios periódicos, y mientras parecía enfrascado en

la lectura, estuvo ideando proyectos de fuga y dándoles mil vueltas en la cabeza. La cuestión era que no interviniese la justicia, que no hubiese escándalo.

En estas cavilaciones le sorprendió don Paco, que venía á tomar café. El hombre se rezumaba de júbilo. Se había hecho la Revolución, la más gloriosa, la más humana, presenciada por los siglos. El mundo entero, franceses, ingleses, suizos, alemanes, envidiaba á los españoles. España iba á ser un país distinto. Ahora, ahora se realizarían las grandes conquistas del Progreso y de la Democracia, el sufragio universal, la libertad de cultos, la libertad de asociación...

— ¿Y usted cree que con todo eso se vivirá mejor? — preguntó Quintín fríamente.

— ¡Pues no se ha de vivir! — exclamó don Paco asombrado de la pregunta —. ¡Si le digo á usted que se va á realizar todo el programa progresista!

Quintín sonrió burlonamente.

Don Paco siguió perorando. Su eterna pena era ver que después de haber hecho lo que él había hecho por la Revolución, le regatearan los méritos.

Mientras el viejo discurseaba, Quintín seguía barajando proyectos y observando distraídamente á sus perseguidores. De pronto se le ocurrió una idea.

— Vaya, don Paco, ¡buenas tardes! — dijo, y

sin mas explicación se levantó de la silla y salió de la sala. Cruzó un patio del Casino, subió luego una escalera, pidió á un mozo la llave del terrado, esperó un rato á que se la trajese y salió á la azotea. Por allí podía escaparse, pero había el peligro de la salida...

— ¿Y si me fuera á la taberna del Cuervo á salir por el convento de monjas? — se dijo — Eso sería admirable. ¡Meterme en la boca del lobo para escapar! Eso es lo que voy á hacer. Esperaré á que obscurezca.

Bajó de nuevo al salón, y se apostó en la ventana. Siguió el espionaje. Al caer la tarde Carrahola y el Rano paseaban la calle.

Quintín salió á la puerta del Casino y llamó á Carrahola.

— ¿Se puede saber á qué viene esta persecución? — le dijo.

— Usted lo sabe mejor que nadie, don Quintín — contestó Carrahola. Hace usted mal en no devolver ese dinero.

— ¡Bah!

— Sí, señor; créame usted. Está todo guardado, la estación, los caminos; no sale usted de Córdoba si no paga.

— ¿De veras? — preguntó Quintín manifestándose asustado.

— Lo que oye usted. Como que le vale á usted más entregar ese dinero y no exponerse á que le den una puñalada.

— ¡Demonio! Casi casi me convence usted.

— Hágalo usted, don Quintín.

— ¿Y á quién le entrego yo ese dinero?

— A Pacheco. Al hermano del señor José. Todas las noches va á eso de las ocho á la taberna del Cuervo.

— Lo pensaré.

— ¡No piense usted, cristiano! Ahora mismo debe usted tomar ese dinero y llevarlo.

— Nada; me ha convencido usted. Voy ahora mismo.

Quintín, seguido del Carrahola y del Rano, se dirigió á la fonda, entró en ella, cerró la ventana y encendió una luz. Tenía aún en el bolsillo la cartera que había cogido en casa de Pacheco, la sacó y la puso sobre la mesa.

Abrió luego el armario de luna, registró los cajones y en uno encontró unas planas escritas por algún chico y en otro un catecismo usado y roto del padre Ripalda.

Cogió las planas y el catecismo, los ató con un bramante y metió el bulto en la cartera, que volvió á atar con otro bramante.

— Muy bien — murmuró riendo.

Hecho esto, apagó la luz, metió la cartera en el bolsillo de la americana y salió de la fonda. Comenzó á andar de prisa, como hombre que tiene una decisión rápida, y se dirigió á la taberna del Cuervo, escoltado por Carrahola y el Rano.

Se asomó á la tienda, y al ver al Cuervo, con aire malhumorado, exclamó:

— ¡Hola!

— ¡Hola, don Quintín!

— ¿Está el hermano de Pacheco?

— No, señor.

— ¿A qué hora viene?

— A eso de las ocho, ó cosa así.

— Está bien; yo vengo á entenderme con él y no sé si á darle un dinero ó una puñalada. Mire usted, aquí está la cartera que él busca. Guárdela usted. Le voy á esperar aquí mismo á Pacheco, porque tengo que escribir unas cartas.

— Suba usted ahí arriba.

Subieron Quintín y el Cuervo á un cuarto con un balcón á un patio.

— Ahora le traeré á usted tintero y papel — dijo el tabernero.

— Bueno. Hasta que no venga Pacheco que no me moleste nadie. ¿Sabe usted?

— Está bien.

— Cuando venga me llaman y nos entenderemos él y yo. Pero que conste que no se abre la cartera sin estar yo delante.

— Descuide usted.

Salió el tabernero y quedó solo Quintín en el cuarto. Escuchó un momento y oyó las voces alegres del Carrahola y del Rano. Sin duda ya cantaban victoria.

— Vaya, no hay que perder tiempo — dijo

Quintín —; y echándose al otro lado del balcón, que no era muy alto, y agarrándose á una cañería bajó al patio. Lo cruzó arrimándose á la pared. Empujó la puertecilla, la cerró sin hacer ruido y comenzó á subir las escaleras despacio. Crugían los escalones al poner el pie encima de ellos.

Al llegar Quintín arriba, vió que la puerta por donde había pasado la otra vez, en compañía del Cuervo, estaba cerrada. Tenía un montante, lo abrió, y por él, tras de esfuerzos sobrehumanos, llegó á pasar, no sin lastimarse un pie. Al caer del otro lado hizo algún ruido.

Escuchó durante algún rato, por ver si alguien le perseguía. No se oyó nada. Cerró el montante.

— Cualquiera sabe por dónde he salido — murmuró.

Encendió un fósforo, que tuvo en el hueco de la mano hasta encontrar aquella especie de escalera formada por cabos de viga que salían de la pared. La encontró. Apagó el fósforo, y á obscuras subió al camaranchón.

Volvió á encender otra cerilla y buscó la salida por donde habían pasado el Cuervo y él, pero no la encontró. Mirando mejor vió que estaba tapada con unas tablas sujetas con ladrillos. Con las uñas los fué arrancando uno á uno; luego sacó la tabla y apareció el boquete.

Quintín salió al tejado. Aún estaba claro.

— Orientémonos — se dijo —. Aquella es la guardilla. Allí hay que ir primero.

Agachado, á cuatro patas, se deslizó hasta llegar allá. Se detuvo un momento para orientarse de nuevo.

— Ahora hay que cruzar la azotea donde abandonamos á doña Sinda, que debe ser aquella. Vamos.

Siguió su camino, saltó la barandilla por un lado, luego por otro, avanzó más y se despistó. Estaba confuso, no sabía hacia donde tirar, si á la derecha ó á la izquierda. Comenzaba á obscurecer, y Quintín daba vueltas y vueltas infructuosas sin encontrar la cornisa por donde había pasado con Pacheco.

De pronto oyó el tin-tan de una campana, y suponiendo que sería del convento de monjas, en la dirección del sonido, subió el caballete de un tejado y vió abajo el patio de un convento donde paseaban varias monjas. Era un patio hermosísimo, con una alberca en el centro.

Quintín bajó toda el ala de un tejado; encontró la cornisa, y á gatas llegó al balcón, que estaba abierto. Saltó á la escalera.

Enfrente había un pasillo, y á un lado de éste una puerta abierta que daba á una cocina. Debía ser la casa del jardinero; en medio de la cocina, sentado en los ladrillos, estaba un chiquillo jugando. De la pared colgaba una blusa sucia y un sombrero viejo.

— ¡A ellos! — dijo Quintín.

Entró en la cocina, cogió la blusa en una mano y el sombrero en la otra, y escapó rápidamente. El chico, asustado, comenzó á llorar. Quintín bajó las escaleras hasta el huerto, y como nadie le veía, se puso la blusa, se caló el sombrero y salió á la calle.

Por entre callejuelas fué caminando en dirección del Matadero y el Campo de San Antón. Á la entrada de la noche marchaba ya carretera de Madrid adelante.

En tanto, en la taberna del Cuervo todo era bulla y jolgorio. La noticia de que Quintín estaba allí con el dinero, esparcida por Carrahola, había atraído á todos los truhanes que habían tomado parte en la intentona de Pacheco. Pensaban cobrar sus servicios, y el Cuervo les fiaba vino.

Esperaban con impaciencia la llegada de Pacheco, que aquel día tardó más que nunca. A las ocho y media el hombre se presentó.

— ¡Pacheco! Ya ha venido — gritaron todos á la vez al verle.

— ¿Quién?

— Quintín. Aquí está la cartera.

— Le habéis dejado marchar sin seguirle — preguntó el hombre, sospechando una jugarreta.

—¡Cá! — replicó el Cuervo — Está arriba. Ha dicho que no se abra la cartera sin que esté él delante.

— Bueno — y Pacheco palideció —. Avísele usted que estoy aquí.

Sabía Pacheco por su hermano la clase de hombre que era Quintín, y le daba mala espina aquello. Esperaba una sorpresa, y se preparó.

El Cuervo subió al cuarto en donde había dejado á Quintín y llamó varias veces:

— ¡Don Quintín! ¡Don Quintín!

No contestó nadie.

— ¡Don Quintín! ¡Don Quintín!

El mismo silencio.

El Cuervo, entonces, abrió suavemente la puerta. El pájaro había volado. ¿Pero, por dónde?

A las voces dadas por el Cuervo, Pacheco, Carrahola y el Taco, subieron las escaleras apresuradamente.

— ¿Qué pasa? — preguntaron.

— Nada, que no está.

— ¡Me lo figuraba yo! — exclamó Pacheco.— ¿Y entonces qué hay en la cartera? Vamos á verlo.

Bajaron de prisa, cortó Pacheco los bramantes, abrió la cartera y cayeron sobre el mostrador las planas escritas por el chico y la doctrina del padre Ripalda, usada y rota.

Un grito de rabia lanzaron todos.

— Hay que buscarlo — dijo uno — y hacerle pagar la bromita.

Recorrieron la casa, miraron por todos los rincones. Nada.

— ¡Ah!... ya sé por dónde ha ido — dijo el tabernero —, por aquí, y señaló la puerta del patio. Encendió un farol y miró los escalones uno á uno por si se veían huellas en el polvo. Se discutió si sería aquel rastro de Quintín, pero al ver arriba la puerta cerrada, casi todos opinaron que por allí no podía haber pasado.

— Sin embargo — dijo el Cuervo — seguiremos adelante —. Abrió el hombre la puerta, subió al camaranchón y vió las maderas arrancadas que dejaban libre la abertura para salir al tejado.

— Por aquí se ha escapado.

— ¿Y qué se hace? — preguntó Pacheco.

— Una cosa muy sencilla — contestó el Cuervo — rodear toda esta manzana de casas. Probablemente, habrá esperado á la noche para salir, y quizás se le pueda pescar todavía.

— Muy bien — dijo Pacheco — vamos abajo enseguida.

A todos los que estaban en la taberna les pareció admirable la idea. Dispuso Pacheco cómo había de hacerse la guardia, é indicó á su gente que advirtieran á los serenos.

Con la esperanza de cobrar, toda la truhanería estuvo á pie firme en su puesto. De cuando en cuando volvían á la taberna á tomar una copa.

Amaneció, y siguió la gente de Pacheco paseando las calles, tan pronto esperanzados, como sin esperanza alguna.

Al día siguiente por la mañana seguía aún la

guardia de los truhanes cuando aparecieron en la calle, al trote, dos soldados de lanceros, y se pararon delante de la taberna.

— ¿Es esta la taberna del Cuervo? — preguntó uno de ellos.

— Sí, señor.

— Bueno. Ahí va esa carta.

El tabernero, con el asombro pintado en el semblante, tomó la carta, y como no sabía leer se la entregó á Pacheco. Este la abrió y la fué leyendo:

«Queridos amigos. A la hora en que recibáis esta carta estaré á muchas leguas de ahí. He salido vivo de Córdoba, á pesar de vuestras advertencias. No os he dejado en la cartera dinero, sino algo mejor para la salvación de vuestras almas. Expresiones á los queridos amigos. — *Q.*»

Pacheco palideció de ira.

— Ya no se puede hacer nada — murmuró.

De noche, en la tertulia del Casino, hablaban de Quintín.

Un señor leía en *La Víbora* el artículo de despedida que había publicado Quintín con el título de «Ahí queda eso».

— A ver, á ver ese final — dijeron unos cuantos.

El señor comenzó á leer el final. Decía así:

— «¡Adiós Córdoba, pueblo de los discretos, espejo de los prudentes, encrucijada de los ladi-

nos, vivero de los sagaces, enciclopedia de los donosos, albergue de los que no se duermen en las pajas, espelunca de los avisados, cónclave de los agudos, sanhedrín de los razonables! ¡Adiós Córdoba! Y ahí queda eso.»

— Está bien — dijo uno riendo —. La verdad es que ese Quintín es un muchacho simpático.

— Y prosperará.

— Ya lo creo.

— Cualquier día lo vemos diputado.

— Ó ministro.

— Hay que reconocer que es un muchacho simpático.

Y Escobedo el de las barbas negras que estaba presente, añadió:

— Siempre es simpático el que triunfa.

CAPITULO XXXIV

Final.

Seis años después, en la terraza del Casino de Biarritz, Quintín, indiferente, fumaba un cigarro. Tocaban la *Fille de madame Angot,* y esta música cancanesca y el ambiente tibio de otoño adormecían á Quintín.

Sobre la mesa, que tenía delante, estaba la *liste rose* de un hotel, y entre nombres de duques y marqueses, se veía: Quintín García Roelas, diputado: Madrid. Esto hacía sonreir á Quintín como el recuerdo de una vanidad de niño.

Quintín había variado de cara, sobre todo en expresión; ya no era un muchacho; algunas arrugas surcaban su frente, y cerca de los ojos se iniciaba la pata de gallo. En seis años el antiguo calavera había desplegado una actividad incansable. Marchó de triunfo en triunfo. A su padre le había hecho marqués en tiempo de Amadeo; había conseguido una fortuna ganada en operaciones bursátiles, y si su posición política no

era mayor, consistía en que se reservaba, esperando una situación alfonsina ó carlista.

Y, sin embargo, á pesar de sus éxitos y de sus triunfos, sentía el corazón vacío. Contaba treinta y dos años. Podía continuar la vida brillante que había conquistado, llegar á ser ministro, entrar en la sociedad aristocrática; pero todo esto no le encantaba. En el fondo de su alma veía que marchaba hacia el *spleen*. Biarritz le aburría de un modo espantoso.

— Quizás, lo mejor para mí, sería hacer un gran viaje — pensó.

Con esta idea se levantó de la silla, salió del Casino y se fué á pasear á la playa. Estaba cerca de la plaza Bellevue mirando al mar, cuando oyó una voz que le hizo estremecerse.

Era Rafaela, la misma Rafaela, con dos niños de la mano y una nodriza que llevaba otro, protegido con una sombrilla. Quintín se acercó á ella.

Se saludaron los dos, emocionados.

Rafaela estaba desconocida; había tomado cuerpo y aspecto de salud; vestía de una manera elegantísima. Lo único que conservaba de su carácter antiguo, eran los ojos dulces, suaves, como de raso azul. La sonrisa era ya de madre.

Hablaron Rafaela y Quintín durante largo rato. Ella contó sus grandes dolores con las enfermedades de sus hijos. Uno se le había muerto; afortunadamente, los dos mayores se habían robus-

tecido, gracias á la vida al aire libre, y la pequeña, la de pecho, prometía ser muy fuerte.

— ¿Y Remedios? — preguntó Quintín.

— ¡Remedios! — exclamó Rafaela —; no sabe usted lo enfadada que estoy con ella.

— ¿Por qué?

— Porque tiene un carácter imposible. No quiere ceder á nada.

— Sí, de niña se veía que era voluntariosa.

— Pues ahora es mucho más. A mi marido y á mi suegra, los odia desde el primer día; pues han hecho todo lo que han podido para complacerla, para mimarla... Nada.

— Es terrible — añadió sonriendo Quintín.

— Ahora queríamos traerla aquí, luego llevarla á París; pues á última hora ha dicho que no quiere. Luego, ya ve usted; tiene veintidos años, y está preciosa; podría casarse muy bien, porque allí donde va tiene pretendientes, muchachos ricos, de título; pues nada. Y le pierde que tiene demasiado corazón. Yo ya le digo: en la vida no se puede ser así; hay que ocultar las antipatías, moderar un poco los cariños... Haciendo lo que hace Remedios, se expone una persona á sufrir mucho.

— Y, casi casi, ¿no vale más engañarse que acertar, á costa de ir secando poco á poco el corazón?

— Yo creo que vale más acertar, Quintín.

— ¿Qué se yo? Sigue usted tan discreta como antes, Rafaela.

— No; mucho más práctica que antes. Pero usted tampoco es de los que se pierden.

— Es verdad — dijo Quintín suspirando.

En esto se presentó un caballero elegantemente vestido con chaleco blanco y guantes grises.

— ¿No se conocen ustedes? Mi marido... Quintín, nuestro pariente.

Se dieron los dos hombres la mano, y se sentaron ellos y Rafaela en una roca, mientras los niños jugaban en la arena. Quintín se asombró al ver la transformación de Juan de Dios. El mozo zafio y bravío se había metamorfoseado en un señor correcto, elegante, con ademanes parisienses. No recordaba en nada al jaque cordobés.

Habló Juan de Dios amablemente; Quintín comprendió que estaba dominado por su mujer, porque á cada paso le miraba como pidiéndole asentimiento á lo que decía. Ella le animaba con un gesto, con una mirada, y él seguía. Habló de la situación á la que habían conducido á España los republicanos, de las partidas facciosas que estaban preparándose en la frontera...

Quintín no le oía pensando en Remedios, en aquella niña voluntariosa, de tanto corazón, que despreciaba á los galanes. En un alto de la charla, preguntó Quintín á Rafaela:

— ¿Y dónde está ahora Remedios?

— En un cortijo nuestro, cerca de Montoro.

— La voy á escribir.

— Sí, hágalo usted — dijo Rafaela —. No sabe usted lo contenta que se pondrá. A esas cosas le dá una gran importancia. Le recuerda á usted mucho. Cuando ha hablado usted en el Congreso, ha leído todos los discursos de usted.

— ¿De veras? — preguntó Quintín riéndose.

— Sí; es verdad — contestó Juan de Dios.

— ¿Y qué señas hay que poner á la carta?

— Pues nada, cortijo del Maillo, Montoro.

Quintín esperó un momento, fraguando un plan, luego, cruzó unas frases de despedida con Rafaela y su esposo, y se fué á su hotel. Iba decidido á tomar el tren y á marcharse á buscar á Remedios. ¿Por qué no ensayar? Quizás ella había pensado en él desde niña; quizás le esperaba y rechazaba por eso á los pretendientes.

Sí, había que ensayar. En la fonda mandó hacer su equipaje, tomó el tren y bajó, á los pocos minutos, en San Juan de Luz.

— No hay seguridad de cruzar hasta Burgos sin tropiezo — le dijeron en la estación.

— ¿Y qué se hace?

— Embárquese usted para Santander y desde allí va usted á Madrid.

Hizo ésto, y al día siguiente sin detenerse, tomó el tren de Andalucía.

Bajó del tren en Montoro por la mañana, alquiló un caballo, preguntó la dirección del cortijo del Maillo, é inmediatamente salió del pueblo.

El día de Octubre estaba brumoso. Comenzaba á lloviznar.

Hacía ya más de ocho años que Quintín había llegado á aquella tierra, de vuelta del colegio, en una mañana también brumosa y triste.

¡Qué caudal de energía y de vida perdido desde entonces! Era verdad que había vencido, que llevaba camino de ser alguien, pero ¡qué diferencia entre el triunfo pensado y el triunfo ya convertido en hecho! Valía más no recordar, no pensar nada y esperar.

Enfrente, en el horizonte brumoso, se veía una línea de colinas bajas y abombadas. Hacia allí le habían dicho á Quintín que tenía que ir, y hacia allá marchaba al paso lento de su caballo. El camino se dirigía, trazando curvas por la tierra llana, entre campos de rastrojo.

Algunas yuntas de grandes bueyes labraban la tierra parda; volaban las urracas rasando el suelo y en lo alto, bandadas de pájaros como triángulos de puntos negros pasaban chillando.

En esto, apareció en el camino un hombre montado á caballo con una pica muy larga, como una lanza, la punta para arriba y la contera apoyada en el estribo, é hizo seña á Quintín de que se apartara. Lo hizo así él, y pasaron unos cuantos toros y cabestros. Detrás iban dos garrochistas montados á caballo, con las picas agarradas por el centro, balanceándolas horizontalmente.

— ¡A la paz de Dios, señores! — dijo Quintín.

— Buenos días, caballero.

— ¿Voy bien al cortijo del Maillo?

— Sí, señor; va usted bien.

— Muchas gracias.

Quintín siguió su camino. Antes de internarse en la parte algo montañosa, se presentó ante sus ojos un cortijo. Se acercó á la casa, metiendo su caballo en la tierra rojiza convertida en un barrizal.

— ¡Eh! — gritó.

Apareció en la puerta un viejo, con unas zajonas historiadas de cuero negro, adornadas con listas blancas y sujetas á las corvas por abrazaderas.

— ¿Es éste el cortijo del Maillo? — le preguntó Quintín.

— No, señor. Este es el de las Palomas, que es también del mismo amo. ¿Ve usted aquel cerro con árboles? Pues trasponiéndolo se empieza á ver el cortijo.

Dió las gracias Quintín, y puso su caballo en marcha. Caía una lluvia menuda. Por entre los árboles lejanos, casi desnudos y amarillos, corría la niebla azulada.

Desde lo alto del cerro se veía una vallada enorme, cuadriculada por campos rectangulares, unos cubiertos aún de rastrojos, otros negros de la tierra recién labrada, algunos que comenzaban á verdear. En medio, como islotes negruzcos, se veían colinas cubiertas de olivares;

más lejos, en grandes dehesas, pastaban los caballos.

Se detuvo Quintín un instante en el alto del cerro, vacilando, sin saber por dónde tomar, cuando oyó detras de él un tintineo de cascabeles y luego una voz que gritaba:

— ¡Arre, Liviano! ¡Arre, Remendao!

Era un mozo, montado en las ancas de un jumento, con los pies que casi tocaban la tierra, y que llevaba del ronzal un asno cargado con un serón.

— ¿El cortijo del Maillo? — le preguntó Quintín.

— ¿Va usted allí? Allí voy yo también.

El muchacho comenzó á hablar, y departiendo amigablemente llegaron al cortijo. Era éste grande, con una larguísima tapia que cerraba todos los departamentos é instalaciones de la casa. Dentro había una ermita con su cruz y su veleta.

— ¿Quién me indicará dónde está la señorita Remedios? — preguntó Quintín.

— Llame usted al casero.

El casero no estaba y hubo que esperar. Salió por fin un hombre de unos cuarenta años, fuerte, de cara redonda; se enteró de lo que quería Quintín, y le mostró un jardincillo y en el fondo una puerta. Llamó Quintín, abrieron y se presentó una vieja en el umbral de la puerta.

— ¿Está la señorita Remedios?

— ¡Es usted! — exclamó la vieja. — ¡Qué con-

tenta se va á poner la niña! Pase usted, pase usted.

— Usted es la nodriza de Rafaela, ¿verdad? — preguntó Quintín.

— Sí, señor.

Atravesaron un patio y entraron en una cocina inmensa, con el fogón en el suelo. Al lado de la lumbre había un viejecito con el pelo blanco.

— ¿No le conoce usted? — dijo á Quintín la que le había abierto la puerta. — Es el señor Juan, el jardinero de la otra casa. — ¡Juan! — gritó luego —, ha venido el señorito Quintín.

El viejo se levantó y cogió la mano de Quintín y la tuvo largo rato entre las suyas.

— No veo bien. Me voy quedando ciego y sordo. — Y el señor Juan se echó á reir.

— Ya tendrá usted edad, ¿eh?

— Setenta y cinco. Je... je... Siéntese usted aquí á secarse un poco. Ahora vendrá la niña. Hará mucho tiempo que no la habrá usted visto, ¿verdad?

— Seis años.

— ¡Pues está de bonita!... Una azucena. Y luego, ¡más cariñosa! ¡Si viera usted! Enseña á leer y á bordar á las niñas de todos los trabajadores.

— ¿Y usted aquí con ella, señor Juan?

— Sí, señor, con ella siempre. Todos mis hijos están trabajando en la casa. Es lo que debía usted hacer, señorito: venirse á vivir por aquí.

— Si pudiera... — suspiró Quintín.

En un momento de la conversación se abrió la puerta y entró precipitadamente Remedios.

Quintín se levantó y quedó contemplándola asombrado.

— ¡Es Quintín! — dijo ella.

— Sí, soy yo.

— Al fin has venido — añadió ella, y le alargó la mano.—¿Qué me miras? ¿He cambiado mucho?

— Mucho, muchísimo.

Estaba encantadora con su traje blanco, que dibujaba el talle esbelto y la cadera abultada. En sus labios había una sonrisa llena de gracia, y sus ojos negros brillaban.

— Tú estás igual — dijo ella.

— Sí, igual... Más viejo. He visto á Rafaela y á Juan de Dios en Biarritz. Ellos me han dicho que estabas aquí.

— ¿Y has venido en seguida?

— Sí.

— Muy bien hecho. Vamos al comedor. Yo soy ahora el ama de casa.

Pasaron al comedor. Era un cuarto grande, blanqueado, con vigas azules en el techo, y un armario grande y tosco para la vajilla. En medio había una mesa pesada de roble, con un hule blanco, y en el centro de ella un jarrón de cristal lleno de flores. Al lado de la ventana había un bastidor de bordar y una canastilla de mimbre con ovillos de color.

— Anda, siéntate — dijo ella. — Ahora pondrán la mesa. ¿Pero por qué me miras tanto?

— Es que estás transformada, chica; pero transformada en bien.

— ¿De veras?

— Sí, de veras; ya no tienes aquel aspecto inquieto de antes.

Puso la mesa una muchachita y se sentaron Remedios y Quintín. Remedios contó su vida, una vida sencillísima.

— Ya sé que das lecciones á las chicas — le dijo Quintín. — ¿Eso te entretiene?

— Mucho. ¡Son unas chiquillas más listas todas!

Después de comer, la vieja criada condujo á Quintín á un cuarto grande con una alcoba. Se sentó el hombre en un sillón, preocupado. La presencia de Remedios le había producido un efecto inaudito. Se sentía atraído hacia ella como nunca se había sentido atraído por una mujer. Al mismo tiempo le embargaba un sentimiento de humildad, no porque ella fuera aristocrática y él no, ni porque ella fuese joven y bonita y el ya viejo, sino porque comprendía que era buena.

— Si esto concluyera bien — pensó —, ¡qué acierto más grande el de venir aquí! Pero si no concluye bien, mi vida está destrozada.

Quintín se levantó y paseó durante más de una hora por el cuarto, contempló una virgen del

Carmen, con el manto lleno de abalorios, colocada sobre la cómoda de nogal, miró distraídamente las litografías coloreadas de las paredes, que representaban unas escenas de la novela *Matilde ó las Cruzadas,* y otras de *Pablo y Virginia.*

— Tengo que hablar á Remedios hoy mismo — pensó.

Y decidido, con el corazón palpitante, fué á buscarla. Estaba bordando en el comedor.

Se sentó Quintín á su lado y comenzó á hablar de asuntos indiferentes.

— ¿Cuándo te casas? — le preguntó de pronto Quintín.

— ¡Qué sé yo! — contestó Remedios.

— Rafaela me dijo que habías rechazado muchos pretendientes.

— Es que quieren que me case — replicó ella — con un hombre por si tiene dinero ó si tiene título. Y no. Yo no quiero. A mí no me importa que sea rico ó pobre; yo lo que quiero es que sea bueno, que tenga una confianza ciega en mí, como yo la tendré en él.

— ¿Y á qué llamas tú ser bueno? — preguntó Quintín.

— A ser un hombre digno, á ser un hombre de fe, incapaz de hacer traición, incapaz de engañar. . .

Quintín enmudeció, se levantó y volvió á su cuarto. Toda la tarde la pasó yendo de un lado á otro, como fiera en la jaula.

En la cena no habló, ni comió por más esfuerzos que hizo; al levantarse de la mesa, con acento conmovido dijo:

— Oye, Remedios.

— ¿Qué? — preguntó ella comprendiendo su emoción aunque sin saber la causa.

— Que me voy.

— ¿Que te vas, Quintín? ¿Por qué?

— Porque yo no soy un hombre de fe, capaz de sacrificio y de abnegación.

— ¿No?

— No. Yo soy un farsante, Remedios. He mentido tantas veces que ya no sé cuándo miento y cuándo digo la verdad.

— Y yo que creía en ti, Quintín — dijo ella con tristeza.

— Ya ves. A nadie le he confesado esto más que á ti. Pero á ti no te puedo engañar. No. Le engañaría á cualquiera. ¡Estoy tan acostumbrado! Pero á ti no. Cree que para mí este es un sacrificio muy grande.

— ¿No eres honrado tú, Quintín?

— Lo soy lo bastante para no ir á la cárcel.

— ¿Y nada más?

— Nada más. No me he preocupado de nadie más que de mí mismo. He sido ingrato.

— ¿También ingrato, Quintín?

— También. Soy egoísta, mentiroso, farsante... Y aun así, Remedios, hay hombres que tienen dentro del alma más porquería que yo.

— Me das pena, Quintín.

— ¿Qué quieres? Quería ser rico, y mi corazón y las pocas cualidades que tenía, si tenía algunas, se han ido secando y quedando en las zarzas del camino.

— ¡Qué triste debe ser vivir así!

— Triste... pse... no. Es como una linterna mágica, ¿sabes? Pasan las cosas, pasan y nada más.

— ¿Sin cariño ni odio?

— Sin nada.

— Y antes, cuando nos conociste, ¿ya engañabas, Quintín?

— Entonces empezaba.

— Adiós, Remedios. Cree que he hecho, al hacerte esta confesión, un sacrificio muy grande. ¡Adiós! — Y Quintín tendió la mano á Remedios.

Ella retrocedió.

— ¿Te asusto ya?

— No.

— ¿Pero no quieres darme la mano?

— No. Cuando seas bueno.

— ¿Y entonces?

— Entonces quizás.

Quintín, cabizbajo, salió del cuarto.

Durante muchas horas estuvo Quintín asomado á la ventana, fumando.

La noche estaba clara, templada y dulce. La

luna argentaba las colinas lejanas; un ruiseñor cantaba suavemente en la obscuridad. Un flujo de pensamientos acudía al cerebro de Quintín.

— La conciencia — se decía —, la conciencia es una debilidad. ¿Qué es la honradez? Una cosa mecánica. Para la mujer, la seguridad de que vive con la pareja señalada por la Iglesia; para el hombre, el estar comprobado que el dinero que tiene lo ha sacado por procedimientos que no están incluídos en un libro. Pero otra honradez superior, como quiere esa chiquilla, ¿no es una locura en un mundo en que nadie se preocupa de ella? Esta muchacha me ha perturbado por completo.

Quintín sentía ganas de llorar al pensar que había estado tan cerca de la felicidad. Podía haber engañado á Remedios... No, no podía haberla engañado... Entonces no hubiese sido feliz. Mientras pensaba, la luna llena iba subiendo en el cielo; su luz, al pasar por entre las hojas de una parra, bordaba en el suelo preciosos encajes.

Se oía continuamente el tintineo de las esquilas y de los cencerros; de cuando en cuando algún rumor lejano de pasos y de conversaciones, el murmullo del viento en el follaje, el mugir de los bueyes, el relincho de los caballos y los golpes de los cuernos de las vacas en el tinaón.

De pronto Quintín se decidió. Tenía que marcharse. Era necesario. Salió de su cuarto, bajó las escaleras sin hacer ruido y se dirigió á la

cuadra. Encendió un farolillo, ensilló el caballo, le puso el bocado, y tomando al animal por la brida lo sacó al patio. Abrió el portón de madera y dió la vuelta hasta salir al camino.

Quintín montó á caballo y estuvo contemplando durante largo tiempo la fachada del cortijo, bañada por la luz de la luna.

— ¡Ah, pobre Quintín! — murmuró. — Aquí no te han valido tus argucias y tus tretas. ¿No eres bueno? No puedes entrar en el paraíso. Aquí no tienes que luchar con bolsistas, ni con políticos, ni con gente de mala fe. Es una chiquilla que no sabe del mundo más que lo que le dice su corazón; la que te ha vencido, Quintín. ¿No eres bueno, pobre hombre? No puedes entrar en el paraíso.

El caballo echó á andar lentamente; Quintín miró hacia atrás. Un nubarrón se interpuso delante de la luna; todo el campo quedó en las tinieblas.

Quintín sintió el corazón oprimido y suspiró fuertemente. Luego quedó extrañado. Estaba llorando.

Y siguió adelante.

Y los ruiseñores siguieron cantando en la obscuridad, mientras la luna, muy alta, bañaba el campo con su luz de plata.

FIN

El Paular, Junio 1905.

ÍNDICE

	Págs.
ANTEPORTADA	1
OBRAS DEL AUTOR	2
PORTADA	3
CAPÍTULO I. — Conversación en el tren	5
CAP. II. — ¡Oh, pueblo oriental, ciudad romántica!	25
CAP. III. — Infancia: sombrío vestíbulo de la vida.	35
CAP. IV. — Ojos azules, ojos negros	47
CAP. V. — ¡Los nobles caserones antiguos!	59
CAP. VI. — De un encuentro que tuvo Quintín en las proximidades del Potro	73
CAP. VII. — En donde se cuenta la historia de un ventorrillo de Sierra Morena	95
CAP. VIII. — Lucha en un olivar	111
CAP. IX. — En donde el señor de Sabadía abusa de la palabra y del vino	123
CAP. X. — Acaba don Gil su relato	135
CAP. XI. — Más impenetrable que el corazón de las mujeres, el de las niñas	147
CAP. XII. — En busca de un cofrecillo	157
CAP. XIII. — Una romería y un paseo	173
CAP. XIV. — Primavera	187
CAP. XV. — ¡Dónde fueron las bellas esperanzas!	197

Págs.

CAP. XVI. — Comienza á manifestarse el hombre de acción 207
CAP. XVII. — Soy un pequeño Catilina. 221
CAP. XVIII. — La taberna del Bodegoncillo. . . 233
CAP. XIX. — Las amables ironías de la realidad . 249
CAP. XX. — Los filósofos sin notarlo 255
CAP. XXI. — Habla el señor Juan. 269
CAP. XXII. — Palos, tiros y pedradas. 275
CAP. XXIII. — Persecuciones y escapatorias. . . 283
CAP. XXIV. — Una víctima del folletín 299
CAP. XXV. — Se prepara un secuestro. 305
CAP. XXVI. — Explicaciones 319
CAP. XXVII. — En donde charlan una condesa, un bandido profesional y un hombre de acción . . 333
CAP. XXVIII. — El recado del masón. 347
CAP. XXIX. — Una conferencia. 356
CAP. XXX. — Proyectos 372
CAP. XXXI. — La noche y el día 383
CAP. XXXII. — La feria de los discretos. 392
CAP. XXXIII. — La última partida. 404
CAP. XXXIV. — Final 417
ÍNDICE 433
COLOFÓN 435

Se imprimió

LA FERIA DE LOS DISCRETOS

EN LA

IMPRENTA ARTÍSTICA

DE

JOSÉ BLASS Y CÍA

DE

MADRID

WILLY
(HENRI GAUTHIER WILLARS)

Claudina en la escuela
Claudina en París
Claudina en su casa
Claudina desaparece

NOVELAS
Cuidadosamente traducidas al castellano.
POR LUIS RUIZ CONTRERAS

Claudina es una novela de una voluptuosidad conmovedora, de gran interés novelesco y de una ternura exquisita. Es imposible dejar de la mano sin leerla hasta el fin estos libros amenos, interesantes, graciosos, de los cuales se han vendido, actualmente en Francia, más de **quinientos mil ejemplares!!!**

Cada novela forma un volumen en 8.º, con bonita cubierta al cromo.

Precio de cada uno, **3,50 pesetas.**

REBELIÓN

NOVELA POR
JOYZELLE

Un volumen de 300 páginas en papel de lujo
3 pesetas

REBELIÓN es una novela pasional, en extremo emocionante, con un desenlace muy patético y situaciones interesantísimas. En ella se habla incidentalmente y sin disertaciones enojosas del candente problema del feminismo y [illegible]

Teresina

NOVELA
POR **ALBERTO DELPIT**

VERSIÓN CASTELLANA DE CARLOS FRONTAURA

En esta novela de **Delpit**, uno de los más notables autores franceses contemporáneos, la acción es tan interesante y la trama tan admirable que quien lea sólo el primer capítulo sentirá verdadera ansiedad por terminar la obra. *Entonces además, grandes enseñanzas morales, demostrando como por el sacrificio y amor a la humanidad puede cualquier criatura redimirse de un pasado vergonzoso, y alcanzar una gran altura espiritual y no menor respeto de la sociedad.*

Un volumen en 8.º, lujosamente impreso, con una bonita cubierta en cromotipia del afamado dibujante Sr. Sancha, **3,50 pesetas**

ARTE DE AGRADAR
Consejos prácticos y secretos de belleza

ARTE DE SER AMADA
Breviario de la mujer elegante

por la
DUQUESA LAUREANA

Para ser amada

CONSEJOS DE UNA COQUETA
Secretos femeniles
Primera parte de
Para ser elegante
Traducción de
Carlos de Ochoa

Hay la belleza que se recibe y la que se toma
MME. DE GIRARDIN.

DÉCIMA EDICIÓN

Rica, si puedes;
Cuerda, si quieres,
Bella, debes serlo.
A. DUMAS.

Lo que se encuentra en este libro

Una novelita demasiado virtuosa. — Alta misión de las coquetas. Monografía de la encantadora. — No hay mujeres feas. — Neurosis. Misterios femeniles. Secretos de la belleza. — Artificios del Tocador. Armonías y contrastes. Todas las seducciones. — La cama. El arte de perfumarse. — La Belleza Soberana.

Un volumen en 8.º, con buen papel y esmerada impresión, con lujosa cubierta al cromo, **3,50 Ptas.**

Para ser elegante

LA ETERNA SEDUCCIÓN
Secretos femeniles
Segunda parte de
Para ser amada
Traducción de
Eugenio de Ochoa

Hay la belleza que se recibe y la que se toma
MME. DE GIRARDIN.

OCTAVA EDICIÓN

Rica, si puedes;
Cuerda, si quieres;
Bella, debes serlo.
A. DUMAS.

Es un libro de actualidad, y toda mujer cuidadosa de su belleza querrá leerlo diariamente. Su autora quiere hacer llegar la elegancia á la altura de un arte. EL ARTE EN LA VIDA. EL ARTE VIVIENTE, por la armonía de la forma y la magia del color. Este libro enseñará á las señoras á componer [illegible] artes, y si es necesario, hasta modificar el carácter de una belleza. Su puede ser, según se quiera, ó sugestiva, ó sentimental, ó arrebatadora, ó melancólica, cautivando por medio de la gracia y de la bondad, así como por la elegancia y por la belleza.

Pero el mayor mérito de este libro consiste en el sentido práctico que encierra, recomienda siempre la economía, prueba que la necesidad de restringir los gastos no está reñida con el lujo y que la riqueza fastuosa puede suplirse por la distinción y la elegancia.

El último capítulo lleva por título: COMO SE LLEGA A SER GRAN SEÑORA, por lo tanto, es un verdadero código en el cual cada una puede encontrar consejos apropiados á sus aspiraciones y necesidades. Tomándolo como guía, todas las señoras tendrán la certeza de alcanzar el paraíso del amor y de la felicidad, ese paraíso creado por todas las mujeres, aun las más feas, gracias á la DUQUESA LAUREANA.

Un volumen en 8.º, con buen papel y esmerada impresión, con lujosa cubierta al cromo, **3,50 Ptas.**

Para ser amada y **Para ser elegante** constituyen un *breviario de amor y de elegancia*, al mismo tiempo que un *tratado de maneras distinguidas*.

Estas obras no necesitan más elogios, pues las *diez y ocho ediciones* que de las dos se han hecho, son prueba suficiente de que son libros indispensables á todas las señoras.

RICARDO BURGUETE

Mi Rebeldía

(Mane-Thecel-Phares)

I. Filosofía de la Guerra — II. La revolución de los Ejércitos — III. Estudios sobre el valor. — IV. El miedo. — V. Educación de la voluntad. — VI. Inutilidad de nuestras organizaciones militares. — VII. Ensayo de la filosofía de la guerra en la historia de los pueblos (egipcios y hebreos). VIII. Mi tramontana. El libro inseparable del soldado. — IX. Algunas máximas y reflexiones militares en olvido. - X. Conclusiones de un rebelde.

Los que influídos por las modernas corrientes consideren el servicio militar obligatorio como una solución para el ejército nacional, y la defensa absoluta como una modalidad oportunista, encontrarán en este libro una réplica vigorosa y sugestiva. **Mi Rebeldía**, que se ocupa de los grandes problemas nacionales en relación con el ejército, acción dinámica del Estado, destruye una porción de vulgaridades en las que vienen incurriendo políticos y militares, para quienes ha de ser muy provechosa la detenida lectura del magnífico libro del *laureado comandante*.

En 8.°, de 331 páginas, lujosamente impreso, **3,50 pesetas.**

RICARDO BURGUETE

Dinamismo Espiritualista

Cuestiones previas

La vida en sus tres dimensiones

Proceso histórico de Ética española

Un volumen en 8.°, **3,50 pesetas.**

RICARDO BURGUETE

Preparación de las tropas para la guerra

(NUEVO VEGECIO)

Estudios de Ética militar

El bizarro laureado de Managuaco, el autor de **Mi Rebeldía** Hagase ejército, Cuba, Filipinas y de los **Nuevos métodos de combate**, no es solamente hombre de gran cultura militar, es también un escritor interesante y un pensador de excepcionales cualidades, como lo demuestra en estos interesantes libros repletos de ciencia y experiencia.

Un volumen en 8.°, **2 pesetas.**

Bibliografía é Historia

DE LA

ESGRIMA ESPAÑOLA

Apuntes reunidos por

D. ENRIQUE DE LEGUINA

Barón de la Vega de Hoz

Esta obra contiene una bien escrita y documentada **Historia de la esgrima española**, hecha en un resumen lleno de datos históricos bien coordinados y de anécdotas entretenidas y la noticia y descripción completa de los libros referentes á ella publicados en castellano y en portugués; índices cronológicos en los mismos, etc., etc.

Edición de 150 ejemplares

Un volumen en 8.° mayor, (tamaño 21 por 14) de variada, clara y lujosa impresión, con elegante cubierta á dos tintas.

15 pesetas

Libros morales para niños

Biblioteca ilustrada de los niños

Historia de Germana por A. QUANTIN, traducción castellana por **Eduardo Sánchez de Castilla**, con ilustraciones de **Kauffman**.

Un volumen en 8.° mayor, lujosamente encuadernado en tela, con dorados . . . Ptas. **3,50**

Los Corazones Amantes Madre é Hija. Hija y Pade

por Mme. de Witt y Mlle. S. Doy

Traducción castellana por Eusebio Martínez de Velasco, con ilustraciones de Julio Girardet.

Un volumen en 8.° mayor, lujosamente encuadernado en tela, con dorados . . . Ptas. 3,50

Botón de Oro por Mme. Jeanne de Sobol, traducción castellana por **M. Ossorio y Bernard.**

Un vol. en 8.° mayor, con numerosos grabados lujosamente encuad. en tela, con dorados Ptas. **3,50**

La Herencia de la tía por Mme. Noemi Balleyguier, traducción castellana por **Eduardo Sánchez de Castilla**, con ilustraciones de Ed. Zier.

Un volumen en 8.° mayor, lujosamente encuadernado en tela, con dorados . . . Ptas. **3,50**

Estas obras se venden en todas las librerías.

Pedidos á los libreros de Madrid

BINDING LIST APR 1 1949

485426
LS
B264fe.2
Baroja, Pío
La feria de los discretos; novela.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED